
Vol. II
Linaje italiano
Adriana
De
Flaviis
La dama sin compasión
Mónica Gallart



La dama sin compasión

Linaje italiano

Vol. II

Mónica Gallart

Título: Adriana De Flaviis, la dama sin compasión

©2025 Mónica Gallart

Diseño de cubierta: Mónica Gallart

Imágenes: Leonardo y Freepik

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La

infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

NOTA DE AUTORA

Estimado lector, antes de que te sumerjas entre estas páginas, he de aclarar una cosa: desde el inicio de esta historia verás que el personaje de Fabiola llama «sobrina» a Adriana, y Adriana se refiere a Fabiola como «tía».

En realidad, ese no es su parentesco, ya que el padre de Adriana y el marido de Fabiola son primos; así que, si hablamos con exactitud, deberían considerarse primas en distinto grado.

Sin embargo, como en la vida cotidiana los vínculos familiares no siempre se nombran con precisión, decidí recurrir a apelativos como «tía» y «sobrina» para resaltar la diferencia de edad y generacional entre ellas.

Índice

NOTA DE AUTORA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

¡Gracias por elegirme!

¿Quieres enterarte de mis próximos lanzamientos y novedades?

Escanea el código QR y sígueme en Amazon Author Central.

Así estarás siempre al tanto de mis nuevas publicaciones.

Capítulo 1

Adriana De Flaviis

Cagliari (Cerdeña), 1857



—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Marcella mirando con asombro a su hermana—. ¡Su padre nos detesta! Si por él fuera estaríamos en la calle ahora mismo. —Negaba con su cabeza con desaprobación—. Esa chica es la peor compañía que podrías tener en ese viaje. Es… es… arrogante y desagradable y, además, llama a tu hijo mono presuntuoso. ¿Por qué habrías de pedirle que te acompañara?

—Calma, Marcella —le rogó Fabiola—. No quiero enemistarme con Umberto, quiero hacer las paces.

—¡Ya estás enemistada con él! Desde la muerte del conde no nos deja en paz. Ahora que sabe que la guerra ha terminado y que tu hijo aún no ha regresado de Crimea se frota las manos. Solo espera que aparezca sin vida. Se regodea con nuestras penas porque jamás te han considerado digna del apellido De Flaviis. Solo aguarda como un buitre carroñero para abalanzarse sobre nosotras. Y su hija es igual que él. De tal palo, tal astilla —concluyó enfadada.

Fabiola se levantó del sofá y caminó hacia su hermana, quien permanecía de pie, paseándose de un lado a otro del salón. Cogió su mano para detenerla y la miró a los ojos.

—Son demasiadas tristezas, Marcella. Perdí a mi esposo en ese mismo conflicto y no soporto la idea de que mi hijo haya corrido la misma suerte. Nadie sabe nada de él. Mi corazón no puede con más penurias. No me veo con fuerzas para hacerle frente a Umberto De Flaviis. Así que, si no puedes con el enemigo, únete a él. Quizá, si le

hacemos creer que su hija podría contraer matrimonio con nuestro Carlo, no nos atosigue tanto.

El rostro de Marcella mostró su perplejidad.

—¿De verdad piensas eso? —No quería hacerla sufrir, pero había que plantearse la cuestión—. ¿Y qué haremos si Carlo no aparece? —El dolor se apreció en su voz. Ella también adoraba a su sobrino—. Umberto De Flaviis y su detestable hija encontrarán el modo de hacerse con la herencia del conde Carlo De Flaviis.

Fabiola acarició con cariño la mano de su hermana y, con una calma que se imponía a sí misma, le habló:

—Carlo volverá. Le habrá sido imposible comunicarse con nosotras, alguna explicación habrá.

Marcella la miró con tristeza.

—Son dos años ya. La Marmora[1] regresó con todo el ejército que quedaba en pie, y ni siquiera él sabe de mi sobrino. Te lo dijo con sus propias palabras.

—Pero ahora hay nuevas esperanzas. El general Brown me ayudará a encontrarlo.

Marcella entendía a Fabiola. Era una madre que no quería rendirse. Después de mover cielo y tierra en Cerdeña para encontrar a Carlo, sin óptimos resultados, se preparaba para viajar a Londres y entrevistarse con el general Brown. Eso era lo que el primer ministro, Camilo Benso, conde de Cavour, le había recomendado. Las buenas relaciones que el conde de Cavour mantenía con los ingleses le hacía confiar en ellos y, por lo que la condesa Fabiola le había contado, lo último que se sabía de su hijo era que había estado en la Batalla del río Tchernaya, ahí se le perdió el rastro. El primer ministro sabía que el general inglés había participado en el Sitio de Sebastopol y, por suerte, lo conocía. Así que movió los hilos para que aquella madre desesperada pudiera encontrar a su hijo.

Fabiola volvía a tener esperanzas, y estaba dispuesta a llevarse como acompañante a su sobrina Adriana. Conocía a la perfección la inquina que su hermana sentía hacia la muchacha. Lo cierto era que la joven no se ganaba el afecto de quien la rodeaba, pero ella tenía

razones para querer darle una oportunidad, cuestiones que siempre se había reservado y que nunca osó a compartir con su esposo. Habiendo sido criada por Umberto De Flaviis, ¡era imposible que fuera agradable! Debía de tener un poco de compasión por la muchacha.

Se vistió elegantemente y partió hacia la casa del barón De Flaviis. No hubiera hecho falta preparar el coche de caballos porque el palacio de su primo se encontraba a dos manzanas del suyo, pero, como una dama de su estatus no debía caminar a solas por las calles, hizo el recorrido en su berlina.

La recibió el mayordomo, un hombre tan poco dado a las sonrisas como los moradores de aquel palacio. La hicieron esperar en un salón pintado con frescos y alfombras decoradas con motivos florales. Fabiola ya había estado en esa casa, pero hacía años que no la pisaba y se entretuvo admirando las obras de arte que adornaban sus paredes, mientras esperaba de pie a que el señor la recibiera.

Pese a que Umberto ya se había presentado en su casa con aire grave para preguntar por la situación de su sobrino Carlo, le sonrió cuando la vio esperándolo. Los ojos del barón brillaban de codicia ante la posibilidad de heredar el condado, era una evidencia que Fabiola advertía en cada una de las visitas que le hizo interesándose por su hijo. Aunque, en aquella ocasión, también estaba intrigado.

Umberto le había hecho desplantes en multitud de ocasiones a causa de sus orígenes humildes, atrevimientos que otros no hubieran tolerado. Desde el mismo momento en que se casó con Francesco De Flaviis la despreció, pero ella siempre había pasado por alto su actitud altiva. No es que lo perdonara, es que sabía que, al fin y al cabo, era él el que peor lo pasaba. Ella contaba con el amor de su esposo, que era lo único que le importaba.

—¿A qué debo su visita, prima? —preguntó mientras se acercaba a ella para tomarle la mano y besarla.

Su porte estirado no cedió pese al esfuerzo evidente que hizo por mostrarse cortés. Probablemente, se preguntaba qué hacía en su palacio después de haberle dejado claro, tiempo atrás, que no

debía pisarlo sin una invitación. La situación lo obligaba a contenerse.

Era un hombre espigado. Sus cejas oscuras, enmarcando los ojos violetas de los De Flaviis, le daban un aspecto juvenil que contrarrestaba la imagen madura que le pudiera otorgar su pelo cano. Fabiola lo observó mientras se inclinaba sobre su mano. Era consciente de que nunca se podría fiar de él.

—He de tratar un tema importante con usted.

—No tendrá que ver con mi sobrino, ¿verdad? ¿Se sabe algo de él? —La impaciencia lo carcomía y no podía evitar que saliera disparada por su mirada.

—Desgraciadamente, no tengo noticias del paradero de mi hijo, pero tuve una entrevista con el primer ministro y me puso en contacto con un general británico que estuvo en la Batalla del río Tchernaya. Él podría ayudarme a buscarlo.

Con un gesto de su mano, Umberto la invitó a que se sentara en el sillón que presidía la estancia. Se acomodaron uno al lado del otro, pero su primo, haciendo gala de su carácter orgulloso, no le ofreció tomar nada. Al parecer, la sangre que corría por las venas de Fabiola era de peor calidad que la suya. Siempre la había considerado inferior. Cosas como aquella eran las que tenía que pasar por alto.

—¿Y qué puedo hacer yo, prima, para ayudarla?

—He venido porque en breve parto para Londres y me gustaría que en este viaje me acompañase Adriana.

Las cejas de Umberto se alzaron con sorpresa. Desde luego no lo esperaba.

—¿¡Adriana!? Es un viaje muy largo.

—Somos familia y pensé que, si tenía que llevar compañía en mi viaje, ¿qué mejor que mi propia sobrina?

En los movimientos de las pupilas de Umberto se apreció su nerviosismo, para él aquello era el colmo. Su hija, Adriana, ¿tenía que hacer de dama de compañía de una vulgar hija de comerciantes? Por mucho que ahora la llamasen condesa, nunca

dejaría de ser de clase inferior para él. Respiró hondo, intentando no demostrar su rechazo; si Carlo estaba vivo no consentiría ningún desplante a su madre, así que ante esa posibilidad no tuvo más remedio que contenerse para no pedirle que abandonara su casa con brusquedad.

—¿Y qué me dice de su hermana? ¿No puede acompañarla ella?

—Alguien se tiene que quedar aquí al cargo de todo, y yo he pensado que el viaje de vuelta puede ser interesante para los dos jóvenes, porque de lo que estoy segura es de que Carlo regresará con nosotras.

—¿Interesante? ¿En qué sentido?

Fabiola le dirigió una sonrisa inocente, aunque por dentro se felicitaba por su astucia. Estaba segura de que Umberto ya había picado.

—Puede ser una oportunidad para que estrechen lazos —dejó caer como si estuviera ansiosa por unirlos.

Las pupilas del noble se dilataron al entender lo que quería decir su prima. Nada le gustaría más que ascender en la escala social. Que su hija llegara a ser condesa le hacía relamerse como un niño frente a un pastel. No era tan mala idea que Adriana acompañase a la «mercadera» en ese viaje. Tendría que instruir a la joven para que en el camino de vuelta, junto con Carlo De Flaviis, no se le escapase. Sí, podía ser una buena idea. Si su sobrino regresaba con vida, un matrimonio le aseguraba el condado, y si estaba muerto, que es lo que esperaba, todo sería suyo y posteriormente de su hija. No tenía nada que perder, Adriana acompañaría a su tía Fabiola a Londres. Si ese estúpido estaba vivo, se convertiría en su yerno, de eso estaba seguro. Su hija era una mujer muy lista.

—¿Me propone una alianza, querida prima? —inquirió con una sonrisa ladina.

—¿Por qué no? Son más o menos de la misma edad y los dos tienen sangre noble en las venas.

«Una más que otro», pensó Umberto, sin que un gesto de contrariedad se reflejase en su rostro. Durante unos largos segundos

se quedó mirando fijamente a Fabiola. ¿Quería ponerla nerviosa? Quizá un poco, sabía que las Sabatano se habían sentido presionadas con cada una de las visitas que les había hecho preguntando por su sobrino. También sabía que no las había engañado, que ellas conocían cuál era su único interés y que echarlas a patadas del palacio de su primo, Francesco De Flaviis, le proporcionaría un placer indescriptible. ¡Por supuesto que lo sabían! En más de una ocasión les había mostrado su parecer, pero de eso hacía ya años, bastante antes de que enviaran a Carlo y a Francesco a la Guerra de Crimea. Que volviera a sus vidas, después de tanto tiempo, les hacía suponer el motivo: las merodeaba igual que un lobo a un par de gallinas viejas.

—Si Adriana viaja conmigo tendré la ocasión de conocerla mejor y ella tendrá la oportunidad de conocerme a mí, al fin y al cabo, es muy probable que tengamos que compartir hogar.

Umberto continuaba mirándola fijamente sin decir palabra, hacía como que reflexionaba si le convenía que su hija contrajera matrimonio con el conde Carlo De Flaviis o no. Pero Fabiola sabía que el trato le interesaba, conocía al enemigo muy bien; del mismo modo que tenía constancia de que había hablado con sus abogados por el tema de la desaparición de Carlo. Con probabilidad, ya estaba maquinando la manera de despojarla de las tierras, el palacio y el título que ahora ostentaba su hijo al haber perdido a su esposo, pero… no sabía si Carlo seguía con vida o no, y sin ese hecho constatado no podía mover ficha, así que su propuesta debía de ser ahora mismo la mejor opción para él. Si aceptaba, las dejaría en paz durante una temporada.

—Creo que la idea le agradará a mi hija.

Fabiola sonrió interiormente ante su afirmación. Adriana odiaba a todo el mundo, o al menos eso es lo que demostraba con su actitud. Carlo y ella nunca habían cruzado palabras amables, pero aceptaría la proposición. Otra cosa era que su hijo estuviera de acuerdo con ese matrimonio, aunque a su vuelta ya verían cómo evitarlo. Adriana ahora mismo era una pariente incómoda; no obstante, Fabiola sentía

que, por muy odiosa que fuera, necesitaba una mano que la salvara de la influencia de su padre, y esa sería la suya.

—¡Estupendo! Entonces, ¿puedo contar con ella para este viaje?

—Por supuesto, prima. Hablaré con mi hija, pero puedo garantizarle que hará lo que yo le diga. No habrá problemas.

—Muy bien, pues partimos en una semana, el viaje es muy largo y no quiero perder más tiempo. Mi coche pasará a por ella.

Fabiola se levantó del sofá y Umberto hizo lo mismo, pero no pidió a su mayordomo que acompañara a la condesa a la puerta, dejó que lo hiciera sola, mostrando, como siempre, que él estaba por encima de ella.

***

Adriana escuchó con seriedad a su padre, no se escapó ni una mueca de inconformidad de su armonioso rostro. Ambicionaba el título y las tierras del conde, desde niña había escuchado decir que su familia era merecedora de ese título, sobre todo cuando Francesco, su tío, enloqueció casándose con una mujer sin linaje como Fabiola Sabatano.

No soportaba al engreído de su primo, pero también era cierto que no soportaba a nadie. Consideraba que ningún hombre estaba a su altura. No le importaba un matrimonio sin amor, porque para ella tan solo era un deber y, dado que jamás se enamoraría de alguien, era un sacrificio que estaba dispuesta a asumir por lograr para su familia lo que le correspondía.

No hizo falta que su padre le contara más, acompañaría a la «mercadera» en ese viaje. Al igual que su progenitor, esperaba que alguien pudiera confirmar la muerte de su primo, que algún testigo lo hubiera visto caer. Solo así podrían reclamar lo que era suyo.

Se levantó después de la charla que Umberto le dio y, mientras salía por la puerta hacia su habitación, tuvo un recuerdo fugaz que le hizo detenerse durante unos momentos. Apoyó la palma de la

mano en la pared mirando al suelo y tomó el aire que pensó que le faltaba. Se recompuso en breves segundos. «Eres Adriana De Flaviis, compartes sangre con los reyes de Saboya», se dijo a sí misma; lo hacía cada vez que aquella imagen aparecía en sus pensamientos. No se permitía detenerse en esos recuerdos. Con la mirada fija al frente, erguida y confiada, tornó a caminar hacia su alcoba dispuesta a dar órdenes para que preparasen su equipaje.

Capítulo 2

El hombre vulgar

Cagliari - Londres, 1857



Tres días duró el trayecto en el barco que las llevó desde Cagliari a Génova. No se entretuvieron en la ciudad. Fabiola, a sus cincuenta y seis años, parecía tener la misma energía que Adriana a sus veintiuno. Al parecer, el ansia por llegar lo antes posible a Londres le hacía dejar a un lado la fatiga.

—Descansaremos en el tren hacia Turín, son muchas horas y tendremos tiempo —le propuso su tía mientras tomaban un coche que las llevaría hasta la estación.

Adriana no contradijo ni una de las indicaciones que le dio. Ya llegaría el momento de poner a todos en su lugar.

Una vez en Turín, sí que hicieron noche en un hotel cerca de la estación para coger al día siguiente el ferrocarril que las llevaría a Susa, desde donde tomarían la diligencia rumbo a París.

Adriana nunca había estado en esa ciudad y tenía especial interés en conocerla, le habían hablado de lo moderna que era, con las nuevas infraestructuras que estaba llevando a cabo el barón Georges-Eugène Haussmann. Tenía una red de ferrocarril que conectaba las ciudades más importantes, se estaba demoliendo parte de la antigua ciudad medieval para construir grandes avenidas, parques y edificios nuevos. Le habían hablado de sus mercados cubiertos, de sus teatros, de los cafés… y sentía especial devoción por la arquitectura y el arte. Sí, de todo aquel viaje, visitar París podía decirse que era lo que más la ilusionaba, si es que Adriana De Flaviis era capaz de dejarse llevar por alguna emoción. En cualquier caso, sabía que Fabiola no hacía ese viaje por turismo y, con

probabilidad, no visitaría nada de eso. Pasarían fugazmente por la ciudad y vería lo que pudiera de ella desde la ventanilla del tren.

Se equivocó, su tía había reservado una noche en un hotel cerca de los *Champs-Élysées*. Consideró que, después de más de un día de viaje desde Susa, combinando diligencias y tramos ferroviarios, había que tomarse un descanso.

Adriana no era una mujer que se dejase impresionar por nada. Como toda una aristócrata que era, no asomó ni una sola expresión de admiración a su rostro durante todo el recorrido que hicieron hasta llegar al hotel, a pesar de que sí pudo apreciar diferencias con respecto a lo que ella estaba acostumbrada a ver. Observó las ropas de los viandantes desde el coche que Fabiola había alquilado, no cabía duda de que París era la capital de la moda, tenían estilo y eso le gustó. Las anchas avenidas por las que circulaban, los bulevares y las zonas ajardinadas le hablaban de que, en efecto, era una gran ciudad, pero permaneció impertérrita mientras sus ojos violetas observaban todo con atención.

—¿Qué te parece París? —le preguntó su tía desde su posición frente a ella.

Con su erguida postura giró su rostro hasta Fabiola.

—Es una ciudad muy interesante —respondió con solemnidad.

—Francesco y yo estuvimos hace muchos años, pero ha cambiado mucho desde entonces. —Su tía comenzó a hablar mirando a través de la ventana—. Aunque siempre recordaré la visita a Notre Dame, me impresionó muchísimo. Es una lástima que no nos podamos entretener, pero si quieres podemos ir esta tarde a ver la catedral y luego a tomar algo en un café, cerca del hotel. —La miró de nuevo.

A pesar de que la idea le gustó, Adriana no sonrió, asintió con la cabeza sin apenas expresar nada.

—Me parece una buena idea, tía.

Fabiola la observó con cierta lástima, tan joven y con esa pompa de vieja. Adriana poseía una gran belleza, con aquellos ojos violetas y su pelo oscuro, como su Carlo, pero también parecía tener una gran amargura. Era como si siempre estuviera enfadada. ¿Por qué se comportaba así? Ya sabía que era orgullosa, igual que su padre; sin

embargo, no solo era esa superioridad aristocrática lo que veía en ella, también le parecía ver tristeza, por ello, se compadecía de la joven, y esperaba poder rascar las pétreas capas de aparente indiferencia que la envolvían.

—Descansamos un poco en el hotel. Nos aseamos y nos vamos. Tomaremos un *fiacre*[2] para llegar hasta allí.

Las habitaciones que les dieron en el hotel estaban comunicadas por una puerta, la de Adriana era más pequeña, mientras que la de Fabiola disponía de un salón amplio. A la joven no le gustó la idea, pero sabía cuál era su cometido en ese viaje e hizo de tripas corazón. Después de un par de horas de descanso, llegó una doncella del hotel para ayudarlas con el peinado y la ropa. Al menos su tía no la excluía de poseer servicio.

Cuando estuvieron listas salieron hacia Notre Dame.

Frente a ese edificio su corazón pareció saltarse algún latido, algo que solo ella notó, o al menos, eso esperaba. Su padre siempre le había dicho que no era propio de una mujer noble mostrar sus emociones y Adriana venía cumpliéndolo desde hacía muchos años; por ello, se consideraba digna de la casa De Flaviis. No podía decir lo mismo de su tía que, maravillada, contemplaba la fachada con los labios entreabiertos. «¡Aj! ¡Qué vulgaridad!».

—¿Puedo sentarme allí para tomar algunas notas, tía? —Señaló un banco junto al río.

—Por supuesto, ve. Yo te espero aquí, cuando termines entraremos.

Adriana sacó del retículo que colgaba de su muñeca un pequeño cuaderno y un lápiz. Se sentó y comenzó a realizar dibujos de distintos puntos del frontis. Conocía la historia de la catedral y poder verlo ahora en directo le gustaba. Dibujó tomando anotaciones sobre los elementos arquitectónicos. Estaba tan concentrada en la tarea que la ocupaba que la molestaron profundamente las risas masculinas que se produjeron unos metros a su derecha. Con el ceño fruncido miró al grupo de caballeros quienes, en círculo, hablaban a saber de qué tonterías. Volvió de nuevo a su quehacer cuando, otra vez, se carcajearon con sonoridad. Giró con

brusquedad su cabeza hacia ellos con evidente enfado. Los observó. Iban bien vestidos, pero estaba segura de que no eran aristócratas, un noble jamás llamaría la atención de ese modo. Era evidente que ninguno de los cuatro hombres que formaban el grupo se había percatado de lo molestos que eran y de que una joven mujer los miraba con irritación. Al parecer, el artífice de tanto alboroto era un individuo rubio, cuya cabeza sobrepasaba la de los demás caballeros. No dejaba de parlotear en un francés bastante precario, a juzgar por las escuetas frases que llegaban hasta los oídos de Adriana. Todos lo atendían con sumo interés y, a cada cuatro palabras, volvían a reír de manera escandalosa. La mirada de Adriana disparaba flechas prendidas en llamas hacia el grupo, pero ninguno de ellos le prestó atención hasta que el causante de tanta risotada dirigió la vista hacia el lugar donde estaba ella. Sus ojos se encontraron y Adriana mostró su enfado frunciendo aún más su entrecejo. La respuesta del hombre fue sonreír, a lo que la muchacha contestó levantándose con rapidez, indignada, para encaminarse hacia donde estaba su tía. «Qué hombre tan vulgar», pensó mientras caminaba. Se detuvo ante su tía cuando notó que tocaban su brazo. Volteó la cabeza para encontrarse con aquellos ojos azules con expresión jovial.

—Se le ha caído esto —dijo, alargándole su lápiz, en un francés que se notaba que no había aprendido desde la infancia.

Adriana levantó su nariz aristocrática mientras se lo arrebataba de la mano. Apenas musitó un gracias.

Sin dejar de sonreír, el caballero giró sobre sus talones y se alejó de ellas.

—Se te debe de haber caído cuando te has levantado —dedujo Fabiola.

Sin duda, se había levantado tan repentinamente por sentirse molesta que no se había dado ni cuenta.

—Vayamos al interior de la catedral si le parece, tía.

Fabiola le sonrió y cogiéndose a su brazo, caminaron hacia el pórtico central. Una vez dentro, la joven se olvidó del grupo de hombres que tan desagradables le habían parecido. Había tanta

belleza en el interior, que pudo dirigir sus pensamientos hacia otro objetivo mucho más bonito.

Al día siguiente tomaron el tren hacia Calais sin ningún incidente y se instalaron en un compartimento privado, cosa que Adriana agradeció. No le gustaba tener que dar conversación a desconocidos, ya era suficiente con tener que ir con la «mercadera» y tener que servirla. Hasta el momento no le había pedido demasiadas cosas, pero ese día empezó a sentirse indispuesta.

—Escúchame, Adriana, ¿puedes ir al coche restaurante y traerme una botella de Vichy? Necesito un poco de agua.

Adriana se levantó sin mostrar su disgusto, eso de tener que hacer recados para su tía la irritaba bastante. Salió del compartimento y, por el estrecho pasillo, caminó hasta el coche restaurante y pidió el agua. Con la botella y un vaso en las manos hizo el recorrido a la inversa, balanceándose de un lado a otro por el movimiento del tren. Estaba llegando a su destino cuando se abrió repentinamente la puerta de uno de los compartimentos y una enorme espalda masculina salió, empujándola contra la ventana, haciendo que la botella cayera contra el suelo y estallara en pedacitos pequeños. El hombre se dio la vuelta raudo.

—¡Lo siento! —exclamó—. ¡Qué torpeza la mía!

Adriana, con la mirada fija en la botella hecha añicos y su falda salpicada de agua, tomó aire con los dientes apretados.

—¡Debería mirar por dónde va! —Levantó los ojos para encontrarse con ese hombre vulgar de Notre Dame. ¿Podía tener peor suerte? ¿La estaba persiguiendo?

—¡Es usted! —dijo él con sorpresa.

—¡Sí, soy yo! Por desgracia tengo la mala fortuna de tropezarme otra vez con usted.

El hombre sonrió con amabilidad.

—No hay nada que no tenga solución. —Miró hacia el suelo—. Iré a por otra botella y pediré que limpien este desastre. Por su vestido no se preocupe, se secará.

Adriana no respondió, lo miró fijo con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Vaya a su compartimento, yo se la acercaré. ¿Qué marca era?

—Vichy —murmuró como si le resultara difícil abandonar su enfado.

—¿Y el número de su compartimento?

—Seiscientos sesenta y seis.

—¡Vaya! El número del diablo. —Sonrió levantando sus cejas con socarronería, cosa que no hizo ninguna gracia a Adriana.

—Espero que no tarde en traer el agua —le habló como si se hubiese dirigido a un sirviente de su palacio.

Se dio la vuelta bruscamente y caminó alejándose de él sin agregar nada más.

—¿Qué ha sucedido, Adriana? —le preguntó su tía en cuanto la vio aparecer con la falda mojada y nada en sus manos.

—Un zafio tiró el agua al suelo, pero no se preocupe, vendrá con su botella y un vaso.

Se sentó junto a Fabiola y no agregó nada más, abrió un libro que tenía en un bolso y se puso a leer; dando por sentado que no iba a dar conversación a la mujer.

Al poco tiempo llamaron. Cerró su libro con fuerza, consciente de que debía de ser ella la que abriese esa maldita puerta. Aquel hombre corpulento sonreía con el agua y el vaso en cada una de sus manos. La joven lo miró de arriba abajo con desprecio. Tomó lo que llevaba y, sin decir nada, se dio la vuelta y se lo entregó a su tía.

—Siento mucho lo sucedido —habló el muchacho mirando a Adriana, quien apartó los ojos de él con desdén.

—No se preocupe, joven —respondió Fabiola—. No ha sucedido nada que no tenga remedio. La falda de Adriana ya está casi seca y ella acostumbra a tener ese aire de gravedad, así que no le dé importancia. En el fondo de su corazón le ha perdonado.

Adriana miró con los ojos muy abiertos a su tía. ¿Cómo había sido capaz de decir aquello de su persona y de hablar por ella? Le iba a costar mucho adaptarse a aquella situación.

—Sabiendo que me perdona, me quedo mucho más tranquilo —dijo con un tono en el que Adriana detectó sarcasmo.

Lo miró indignada, pero su tía continuó la conversación con aquel hombre:

—¿Es usted británico?

—Así es, de Londres.

—Lo he apreciado en su acento. Su francés necesita mejorar —comentó Fabiola riendo.

—No lo voy a negar —contestó con aquella característica sonrisa —. Se me dan mejor otras lenguas.

—¿Como cuáles? —indagó Fabiola, pasándose al inglés para formularle la pregunta.

—Español.

—¡Oh! Interesante. ¿Y esa lengua la domina?

Mientras su tía se mostraba amable y abierta a mantener conversación con el desconocido, Adriana volvió a sentarse y demostró su desinterés abriendo de nuevo su libro y poniéndose a leer en silencio.

—Desde luego, y la practico mucho más. Tengo negocios en España, viajo bastante allí.

—Yo no he estado nunca, ¿y tú, Adriana?

La joven levantó la mirada de su libro.

—No se me ha perdido nada en ese país —respondió también en inglés.

—Sin embargo, Cerdeña perteneció a la corona de Aragón, es algo que no tenemos que olvidar.

—La sangre que corre por mis venas es de los Saboya, a los españoles no les debo nada —contestó de manera altanera—. Ya he tenido bastante con que mi padre me hiciera estudiar el idioma, no me veo obligada a hacer más —respondió con tono desdeñoso, cosa que al parecer le hizo gracia al inglés, porque sonrió en cuanto la escuchó.

—¿Hay algo que le divierta? —demandó ella con el ceño fruncido.

El hombre se puso serio.

—Nada, señorita. No les molesto más. Me marcho.

—No puede irse sin decirnos su nombre —le pidió Fabiola.

—¡Oh! Sí, lo siento. Soy Paul Morrison.

—Yo soy Fabiola Sabatano, condesa viuda de De Flaviis, y ella es Adriana De Flaviis, mi sobrina.

El joven tomó la mano de la condesa y la besó, luego se dirigió a Adriana, que aún sujetaba su libro, y sin que ella se la ofreciese, tomó su mano y rozó con los labios su piel. Por un momento la mirada violeta de la joven se fijó molesta en los ojos azul cielo del señor Morrison, pero, así como en otros momentos la habría sostenido desafiante, en esa ocasión la apartó. Se podría decir que fue la primera vez en la que le sucedió algo así y se enfadó con ella misma. «Adriana De Flaviis nunca retrocede».

Pese a ser evidente que Paul Morrison hacía el mismo trayecto que ellas, no volvieron a verlo; ni en el tren hasta Calais, ni en el ferry que cruzaba el canal de la Mancha y que las llevó hasta Dover. Solo cuando se apearon del tren que las condujo a Londres, Adriana pudo ver, a lo lejos, su figura envuelta en una levita gris y se quedó observando cómo se perdía entre los demás pasajeros que transitaban por el andén, pensando que ya no volvería a ver a ese hombre vulgar.

Capítulo 3

Primeras pesquisas

Londres, 1857



Antes de partir hacia Londres, Adriana ya sabía que se iban a hospedar en la casa del general Brown, marqués de Bristol. Su padre le pidió que aprovechara para tener buenas relaciones con los aristócratas británicos, era de suma importancia su apoyo en el caso de entrar en una nueva guerra por la unificación de Italia; y eso se disponía a hacer, lástima que estuviera junto a su tía en aquel viaje, estaba claro que se iban a centrar en la búsqueda de su primo y no en labores diplomáticas.

La casa del marqués de Bristol estaba situada en Bloomsbury, era un edificio de cuatro plantas de ladrillo rojo al estilo georgiano, con grandes ventanales de guillotina y balcones en hierro forjado. Saltaba a la vista que la casa estaba decorada sin escatimar en gastos, pero Adriana advirtió al instante las diferencias entre una mansión inglesa y los palacios renacentistas italianos. El mármol blanco de su casa llenaba de luminosidad las estancias, cosa que no podía decir de aquellas habitaciones forradas en madera oscura o tapizadas de ricos brocados florales. La joven pensó con orgullo que nada se podía comparar con su hogar en Cagliari, por mucho título que ostentara aquel inglés.

El general Brown las recibió como si de unas parientes cercanas se tratase, su porte regio y actitud castrense no restó afabilidad a aquel encuentro. Al parecer, tenía muy buena relación con el primer ministro sardo y eso se notó en el trato. A su tía la llamó condesa viuda y a ella *lady*. Christopher Brown era un hombre viudo, no podía decir que fuera atractivo, pero su clase y distinción destacaban

sobre cualquier otro rasgo, cosa que agradó a Adriana. Descubrió en poco tiempo que no tenía descendencia y se preguntó qué haría un hombre como aquel con toda su fortuna.

Las situó en la primera planta, en dos habitaciones amplias, conectadas entre sí por una puerta de doble hoja, y les asignó una doncella para cada una; la suya se hacía llamar Mirta. Una vez se instalaron, las invitó a tomar el té, consciente de que Fabiola De Flaviis no tenía tiempo que perder: los asuntos relacionados con su hijo eran más importantes que descansar.

Una vez aseadas, después del viaje tan largo que habían hecho, acudieron a la salita que el servicio les indicó para hablar con el general. El marqués de Bristol las esperaba con una sonrisa amable, junto a una joven doncella que permanecía de pie para servir el té. Fabiola y el marqués se sentaron en un sillón doble estampado con motivos vegetales, y Adriana lo hizo en uno individual, situado junto a este.

—No tengo intención de demorarme mucho en mis explicaciones, sé que deben de estar muy cansadas —expuso mientras indicaba a la doncella con un gesto que sirviera el té—. Pero, ante todo, quería darle el pésame por la pérdida de su esposo. Gracias a su sacrificio, y al de hombres como él, ganamos esta guerra. El apoyo sardo fue fundamental y espero, ahora, que consigamos dar con el paradero de su hijo.

—Gracias, milord, por sus condolencias —contestó Fabiola, conocedora del tratamiento que debía ofrecerle a un noble inglés, algo que sorprendió a su sobrina—. Sé que no está en la obligación de ayudarme, ni de ofrecerme su hospitalidad, pero, aun así, lo ha hecho. Así que, pase lo que pase, estaré eternamente agradecida.

—No hay nada que agradecer. El conde de Cavour es un buen amigo mío. Hoy por ti, mañana por mí. —Le sonrió—. Y bien, vayamos al grano. Después de recibir el telegrama de Camilo Benso, me puse en contacto con el general Sir James Simson, quien fue el comandante de las fuerzas británicas al frente de la Batalla en el río Tchernaya, junto con el general sardo Alfonso Ferrero. El conde de Cavour ya me explicó que su hijo fue visto por última vez en esa batalla y que ni su general ni nadie de su regimiento saben nada de

él. Condesa viuda —tomó su mano, mirándola fijamente a los ojos—, voy a poner todos mis medios para encontrar al conde Carlo De Flaviis. Mañana tendremos una cena aquí con el coronel Davis. El general James me explicó que estuvo bajo sus órdenes en la batalla y que luchó codo con codo junto a su esposo y su hijo. Estoy seguro de que podrá arrojar algo de luz a esta incógnita.

—¡Oh, milord! No sabe lo impaciente que estoy por encontrarme con él.

—Ya queda muy poco. —Soltó la mano de Fabiola y miró a Adriana, que presenciaba la escena silenciosa—. He invitado también a unas personas más, no se asusten, será una cena íntima, pero he pensado en que viniera alguien de la edad de su sobrina. —Le ofreció a Adriana una sonrisa—. Alguien que entienda las necesidades de una jovencita y pueda…, no sé, acompañarla a Bond Street, dar un paseo por Hyde Park o invitarla a algún baile en Almack's, mientras nosotros nos ocupamos de encontrar al conde.

No lo demostró, pero Adriana se sintió ofendida por el comentario. Estaba dando por sentado que era una de esas estúpidas muchachas preocupadas solo por asistir a bailes o ir de compras. Ella detestaba bailar y comprar… era algo que no hacía. Era un suplicio recorrer tiendas o tener que tomarse medidas para hacerse vestidos. Si lo hacía era porque la indumentaria de una mujer de su clase debía ser impecable, nada más, era un deber más que un placer. Sus placeres consistían en otras cosas.

—Creo que no debe preocuparse por mí, milord. Aunque mi edad le haga pensar lo contrario, no necesito asistir a ningún baile ni comprar nada. Con un libro tengo suficiente. Además, me preocupa la situación de mi primo, que en un futuro podría ser mi esposo. No sería capaz de bailar en estos momentos.

Se felicitó interiormente por su agudeza al dejar ver que podría ser la futura esposa de su odioso primo Carlo. Eso era lo que su tía le había hecho creer, así que ¿por qué no afianzarlo contándoselo al general Brown? Más que nada para que Fabiola no tuviera opciones de echarse atrás.

Sin duda, su padre estaría orgulloso de ella por su astucia, había actuado como una prometida desconsolada, cuando lo único que le

provocaba su primo era dolor de cabeza.

—Por lo que veo, es usted una mujer muy madura. Me alegra oírlo, y lamento si he sonado demasiado condescendiente.

—No se preocupe, general Brown —terció con rapidez Fabiola—. Mi sobrina es muy seria para la edad que tiene; no creo que la haya ofendido tomándola por una joven de veintiún años —bromeó.

Adriana levantó una ceja mirando a su tía.

—No. No lo ha hecho —mintió.

—Ha sido una absurda confusión. Pensé que, al no estar casada, podría interesarle asistir a acontecimientos sociales, sobre todo estando todavía en temporada. Pero sabiendo que está prometida…

—No, no lo está —se apresuró a aclarar la condesa—. Primero tendrá que aparecer mi hijo y proponerle matrimonio. —Sonrió con inocencia.

—Desde luego, señoras. Haremos que ese muchacho pueda tomar a esta bella joven por esposa. Daremos con él —les insufló ánimos.

***

Dado que Fabiola disponía de doncella, proporcionada por el anfitrión, no necesitó de su ayuda y no bajó junto a ella al salón donde tendría lugar la cena.

Cuando su propia doncella terminó de ayudarla a vestirse, se dirigió a la planta baja. Había optado por un vestido de seda color marfil, con escote cuadrado y delicados detalles de encaje. Era un vestido más modesto del que hubiera utilizado para una cena de gala, pero, al tratarse de una ocasión informal, prefirió algo discreto, aunque no dejaba de ser distinguido.

«Todos mis vestidos son elegantes», pensó, mientras avanzaba por el pasillo que conducía a las escaleras.

Cansada por el viaje, el día anterior no se había detenido a admirar los detalles decorativos y arquitectónicos de la mansión del general, y aprovechó para recrearse ante una hilera de cuadros que adornaban el corredor. Eran paisajes bucólicos, quizá de algún

artista inglés del siglo pasado. Eran bonitos, pero, como hasta ahora, para Adriana todo era poco comparado con su Cagliari natal.

—¡Ah, *lady* Adriana! Ni bailes, ni compras. Me temo que ya he descubierto su pasión.

El general Brown le hablaba desde la escalera.

Adriana volteó su cabeza hacia él y le dirigió una discreta sonrisa.

—Me ha desenmascarado, milord.

—¿Y qué le parece mi colección de paisajistas?

—¿Sinceramente?

—Eso siempre.

—Aunque se ve una clara influencia del rococó, su estilo es sobrio y formal, nada que ver con los pintores italianos de la misma época que dotaban a sus obras de mayor dinamismo y claridad. Lo siento mucho, marqués, pero esperaba mayor grandiosidad en los lienzos que colgaran de las paredes de su hogar.

Así, sin tapujos, la sincera Adriana expuso su opinión al dueño de la casa, lo que provocó una carcajada por parte del hombre.

—Veo que entiende de arte —observó al darse cuenta de que los había localizado justo en el periodo en que se pintaron y, por supuesto, había dado con el estilo al que pertenecían.

—Mi padre se ocupó de ello. Mi familia ha ofrecido mecenazgo a artistas desde hace varias generaciones.

—Pues su padre hizo un buen trabajo —dijo situándose a su lado y contemplando sus propias pinturas—. Tiene usted toda la razón, son un tanto mediocres. En Whisperingwood Manor, mi casa en el campo, las piezas son mucho más exquisitas, espero poder enseñárselas algún día.

—Me gustaría verlas, milord.

—También podemos organizar una visita a la National Gallery. Estoy seguro de que disfrutará con las obras que están expuestas. Hay varios artistas italianos cuya calidad no la defraudará.

Le ofreció el brazo para bajar juntos la escalera. Adriana lo tomó.

—En cuanto tenga un hueco en mi agenda lo organizamos.

Se apreciaba a la legua que al marqués le había caído en gracia Adriana, cosa que a ella la extrañó. No solía gustar a la gente.

—Perfecto, milord, me parece estupendo.

Fabiola estaba sentada en un sofá de terciopelo rojo que se encontraba en el salón adyacente al comedor. Los invitados no habían hecho acto de presencia aún.

La primera en llegar fue *lady* Ophelia Kingsley, duquesa de Everleigh. Al parecer, aquella joven dama era a la que el marqués había invitado para «entretener» a la sobrina de la condesa viuda. En cuanto entró en la sala y fue presentada, Adriana se percató de su porte distinguido y su actitud altiva, la misma que su padre le había inculcado a ella. Su constitución era muy delgada y tenía el cabello de un rubio cenizo que contrastaba con unos ojos oscuros enmarcados por pestañas largas, pero escasas. No podía negarse su elegancia en el vestir, aunque su traje, de un tafetán rosa palo, deslucía un tanto sobre su talle sin formas. En cuanto se halló frente a la italiana, la repasó de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo. Adriana entendió que aquel comportamiento podía permitírsele a una duquesa. ¡Era el rango más alto en aquel salón! Fue amable, pero manteniendo las distancias y conservando su mirada analítica en todo momento, sobre todo sobre Adriana.

La italiana descubrió pronto que fue la propia Ophelia quien le pidió al marqués «encargarse» de la joven italiana. La duquesa de Everleigh estaba sola en Londres: su esposo, veinte años mayor que ella, prefería quedarse en el campo antes que disfrutar de la temporada londinense.

Así que la joven duquesa asistía a eventos y bailes acompañada de amistades cercanas a la familia. Aburrida de ver siempre las mismas caras, le pareció una idea maravillosa «adoptar» a la hija del barón Umberto De Flaviis. Un horizonte se abrió ante ella al enterarse de que la condesa viuda de De Flaviis y su joven sobrina pasarían una temporada en Londres. El motivo de su estancia le resultaba irrelevante: sería ella quien aparecería en sociedad con la extranjera.

Adriana, ahora, entendía quién iba a ser el entretenimiento de quién.

Dos segundos después llegó el coronel Davis, acompañado de otro hombre. Cuando Adriana se percató de quién era, el estómago

le dio un vuelco. ¿No estaba en la misma casa que ella ese hombre vulgar? ¿El que se hacía llamar Paul Morrison?

Se quedó atónita cuando la mismísima duquesa lo saludó con casi el mismo trato que le otorgaba al marqués. ¿Qué hacía un simple mercader en aquella cena?

—¡Nos volvemos a encontrar! —exclamó Fabiola antes de que el general Brown abriera la boca para presentarlos.

—Eso parece —contestó acercándose a la dama y besando su mano.

Inmediatamente después, miró a Adriana, pero no se mostró tan efusivo como cuando saludó a su tía. Besó su mano en silencio y no le dirigió ni una sola palabra.

—¿Dónde tuvieron el gusto en conocerse? —preguntó intrigado el marqués.

—Nos encontramos en el tren camino de Calais —le aclaró el propio señor Morrison—. Yo venía de España y ellas, al parecer, desde Cerdeña.

—¡Qué curiosa coincidencia! —observó la duquesa.

—Así es —corroboró Fabiola.

Tras aquello, el marqués de Bristol presentó a las damas al coronel Davis. Era un hombre de unos cuarenta años, correcto en las formas, aunque un tanto brusco, quizá provocado por su vida castrense. A pesar de que era una reunión informal, se le notaba algo tenso rodeado de aristócratas, cosa que no sucedía con Paul Morrison, al que se le veía cómodo y sumamente relajado, como si aquella fuera su casa.

Antes de pasar al comedor, todos se sentaron en el salón donde estaban para tratar el tema que había llevado al coronel hasta allí. A Adriana le interesaba poco encontrar a su primo, pero se preguntaba qué hacían allí Paul Morrison y la duquesa de Everleigh. ¿Acaso no era un tema privado entre los De Flaviis y el coronel? Al menos tuvieron el detalle de sentarse un tanto más apartados mientras el militar conversaba con su tía.

—Condesa, tuve el honor de ver a su esposo y a su hijo luchar en cada una de las acciones que nos acercaron a Sebastopol. Sin su

ayuda no hubiéramos conseguido el éxito que obtuvimos. Quiero transmitirle mi más sincero pésame por la pérdida de su esposo.

—Gracias, coronel, pero ¿vio usted caer a mi hijo? —preguntó Fabiola con cierto tono de desesperación.

—No, señora, su hijo operaba bajo las órdenes de su oficial sardo.

—Pero ningún oficial de Cerdeña recuerda la última vez que lo vio, sus compañeros no fueron testigos de su muerte, ni de que cayera herido —se apresuró a decirle.

—Sé que algunos muchachos de mi regimiento tuvieron contacto con milicianos italianos, hablaré con cada uno de ellos si es necesario —aseguró, mirando los ojos de aquella madre opacados por la preocupación.

—Pues no espere más —intervino la duquesa—. Organice una batida, o como ustedes lo llamen, para encontrar a aquellos que estuvieron con el hijo de esta pobre condesa.

Adriana dirigió su mirada hasta la aristócrata; parecía sumamente interesada en la conversación. ¿Aquello la sacaba de su tedio vital?

—Duquesa, una batida es un término de caza, no pretendemos acorralar a nadie, solo queremos información —terció el señor Morrison ante el asombro de Adriana. ¿Cómo había osado corregir a una duquesa?

Ya sabían todos cuál era el motivo que las había llevado hasta Londres; ahora ayudarían como fuera a una madre desesperada, justo lo que su padre quería evitar. La aristocracia, junto con aquel «comerciante», todos juntos ayudando a encontrar a Carlo De Flaviis. ¿Por qué el general Brown había invitado a esas dos personas? No lo entendía. Bueno sí: se había visto obligado a invitar a *lady* Ophelia Kingsley, pero ¿al «comerciante»? ¿Por qué?

—¡Mueva cielo y tierra! —exclamó Ophelia—. Ustedes son militares —se dirigió al marqués y a Davis—. Deben de estar acostumbrados a organizar y mandar, ¿no?

—Eso tenía pensado hacer, *lady* Ophelia —dijo el coronel, visiblemente dolido por la reprimenda de la joven —. Interrogaré a

los hombres que estén de servicio y averiguaré quiénes tienen permiso.

—Muy bien, estupendo. La próxima reunión será en mi casa —decretó la joven dama—. Seguramente usted, querido marqués, tendría previsto pedir al señor Morrison acompañar a las señoras a cualquier lugar de Londres al que necesiten acudir.

¡Oh, no! Ya estaba claro el motivo por el que Paul Morrison estaba en casa del marqués aquella noche. Pero ¿qué relación tenía con el general?

—Es usted muy sagaz, *lady* Ophelia. Necesito a alguien de confianza que me asegure que mis invitadas llegan sin percances a su lugar de destino. Pero no sabía que se iba a involucrar en la búsqueda que ha traído a estas damas hasta mi casa.

—¡Cómo no me voy a involucrar!

—Todavía no ha terminado la temporada, se la perderá.

—¡Oh, qué tonterías dice! Mientras ustedes buscan, mantendré a estas mujeres entretenidas con eventos sociales. La pobre condesa ha de tener la mente ocupada con distracciones mundanas que impidan que su cabeza se llene de pensamientos negativos.

—No es necesario que se moleste por nosotras —alegó Fabiola.

—No es ninguna molestia —contestó casi con tono autoritario—. Mañana reunión en mi casa de MyFair, por la noche. El coronel nos pondrá al día de sus investigaciones.

—¡¿Un día?! —profirió el coronel preocupado—. Necesito al menos tres, tengo que dar aviso al teniente coronel que estaba bajo mi mando para que mueva a todo un regimiento e interrogarlo.

—¿Están ustedes preparados para la guerra o no? —refutó la duquesa.

La carcajada de Paul Morrison sonó estentórea en aquel salón.

—Querida duquesa, si hubiera sido varón sería un gran militar, de eso no me cabe duda —manifestó, divertido por la situación.

Adriana lo miró extrañada. Le chocaba las confianzas que ese hombre se tomaba con aquellos nobles y, sobre todo, que no hubiera consecuencias para él por parte de los aristócratas. Nadie en aquel salón frenaba su osadía. «Sin compasión, Adriana», recordó las palabras de su padre. No supo por qué aquella situación le hizo

recordar que, desde luego, Umberto De Flaviis no lo hubiera tolerado, y tampoco lo iba a hacer ella. Los ingleses podían tomarse aquello como quisieran, pero ella era una De Flaviis con sangre real en las venas.

—Así es —aseguró la aludida—. Y, por ello, ordeno que mientras esperamos respuesta por parte de estos caballeros, nuestras amigas italianas pasen los días conmigo. —Miró al joven rubio—. Morrison, mañana las acompañará a mi casa.

A Adriana no le agradó en absoluto saber que ese hombre sería el encargado de acompañarlas, pero el tono exigente que utilizó la duquesa con él le pareció mucho más adecuado.

—Sus deseos son órdenes para mí, duquesa —le respondió bromeando.

Nada. Ninguna reprimenda. Ophelia ignoró su tono humorístico.

—Señoras, a las diez estarán en mi casa para ir a Bond Street.

—i*Lady* Ophelia! Me temo que a nuestra joven invitada no le atraen las compras —intervino el marqués.

—No se preocupe —se apresuró a decir Adriana—. Iré con gusto, pero ¿no podríamos ir a Regent Street?

La duquesa abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué se le ha perdido allí? Bond Street tiene las tiendas más exclusivas, no pienso mezclarme con la chusma de Regent Street.

—No exagere, *lady* Ophelia, no le diré como argumento que yo mismo compro allí, pero sé que algunos nobles también lo hacen. Es un lugar muy agradable para pasear —intercedió Paul.

La duquesa lo miró levantando una ceja.

—Yo solo compro en Bond Street.

—Entonces, me veré en la obligación de acompañar a *lady* Adriana a Regent Street en otro momento.

—¡No será necesario! —Casi pierde las formas en su negación, su tono fue más alto de lo normal. ¿Tanto le desagradaba ese hombre?

—¿Lo ve? No será necesario, en cuanto visite Bond Street no querrá ir a otro lugar. Así que mañana el plan es comprar y, tras eso, un almuerzo en mi casa. Otro día iremos a Hyde Park.

Nadie puso ninguna objeción. Lo dispuso todo con tanta convicción que ni siquiera el marqués se atrevió a rebatir nada, y eso que estaba en su propia casa. Las italianas aceptaron el plan: Adriana, a pesar de que no le gustaban las compras; y Fabiola, a pesar de no estar de humor para esos menesteres.

Pasaron al comedor a cenar y prácticamente fue la duquesa quien monopolizó la conversación. De vez en cuando, Paul Morrison introducía una de sus frases ingeniosas entre el soliloquio de la noble dama, y Adriana le dirigía una mirada de disgusto. Verlo como pez en el agua en aquel comedor le molestaba en demasía y se preguntó por qué, ¿no estaba ella por encima de todo eso?

Capítulo 4

La belleza italiana

Londres, 1857



«Chusma», eso era lo que él representaba para las personas como la duquesa de Everleigh. En los círculos aristocráticos lo aceptaban por su relación con el marqués de Bristol, y él, por dentro, reía. No tenían más remedio que admitir a un donnadie salido de Bermondsey, donde las ratas campaban por las calles a sus anchas y las aguas fecales se deslizaban como ríos entre sus edificaciones.

Sí, ese era él: un hombre sin linaje que había conseguido salir adelante gracias a la bondad de una persona agradecida. Ahora la aristocracia británica lo aceptaba en sus salones, no porque hubiera hecho fortuna, sino más bien por su amistad con el marqués, y todos respetaban la idea de que, para el general Brown, Paul Morrison era intocable.

La belleza italiana no opinaba diferente a los demás; sin embargo, no disimulaba su animadversión. Al menos podía reconocerle que era sincera. Ahora era un hombre próspero, pero ni todo el oro del mundo podía borrar sus orígenes y su carencia de linaje. Eso se tiene o no se tiene. Y, al parecer, los nobles italianos no eran distintos a los británicos; solo había que ver la forma en que esa joven sarda lo trataba. Desde el primer encuentro se había mostrado altiva y antipática, como si ser noble la convirtiera en alguien incapaz de mostrarse amable con los demás. Por fortuna, su tía no era así.

Desde el momento en que vio a la joven De Flaviis, supo de qué pie cojeaba. Estaba sentada junto a la catedral, visiblemente molesta por las risas de unos hombres que ni siquiera estaban en un

salón… ¡estaban en la calle! Probablemente, esa mujer no había sonreído en toda su vida. ¡Cuánta belleza y cuánta amargura juntas!

Era un claro ejemplo de que la hermosura física no reflejaba el alma. Tenía que reconocer que no había visto a una mujer más bella que ella, pero después del incidente del agua, sabiendo que compartirían parte del viaje, trató de evitarla a toda costa. Un esfuerzo vano, ahora que sabía cuál era el motivo por el que el general Brown lo había llamado para cenar con sus invitados. Paul nunca preguntaba; si Christopher Brown lo llamaba, acudía sin demora. Y allí estaba, listo para acompañar a las italianas a casa de la duquesa de Everleigh. Ahora bien, no tenía intención de bailarle el agua a la joven, contaba con un escudo infalible que lo protegía de cualquier actitud que menospreciara su persona: un sentido del humor inquebrantable.

Cuando las damas entraron en el salón en el que las esperaba, no le cupo la menor duda, la condesa viuda era una gran dama. Podía incluirla en el grupo en el que estaba el marqués de Bristol: las personas con calidad humana. Se había vestido elegante, pero sin duda, su mejor accesorio fue la sonrisa que le ofreció en cuanto lo vio.

—¡Qué elegancia, señor Morrison! Una levita como la suya me gustaría para mi hijo. ¿La compró en Regent Street?

Paul agradeció aquel gesto que intentaba compensar los desagradables comentarios de *lady* Ophelia de la noche anterior.

—En efecto. —Sonrió—. De una exclusiva tienda para caballeros.

—Pues tendrá que decirme cuál es o acompañarme. Cuando mi hijo aparezca espero regalarle una con la misma distinción que la suya.

—Será un placer. Para cualquier cosa que necesite estoy a su disposición.

Desde luego que lo estaba, la condesa Fabiola le gustaba, no podía decir lo mismo de la joven que la acompañaba. La miró. Con el semblante serio habitual, su sobrina contemplaba la escena. ¡Qué lástima!, si esa mirada violeta observara todo con un poquito más de gentileza, su belleza heriría a más de un corazón, incluido el suyo. Lo mismo tenía que decir de su boca, perfectamente dibujada sobre

el óvalo de su rostro. Su rictus serio espantaba a cualquiera, dudaba de que alguien hubiera sentido el deseo de besar sus labios alguna vez, por miedo a ser mordido.

—Buenos días, *lady* Adriana.

Sus ojos, distantes, pasaron con rapidez por encima de él como si no tuviera ninguna importancia.

—Buenos días, señor Morrison.

Pese a la frialdad de la dama, sonrió con amabilidad, no estaba dispuesto a que le robara su buen ánimo.

—Bien, señoras, ¿listas para pasar una mañana de compras en la zona más elegante de Londres?

—Señor Morrison, ¿usted no tiene asuntos de negocios que atender? —preguntó la condesa—. Creo recordar que nos dijo que tenía cuestiones comerciales con España. Cosas más importantes requerirán de su atención que dos mujeres a las que acompañar.

—No se preocupe, mis negocios están en buenas manos. Mi contable es el mejor, lo dejo al mando cuando me ausento, sabe lo que tiene que hacer. Como el marqués tiene su agenda completa, me ha pedido que me encargue yo personalmente de ustedes.

—¿Es usted algo así como su jornalero? —inquirió la belleza italiana.

—No. Soy algo así como su amigo —contestó manteniendo su sonrisa.

Sabía cuáles eran las intenciones de la aristocrática dama al hacerle esa pregunta, pero no iba a dejar que acabase con el humor y buen talante del que hacía gala siempre y por el que era conocido.

Como era de esperar, de camino a MayFair, Adriana permaneció en silencio mientras Paul y Fabiola conversaban acerca de los negocios del joven. Pronto salió a relucir que la condesa provenía de una familia de comerciantes italianos y que el amor fue lo que hizo que acabara siendo la señora de De Flaviis y por consecuencia condesa.

—Fue duro para mí aprender toda esa serie de reglas que van intrínsecas con el título. El cambio de vida fue radical, pero todo el esfuerzo valió la pena. Francesco y yo tuvimos un matrimonio muy feliz.

—Lo celebro, condesa.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—¿No hay ninguna señora Morrison a su lado?

El joven negó con la cabeza.

—Ni siquiera una madre amorosa. Me crie en *Bramblewood Home for the Needy,* un horrible orfanato del que me escapé a la edad de doce años.

—¡Por Dios! ¡¿Es usted huérfano?! —exclamó la condesa.

—No conocí a mis padres.

Los ojos de Adriana, que hasta el momento observaban a través de la ventanilla, se volvieron hacia él y sus miradas se encontraron durante unos segundos. La joven la apartó con rapidez. Si había reaccionado así fue porque le recordó a su madre, ella también era huérfana por esa parte; hecho que produjo una marca imborrable en su corazón, aunque intentara ignorarla, al fin y al cabo, solo tenía ocho años cuando la perdió.

—¿Y qué hizo cuando se escapó?

—Bueno, el tiempo que viví en la calle trabajé como deshollinador, ladrón, limpiabotas y *mudlark*[3], entre otras cosas.

Al escuchar aquello, la joven volvió a mirarlo, esta vez con los ojos muy abiertos y con un brillo de desprecio bailando en sus pupilas.

—Conociendo sus orígenes es admirable ver todo lo que ha logrado. Tiene que contarme cómo lo hizo.

—Tendrá que ser en otro momento. Ya hemos llegado.

Se apeó del coche y ayudó a las damas a bajar. Cuando le ofreció la mano a Adriana, esta la ignoró y descendió sujetándose en la puertezuela. Paul se tomó con humor su desplante, tal y como venía siendo costumbre desde que se relacionaba con aquella «especie».

Ophelia Kingsley las esperaba con impaciencia en su salón, y eso que llegaron puntuales.

—Tengo el coche esperándonos —les comunicó después de saludarlas—. Usted, señor Morrison, nos acompañará, ¿verdad?

—Tenía intención de encargarme de unos asuntos ahora y volver después a recoger a las damas.

—¡De eso nada! —afirmó la duquesa con tono autoritario, como si el mundo le perteneciese—. Aquí no tengo suficientes lacayos para ayudarnos con las compras. Tendrá que venir.

Fabiola miró con lástima al joven Paul, la humillación no pasaba inadvertida, pero el muchacho parecía no estar afectado.

—Ya sabe, *lady* Ophelia, que por usted lo dejo todo.

Adriana se percató, indignada, de que tras aquel «dejo» se escondía cierta burla, ¿la duquesa no se daba cuenta de que se mofaba de ella?

—Así me gusta —contestó satisfecha. Tenía la errónea idea de que podía disponer de aquel hombre del mismo modo que hacía el marqués de Bristol. Admitirlo en su círculo suponía para ella que él tenía que estar dispuesto a colaborar con cualquier noble que lo necesitara. Bastante suerte tenía ya con ser aceptado—. Bien. Vayámonos.

***

Arquitectónicamente, Bond Street no estaba mal, era amplia y sus edificaciones gozaban de un señorial estilo georgiano, en algunos casos victoriano, pero Adriana sabía que no se podía comparar con Regent Street, a pesar de que nunca había estado allí. Conocía al arquitecto Nash, encargado de su diseño, y se moría de ganas por visitarla, aunque sus tiendas no se pudieran comparar con las de aquella calle, según la duquesa. ¿A quién le importaban las compras? Adriana se aburría profundamente y parecía que su tía tampoco disfrutaba de aquella experiencia, con probabilidad, tenía la cabeza en otro lugar.

Entraron en una sombrerería de la que la duquesa de Everleigh se llevó tres sombreros y les hizo comprar uno a cada una. Después fueron a la joyería, según Ophelia, más prestigiosa de la ciudad.

Normalmente los lacayos se quedaban fuera de las tiendas y solo eran de utilidad cuando salían para llevar los paquetes que

compraban, pero el señor Morrison no era un lacayo con exactitud, era el brazo derecho del marqués de Bristol, así que la duquesa podía contar con él para menesteres que jamás le pediría a uno de sus criados.

—Entre con nosotras, por favor, señor Morrison. —Había implícita en su petición una exigencia que con claridad se apreciaba en el tono que empleó.

—¿Quiere que entre con ustedes, Su Gracia? —preguntó Paul sorprendido.

—Para cuestiones de belleza tan importantes como las joyas necesitamos la opinión de un hombre como usted.

—¿Como yo?

—Ya sabe. —Una sonrisa ladina surgió de los labios de la duquesa—. De esos en los que las mujeres se fijan, quiero saber sus gustos en abalorios femeninos.

Paul se carcajeó.

—¿Desde cuándo soy un hombre de esos, duquesa?

—¿No querrá que se lo ordene? —Surgió su tono autoritario, acompañado del gesto más adusto.

—Por supuesto que no, ya le dije que por usted lo dejo todo.

Adriana observó a la duquesa sorprendida ¡¿Advirtió coquetería en el tono que empleó?! ¡¿Con un hombre que debería ser invisible ante sus ojos?! Ya no solo porque estuviera casada, es que él… era… era… sencillamente no se podía fijar en un hombre de su clase, por muy atractivo que fuera. Esos juegos tan solo se hacían con caballeros de su mismo estatus.

Entraron los cuatro en la joyería. Los brillos de las alhajas no llamaban la atención de Adriana; eso no quería decir que no llevara joyas, una dama de su clase debía tener una buena colección, pero ella siempre se ponía las que pertenecieron a su madre y alguna que otra que su padre le regaló. No solía darle mucho valor a algo que se usase para embellecer a una mujer. Adriana buscaba la belleza en otros lugares.

Aquella pequeña comitiva, encabezada por la duquesa, se acercó al mostrador donde los recibió quien parecía ser el dueño del local. Por aquella sonrisa que les ofreció ya debía de conocer a Ophelia.

—Mi queridísima duquesa, ¡cómo me alegra verla! —Tomó su mano de manera flemática.

—Vengo acompañada por unas amigas extranjeras, la condesa de De Flaviis y su sobrina, *lady* Adriana.

El hombre, de unos cuarenta años, bien vestido y con un bigote poblado, se inclinó reverencialmente, luego miró al joven que las acompañaba.

—¡Oh! Y veo que también nos acompaña el señor Morrison —advirtió con un tono alegre.

¿Era posible que a ese hombre lo conocieran en todos los sitios? Adriana frunció el ceño, cada vez que lo nombraban se ponía de mal humor.

—Ah, sí, le he pedido que nos aconseje.

—El señor Morrison tiene muy buen gusto, estoy seguro de que les será de mucha utilidad.

¿Y conocían su buen gusto en la joyería más famosa de la ciudad? Lo que le faltaba por oír. Se preguntó qué tipo de joya habría comprado y para quién.

Formaron un círculo alrededor de cada una de las gargantillas y pendientes que la duquesa ordenó que le enseñaran. Rubís, esmeraldas y zafiros: todas esas piedras estaban engarzadas en piezas finamente trabajadas en oro. Mientras Ophelia se las probaba, se giraba una y otra vez para conocer la opinión de los demás.

—No sé si pedirle opinión a usted —le dijo a Adriana—. Creo que es demasiado austera en lo que a joyas se refiere —continuó, tomando sobre sus dedos la pequeña cruz que reposaba en el pecho de la joven, era de oro, sin ninguna piedra que la adornase, muy sencilla, y, al parecer, demasiado pequeña para el gusto de la duquesa.

—Era de mi madre —musitó la muchacha quitándosela de las manos.

Esa fue la primera vez que Paul vio algo de humanidad en la inalterable Adriana De Flaviis. ¿Le dolió el comentario fuera de lugar de la duquesa?

—La recuerdo cuando la llevaba —intervino la condesa con voz suave—. Era de sus favoritas. A ella le quedaba tan bien como a ti.

—Pero no puede ir a una fiesta con esa cruz —aseguró *lady* Ophelia—. ¿Es usted la hija de un barón?

Adriana la miró con seriedad y orgullo.

—Por mis venas corre la sangre de los Saboya.

La carcajada de Ophelia le hirió en lo más hondo.

—Vaya, vaya, dos siglos de linaje no es nada, querida —le dijo, poniendo su mano sobre su antebrazo, haciendo alusión al momento en que los Saboya comenzaron su reinado en Cerdeña e ignorando que fueron una casa noble cuyas raíces se remontaban al siglo XI. Pero, aun así, la hija de un barón no puede ir a una fiesta con una simple crucecita. ¿Qué cree que le quedaría bien a una mujer como *lady* Adriana? —preguntó dirigiendo su mirada a Paul Morrison.

El aludido clavó sus ojos cristalinos sobre la joven italiana, no supo por qué, pero se compadeció de ella. Acababa de probar su propia medicina y pudo ver un brillo de humillación en aquellos bonitos ojos.

—Creo que la belleza natural de la señorita De Flaviis sería suficiente para lucir perfecta, aunque si tuviera que ponerle alguna joya optaría, quizá, por el zafiro. A pesar de que no se puede comparar con el violeta de sus ojos, es la piedra que más le va por su intensidad.

Aquel piropo dirigido a la italiana hizo que la barbilla de *lady* Ophelia temblara ligeramente, apenas fue perceptible, pero Paul la conocía lo suficiente como para saber que no le había gustado que le hablara del perfecto físico de Adriana.

—Muy bien. —Se giró hacia las joyas expuestas sobre el mostrador—. Probemos con esto.

La dama tomó una gargantilla adornada con tres zafiros y se dispuso a ponerla sobre el cuello de la muchacha.

—Permítame a mí. —Se ofreció al momento Paul.

Ophelia Kingsley le cedió la joya. Adriana notó el tacto de las yemas de los dedos del señor Morrison sobre su cuello. Fue liviano, pero su piel reaccionó erizándose, cosa que la enfadó. No le gustó verse el centro de las miradas mientras aquel hombre vulgar le cerraba el broche de aquella joya que no tenía ningún interés en

comprar. Ophelia, Fabiola y el propio joyero sonrieron al ver la alhaja emitiendo destellos sobre su piel.

—¡Es perfecta! —exclamó la duquesa.

—Desde luego que sí —añadió Fabiola—. Me la llevo —le indicó al joyero.

—¿Tía? ¡No! No quiero que me la compre —negó con sequedad.

No podía consentir que la «mercadera» le regalase aquella joya.

—Claro que la voy a comprar, te queda perfecta. Es un regalo que te hago.

—No necesito que me regale nada —continuó negándose de manera obstinada.

No le gustaba pensar que la hija de un simple comerciante le hiciese un regalo tan caro como aquel, la situaba por encima de su familia y eso era algo que no podía soportar. «Sin compasión, Adriana», la voz de su padre resonó en su cabeza.

—No puedo aceptar su regalo —comentó de manera adusta—. Quizá usted necesite llevar una joya como esa para recordarle la posición que ocupa. A mí me basta el orgullo de mi linaje, no necesito esas piedras preciosas para saber de dónde provengo y el lugar que me corresponde ocupar.

La parrafada dejó sin habla a la condesa. Solo pretendía tener un detalle con su sobrina, pero debió de suponer que seguía siendo la niña altiva y prepotente que Umberto educó. Sus ojos se fijaron en ella con una mezcla de asombro y tristeza.

—¡Válgame, Dios! Dos siglos de linaje, querida —le recordó la duquesa—. Yo le compraré la gargantilla, la necesita. ¿No me la negará a mí?

—No, duquesa, se lo agradezco. Yo misma la compraré —concluyó con un tono de voz mucho más suave.

Paul Morrison contemplaba la escena atónito, y tenía ganas de coger a esa mujer de la mano y sacarla a la calle para meter su bonita cara en el abrevadero de los caballos. ¿Cómo había hablado así a la condesa? En lugar de eso, introdujo las manos en los bolsillos y le dijo a la duquesa que esperaría afuera, junto a los lacayos. Imaginaba la raíz de la prepotencia de la dama, ya que su tía había sido hija de comerciantes. A Paul no le gustaba esa gente y

no imaginó, después del trato que le había dado la duquesa a ella, que actuaría de la misma manera.

El silencio era incómodo cuando salieron a la calle. No era la primera vez que Adriana actuaba así, pero en esa ocasión salió de la tienda con el recuerdo de Martina navegando en su memoria, como un barquito endeble zozobrando sobre el oleaje de sus recuerdos. Iba y venía, subía y bajaba con el peligro acechante de hundirse del todo, aunque para su angustia no lo hizo, permanecía flotando como una miga de pan en su tazón de leche y, no lo hacía porque Fabiola y su estupor la habían traído de vuelta para torturarla. Ahora, Martina y sus ojos verde oliva la miraban dolidos, igual que los de su tía. No tenía más que recordar a su padre y sus palabras para reconfortarse.

Mientras reanudaban la marcha, pudo sentir la mirada recriminatoria del señor Morrison sobre ella. ¿¡Cómo se atrevía a mirarla de ese modo!? ¡Él! Le molestaba profundamente esa seguridad que irradiaba. En ese mismo instante, ya había recuperado su compostura, y ni él ni el recuerdo de Martina podrían hacerla titubear. Alzó la barbilla y evitó volver a mirarlo.

Pasaron el resto del día en casa de la duquesa, y pareció que todo aquello se olvidó. Fabiola volvió a dirigirse a su sobrina con normalidad, Paul Morrison pudo marcharse a atender sus asuntos hasta la hora de recogerlas, y *lady* Ophelia monopolizó la conversación y organizó la agenda de las mujeres sin contar con su permiso.

Capítulo 5

Regent Street

Londres, 1857

El silencio en el carruaje que los llevaba a casa del coronel Davis era absoluto. Adriana sabía que su tía ya no estaba enfadada, eran muchos los desplantes, a veces velados, que recibía de su familia desde que se casó con Francesco De Flaviis. Estaba más que acostumbrada. Era cierto que Fabiola, al principio, se había sorprendido: por primera vez sus ofensas se producían en público y, además, delante de una duquesa. Pero no, ya no estaba enfadada. Sabía cómo era Adriana, era imposible sacarla del cuadriculado y estrecho retículo en el que su padre la había educado. Su antipatía, con probabilidad, llegaría hasta el fin de los tiempos, aunque a ella le gustaría cambiar esa trayectoria.

La joven, por su parte, se comportaba como si nada hubiera sucedido, con esa vanidad aristocrática que le impedía discernir entre lo que era ser una dama con buen carácter de una que no lo tenía. No entendía que ese orgullo noble rayaba la mala educación.

Se detuvieron frente a una casa de ladrillo rojo, mucho más modesta que la del marqués de Bristol. Paul Morrison descendió y ayudó a bajar a la condesa. Cuando Adriana hizo el amago de levantarse, su tía desde abajo la detuvo.

—No, querida, me voy a reunir yo sola con el coronel. En esta ocasión no hace falta que me acompañes.

Adriana se quedó petrificada, con la mano apoyada en la portezuela, su primer pensamiento fue que tenía que bajar a toda costa. Su padre le había pedido que lo mantuviera informado de todas las pesquisas relacionadas con Carlo De Flaviis a través del

telégrafo. Si la apartaban de esa reunión, ¿cómo lo iba a hacer? ¡Maldita mercadera! La estaba dejando fuera. Empezaba a enfurecerse profundamente, estado que aumentó cuando se dio cuenta de que el señor Morrison subía de nuevo al coche.

—¿Y qué voy a hacer yo? —le preguntó a su tía.

—El señor Morrison te acompañará.

Contempló a su pariente acercarse a la puerta de la casa y llamar. Luego volvió la mirada hacia el hombre que se había sentado frente a ella. Permanecía sereno, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vestía con gran elegancia y la miraba fijamente, sin el menor rastro de incomodidad.

—Me llevará a casa del marqués de nuevo —ordenó.

Paul negó con la cabeza.

—Tengo otros planes.

—Me dan igual sus planes, usted no planifica nada. Yo decido y usted obedece.

La sonrisa simpática de Paul asomó, acompañada de una sutil expresión irónica.

—*Lady* Adriana, aunque le resulte terriblemente difícil dejarse acompañar por alguien tan insignificante como yo, le aseguro que mi plan le va a gustar. —Miró hacia sus manos—. ¿Lleva ese retículo suyo con la libretita? ¡Oh!, veo que sí.

Adriana no le contestó. Levantó una de sus cejas y lo miró con desprecio. «Sin compasión, Adriana, sin compasión».

—¿Cree que porque se vista como un marqués es uno de ellos? ¿Se piensa que la ropa que lleva puede hacer borrar el hecho de que usted no es nadie? Solo es un vulgar ladrón, un huérfano cuyos padres quizá se deshicieran de él porque era demasiado molesto.

—Ayer dejó bien claro cuál era su postura —dijo Paul, sin rastro de malestar por sus desagradables palabras—, cuando habló a su tía como una auténtica grosera sin corazón. No espero que me trate mejor, pero le demostraré que lo que necesita es que alguien sea amable con usted.

—¿Por qué necesitaría yo que alguien que debe ser invisible para mí, sea amable conmigo? Como ya le he dicho, usted no es nadie.

Humo que se diluye en el aire. —Se calló, cruzándose de brazos—. ¡Ah, sí!, y un ladrón —volvió a recalcarle con frialdad.

Paul inclinó su cuerpo hacia delante, acercándose a ella.

—¿Sabe usted lo que es pasar días sin comer?

El rostro del joven estaba muy cerca del suyo, y Adriana pudo notar el aroma a sándalo y cuero que emanaba de él. Por instinto, echó el cuerpo ligeramente hacia atrás, intentando alejarse, aunque tenía pocas posibilidades de poner verdadera distancia entre ambos.

—Sí. Hubo un tiempo en que robé carteras —continuó—, limpié chimeneas y metí los pies en el sucio tarquín de la orilla del Támesis con la esperanza de encontrar algún objeto que pudiera vender para llevarme algo a la boca. Era un niño pobre, sucio… y quizá, el hijo de una prostituta o de una sirvienta, o de alguna desahuciada cuya pareja no quiso hacerse cargo de mí. Pero todo el mundo merece una segunda oportunidad, respeto y ser amado alguna vez. ¿Se siente usted amada, *lady* Adriana, con todo su rango y aristocrático carácter? —La ironía se apreció con claridad en sus últimas palabras.

La italiana puso la mano en su pecho y lo empujó hacia atrás.

—Aléjese de mí.

Giró su rostro hacia la ventanilla con la barbilla levantada, fingiendo que aquella pregunta, lanzada como un dardo envenenado, no le había dolido. Sin poder evitarlo, recordó la primera vez que la mano de Martina tomó la suya.

Cuando aquellos recuerdos la asaltaban, se sentía vulnerable, algo que su padre le había enseñado a no mostrar jamás. Pero esa vez no pudo alejar esos pensamientos. Recordó el frío de las baldosas de la cocina de su casa bajo sus pies desnudos. Hacía tres días que su padre se había encerrado en su habitación y nadie en ese inmenso palacio en el que vivían cuidaba de ella.

Su padre opinaba que el servicio de una casa debía ser invisible para los moradores de esta, y, por lo visto, en aquella ocasión, era ella quien resultaba invisible para todos los demás. Nunca había sentido de manera tan profunda la soledad y el vacío. Vagaba en camisón como un alma en pena entre los pasillos adornados con pinturas de alto valor y esculturas de mármol blanco que la observaban hieráticas. En esos días, la vida parecía haber

abandonado la vivienda de los De Flaviis, aquellos mismos en cuyas venas corría la sangre de los Saboya. A Adriana eso no le importaba entonces; la tristeza azotaba su alma, y ni su linaje podía impedir que la desolación la arrollara.

En ninguna de aquellas enormes salas de su vivienda encontró un hálito de esperanza, solo en esa cocina, al calor de los fogones y entre el olor a especias y aceite de oliva. Allí, una mano amiga envolvió la suya: la de Martina Conti. Sus ojos, de un verde oscuro, se fijaron en los de ella con compasión, y una sonrisa, a la que le faltaba uno de sus incisivos, afloró para darle consuelo y ofrecerle su amistad. Tenía siete años, uno menos que ella, y la recordaba con aquellas dos trenzas que sostenían su pelo castaño oscuro y esas pestañas largas, casi negras, que remarcaban su dulce mirada. Un simple gesto, como el de coger su mano, caldeó su corazón al instante.

—Pues ya hemos llegado —interrumpió sus pensamientos el odioso hombre que se sentaba frente a ella.

Estaba tan inmersa en sus reflexiones que no se percató de que estaban ante esa calle de elegante arquitectura, con esa curva que la hacía tan singular.

—Podrá realizar todos los dibujos que desee —dijo Paul, abriendo la portezuela y saliendo para ayudarla después a ella.

Adriana no dijo nada. Bajó del coche mirando los edificios que se levantaban ante ella. Ni siquiera se dio cuenta de que aceptó la mano de Paul para descender a la calle.

—¿Cómo sabe usted eso?

—La recuerdo perfectamente en París, frente a Notre Dame, y me imaginaba por qué quería venir aquí.

—Es usted muy sagaz —contestó con mofa.

—Ya conozco su pasión, o una de ellas. —Sonrió—. Me encantaría presentarle a John Nash[4], pero me temo que murió hace tiempo.

—Me basta con admirar su trabajo —afirmó, haciendo un recorrido con sus ojos por aquel estilo neoclásico.

Sacó su pequeña libretita y el lápiz y comenzó a dibujar detalles de la cornisa de una de las construcciones que tenía delante. Paul asomó la nariz por encima de su hombro.

—Lo hace usted bastante bien. ¿Desde cuándo tiene esa afición por la arquitectura?

Adriana detuvo el movimiento de su mano para mirarlo a los ojos.

—¿De verdad espera que le hable de mi persona?

—Sé que no va a darme ni un solo detalle, pero tenía que intentarlo. —Su sonrisa afloró armoniosa en el conjunto de su rostro varonil.

Adriana se dio cuenta entonces de que estaba demasiado cerca. Dio un paso a un lado y volvió a dibujar. Cuando terminó aquel detalle, se dispuso a hacer un boceto de la calle flanqueada por los edificios en curva. Mientras tanto, Morrison observaba lo que hacía en silencio. La calle estaba concurrida de gentes que entraban y salían de los comercios o simplemente se detenían a mirar escaparates. A veces, la observaban curiosos, sin entender lo que hacía allí parada, pero Adriana estaba concentrada en su tarea hasta que algo la distrajo.

—¡Señor Morrison!

Un hombre espigado, de unos treinta años, se había detenido junto a ellos y estrechaba la mano de quien la acompañaba.

—¡Parris! ¡Qué agradable coincidencia! ¡Me alegro de verte!

Adriana bajó su cuadernito y observó cómo se saludaban.

—¿Qué haces por aquí? ¿De compras? —preguntó, mirando con discreción a Adriana que permanecía a medio metro de ellos.

—Oh, no. Estoy aquí con *lady* Adriana De Flaviis. —La miró para presentarla.

El caballero le sonrió.

—Este es mi amigo, James Parris —se dirigió a la joven.

—Es un placer —le contestó con un gesto de su cabeza.

—El placer es mío —respondió, a punto de tomar su mano cuando vio que las tenía ocupadas sujetando el lápiz y el pequeño cuaderno.

—Me temo que la señorita De Flaviis es admiradora de la arquitectura —le dijo Morrison a su amigo.

—Oh, ¡vaya! ¡Pero eso que está haciendo es espectacular! —comentó, fijándose en el dibujo que Adriana sostenía en la mano—. Podrías contratarla. —Volvió la vista hacia Paul—. ¿Cómo va el proyecto?

—Hace días que no paso por las obras, pero creo que bien.

Que nombrara la palabra «obras» llamó la atención de Adriana, aunque permaneció muda mientras se producía la conversación entre los dos hombres.

—¿Para cuándo está calculado que se termine?

—En principio, para diciembre, pero con estas cosas ya se sabe, siempre se retrasa.

—Espero que esté a tiempo, es un bonito proyecto.

—Ya tenemos al personal contratado, incluso hablé con Barnardo para pedirle asesoramiento. Así que está todo preparado a falta de que esté listo el edificio.

—Morrison, esta ciudad necesita a más gente como tú. —Le dio la mano y miró a Adriana—. Ha sido un placer conocerla.

Tras su despedida, inició de nuevo sus pasos mientras Paul y ella observaban su espalda durante unos segundos más. Adriana se moría de curiosidad, pero se negó a preguntar. La joven cerró la tapa de su cuaderno y miró con seriedad a Paul.

—Ya nos podemos ir.

Paul Morrison se quedó observándola unos segundos con una sonrisa congelada en su rostro, y, sin mediar palabra, le arrebató el cuaderno y comenzó a escudriñarlo.

—¿Qué está haciendo? —exclamó ofendida—. ¡Devuélvamelo!

Morrison pasaba las hojas observando con atención los dibujos, todos ellos de elementos arquitectónicos o esculturas.

—Muy cierto. —Levantó la mirada y le devolvió el bloc—. Podría haber colaborado en las obras que estoy haciendo, lástima que ya esté todo diseñado. ¿Le gustaría venir a ver el edificio y darme su opinión?

—No pienso ir a ningún sitio con un ladrón —contestó, arrebatándole con brusquedad el cuaderno de la mano.

Volvió a quedarse callado, con esa expresión jovial mientras la contemplaba. Entonces dio un paso hacia ella y, acercándose más de lo normal, le habló:

—Algún día se dará cuenta de cuán equivocada está, y entonces me desvelará sus secretos, incluido el motivo por el que se empezó a sentir atraída por la arquitectura.

Adriana abrió la boca sorprendida por el atrevimiento de aquel hombre.

—De verdad que no entiendo cómo le consienten este tipo de comportamiento. No sé por qué el marqués de Bristol le tiene tanto aprecio.

—Con toda probabilidad, alguien como usted no podría comprenderlo nunca. —Dio un paso atrás, poniéndose serio—. La llevaré de vuelta a casa del general.

No volvieron a hablar y durante todo el trayecto Adriana no pudo dejar de pensar con fastidio en la apreciación que la duquesa de Everleigh tenía de ese hombre. ¿De verdad lo consideraba uno de esos en los que las mujeres se fijaban? Le molestaba profundamente estar pensando en ello, así que se dispuso a fijar su atención en los edificios de las calles por las que transitaban. Cuando el coche se detuvo, Adriana no tuvo más remedio que mirar a su acompañante. La intimidó la expresión de los ojos de Paul puestos en ella, eran analíticos y serios. Desde que lo conocía no había visto en él esa forma de mirarla tan indescifrable. Él se apeó del carruaje sin decir nada y le ofreció la mano para ayudarla a bajar. No supo por qué la aceptó esta vez. La acompañó hasta la puerta y, cuando la abrieron, se despidió.

Capítulo 6

Un paseo por Hyde Park

Londres, 1857



La mejor amiga de la duquesa de Everleigh era la vizcondesa de Wetherby, Cordelia Langston. Una mujer de unos veinticinco años, de pelo oscuro y rasgos regulares, aunque a Adriana no le pareció especialmente bella. Las presentaciones se hicieron en el punto de encuentro que habían acordado en Hyde Park. Fabiola y Adriana, acompañadas por el señor Morrison, llegaron puntuales. Por supuesto, Paul Morrison conocía a Cordelia. Parecía que ese hombre era el entretenimiento favorito de la alta sociedad británica.

—¡Cuánto tiempo sin verle, señor Morrison! —exclamó la mujer visiblemente contenta.

—Mucho —respondió besando su mano—. La empezaba a echar de menos, vizcondesa.

La mujer le devolvió un golpecito juguetón en el antebrazo, sonriendo con coquetería.

A Adriana le hubiera gustado poner los ojos en blanco, aquello le parecía nauseabundo. ¿Es que todas las mujeres aristocráticas iban a coquetear con él? Ya venía bastante enfadada, después de que su tía no le hubiera contado nada de su reunión con el coronel Davis y sus muchachos, como para tener que soportar aquel espectáculo que le daba grima.

—¿Ha estado ocupado con sus proyectos?

—Con mis proyectos y acompañando a estas bellas damas. —Señaló a la condesa y a Adriana.

—El general le da mucho trabajo. —Un nuevo golpecito en el antebrazo.

—En absoluto, está siendo un placer servirlas.

Un cumplido que Fabiola agradeció con una sonrisa sincera y Adriana recibió sin emitir gesto alguno. Parecía que iba a tener que soportar el pasear con ese hombre, pero le ofreció el brazo a su tía y se separaron un poco del grupo, seguidos de una Cordelia Langston que parecía apresurada por alcanzarlos, mientras llamaba al señor Morrison para que la esperaran. Adriana lo agradeció con alivio, había algo en él, más allá de su baja condición, que la perturbaba.

—¡Válgame Dios! Mire cómo corre tras ellos, llamándolo a gritos —le dijo Ophelia, mientras se cogía a su brazo—. ¿No cree que se pone en evidencia? ¡Qué vergüenza!

Adriana la miró confundida. La vizcondesa de Wetherby, ¿no era su amiga? ¿Por qué aprovechaba su ausencia para hacer ese comentario desagradable?

—Desconozco sus costumbres, no sé si es habitual perseguir a un hombre como el señor Morrison.

Ophelia Kingsley se detuvo en seco haciéndola trastabillar a ella.

—No es normal hacerlo del modo en que lo hace —susurró, acercándose a su oído para que nadie oyera lo que tenía que decirle —. Todos sabemos que muchas mujeres viudas buscan a menudo consuelo en brazos masculinos, pero, ¡por Dios! Debería ser más discreta.

—¿Me está diciendo que la vizcondesa siente interés por ese hombre sin linaje?

—Está claro que pretende ocupar su cama —soltó con malicia—. Sus ojos no han visto lo que han podido ver los míos, ni sus oídos lo que yo he escuchado. Esa mujer anda desesperada tras el señor Morrison.

—¡Eso es inconcebible! Una mujer con su estatus no puede correr tras un hombre de orígenes tan inciertos. ¡Ni siquiera sabe quiénes son sus padres!

Todo aquello se salía de los esquemas que, desde niña, le habían trazado.

—Pero qué inocente es usted, *lady* Adriana. Nuestra amiga ya no necesita un buen partido, ni nadie con título. Goza de una buena

posición social. Ella no quiere un matrimonio, solo busca un buen ejemplar.

Los ojos de la joven se abrieron, escandalizados. No por el hecho de que *lady* Cordelia Langston buscara los favores carnales de un hombre, sino porque ese hombre provenía del arroyo. Su expresión provocó la risa de la duquesa.

—No se alarme tanto, es algo bastante habitual. La diferencia es que debe hacerse con discreción… no como lo hace Cordelia.

—¿Ella y el señor Morrison son amantes? —preguntó con naturalidad; incluso su tono fue formal. Sin embargo, en ese mismo instante se cuestionó qué la había llevado a realizar una consulta tan indiscreta.

—¡Eso quisiera ella! El desespero con el que lo persigue y coquetea me hace pensar que no ha logrado su objetivo. —La miró con fijación, sonriendo—. Me lo hace pensar a mí… y a medio Londres. —Ophelia volvió la cabeza hacia el trío que se alejaba paseando—. No la ha visto usted en otras ocasiones. Bochornoso, sencillamente bochornoso. En el baile que dio la duquesa Ellsworth, lo tomó del brazo y lo arrastró hasta la pista, obligándolo a bailar. No deja de alabar su físico en público de manera grotesca. ¿Quién actúa así? Desde luego, una señora no —cerró su discurso con indignación.

—Disculpe, duquesa…, ¿*lady* Cordelia no es amiga suya?

El rostro de la duquesa pasó de la seriedad a una sonrisa pícara.

—Yo no tengo amigas, querida mía. En esta ciudad una no se puede fiar de nadie; pero sí debes llevarte bien con todos, o al menos aparentarlo.

Ese comentario le hizo pensar en lo raros que eran los ingleses, fingían llevarse bien entre ellos y ser amables con personas de más baja condición. Demasiada hipocresía para su gusto. Ella al menos era sincera, y se dirigía a los demás tal y como lo sentía en cada momento.

Ophelia miró al frente y tiró de su brazo para reanudar la marcha. Adriana, al dirigir sus ojos en la misma dirección, pudo ver cómo Cordelia Langston se había aferrado al otro brazo del señor Morrison. Los tres caminaban, pasando por delante de un grupo de castaños de indias.

El parque estaba lleno de paseantes que saludaban a la duquesa y miraban con discreción a la joven que la acompañaba, con probabilidad, preguntándose por su identidad. La muchacha los ignoró. Fijó la vista en la espalda del caballero que acompañaba a su tía y a la otra mujer. El señor Morrison tenía la constitución de un hombre criado en un barrio como Bermondsey, o al menos eso imaginó Adriana. Pensó que, para sobrevivir allí, uno debía tener una apariencia intimidante, y lo cierto era que su envergadura y la anchura de sus hombros se la daba. Sus manos, poco delicadas, parecían capaces de retorcer cuellos con facilidad. Sin embargo, vestido como un aristócrata, poseía una elegancia que podía engañar a cualquiera. Con los ojos aún fijos en él, su mente comenzó a llenarse de una curiosidad que le costó contener.

—¿Cuál es el proyecto que tiene el señor Morrison en marcha?

—¡Adivínelo! —replicó Ophelia juguetona.

—Sé que se trata de un edificio, pero no se me ocurre qué podría ser. ¿Una fábrica? ¿Un almacén tal vez?

La duquesa soltó una risita discreta.

—Construye un orfanato. ¿Qué otra cosa podría hacer un hombre como él? Ahora que lo tiene, ha invertido mucho dinero en el proyecto; además, aprovechando su relación con el marqués de Bristol, ha estado recaudando fondos entre gente influyente para edificar el mejor lugar para los niños. Incluso ha contado con la ayuda de Thomas John Barnardo.

—¿Quién es Barnardo?

—Creo que es un médico dublinés que ha fundado numerosos orfanatos en Londres. Su labor consiste en crear un lugar lo más parecido posible a un hogar para esos pequeñines bastardos; incluso ha diseñado programas para enseñarles oficios y que puedan tener una profesión cuando se hagan mayores. Mi marido aportó una buena suma para su construcción. Hay que ser generosos y hacer obras de caridad.

Adriana se quedó callada unos segundos, observando al trío que caminaba por delante de ellas.

—¿Qué relación tiene el señor Morrison con el marqués de Bristol? —Como ya había empezado a indagar, quería llegar hasta el

fondo—. No me explico cómo el general puede tener una amistad con él.

Ophelia se paró de nuevo y la miró con aquellos ojos oscuros escrutadores.

—No tendrá usted un interés especial en nuestro señor Morrison, ¿verdad? Con una Cordelia ya tenemos suficiente.

A Adriana le pareció que estaba enfadada.

—¿Cómo puede pensar eso? Jamás me fijaría en ese hombre.

Ophelia frunció el ceño como si desconfiase de sus palabras.

—Eso mismo he oído decir a varias muchachitas aristocráticas, aunque sus miradas delataban lo contrario. —La expresión de la duquesa se tornó amenazante, cosa que sorprendió a Adriana—. El señor Morrison es producto inglés, aunque venga de Bermondsey. Es inalcanzable para cualquier extranjera.

La italiana no podía creer lo que acababa de escuchar. No soportaba que la menospreciasen, pero estando por encima de ella en posición social, no osó rebatirle nada, así era como la habían educado. Se mordió la lengua y se preguntó si no sería Ophelia Kingsley la que sentía interés por Morrison. ¿Acababa de marcar su territorio?

—Si yo tuviera interés por un hombre así, sería tan hermética y lo llevaría tan en secreto que ni usted misma lo sabría.

—Oh, sí, sería vergonzoso para alguien que tiene sangre de los Saboya en las venas, ¿no es así? —Cambió de humor, riendo con cinismo.

No le gustó que la duquesa se burlara de ella de ese modo, su linaje era el orgullo de los De Flaviis, pero, de nuevo, calló.

—Y ahora ¿quiere que le cuente la historia de la amistad que hay entre nuestro marqués y el señor Morrison? Es de lo más entretenida y estoy segura de que le va a encantar, tanto como a mí contársela.

Capítulo 7

De ladrón a héroe

Londres, 1857

Paul Morrison prefería mil veces la compañía de Cordelia Langston a la de Ophelia Kingsley, ¿quién podía fiarse de esa mujer? No sabía si era buena idea dejar a la altiva italiana cerca de la reina de la alta sociedad británica, y a solas. Juntas eran una mezcla de soberbia explosiva. Ophelia creía poseer el mundo, y en ese mundo estaban todos los que pululaban a su alrededor, incluido él. Lo que esa mujer no sabía era que Paul preferiría volver al barrio de donde procedía, antes que dejarse mangonear por ella. Paul Morrison no tenía puesto un precio y jamás se dejaría comprar por ninguno de aquellos remilgados hipócritas, y eso lo convertía en un hombre libre. Solo el marqués de Bristol merecía sus respetos. Recordaba con toda nitidez aquel día lluvioso, el que lo cambió todo.

Se encontraba junto al río. El olor a putrefacción, al que su nariz estaba acostumbrada, se había intensificado con la lluvia. Sus pies, hundidos en el lodo, se movían lentos, mientras que con un palo removía aquella masa de barro, algas y todo tipo de basura inmunda.

Aún no era un hombre, tan solo contaba con catorce años, pero su constitución ya era fuerte y le era más fácil revolver en el lodo en profundidad. Algo brilló a la luz de las farolas del Puente de Londres, bajo el que se hallaba, e intuyó que su suerte acababa de cambiar cuando vio la cadena dorada enredada en su palo. Tiró con cuidado para no perder el objeto que acababa de encontrar y, con las manos, lo fue desenredando hasta sacarlo del fango.

Su sonrisa se dibujó al instante en su rostro cuando descubrió un reloj, al parecer de oro. Era de bolsillo, con la tapa rota. Sin duda, se le debió de caer a alguien desde el puente. Comenzó a reír a carcajadas, pensando en la comilona que se daría después de venderlo, sin imaginar que la suerte de aquella noche no dependería de ese fantástico hallazgo, sino del cuerpo que en esos momentos caía a gran velocidad desde el puente a las frías aguas del Támesis. Se sobresaltó al ver a esa mujer precipitándose al vacío hasta caer a unos metros delante de él. Si el impacto no la había matado, lo harían las corrientes del río que la arrastrarían hacia abajo. Paul sabía que eran muy traicioneras. Desde el lugar en el que se encontraba observó que la mujer no se movía. Si estaba inconsciente se ahogaría sin remedio, así que, ante la posibilidad de que pudiera estar viva, se lanzó al río. El reloj de oro cayó de nuevo al lodo al precipitarse sobre las aguas. Nadó, luchando contra las corrientes que lo querían llevar en otras direcciones y, con sumo esfuerzo, llegó hasta el cuerpo que flotaba bocabajo.

El muchacho le dio la vuelta y pasó el brazo por debajo de una de las axilas de la mujer. Por los pendientes que llevaba, dedujo que ostentaba una buena posición, y se preguntó qué haría allí y qué le habría pasado. Era menuda, y la tarea de llevarla hasta a la orilla no debería de ser tan complicada, pero mientras braceaba con todas sus fuerzas, el flujo potente de agua lo intentó engullir, haciendo que un buen trago del líquido descompuesto llegase hasta su gaznate. Escupió en cuanto emergió a la superficie. La lucha contra la fuerza del río parecía en vano, apenas avanzaba y fue inevitable tragar más agua. Llegó exhausto al barrizal que se formaba en la margen, la depositó bocarriba y él cayó rendido a su lado.

Todavía no podía recordar cómo los brazos de un hombre y su lacayo lo sacaron de allí para llevarlo a su casa. Despertó en una habitación sacada de un sueño; las sábanas tenían un olor herbal con un toque de óleo, y en cuanto abrió los ojos, una señorita que estaba sentada en una silla se levantó para ponerle la mano en la frente.

—¡Señor! ¡El joven ha despertado! ¡No tiene fiebre! —Salió dando gritos de la habitación.

Aquella mujer era una enfermera que Christopher Brown había contratado para cuidarlo. Un brote de cólera, contraído en aquel río infecto, casi se lleva a Paul al otro mundo. El marqués de Bristol entendió que aquel muchacho había arriesgado su vida por salvar la de su esposa y no preguntó de dónde venía, lo cuidó como un ser humano que era. Fue así como Paul pasó de ser un joven que a veces robaba para comer, a ser un héroe.

Aunque la alegría del marqués no fue duradera, poco tiempo después el cólera sí consiguió vencer a su esposa. Paul llegó a sentirse culpable por no haber logrado salvar a aquella mujer, así que el general, con la herida recién abierta de su pérdida, le relató la verdad. Amelia Brown, marquesa de Bristol, no cayó accidentalmente de aquel puente, se tiró deliberadamente. No era la primera vez que lo intentaba, y en varias ocasiones su esposo frustró sus planes, pero en aquella ocasión no llegó a tiempo. La vio precipitarse al río y, desde arriba, observó cómo aquel muchacho, salido de la nada, se convertía en su esperanza. Si el marqués de Bristol desveló aquel secreto inconfesable a aquel muchacho, fue porque ya tenía claro que el destino de ambos se había unido por la locura de su esposa.

Sin hijos con los que compartir el dolor de su pérdida, decidió que aquel muchacho de buen corazón sería el suyo. Le ofreció estudios que aprovechó y dinero para emprender. Paul le devolvió penique a penique todo lo que invirtió en él, cosa que hizo que aún confiara más en el joven. Desde entonces, Paul Morrison se convirtió en el brazo derecho del general Brown. Ambos se sentían agradecidos. Doce años después, nadie se atrevía a rechazar al hombre que salvó a la esposa de lord Christopher Brown, marqués de Bristol, miembro del Consejo Privado[5]de la reina. El general era demasiado influyente como para que alguien intentara evitar que su pupilo, Paul Morrison, no pisara sus ilustres salones. Y allí estaba él, para todo lo que necesitara cuando los asuntos de Estado lo mantenían ocupado.

Se detuvo con sus acompañantes para volverse hacia atrás. Ophelia Kingsley caminaba del brazo de Adriana, al parecer haciéndole confidencias. Solo le faltaba esa mujer para llenar la cabeza de más arrogancia a aquella orgullosa italiana.

Cuando se reunieron con ellos, los ojos de la sarda se fijaron en él de manera enigmática, no sabía qué era, pero algo había cambiado en su expresión, y, por un momento, se quedó observando los destellos tornasolados de sus iris violetas. ¿De qué habrían hablado? ¡Bah! No le importaba. Nada que tuviera que ver con esas dos mujeres podía interesarle.

Apartó la mirada de ella, antes de que la joven lo hiciera, acto que la mujer podría haber interpretado de cobardía por su parte, aunque en esa ocasión no lo retaba con su mirada. ¿Era posible que hubiera un punto de serenidad en Adriana?

Volvió la atención hacia Cordelia, quien lo invitaba a observar un mirlo posado en una rama.

—Precioso, *lady* Langston. ¿No le parece, condesa? —Invitó a Fabiola a participar en la conversación. Desde la reunión con el coronel Davis, andaba alicaída. Era evidente que su pesar se debía a la desaparición de su hijo. Con toda probabilidad, no había noticias de él.

—Es un ave preciosa y me consta que su trino es especial.

La duquesa miró al pájaro con el ceño fruncido y luego dirigió su atención hacia la vizcondesa.

—Por favor, *lady* Cordelia, deje de desviar nuestra atención hacia nimiedades. No estamos para esos asuntos. —Ophelia miró a Fabiola —. La condesa de De Flaviis tiene cosas importantes en las que pensar y esta noche, durante la cena, trataremos temas más serios y nos podrá poner al día de cómo va su búsqueda. Estoy impaciente por conocer sus progresos.

Adriana la miró asombrada, ahora que la conocía un poco más, se daba cuenta de lo segura de sí misma que estaba. Se coronaba reina de cualquier situación, incluso de aquella en la que debía mostrarse más discreta. Después de cómo le había hablado, Adriana se sentía irritada. No es que fuera defensora de su tía, pero si su señor Morrison era un producto británico, y por tanto solo asunto de

los ingleses; su primo Carlo lo era italiano, era ella la que había puesto esas normas. Así que, por muy duquesa que fuera, ¿qué hacía metiendo su nariz respingona en un asunto que no le concernía? «¿O es que el imperio británico tiene derecho a todo?», pensó ofendida.

—Por supuesto, la mantendré al día —respondió la pobre mujer.

—Sé que nuestros oficiales ingleses están preparados para cualquier eventualidad. Su hijo aparecerá. ¿No cree eso, señor Morrison?

—Desde luego, sé que harán todo lo posible por encontrarlo, aunque será mejor que ese asunto lo dejemos para la condesa y los oficiales que la están ayudando.

Por primera vez, Adriana se alegró de la intervención de aquel hombre carente de estirpe.

Capítulo 8

La cena

Londres, 1857

El calor de la mano de Martina se había aferrado a su memoria en las últimas horas. La notaba vívida sobre su piel, cogiéndose a ella con delicadeza y camaradería. Martina…

Su vuelta la llenaba de incomodidad, porque ponía en peligro la base de todo aquello en lo que creía y que le había enseñado su padre. ¿Por qué? ¿Por qué estaba ahora con ella? ¿Por qué había regresado del pasado? ¿Qué la había hecho emerger?

Molesta con aquellas sensaciones, se sentó a la mesa ataviada con un vestido de noche del mismo color de los zafiros que lucía en su escote. Su nueva gargantilla hizo que Cordelia Langston se fijara en ella.

—¡Dios mío, *lady* Adriana! Ya había reparado en su belleza, pero esas piedras que lleva hacen que sus ojos resalten aún más.

No esperó aquel cumplido tan amable por parte de esa mujer, y una ridícula sonrisa emergió a sus labios, poco acostumbrados a mostrarla.

—Es usted muy amable. Su vestido también le sienta muy bien.

Hacer cumplidos no era la fortaleza de Adriana y se sintió incómoda, rodeada de todos los que estaban en aquella mesa: su tía, el general Brown, su amado pupilo, Cordelia y Ophelia.

—Estoy muy de acuerdo con las dos —señaló el marqués de Bristol—. ¿No opinas lo mismo, Paul?

El aludido dirigió la mirada a las damas y asintió como distraído.

—Muy de acuerdo.

Parecía que el señor Morrison no estaba muy ocurrente esa noche.

—¡Válgame Dios! ¡Qué descortesía! —se quejó la anfitriona—. Se sientan a mi mesa y solo se les ocurre alabar la belleza de mis invitadas, excluyéndome a mí.

—*Lady* Ophelia, sentimos haberla lastimado. Es evidente que el color del vestido que lleva realza su profunda mirada —quiso reparar el daño lord Christopher.

—Se agradece —dijo secamente—. Bien, cambiemos de tema —ordenó mirando a la condesa de De Flaviis—. ¿Cómo fue la reunión con el coronel Davis? —preguntó sin importarle lo que aquella mañana le había dicho Paul Morrison.

Fabiola sonrió con tristeza, era evidente que no deseaba hablar en público del tema, pero con un hilo de voz complació a la duquesa:

—Ninguno de los muchachos con los que me entrevisté conocía a mi hijo. Varios habían luchado con oficiales sardos, pero por su descripción no eran Carlo.

—¿¡Nada!? —exclamó.

—Aún hay algo de esperanza. Mañana me entrevisto con dos jóvenes más.

—Espero que tenga mucha suerte —terció Morrison.

La condesa miró al joven conservando esa sonrisa, cuyos músculos parecían hacer un esfuerzo inmenso por mantener.

—*Lady* Ophelia, entiendo su sincera preocupación —intervino Adriana, recordando las palabras que le había dicho esa mañana y que se habían grabado a fuego en su mente—, pero estoy segura de que mi tía no desea hablar de un asunto que para ella resulta angustioso. Obligarla a hacerlo no creo que sea una buena idea.

No fue grosera ni utilizó su falta de compasión, como cuando trataba con otro tipo de gente, tal y como le enseñó su padre; aunque le hubiese gustado responderle de otra manera. Ophelia Kingsley, duquesa de Everleigh, se le había atragantado.

—Ni siquiera yo estoy al corriente de las cosas, y eso que quizá me convierta en la esposa de mi primo.

Fabiola estaba tan deprimida que no fue capaz de rebatir el argumento de su sobrina. Y, en cierto modo, la alivió que la joven interviniera. No tenía ninguna gana de poner en común los pasos infructuosos que estaban dando en la búsqueda de Carlo.

—En ese caso, ¿qué tal si hablamos de la colección de pintura que nuestra duquesa tiene en su salón? —medió el marqués para evitar la furia de la anfitriona y que aquello se pudiera convertir en una batalla campal. Conocía muy bien a *lady* Ophelia.

—i¿Qué me importan a mí las pinturas?! Las compró mi esposo, y considero que el trabajo de pintor está sobrevalorado. ¡Nos costaron una fortuna! Hay por ahí un montón de *manchatelas* viviendo de lujo a mi costa —soltó con todo su veneno.

Adriana la miró con la frialdad que acostumbraba a usar a todo aquel que no consideraba digno de ella, pero no abrió la boca. Era otra opinión de esa mujer que la ofendía. Su familia llevaba siglos ejerciendo de mecenas de artistas italianos. El arte formaba parte de su modo de vida.

—En ese caso, seremos solo *lady* Adriana y yo quienes visitemos la National Gallery mañana, cuando la condesa acuda a su reunión. —Pareció que Paul Morrison se unía a Adriana en contra de Ophelia—. El marqués estará ocupado con la reina y, a no ser que la vizcondesa nos quiera acompañar…

—¡Me encantaría, pero no puedo! Mañana viene el hijo de mi difunto esposo. Tengo que organizar varios eventos para celebrar su llegada.

—Estoy segura de que lo pasará muy bien, hay mucho compatriota suyo colgado de las paredes —contestó la duquesa, mirando a la sarda.

—Disfrutaremos mucho los dos —apuntó Morrison, sonriendo y dirigiendo sus ojos hacia la italiana, buscando confirmación.

Adriana lo observó algo confundida. Responder afirmativamente suponía aceptar una alianza con el inglés en contra de esa mujer. ¿Deseaba aquello?

—Seguro que sí. —Sus labios parecieron abrirse solos para pronunciar esas palabras.

Y después de aquello, la joven pensó que se miraron más tiempo del que debían, reparando, en aquel momento, en que sus ojos, además de aquel azul cielo, tenían matices verdosos. Inmediatamente después, las palabras de la duquesa de aquella mañana, chismorreando sobre Morrison, regresaron a su mente de nuevo y, apartó la vista rápidamente. Encadenada a esa reacción, volvió a sentir el calor de la mano de Martina sobre la suya. Se trasladó de inmediato a la cocina de su casa, al sabor delicioso de esas migas de pan con leche y miel que compartía con aquella niña. Recordó la sensación de plenitud y alivio al sentir su estómago saciado, después de que su paladar se deleitara degustando aquel sencillo plato.

Ajena a la conversación que continuaba discurriendo, se dio cuenta de una cosa: ¡era él! ¡Paul Morrison era el que la traía de vuelta a su mente! ¡Era él el responsable de que Martina regresara a sus pensamientos! Morrison hacía que sus ideas se tambaleasen. ¡Eso no podía ser! «Sin compasión, Adriana, sin compasión», el eco de la voz de Umberto De Flaviis la recompuso de nuevo. La debilidad no era cosa de su familia.

Cuando el servicio pasó a recoger los platos ya vacíos, ella volvía a ser la de antes. No podía permitirse una amistad con ese hombre. Él no era digno de una De Flaviis.

En el salón donde se reunieron tras la cena se exhibían varios cuadros de esos que la duquesa no apreciaba o no sabía apreciar. Los miró sin disimulo, sin abrir la boca. Se dio cuenta de que el marqués la estaba observando. Le guiñó un ojo disimuladamente, dándole a entender que a él también le gustaban. Una vez sentados en los sofás del centro de la estancia, la duquesa hizo que una doncella sirviera unos pastelillos para endulzar la charla que se suponía debía tener lugar. Luego desapareció.

—Entre los eventos que tengo previsto organizar, hay un baile en honor a mi hijastro. —La primera en hablar fue Cordelia—. Me gustaría invitarles cuando todo esté preparado y sepa las fechas.

Todos sonrieron, pero fue Ophelia la que contestó antes que nadie:

—La ayudaré con todo, a ver si casa pronto a ese joven.

—Yo estaré encantada de que me preste ayuda, duquesa. ¿Qué me dicen ustedes? —habló para los demás, aunque tan solo miró a Paul Morrison. —¿Asistirán?

—Por supuesto —aceptó Paul.

La sonrisa de Cordelia se agrandó.

—Usted es imprescindible, señor Morrison, será el reclamo para todas mis amigas —comentó con coquetería, cosa que hizo que Ophelia pusiera los ojos en blanco sin disimulo.

Los demás accedieron también a la invitación, aunque *lady* Langston no apartó la mirada de Paul.

—Creo que lo mejor es que el baile se haga en su casa de campo, en ese salón acristalado que da a la explanada del sur, cerca del lago —propuso la duquesa.

—Yo había pensado hacerlo aquí, en Londres. Ahora casi todo el mundo está en la ciudad y así no estarían obligados a desplazarse.

—Tonterías, es mucho mejor lugar su casa en el campo —repuso, sin darle opción a replicar, porque enseguida dirigió su vista a la condesa—. Sería estupendo que su hijo hubiera aparecido ya y poder contar con él. —Adelantó su cuerpo para coger uno de los pastelitos que había sobre la mesa.

Aquella falta de tacto hizo que Adriana, sentada justo a su lado, volviera la cabeza hacia ella con asombro. «¿No habíamos quedado en dejar el tema de Carlo a un lado?».

—Nada me haría más feliz. Aunque, si lo encontramos, no sé en qué condiciones estará, tanto física como…

—¡Oh! ¡Válgame Dios! —la interrumpió cuando el pastelito que comía derramó la crema del interior hasta sus *slippers*—. ¡Qué contrariedad!

Sacó un pañuelo del pequeño bolsillo y se lo dio a Adriana.

—¡Límpielo, rápido! —exigió.

Una de las cejas de Adriana se levantó, mostrando su incredulidad.

—¡De lo contrario, quedará marca! —continuó, dejando su pañuelo en la mano de la joven.

—Permítame a mí. —Se levantó Morrison de inmediato para evitar que Adriana limpiara los zapatos de la duquesa.

—Ella está más cerca. ¡Hágalo!

Adriana se agachó con el pañuelo en mano y, mirando la campañilla que había sobre la mesita para llamar a la doncella, pasó el pañuelo por los *slippers* de Ophelia, con el ceño fruncido. Después, poniéndose en pie, le devolvió el pañuelo manchado.

—Pero, ¿qué hace? Déselo a mi sirvienta.

Hizo sonar la campanilla y al poco tiempo apareció la muchacha que había organizado la mesa con los dulces.

—Llévate ese pañuelo y trae un poco de soda —le ordenó a la chica.

Adriana le dio el lienzo y no volvió a sentarse.

—Si me permite, duquesa, voy a admirar los cuadros que compró su esposo.

Se encaminó hacia el extremo del salón con la sangre Saboya hirviendo por sus venas. Se detuvo ante uno de esos paisajes bucólicos, ordenado y medido en su totalidad. Simetría y equilibrio del clasicismo, completamente contrapuesto a cómo se sentía. Al poco rato, sintió la presencia de Morrison a su lado. No lo miró.

—¿Está usted bien? —preguntó con los ojos fijos en el cuadro.

—Perfectamente —respondió, girando su rostro hacia él con esa ceja alzada que mostraba su orgullo. Aunque Paul sabía que estaba herida.

—Siempre aparece alguien que se considera mejor que nosotros, ¿eh?

Adriana no respondió; sus ojos se posaron con seriedad en el hombre a quien, por sus orígenes, solía considerar inferior. Revisó sus facciones varoniles: su nariz recta y la barbilla angulosa, marcada por una pequeña hendidura que formaba una «y».

—La duquesa es una experta en humillar a las personas de las que se siente celosa.

La expresión de Adriana mutó hacia la sorpresa.

—¡¿Celosa?! ¿Qué tengo yo que no tenga ella?

—Es usted orgullosa, humilla a los demás con la misma facilidad con que lo hace ella, pero hay algo de lo que ella carece y

usted tiene a raudales.

—¿Se puede saber qué es eso?

—Belleza.

Por primera vez, la joven sarda se quedó sin palabras y apartó la vista de él.

—¿Recuerda el día en el que estábamos en la joyería? —continuó.

¡Cómo olvidarlo! Fue ella quien humilló a su tía. Adriana asintió, volviéndolo a mirar.

—Casi se muere cuando la alabé. Si quiere, podemos divertirnos un rato a su costa, aunque no le garantizo que no vuelva a intentar dejarla en mal lugar. ¿Lo hacemos? —La sonrisa de Paul emergió, traviesa, formando unas finas líneas en la comisura de sus labios. Nunca se había fijado en ello.

La italiana asintió.

—*Lady* Adriana —alzó la voz para que todos lo oyeran—, concuerdo con usted en lo que respecta al estilo del cuadro. Es usted una mujer inteligente, además de hermosa. Será un placer que me ofrezca su visión de las obras que hay en el comedor.

Le brindó su brazo y, sin decir nada a los asistentes, desaparecieron del salón.

Nunca pensó que saldría de un lugar del brazo de ese hombre sintiendo regocijo, pero así era. Imaginar la cara de su anfitriona viéndola abandonar el salón con «su producto británico», le hacía alegrarse.

Una vez en el comedor, la carcajada del señor Morrison emergió de su garganta llenando la estancia. Adriana consiguió que sus labios se estiraran solo un poco, aunque por dentro se sentía muy bien.

—Me temo que no solo hemos herido a Ophelia, Cordelia debe de estar también decepcionada.

—Sí. Lo siento por ella —admitió Adriana.

Se miraron durante unos segundos en los que volvieron a la seriedad y, una vez pasada la euforia, admiraron los cuadros en silencio. Mientras lo hacían, la mano de Martina volvía a coger la suya en su memoria, y no supo qué fue, pero en un arrebato de

sinceridad le confesó al señor Morrison algo que no le había dicho nunca a nadie:

—Sí sé lo que es pasar días sin comer.

Morrison abrió los ojos, creyendo que había entendido mal.

—¿Qué? —inquirió confuso.

—El otro día me preguntó si sabía lo que era pasar días sin comer. Pues sé lo que es.

La miró con fijación, esperando a que se explicara.

—Cuando murió mi madre, siendo niña, mi padre se olvidó de mí.

—¿Cómo pudo pasar eso?

—No lo sé, porque nunca fueron cariñosos entre ellos; sin embargo, al fallecer, mi padre se encerró en su habitación durante casi una semana y cuando decidió salir, fue para marcharse a una finca que tenemos en Alghero, sin mí.

—Debió de ser horrible. ¿Quiere seguir contándomelo?

—Lo dejaremos aquí. Me temo, señor Morrison, que usted y yo no podemos ser amigos.

—¿Y por qué me lo ha confesado?

Adriana se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que mañana me arrepentiré de ello.

Quizá se sintiera más cerca de él en ese momento que de cualquier aristócrata de los que la rodeaban y, además, necesitaba expresar algo de lo que últimamente venía experimentando. De algún modo, Martina la empujaba a cambiar su perspectiva. Había despertado un conflicto interno en ella que llevaba dormido muchos años, algo que le hacía volver a tener dudas.

—Por mí puede estar tranquila, jamás revelaré su secreto.

Adriana se fijó en sus ojos mientras pronunciaba aquellas palabras, le decían que podía confiar en ellos.

—¿No creen que llevan demasiado tiempo aquí? —La voz áspera de *lady* Ophelia los sorprendió.

Paul se giró para mirarla.

—Duquesa, tiene tantos cuadros en este comedor que todo tiempo es poco para analizarlos. Sé que no va a querer

acompañarnos, pero, si gusta, podría oír lo que nuestra amiga italiana tiene que decirnos sobre ellos.

—Ya saben que no me interesa —murmuró—. Será mejor que vuelvan al salón. No me parece correcto que permanezcan solos aquí.

Les dio la espalda y volvió a salir de la sala.

—Creo que realmente hemos ofendido a nuestra anfitriona —observó Paul.

—Será porque le hemos dado en lo que más le duele: ver a una extranjera acaparando a su producto británico.

Morrison arqueó las cejas sin entender.

—No me haga explicárselo —añadió la joven ante su expresión confusa.

Y comenzó a caminar de nuevo hacia la salida para reencontrarse con los demás.

Capítulo 9

Martina

Cagliari (Cerdeña), 1844



El barón Umberto De Flaviis no era un hombre apreciado entre sus sirvientes. Si había algo que valorase en un buen criado, eso era la cualidad para ser invisible. Debían ofrecer sus servicios sin ser percibidos por su señor. Así que Umberto no los miraba, no les agradecía y no les hablaba, a no ser que fuera estrictamente necesario para solicitar algo. Para él eran sombras que formaban parte de la casa, no personas. Así que era de esperar que el día en que falleció su esposa actuaran como tales. Nadie le dio sus condolencias; sigilosos, hicieron su trabajo, llevando comida al cuarto donde el señor se había encerrado, y limpiando las zonas habitadas como solían hacer con normalidad.

Después del entierro, nadie se preocupó por la niña de ocho años que experimentaba el duelo por primera vez, y como si ella se hubiera vuelto invisible también, se vio abandonada en su propio hogar, después de que la única persona que se encargaba de ella hubiera muerto.

Adriana no tuvo ayas, ni maestros; su madre siempre se encargó de su educación. Llevaba una vida hermética, en la que sus relaciones se limitaban en exclusiva a sus padres. Por eso, nadie reparó en ella; ni siquiera su padre, que decidió aislarse encerrándose en su habitación a cal y canto. Umberto se llevaba tan mal con su familia que no les permitió entrar en su casa para velar el cuerpo de su esposa.

La niña soportó sola el dolor de ver sin vida a su madre, no recibió ninguna palabra de aliento por parte de nadie y en los

intentos que hizo por entrar a ver a su padre solo obtuvo silencio. Comenzó a vagar por la casa a solas y el vacío la engulló de tal modo que pensó que al final desaparecería igual que había hecho su madre.

El primer día lo soportó sentada en la sala donde Isabella De Flaviis le daba clases. No es que fuera una madre excesivamente cariñosa, nunca la abrazaba; pero las lecciones que le impartía eran la manera que ella tenía de demostrarle su amor. El conocimiento era fundamental para la señora de la casa y se convirtió en una educadora respetuosa y eficiente para su hija, salvaguardando, además, el orgullo de su linaje a través de la historia; su cultura, por medio de los artistas italianos de los que eran mecenas. Tener una buena instrucción era fundamental para una mujer de su clase, así que el amor por las letras y el conocimiento fue el legado que le dejó.

El segundo día, la tristeza le impedía notar el vacío de su estómago y, para mitigar la soledad que su ausencia había dejado en ella, quiso hacer algo que la mantuviera unida a su madre. Tomó el bloc que llenaban de flores bonitas que dibujaban juntas y se paseó por las galerías del palacio en el que vivía. Descubrió que la luz que entraba por los ventanales de uno de los corredores parecía dotar de vida a todas aquellas esculturas de mármol blanco resguardadas en hornacinas y elementos arquitectónicos que las realzaban. La belleza que aquella luz reveló ante sus ojos se convirtió en su tabla de salvación en aquel momento de dolor, y comprendió que eso era lo que siempre la mantendría unida a Isabella. Dibujó todo el día e intentó de nuevo hablar con su padre. Llamó con sus nudillos tímidamente.

—¿Padre? Soy Adriana.

El silencio después de sus palabras pareció amplificarse al que las precedía. Nada. Umberto no respondía.

—Padre, ¿puedo entrar?

Al cabo de unos segundos, un fuerte golpe sobre la puerta le indicó que había arrojado algún objeto contra esta. La niña salió corriendo de allí. Triste, volvió a los dibujos de las galerías, pero la luz tenue del ocaso había cambiado todo y la belleza que descubrió

por la mañana había desaparecido, trayendo oscuridad y sombras alargadas sobre el suelo, que le recordaron que estaba sola y que el mundo había cambiado para siempre. Los rugidos en su estómago comenzaron a contar las horas que llevaba sin comer. Se acostó esperando que, al día siguiente, alguien recordara que la hija de la difunta señora De Flaviis estaba atrapada en aquella trampa de lujo solitaria. Nadie fue a buscarla por la mañana, y nadie sirvió el desayuno en el salón. Sin cambiarse, caminó descalza por toda su casa. Como en los últimos días, la encontró vacía. Volvió a dibujar en el corredor, pero a la tarde ya no pudo más, se sentía famélica y decidió bajar al sótano, donde nunca había estado y donde no le permitían ir.

Conforme descendía, las paredes se volvían oscuras y las escaleras estrechas, el mármol era sustituido por terracota y el ambiente se tornaba frío y húmedo. Llegó a un estrecho pasillo donde había varias portezuelas cerradas, pero al final del corredor una luz cálida se divisaba a través de una puerta abierta. Aquel tenue resplandor prometía un lugar acogedor, así que Adriana aceleró su paso. Aquella estancia, iluminada por lámparas de aceite, supuso para la niña el único lugar con vida de todo el palacio. Los olores de aquella cocina abrieron aún más el apetito que llevaba arrastrando desde hacía días. Sobre la isla que había en el centro, verduras, carne de ave sin cocinar y frutas diversas esperaban para ser elaboradas. Adriana cogió una manzana con una mano y, en el momento de hacerlo, sintió en la otra el calor de algo que llevaba tiempo sin notar y de lo que, sin saberlo, también estaba hambrienta: el tacto de otro ser humano. Volvió su rostro hacia el lado y descubrió una sonrisa a la que le faltaba un diente. Adriana se la devolvió.

—Pero, ¿quién eres tú? —La voz de una mujer, que emergió de una puerta que se abría al otro lado de la cocina, la sorprendió.

—Adriana —musitó, sin soltar la mano de la niña.

—¡¿De Flaviis?! —exclamó.

Asintió.

La mujer la observó de arriba abajo. Iba con el camisón y los pies descalzos.

—Tengo hambre.

—¿Pero es que ningún familiar se ha hecho cargo de usted?

Negó con su cabeza.

—¡Por Nuestra Señora de Bonaria! ¿Lleva todos estos días sin comer?

La niña volvió a asentir.

—Siéntese ahora mismo, que le voy a servir una sopa… —se llevó la punta de los dedos a la boca y los besó— que está de rechupete. Martina, haz compañía a la *baronessina*.

Las niñas se sentaron en unos taburetes altos de madera que estaban junto a la isla, y Sofía, que así se llamaba la cocinera, les sirvió sopa de gallina calentita. Adriana dejó la manzana sobre la mesa y se abalanzó, sin demasiados modales, sobre el caldo. ¡Oh, qué maravilla, sentir cómo bajaba despacito por su garganta hasta llegar hasta su estómago! Ese calor pareció llegarle hasta los pies. Martina soltó una carcajada cuando vio la rapidez con la que Adriana se llevaba la cuchara a la boca.

—Pues tendremos que hablar con su padre —observó Sofía, poniendo los brazos en jarra mientras veía a la niña tan hambrienta —. Algún familiar deberá hacerse cargo de usted, digo yo.

—Mi padre no abre la puerta.

—Lo sé, me lo ha dicho su criado. Hasta ahora le dejan la comida en una bandeja en el pasillo, pero seguro que entenderá que no puede dejarla así y buscará a alguien que se ocupe de usted.

Adriana no contestó, continuó tomando esa sopa que le sabía a gloria.

—Yo me ocuparé de ella —dijo con entusiasmo Martina, dejando ver en su sonrisa ese hueco que había dejado el diente que le había caído recientemente.

—La *signorina* Adriana tendrá que continuar con sus obligaciones —le contestó su madre.

—Pero si el señor no abre la puerta, yo cuidaré de ella. — Martina volteó su cabeza hacia Adriana, fijando sus ojos verdes en ella, iluminados por la ilusión—. ¿Quieres?

—¡No tutees a la *baronessina*! —la amonestó su madre.

Adriana asintió mientras dejaba la cuchara sobre la mesa, había terminado ya.

—Le diremos a Piero que hable con el mayordomo ahora, cuando suba la cena del señor, y que este le comunique que la *signorina* Adriana no puede estar sola en la casa. Mientras tanto, la *baronessina* se puede quedar aquí.

Martina se bajó del taburete y comenzó a dar vueltas con los brazos en alto y gritando de alegría, festejando la idea de su madre.

—Y ahora… —pronunció Sofía— de segundo serviremos *frégola,* ¿le gusta?

—¡Me encanta!

—Es la cena que le he preparado a su padre, con azafrán del que cultivan en su finca.

Sofía se dio la vuelta para encaminarse hacia sus fogones, cogió un par de platos y sirvió un poco de la pasta de sémola que había hecho por la mañana. Las niñas lo comieron juntas, ante la evidente alegría de Martina por tener compañía de su edad.

Umberto no abrió la puerta esa noche para escuchar a su mayordomo. El hombre le explicó que la niña andaba sola por la casa, pero nada de lo que le dijo le hizo reaccionar. Así que, esa noche, Adriana la pasó en un camastro que compartió con Martina en la habitación de la cocinera, porque no quiso estar sola en su habitación.

Capítulo 10

¡Venus, Marte… y el juego del amor!

Londres, 1857



El marqués de Bristol se excusó por no acompañarlos, alegando que la reina lo tenía muy ocupado, pero Adriana sospechaba que no tenía muchas ganas de ir a la National Gallery. A la joven ya no le parecía tan insoportable la presencia de Morrison y ella sabía que era porque lo había relacionado con Martina. Mostraba debilidad, a los ojos de su padre lo hacía, al dejarse acompañar por un hombre que debería caminar dos pasos por detrás de ella. Sin embargo, a pesar de que lo hacía a su lado, Adriana no se sentía ofendida como en otras ocasiones; de hecho, le agradó pensar que *lady* Ophelia sabía que a esas horas ella estaba con su «producto británico», analizando obras de arte.

El espacio que recogía la colección era elegante, transmitía solemnidad y grandeza con su estilo neoclásico. No había demasiada gente recorriendo sus salas, pero sí se advertía cierta distinción en ellas. Adriana observó a su acompañante. Como siempre, también había elegancia en su atuendo. Al parecer, los negocios de Paul Morrison iban lo suficientemente bien como para tener un buen sastre.

Paseando entre las columnas, llegaron a una sala donde se encontraba *Los embajadores* de Hans Holbein, entre todas las obras apiladas por filas que estaban en la pared. Paul se colocó frente al cuadro, junto a ella.

—¿No ve nada raro en esta obra? —le preguntó.

—El anamorfismo a los pies de los personajes. Lo cierto es que es de lo más extraño, pero ya sé de qué se trata. Lo leí en un

libro. Así que, si nos ponemos en este lado —cogió la tela de la chaqueta de Morrison y tiró de él hasta conseguir el ángulo adecuado—, veremos que se trata de un cráneo humano.

—Siempre me ha llamado la atención. ¿Cómo cree que lo pintó?

—Supongo que poseía un dominio espectacular de la perspectiva. —Se quedaron un momento en silencio, observando el lienzo—. Es un recurso muy innovador, pero me resulta a la vez inquietante. En medio de todo ese esplendor, Holbein nos recuerda nuestra mortalidad, colocando ese elemento tan… sombrío.

Paul volvió el rostro hacia ella sorprendido, no esperaba ese comentario y aprovechó para dejar su puntilla.

—Además, ese elemento, contrapuesto a los ricos ropajes que muestran los personajes, quizá también sea una crítica a la fugacidad de las riquezas materiales, lo que nos convierte en iguales ante la muerte, ¿no cree?

Sus miradas quedaron fijas durante unos segundos. No dijeron nada, ni asintieron ni negaron lo dicho por cada uno de ellos. Al final, Adriana mostró una sonrisa apretada.

—Muy audaz, señor Morrison, pero no crea que por ese apunte vayamos a ser amigos.

—No lo esperaba, *lady* Adriana. —Sonrió, haciendo que emergieran esas líneas junto a su boca, que lo hacían más atractivo. Inevitablemente, la italiana se acordó de Ophelia y rio con cierta satisfacción maliciosa.

Contemplaron el resto de los cuadros de la sala y pasaron a la siguiente.

—¡Oh! *Sansón y Dalila* —exclamó la joven al descubrir el cuadro de Rubens.

—Uf, la traición y el poder de seducción de la mujer representados a la perfección en este óleo —apuntó Paul, repasando con sus ojos la imagen de Sansón sin fuerzas sobre el regazo de Dalila, mientras otro personaje le cortaba el pelo.

—¡La culpa no es de ella! —señaló Adriana con el ceño fruncido—. Sansón pierde su poder divino por sus deseos carnales y su debilidad frente al amor.

—i¿Debilidad frente al amor?! ¿Es para usted una debilidad amar?

—Por supuesto. He podido comprobarlo por mí misma.

—¿Puedo preguntarle qué la llevó a tal conclusión?

—Mi padre.

—¿Se volvió un hombre débil al amar?

—Durante un tiempo, sí. Él mismo me ha advertido de sus consecuencias devastadoras. Las viví en mis propias carnes.

—¿Eso sucedió cuando se olvidó de usted, tras la muerte de su madre?

Adriana apartó los ojos de él para fijarlos en la pintura.

—Sí —contestó con sequedad.

—Pero usted ha dicho que se va a casar con su primo cuando aparezca.

—¿Y qué tiene que ver el matrimonio con el amor? Solo es una transacción. Mi primo es un mono presuntuoso, pero me casaré con él si es necesario. —Volvió la vista a Morrison de nuevo.

—Ya veo. Hará ese sacrificio.

—Como la mayoría de las mujeres de mi posición.

—¿Y qué sucederá si después de casarse encuentra a un hombre del que se enamora?

Adriana soltó una risita cínica.

—Eso nunca sucederá.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mi padre no me educó para ser una mujer débil.

Lo dijo con una convicción abrumadora, pero en realidad Adriana sintió un leve atisbo de duda en su interior, porque sabía que la inseguridad la rondaba desde que había recuperado el recuerdo de Martina.

—No podemos saber lo que nos deparará el futuro.

—Yo sí —aseguró ella—. Jamás amaré a un hombre.

—¡Qué rotundidad!

Adriana no le hizo caso y emprendió de nuevo la marcha; Morrison la siguió hasta que se toparon de bruces con la obra de Botticceli: *Venus y Marte*.

—¡Justo lo que necesitaba, el amor dominando a la guerra! —exclamó Paul al ver el cuadro—. Después de un encuentro amoroso, Marte rendido junto a Venus. Fíjese, el dominio de la diosa del amor, serena y alerta; sobre el dios de la guerra, dormido, semidesnudo y desarmado. —Miró a su acompañante—. No subestime su poder, señorita De Flaviis, podría pasarle como a Marte.

—Eso solo les pasa a ustedes, los hombres, que se dejan llevar por el impulso del deseo. Marte y Sansón; los dos son iguales.

—¿Cree que es solo deseo carnal? Tanto uno como otro están en el lugar que están por ambas cosas, usted misma lo dijo.

—¿Me está diciendo que las dos van unidas siempre? Porque, ¿qué piensa de Cordelia Langston?, ¿cree que está enamorada de usted?

La carcajada que soltó Morrison hizo que algunos de los visitantes lo mirasen.

—No. Cordelia no está enamorada de mí. Y sé que no siempre el deseo va unido al amor. Pero ¿no cree que ambos juntos deben de ser extraordinarios?

—Vaya, un romántico —expresó con ironía la joven.

Volvió a aparecer esa sonrisa abierta de Paul.

—La veo muy segura en sus ideas. Muy bien, queda claro, lo suyo será un matrimonio sin afecto, aunque siempre le quedará la alternativa que ha elegido Cordelia. —Entrecerró sus ojos—. La de tener un amante. Nada de amor, solo deseo. —Gesticuló con la mano para enfatizar sus palabras. Tenía ganas de chincharla un poco, de hacerla sonrojar, pero no lo consiguió. Adriana no solo era orgullosa, también se sentía segura de sí misma, y no le afectó que le hablara de sexo tan claramente, o al menos no lo aparentó, cosa que lo sorprendió.

—Si cree que me va a asustar está muy equivocado. No me escandalizo con facilidad. —Quiso mostrarse valiente delante de él.

—¿Sabe una cosa? Al principio no la soportaba, pero cada vez me gusta más.

Esa afirmación sí que despertó algo de incomodidad en Adriana, pero supo disimularlo bien.

—Pues ya sabe que amigos no podemos ser. —Levantó una ceja con altivez.

—Bueno, hay otras alternativas que no nos obligarían a ser amigos —contestó pícaro, con la clara intención de escandalizarla, dando una rápida mirada al cuadro, antes de clavar sus ojos en ella de nuevo.

Lejos de asustarla, lo miró con intensidad, mordiéndose el labio inferior, luego habló:

—Sería una excelente manera de vengarme de Ophelia Kingsley, ¿sabe? Creo que ella sí está enamorada de usted.

—Ophelia solo se ama a sí misma —dijo riendo—. Pero si tanto la ofendió y piensa que podría ser una buena idea… —Se inclinó ligeramente hacia ella al hablar.

Adriana levantó la mirada al cielo negando con su cabeza y comenzó a andar de nuevo. Quería poner fin a aquella inquietante conversación.

Terminaron de ver el museo y regresaron al coche de caballos para volver a casa del marqués. Paul la observó mientras se sentaba frente a él, ¿por qué no la veía como antes? Ya no le parecía una víbora clasista. Había algo en ella que la diferenciaba de Ophelia, y no solo era su aspecto físico.

Se preguntó cómo se había atrevido a hacer aquella broma con una mujer que conocía tan poco; jamás se le hubiera ocurrido hacerla con la duquesa. Quiso provocarla, pero ahora dudaba si había algo de verdad en su atrevida propuesta. Reconocía que, al principio, le resultó tan irritante e insoportable como Ophelia Kingsley, lo que lo había dejado sin interés por ella, por mucho que la encontrara atractiva. ¿Qué era diferente ahora?

No hablaron demasiado durante el trayecto de vuelta, pero se escrutaron disimuladamente, ¿buscando, quizá, ese algo invisible que había cambiado las cosas?

Capítulo 11

El león y el ratón

Cagliari (Cerdeña), 1844



Umberto De Flaviis salió de su alcoba para indicarle a su mayordomo que se marchaba a Alghero. Se llevó a la mitad de sus sirvientes y salió de viaje sin decir nada más. No preguntó por su hija, ni dio indicaciones a nadie de lo que se debía hacer con ella.

En esos días Adriana sufrió, no solo la pérdida de su madre, también la de un padre, que al parecer se había trastornado. Se sintió huérfana cuando supo que Umberto había abierto la puerta de su habitación para marcharse de casa sin ella. Se sentó en la escalera que bajaba hacia el sótano y lloró. Nunca había sido una niña de lágrima fácil, pero esa ola de desolación ascendiendo por su garganta transformó sus emociones en un líquido que cayó abundante por sus lagrimales. Llevaba el vestido negro que usó para el entierro de su madre. Los colores le hacían daño a la vista y no pudo ponerse otro. Tenía el alma envuelta en tinieblas y la sensación de que había sido abandonada a su suerte. Acurrucada en el escalón, con la cabeza cerca de sus rodillas, sollozó hasta que notó la mano de Martina sobre su brazo, se había sentado a su lado. Adriana se enderezó al sentir el contacto. La sonrisa de la niña no mostraba su dentadura incompleta, sus labios permanecían unidos en una muestra cariñosa del afecto que estaba dispuesta a ofrecerle. No le dijo nada, la atrajo hacia sí e hizo que su cabeza se apoyara en su regazo. Adriana lloró mientras la otra chiquilla pasaba la mano por su pelo con suavidad.

—Yo cuidaré de ti —le dijo.

La *baronessina* levantó la cabeza para mirarla. Recordó la noche en que durmió en su camastro y los platos que había comido, junto a ella, en la cocina. Su mirada, se fijó después en la muñeca vieja de trapo que llevaba en la otra mano. Al darse cuenta, la pequeña se la dio.

—Es Donatella.

Adriana la cogió observando el pelo de lana, escaso y desgastado, y el vestido remendado.

Se secó las lágrimas y se levantó, luego le tendió la mano para que Martina la acompañara. La niña se cogió a ella y cuando vio a dónde se dirigía se detuvo en seco.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó Adriana.

—Porque tengo prohibido subir. Si mi madre lo supiera…

—Es mi casa y quiero que vengas conmigo.

Martina dudó durante unos segundos, pero siguió a su nueva amiga, quien la hizo caminar por aquellas anchas galerías hasta llegar a una habitación que le pareció el paraíso. Se quedó en el umbral de la puerta sin atreverse a entrar, mirando todo desde allí como si no tuviese derecho a disfrutar de nada de lo que estaba ante sus ojos, aunque lo deseara con todas sus fuerzas. Observó cómo Adriana se dirigía a una cunita y depositaba a Donatella con cuidado. Miró la pequeña mesita con el juego de té listo sobre ella, como si alguna de las criadas, compañeras de su madre, lo hubiera dejado ahí. Examinó las muñecas de porcelana, elegantemente vestidas, que reposaban en una estantería y se avergonzó de la pobre Donatella.

—Vamos, pasa —la animó Adriana.

—Yo… no puedo estar aquí.

—Sí puedes. Yo te invito.

La niña dio un pequeño paso hasta cruzar al otro lado, pero ese diminuto paso fue en realidad de dimensiones enormes. Fue la distancia estratosférica que unía sus dos mundos, y un enorme logro que dos pequeñas niñas acababan de alcanzar. Ninguna de las dos supo de la magnitud de aquel acto.

Adriana cogió un libro que había en una estantería: *Fábulas de Esopo*, y se sentó en la mesita donde estaba el juego de té, luego con un gesto invitó a Martina a sentarse a su lado.

—¿Te gusta leer?

—No sé leer.

La joven anfitriona la miró con tristeza, pues sabía que aquello era para la mente lo mismo que tener las piernas atadas para el cuerpo, así se lo hizo entender su madre. Le ofreció una sonrisa como la que Martina le había dedicado momentos antes. Ya estaba hecho; las dos estaban dispuestas a ofrecer lo mejor de sí mismas a la otra.

—Yo también cuidaré de ti.

Abrió el libro y comenzó a leer *El león y el ratón*, como su madre solía hacer cuando ella todavía no conocía las letras, y la niña escuchó embelesada. Cuando terminó la historia, la miró a los ojos; había tomado una decisión, homenajear la memoria de su madre enseñando a su amiga todo lo que había aprendido.

En aquella sala de juegos, disfrutaron de la compañía de la otra hasta que sus tripas empezaron a emitir ruidos, indicándoles que necesitaban ser llenadas. De la mano, bajaron hasta la cocina de Sofía. En cuanto la mujer las vio, las observó silenciosa antes de hablar:

—¿Es que usted no se ha marchado con su padre? —preguntó con cara de preocupación.

—No. Él no se acuerda de mí.

Sofía resopló fuerte, era una suerte que el señor no se la hubiera llevado a ella como cocinera, de lo contrario, ¿qué habría sido de la niña?

—Bien, supongo que no tardará en regresar, mientras tanto, es usted la dueña de la casa, me dirá lo que desea para comer y yo misma se lo serviré en el comedor.

Adriana negó con la cabeza.

—Comeré aquí, como el otro día.

El ambiente de aquella cocina le parecía más atractivo que el de su enorme y solitario salón. Y a partir de ese momento comenzó a comer allí, junto a su amiga Martina, quien, sin el consentimiento

de su madre, subía todos los días al palacio de los señores para jugar con la heredera y aprender a leer. Nada de lo que las rodeaba era importante, lo verdaderamente relevante era estar juntas, ofrecerse cariño y compartir la lectura de aquel libro de Esopo que llevaban a todos los sitios junto a ellas.

Capítulo 12

Whisperingwood Manor

Londres - Hampshire, 1857



Uno de los soldados del coronel Davis aseguró a Fabiola que, durante la guerra, coincidió con un herido italiano en el hospital ubicado en la ciudad de Scutari, en Turquía. Lo había escuchado delirar en sueños y hablaba en italiano. Según el soldado, llamaron a Florence Nightingale[6], la enfermera encargada, ya que era la única que sabía su idioma. El joven desconocía lo que fue del soldado italiano, así que el general Brown recomendó a la condesa viuda ir a ver a Florence a Hampshire, donde su familia tenía una casa. Casualmente, la mansión del marqués de Bristol, en el mismo condado, estaba a unas pocas millas y conocía a su familia.

Adriana sintió que se acercaban cada vez más a Carlo, a la verdad. ¿Habría sobrevivido su primo? Y si ese era el caso, ¿por qué no había regresado a casa? Lo imaginó tullido, o con alguna lesión en la cabeza que le hubiera impedido regresar. ¿Qué pasaría si lo encontraban? Adriana había deseado que apareciera el cuerpo de su primo sin vida. Para su familia y para ella sería la mejor solución, pero ahora ese pensamiento la incomodaba. «Sin compasión». Su padre le había enseñado a no mostrar misericordia con quien no lo merecía, y el conde llevaba en sus venas media parte indigna, proveniente de los Sabatano. Sin embargo, estaba dispuesto a casarla con él, a mancillar la sangre Saboya de la que tanto le había hablado con orgullo.

Desde que habían comenzado con los preparativos para partir a Whisperingwood Manor, su tía permanecía con el ánimo cambiado, la tristeza que se había adueñado de ella desde que se había

reunido con los muchachos del coronel Davis se había transformado en una esperanza que hacía brillar sus ojos. Su felicidad, ¿suponía la desgracia de su familia? No, si se casaba con el conde y conseguía así la posición que tanto ambicionaba su padre. Últimamente, todo pensamiento la perturbaba, y eso la hacía enfadarse consigo misma, porque sabía que la inseguridad empezaba a bailar en su interior con un descaro que no podía tolerar. En su interior, le echó la culpa a Paul Morrison y su conversación en la National Gallery. Con esa inestabilidad interna, tuvo que afrontar la inesperada llegada de la duquesa de Everleigh. Por primera vez desde que la conocía, la encontró un tanto nerviosa, se apreciaba en el ligero temblor de su mentón, lo que indicaba que apretaba los dientes y quería disimularlo. El que llegara sin haber dado aviso al marqués también hablaba de su estado. Christopher Brown, la condesa de De Flaviis y ella la recibieron en el salón donde estuvieron el primer día, cuando llegaron. Después de que el dueño de la casa la invitara a que tomara asiento, esta explicó, con aparente tranquilidad, el motivo de su visita:

—No quería que se marchasen sin despedirme de ustedes —dijo con amabilidad la duquesa.

—No estaremos mucho tiempo fuera —expuso el anfitrión—. No era necesario que se molestara, duquesa, como ya le expliqué por carta, no hacía falta que viniese.

—Quería desearles buen viaje —añadió.

Adriana sabía perfectamente cuál era el motivo por el que se había presentado de ese modo: no tenía ni idea de cuál había sido el resultado de la visita a la National Gallery, y se moría por saberlo. Estaba inquieta porque harían un viaje con un hombre, que, aunque no tuviera nada que ver con ella, consideraba de su propiedad. Consciente de su malestar, Adriana enderezó su espalda aún más y sonrió triunfante ante ella. No le diría ninguna palabra hostil, pero se mostraría satisfecha para generarle la duda. ¡Nadie que pisotease su linaje saldría indemne!

—Es usted muy amable —dijo Fabiola—, pero, como dice el marqués, no se tenía que haber molestado. Nos volveremos a ver pronto.

—Pero ya que está aquí acompáñenos a tomar un refrigerio antes de que salgamos —la invitó el general.

La duquesa aceptó, asintiendo con una sonrisa. Después, miró a Adriana que la observaba satisfecha.

—¿Y qué nos cuenta de su visita a nuestro museo? —se dirigió a la joven italiana.

—Oh, lo pasé muy bien.

—Ya veo —pronunció.

—El señor Morrison es un hombre con el que se puede conversar de cualquier tema. Fue un gran compañero en la pinacoteca —añadió Adriana—. Es una pena que no le guste la pintura, habría disfrutado de sus comentarios.

—Como usted dice, con el señor Morrison se puede conversar de cualquier cosa, he disfrutado con él debatiendo otros temas. —Asomó una sonrisilla cínica a sus labios.

—Lo comprobaré estos días —apuntilló Adriana.

—Uy, no, no, no —intervino el marqués—. No nos va a acompañar en este viaje. Tenía asuntos que atender en su empresa y yo estaba disponible para llevarlas a mi casa de campo.

Tanto Adriana como Ophelia miraron al conde sorprendidas, luego la duquesa le dirigió una mirada triunfante a la sarda.

—Seré yo quien les dé conversación —concluyó el general.

—Y nosotras encantadas de que así sea —convino la condesa.

Una sirvienta entró en el salón con una bandeja llena de frivolidades saladas, las dejó y se marchó de nuevo. Poco después trajo una jarra con zumo y varios vasos que llenó con el contenido del recipiente. Cuando se retiró, la duquesa reinició la conversación con mucho más ánimo. Cualquier sombra de preocupación se había borrado de su rostro, ahora miraba a Adriana con la misma arrogancia de siempre, o quizá más.

—He estado ayudando a la vizcondesa Cordelia en la preparación del baile en honor a su hijastro. Está mal que yo lo diga, pero gracias a mi ayuda será una noche inolvidable.

—Estoy segura de que será una gran fiesta —afirmó Fabiola.

—Los británicos tenemos algo… —comentó alzando la vista como si buscara la palabra precisa— no sé, tenemos una habilidad

innata para organizar eventos elegantes. Somos especialistas en ello.

—No me cabe la menor duda —expresó la condesa.

—¿No lo cree usted, *lady* Adriana? —Quiso llamar su atención al verla tan callada.

—Desde luego, debe de ser por el rancio abolengo que les precede. Ningún imperio dispone de una aristocracia tan preparada para ir de compras, hacer fiestas y difundir noticias importantes concernientes a las señoritas casaderas de las mejores familias.

Fabiola detectó de inmediato el sarcasmo en la voz de su sobrina, y temió que se desatara una guerra entre aquellas dos jóvenes arrogantes.

—Este pastelito salado está delicioso —comentó, en un intento por cambiar el tema de conversación—, ¿no cree, marqués?

Al hombre no le dio tiempo a contestar, la duquesa siguió con el diálogo entablado con Adriana, haciendo caso omiso a la condesa.

—Es un orgullo ser británica. Puedo decir con toda confianza que estamos por encima de cualquier civilización. Recuerde mis palabras del otro día en el parque —dijo poniéndose en pie, levantando sus cejas con orgullo.

—Oh, tranquila, las recuerdo perfectamente. Recuerde usted también las mías.

Ophelia apartó la mirada de la joven para dirigirse al marqués.

—Ha sido un placer. —Se puso en pie—. Gracias por el almuerzo, espero que tengan un buen viaje.

Desapareció rauda como un rayo. «¡Inglesa insolente!», pensó Adriana. Iba a hacer todo lo posible por cerrarle la boca a esa estúpida arrogante. ¡¿Que recordase sus palabras?! ¿Se refería al momento en que la humilló, insinuando que una noble italiana no podía aspirar ni a lo más bajo de la sociedad británica? ¿A eso se refería? Porque Adriana De Flaviis podía obtener lo que quisiese, eso era algo que la duquesa no sabía.

«Si yo tuviera interés por un hombre así, sería tan hermética y lo llevaría tan en secreto que ni usted misma lo sabría». Esperaba que ella sí recordase sus palabras, y las tuviera bien presentes, porque

con ellas le iba a hacer sufrir, sembrando la duda ante una posible relación con su «producto británico».

Partieron poco después de que Ophelia los dejara. Ya estaba todo preparado, el servicio se había encargado de ello. Viajarían solo con una de las doncellas que, su tía y ella compartirían esta vez. Tenían un par de días de viaje por delante. A Adriana eso no le importaba, le gustaba admirar el paisaje y no se le hizo pesado el trayecto. Cuando llegaron quedó asombrada ante Whisperingwood Manor, no la esperaba tan grande. En las quinientas hectáreas que pertenecían al marqués reposaba, majestuoso, un edificio rematado con pináculos góticos, rodeado de un jardín de castaños y fresnos que crecían sobre un manto verde perfectamente cuidado. Según lo que le había contado el general, en la parte trasera había un invernadero con especies poco comunes en Inglaterra. Pero lo que más la impresionó fue aquel vestíbulo amplio con suelo de mármol frente al que se abría una escalera de madera de caoba. Los frescos del techo, sin duda, eran de un pintor italiano. Toda la casa parecía ser una obra de arte: lienzos, esculturas, jarrones… la belleza poseía esa casa. No le faltaba detalle y Adriana no tuvo más remedio que tragarse sus palabras cuando le dijo al marqués que esperaba mayor grandiosidad en los lienzos que colgaran de las paredes de su casa.

—¿Qué le parece? —se dirigió a la joven—. Iremos a la biblioteca, allí está la mejor colección de pinturas.

La muchacha lo miró admirada.

—Debería pedirle disculpas por mi atrevimiento del otro día.

—No, usted tenía razón. Las pinturas de mi otra casa no tienen calidad. Fue muy sincera.

—Lo cierto es que su casa es preciosa —añadió Fabiola.

—Gracias, mi esposa tenía muy buen gusto. Algunos de los detalles fueron cosa de ella.

—¡Qué maravilla! —admiró su tía—. Me hubiera gustado conocerla.

—Se hubieran llevado muy bien —contestó con una sonrisa triste —. Perfecto, pues ahora las dejo descansar. Mis criados las acompañarán a sus alcobas.

—Si no le importa, me gustaría ver su biblioteca ahora.

—Adriana, el marqués también estará cansado —objetó Fabiola.

—¡No!, en absoluto, será un placer enseñarle mi colección.

Una doncella acompañó a la condesa a su habitación y Adriana siguió al marqués hasta la biblioteca. Como era de esperar, la estancia era acorde al resto de la casa. Las paredes estaban recubiertas de madera de caoba hasta el techo y las estanterías de un lado se mostraban solemnes con toda la sabiduría que sostenían en sus brazos; en la parte opuesta dos ventanales, orientados a la entrada principal, llenaban de luz la estancia. Los cuadros se encontraban distribuidos por filas en la pared opuesta a la puerta.

—Lord Brown, aquí sí que me quito el sombrero. Todos son excepcionales, los ingleses y los italianos —dijo caminando ante ellos sin quitarles la vista de encima.

Se detuvo delante de uno que mostraba el Puente de Londres sobre aguas mansas, aunque todo se perdía en una especie de neblina que desdibujaba las formas, era como ver el aire que estaba entre los objetos.

—Ese es especial para mí —le confesó el marqués.

—¡Es un Turner!

—Así es, ¿lo ha sabido por su firma?

—No, señor, su estilo es inconfundible.

—Fue un regalo de Paul.

Adriana se volvió para mirarlo, interesada. Ya sabía lo que había pasado con su esposa y sintió una curiosidad que no se atrevió a dejar libre.

—Supongo que *lady* Ophelia ya se habrá encargado de contarle todo.

Adriana no lo negó.

—Me dijo que el señor Morrison le había salvado la vida a su mujer, arrojándose al río porque esta había caído.

—A nuestra duquesa le encanta contar esa historia —contestó con la mirada fija en el cuadro—. Perdí a mi esposa al mes de aquel incidente, pero gané un hijo. Dios me cambió a uno por otro.

—Siento que no pudiera quedarse con los dos. —Aunque fuera increíble para ella, lo sentía de verdad, no lo dijo por quedar bien con él.

—Mi mujer no tenía solución —dijo enigmáticamente—. Sin embargo, Paul sí la tenía.

—No tiene que contarme nada si no lo desea —comentó la muchacha algo turbada, no estaba acostumbrada a que las personas le confiaran secretos de su vida personal. No se sentía cómoda con nada que tuviera que ver con las emociones de los demás.

El hombre la miró a los ojos.

—Lo hago porque confío en usted.

—Apenas nos conocemos —musitó.

—Me basta con que le guste a Paul. Él tiene una especie de detector, no sé si es por la infancia difícil que tuvo, pero sabe ver en el interior de las personas. Si él confía en usted, también lo hago yo.

Adriana se quedó sorprendida por aquella revelación, hasta el momento había pensado que al señor Morrison le caía bastante mal, a pesar de que la última vez le dijo que le gustaba cada vez más. No había hecho nada para merecer aquella apreciación, todo lo contrario, se comportaba como le habían enseñado a ser con gente de la clase del protegido del marqués, y eso no debía de ser agradable para él.

—Probablemente, su amigo bromeaba con usted.

—Paul es bromista y sarcástico muchas veces, eso le ayuda a sobrellevar cargas que este mundo le ha impuesto, pero yo sé cuándo habla en serio, y ¿sabe qué es lo último que me dijo de usted? De esto solo hace un día.

Adriana carraspeó negando con la cabeza.

—«Es mejor de lo que ella misma cree». No me pregunte cómo ha llegado a esa conclusión, no lo sé, pero es lo que me dijo.

—Eso significa que han estado hablando de mí.

—Un poco, querida. Solo un poco. También lo hemos hecho sobre su adorable tía.

—Si eso es así, lord Brown, me debe información.

—Pregunte lo que quiera, estoy a su disposición.

—¿Cómo ha llegado a confiar tanto en un hombre surgido de los bajos fondos?

—Porque es más honesto y noble que cualquier aristócrata de por aquí, lo he podido comprobar por mí mismo. Así que merece

todos mis respetos.

De nuevo sintió la mano de Martina envolviendo la suya. Era inútil rebelarse contra aquello: Paul Morrison era Martina, empezaba a representar lo mismo en su vida, y eso hacía que la culpa volviera a ella. En el fondo sabía que el marqués tenía razón y los muros que levantaba para separarse de todo aquello que consideraba inferior a ella, se tambaleaban. Volvía la debilidad.

Capítulo 13

Una hermana del alma

Cagliari (Cerdeña), 1844



La fábula de *El león y el ratón* era la favorita de Martina. Bajo las sábanas de la cama de la *baronessina* De Flaviis, Donatella y Martina escuchaban leer a Adriana a la luz de las velas que había sobre la mesita de noche. Hacía ya días que la niña subía a dormir con su amiga sin que su madre lo supiera. Después de la lectura, dormían abrazadas, convencidas de que el mundo era mejor desde que se habían encontrado. Martina nunca había probado un colchón mejor que aquel, pero lo más importante para ella era el calor que su amiga proporcionaba a su alma. Ella le correspondía con cariño y compartiendo lo poco que poseía: su preciada Donatella.

Los susurros en mitad de la noche despertaron a Martina. La niña se incorporó para ver a su amiga hablando en sueños. Llamaba a su madre. Acarició su pelo para consolarla. Adriana pareció relajarse, pero al poco abrió los ojos y se levantó. En la oscuridad, solo distinguía una sombra, aunque ya conocía el tacto de su mano y sabía que era su amiga.

—No estés triste. Toma a Donatella, abrázala fuerte y se te pasará —le dijo Martina en voz baja.

—Prefiero abrazarme a ti —musitó.

La niña soltó una risita y, aunque estaba oscuro, Adriana adivinó aquella sonrisa a la que le faltaba un incisivo.

—¿Por qué? Yo soy solo un ratón, y tú un león.

—Tú eres el ratón que salvó al león. Eres mi hermana del alma.

Martina volvió a reír.

—No soy tan importante. Ni siquiera sé leer.

—No hace falta saber leer para ser importante, lo eres para mí. Además, pronto podrás leer las fábulas tú sola. ¿Quieres ser mi hermana o no?

—Claro. Sí, quiero ser tu hermana del alma.

—Pues ya está hecho, a partir de ahora lo somos.

Al cabo de dos semanas, Martina ya se sabía las letras y, aunque lo hacía de forma torpe, comenzaba a enlazarlas. Pasaban los días encerradas en la sala de estudios, con Adriana ejerciendo de profesora, o en la sala de juegos. Con los libros dejaban volar la imaginación y con el globo terráqueo elegían los lugares que visitarían cuando fueran mayores. Después bajaban a merendar sopas de leche que Sofía les hacía y, a veces, hacían pan, no había nada más agradable que meter las manos en la masa y hacer figuritas con ella. Comerse el resultado de su trabajo, también solía ser gratificante.

Cuando bajaron aquella tarde, la cocinera no estaba de muy buen humor.

—¿Lleváis todo el día arriba?

Martina, sabiendo que a su madre no le gustaba la idea, asintió agachando la cabeza.

—No puede ser —dijo mirando con severidad a su hija.

Habían pasado dieciocho días desde la partida del señor y esa situación no era la adecuada para las niñas. Se pasaban el día juntas. Ni era bueno que su hija disfrutase de las comodidades de los señores, ni tampoco que Adriana estuviera sola en la casa. Pero, ¿qué clase de padre se olvidaba de su hija? Le había pedido a la niña que escribiera una carta para que uno de los criados la mandara a Alghero, pero aún no habían recibido respuesta.

—*Baronessina* Adriana, ¿qué me dice de su tío Francesco De Flaviis? ¿Podría él hacerse cargo de usted?

Adriana se encogió de hombros.

—Su mujer no le gusta a mi padre, y desde que se casó con ella no les habla demasiado.

—Pues algo hay que hacer —comentó pensativa—. De momento no quiero que subas arriba. —Miró a su hija.

Las dos niñas fruncieron el ceño.

—¡Por Nuestra Señora de Bonaria, no me miréis así!

—No nos puedes separar —dijo la niña—, porque ahora somos hermanas.

Sofía abrió los ojos desorbitados, luego miró con tristeza a Adriana.

—*Baronessina*, lo siento mucho, pero Martina no puede subir más. Usted puede bajar a comer todo lo que quiera, esta es su casa, pero mi hija debe permanecer en su sitio.

—Eso no es justo, mamá —protestó la niña.

—¡El mundo no es justo! Y no creas que no sé que subes a dormir con ella. A partir de ahora eso se acabó. —La señaló con el dedo.

El primer día, después de aquello, Adriana deambuló sola por el palacio haciendo dibujos como antes, pero después decidió que, si Martina no estaba en su habitación, sería ella la que bajaría para estar juntas. Cogió el libro de Esopo y se encaminó a la cocina.

—Toma, es tuyo —le dijo a su amiga en cuanto la vio.

—¡¿Para mí?!

¡Un libro! Nadie le había hecho un regalo tan caro y bonito.

—Sí. Es un regalo para que te acuerdes de mí cuando yo esté arriba y tú abajo.

Se miraron durante unos segundos a los ojos, sonriendo. Martina se dio la vuelta y fue a una silla para coger su muñeca.

—Entonces, toma, te doy a Donatella para que tú te acuerdes de mí.

Adriana la cogió con cariño.

—Venga. Ahora, vamos a leer.

Se sentaron a la mesa de la cocina y, al calor de los fogones, pasaron la tarde.

Capítulo 14

La visita inesperada

Londres - Hampshire, 1857



Esta vez acompañó a su tía a ver a Florence Nightingale, ella misma se lo pidió. Al parecer le había perdonado su impertinente comportamiento. Fabiola Sabatano siempre lo hacía. Había recibido desplantes por parte de su padre y de ella, en numerosas ocasiones, pero siempre volvía a recibirlos con una sonrisa. ¿Por qué perdonaba sus ofensas? ¿De qué pasta estaba hecha para ser capaz de dejar su orgullo a un lado y perdonar? No era momento de cuestionarse tales cosas, cuando se sentía más vulnerable que nunca. Si su padre estuviera a su lado, no le pasaría eso.

Llegaron a *Embley Park* temprano, era curioso lo diferente que era la arquitectura británica de la italiana. La casa familiar de Florence estaba hecha de ladrillo rojo, con chimeneas que se recortaban ante el cielo azul y despejado de ese día. Las ventanas eran alargadas, divididas en diferentes paneles. Si hubiese podido, se habría entretenido en dibujar las formas decorativas sobre los ventanales. Pero no fue el caso, el general Brown había quedado con la familia de Florence, y ella había aceptado recibirlos en la casa de sus padres. No se podía entretener y estaba allí para eso.

Florence les dio la bienvenida en un saloncito soleado. Dado que conocía al general, lo saludó y llegó incluso a preguntarle por el señor Morrison. Cuando estuvo frente a la mujer, Adriana calculó que mediría alrededor de metro setenta, algo más que ella. La expresión de su rostro inspiraba autoridad, sobre todo si uno conocía su labor en el campo de la enfermería. Los británicos la respetaban y estaba muy bien considerada después de su trabajo en Crimea. Sus ojos

claros los repasaron a todos y después les ofreció asiento en una mesita donde había dispuesto un almuerzo.

El marqués inició la conversación:

—Me alegra verla tan bien.

—Gracias, han sido años de arduo trabajo, pero ahora estoy pasando unos días con mi familia.

—Supongo que le habrán informado del motivo de nuestra visita.

—Desde luego, buscan al soldado sardo.

—Es mi hijo —intervino Fabiola—. Un joven de cabello oscuro, con ojos violetas, como los de mi sobrina.

—Podría ser nuestro muchacho. —Aquella frase hizo que el corazón de Fabiola diera un vuelco—. Sí, lo recuerdo porque era la única que se podía comunicar con él. Había recibido un impacto en la cabeza, pero se había salvado. Hablaba en sueños, cosas sin sentido, pero lo hacía en italiano y, a veces, en sardo. Cuando recuperó la consciencia aún tenía el rostro inflamado y bastante desfigurado, pero sus ojos eran de un tono azulado. Era un buen muchacho.

—¿Su nombre era Carlo? —se atrevió a intervenir Adriana.

—Pues sí, si no recuerdo mal, así era.

—¿De Flaviis? —preguntó la condesa.

—Me temo que ni él mismo recordaba su apellido —contestó con mirada de circunstancias.

—¿Qué fue de él, señora? —Fabiola, desesperada, tomó las manos de la enfermera.

—Cuando estuvo mejor lo trasladaron a Londres.

—¿A qué hospital? —quiso saber el marqués.

—Al Hospital Saint Thomas. Algunos hombres, los más graves, aún se recuperan de sus heridas allí.

—¿Podemos hablar con alguien que esté al cargo del hospital? —insistió el general Brown.

—Por supuesto, les ayudaré en todo lo que pueda. Contactaré con el cirujano jefe y veremos si podemos consultar el historial. Denme unos días para escribirle, cuando me conteste iré a visitarles personalmente.

—Oh, muchísimas gracias —le dijo Fabiola, apretando las manos que aún no había soltado—. No sabe lo que esto significa para mí.

—Lo imagino, condesa. He visto a muchas madres perder a sus hijos, supongo lo que debe de ser encontrarlo después de tanto tiempo de sufrimiento.

Era evidente lo que supuso aquella visita para la condesa de De Flaviis. Ya daba por sentado que ese Carlo era su hijo, y aunque se decía a sí misma que no debía hacerse ilusiones, era inevitable. Su corazón brincaba de alegría cuando su mente imaginaba el reencuentro con él.

Con aquellas noticias, Adriana se quedó aturdida, no sabía cómo reaccionar. Si su primo estaba vivo, el sueño de su padre se hundía y tan solo quedaba la opción de contraer matrimonio con él, algo que ahora mismo le pesaba más que hacía unos días. El caso era que desear que apareciera muerto, tampoco le parecía la solución, porque le empezaba a generar un conflicto interno que ni la «ética especial» que le enseñó su padre podría salvarla de considerarse una mala persona por ello. Ella, que siempre se había sentido exenta de determinados sentimientos, según qué situación y personas, ahora tenía remordimientos. «Soy Adriana De Flaviis. Sangre Saboya corre por mis venas. Estoy por encima de mi primo. Sin compasión, sin compasión…».

Ese tormento era una debilidad que últimamente no podía evitar y, mientras llegaban a la casa del marqués, escuchando la charla entusiasmada de su tía; permanecía meditabunda, echándole la culpa de todas aquellas emociones, que no debía sentir, a la pequeña y dulce Martina. Solo la visión de un jinete en la lejanía, acercándose por el flanco derecho de Whisperingwood Manor, le hizo olvidar todo por un momento. «Es mejor de lo que ella misma cree». Esa frase, en ese instante, fue todo lo que necesitó. Se la hizo recordar la visión del hombre que la había pronunciado.

—¿!Paul!? —exclamó el marqués al verlo desde su ventanilla —. ¡Qué grata sorpresa! No lo esperaba.

Adriana revisó la figura de Paul Morrison, que se había detenido frente a la casa y descabalgaba. Vestía un gabán de *tweed*

hasta las rodillas, guantes de cuero, un sombrero de ala ancha y unas botas altas. Las salpicaduras de barro en sus pantalones indicaban que había cabalgado a gran velocidad. Un mozo se llevó su caballo y él esperó a que el carruaje llegase hasta la puerta.

—¡Cómo me alegra verte! —le dijo el general Brown a la vez que le daba un efusivo abrazo en el que se palmearon la espalda los dos.

Inmediatamente después, ayudaron a las damas a bajar del carruaje.

Paul se quitó uno de sus guantes antes de ofrecer la mano a Adriana tras apearse. Ella, con su mano desnuda, notó la piel de él, cálida y un tanto áspera. Los ojos del hombre se fijaron en los de ella con cordialidad y escondían algo que solo ella podía ver, cierta complicidad que venía dada por la última conversación que habían tenido.

—Es un placer volver a verla —le indicó, sujetando aún su mano.

—Siga esforzándose —le contestó, pero esta vez los dos sabían que aquel tono severo encerraba cierta broma implícita. Desde su visita al museo habían iniciado un juego que a Adriana le parecía divertido.

—¿Qué es lo que te ha traído aquí? —Christopher Brown lo distrajo.

—Pude resolver rápido el problema que tenía, y me dije: ¿por qué no vas a Whisperingwood Manor? Y aquí estoy. —Miró a la condesa—. ¿Ha ido todo bien?

—Muy bien. —Le sonrió—. En Scutari había hospitalizado un joven sardo con el nombre de mi hijo. Así que es muy posible que pronto me reencuentre con él —contestó con optimismo.

—¡Me alegro muchísimo, señora condesa!

—Sí, son muy buenas noticias —añadió el marqués, luego miró a Paul—. Mandaré que te hagan preparar un baño y nos reuniremos después en el invernadero. Me gustaría enseñárselo a las damas —expuso el marqués.

Paul lo miró.

—Me parece una excelente idea.

—Nosotros ya hemos almorzado, pero puedes pedir que te preparen algo.

—No es necesario, paré para tomar un tentempié antes de llegar.

Entraron en la casa y el general condujo a sus invitadas a una puerta acristalada que había en una especie de salón de baile. Salió por allí y caminaron por un sendero bordeado de castaños. A unos pasos de la casa, Adriana divisó una construcción de hierro forjado, pintado de blanco, que formaba delicados arcos y estructuras ornamentales, todo combinado con paneles de vidrio para maximizar la luz en el habitáculo. Tendría más de cien metros de largo y, en el centro de la techumbre a dos aguas, había una cúpula.

Accedieron al recinto por una puerta de madera tallada con detalles acristalados inspirados en la naturaleza. Traspasar la entrada era introducirse en un lugar exótico, con plantas y flores cuyo perfume se entremezclaba en el ambiente húmedo del lugar. Bancos de hierro forjado con cómodos almohadones invitaban al descanso a lo largo de serpenteantes caminos de baldosas de cerámica con adornos vegetales. Había fuentes y pequeños estanques con peces de colores y nenúfares flotando como si de un bosque mágico se tratase. La luz que entraba por los cristales hacía que las plantas proyectasen sombras que acentuaban más esa percepción. Todo era precioso, y en lo primero que pensó Adriana fue en dibujar las virutas que adornaban las pilastras de hierro del recinto.

Las mujeres pudieron advertir enseguida la pasión que el general sentía por la botánica, les explicó con todo detalle el funcionamiento del sistema de calefacción que bordeaba el recinto para mantener la temperatura ideal para aquellas especies que, al aire libre, no sobrevivirían. Plumerias, orquídeas, camelias, flor de la pasión, jazmines, granados, plataneras, palmeras datileras, helechos arborescentes de Nueva Zelanda y algunas plantas carnívoras de América del Norte constituían el vergel particular del marqués de Bristol.

—Es maravilloso —apreció la condesa—. Nunca he visto un invernadero como este.

—Mi esposa y yo pasábamos mucho tiempo aquí, pero desde que se fue ya no lo visito tanto.

—¿Le importa si vengo yo a hacer algunos dibujos? —preguntó la joven italiana.

—Está usted en su casa, *lady* Adriana. Puede venir cuando le plazca.

—Se lo agradezco, lo haré.

—¿Quieren ver cuáles son mis flores favoritas?

—Por supuesto —aceptó la condesa.

Se acercaron a un arbusto con forma redondeada del que surgían multitud de flores blancas que desprendían una delicada fragancia.

—Son Plumerias —aclaró, mientras dejaba que las dos mujeres se acercaran a olerlas.

En ese momento, la puerta del invernadero cedió y un Paul con ropa limpia y perfectamente peinado se acercó a ellos dando largas zancadas.

—¡Oh! Qué rapidez, Paul. Ven, acércate. Les contaba a nuestras invitadas lo extraordinarias que son estas flores.

A Adriana la sorprendió la manera en la que el marqués incluyó al señor Morrison, las llamó «nuestras invitadas» como si aquella casa también perteneciera al joven, como si fuera su propio hijo.

—Tus favoritas.

Al parecer se conocían bien.

—Sí, y las de Emma —añadió con un matiz afectuoso en la voz —. Requieren de mucha luz, por eso están bajo la cúpula—. Todos miraron hacia arriba.

—A mi madre le hubieran gustado; adoraba las flores.

No supo por qué lo dijo delante de todos. Aquel dato era demasiado personal para compartirlo, y ella nunca hacía esas cosas. Al menos no las hacía antes. Ya eran un par de veces las que había confesado asuntos personales desde su llegada a Londres. Incluso su tía la miró sorprendida.

—Es difícil resistirse a ellas —comentó Christopher Brown. Cogió un par y se las ofreció a las damas.

—¿Me permite? —le preguntó Paul mientras le cogía la flor de la mano—. Sobre su pelo quedará muy bien.

Notó sus dedos cerca del moño que recogía su cabello. La colocó allí y luego la miró fijamente.

—¿Este tipo de esfuerzo está bien? —murmuró para que los demás no lo oyeran.

Adriana no le contestó, solo lo miró con una sonrisa enigmática.

—¿Me deja que haga lo propio? —se dirigió a la condesa.

La mujer rio.

—Yo no tengo edad para esos adornos, pero dejaré que la ponga en mi pelo.

Paul hizo lo mismo con la mujer.

—Bellísimas —afirmó el anfitrión—. ¿Qué tal si nos cuentas si ya está todo solucionado?

—Por supuesto, sí, todo claro. Falló un proveedor, pero he encontrado un sustituto. Las obras continúan adelante, pronto estará el edificio terminado.

—Si estás aquí es porque no te llevó mucho tiempo.

—Gracias a Edmond que me facilitó un nuevo contacto. Además, mejoraron las condiciones que tenía con el otro proveedor, así que salió todo redondo.

—¡Me alegro, muchacho! Y decidiste venir cuando todo estuvo arreglado. Debiste galopar —comentó el hombre.

—Cuando terminé, fui a casa, me puse la ropa de viaje y salí hacia aquí. ¡Ah, sí! Me detuve un momento en Saint James a comprar una empanada de carne de venado y al salir me topé con la duquesa de Everleigh. Le dije que no podía entretenerme porque salía de viaje hacia Whisperingwood Manor. Me dio un recado para usted. —Miró a Adriana.

—Nos vimos antes de salir, no sé qué podría haberle quedado por decir —expuso la italiana de manera seca.

—Me dijo algo sobre el té británico. ¿Se ha interesado usted por él?

Adriana hizo una ligera mueca con los labios.

—Jamás.

—Pues su mensaje era que el té inglés, incluso el más humilde, se echa a perder cuando no se mezcla con el agua adecuada. Después me dijo… —El señor Morrison frunció el ceño, intentando recordar la frase exacta—. «Los ingleses somos bastante exigentes con lo que dejamos entrar en nuestra taza». Eso fue con exactitud lo que me pidió que le transmitiera.

—Eso es cierto, para el té somos exageradamente exigentes —pronunció el marqués.

—¡Cómo es esta duquesa! Incluso en la distancia se acuerda de mí y me da consejos —articuló, simulando que agradecía el mensaje, pero con el corazón bombeando pura ira.

La duquesa se había ganado una enemiga. No la soportaba.

—Entonces, tomaremos nota —dijo Fabiola.

—Señor Morrison, ¿sería tan amable de comentar conmigo el cuadro de Turner que tuvo a bien regalar al marqués?

Paul se fijó en sus ojos, intentando adivinar lo que se escondía detrás de aquella petición, sospechaba que en su mensaje había algo que solo *lady* Adriana había captado.

—Id, id —los animó el general—. Yo voy a enseñarle a la condesa las orquídeas que tenemos al fondo.

Caminaron silenciosos hacia la casa y, poco antes de entrar, Paul se detuvo cruzándose de brazos.

—¿Qué se traen ustedes entre manos?

«Usted es lo que nos traemos entre manos», pensó la joven.

—¿Qué le hace creer eso?

—Es evidente que no soporta a *lady* Ophelia y ella a usted tampoco, sin embargo, me pide que le dé un inofensivo mensaje, que a mí me da que significa más de lo que parece.

—Es cierto, no nos soportamos. Usted mismo pudo ver cómo me trató.

—Sí, pude verlo, le ofreció el mismo trato que usted nos dispensa a su tía y a mí —le dijo con una sonrisa sardónica—. Ha encontrado en la duquesa una rival a su altura, ¿se da cuenta?

Adriana ignoró su pregunta.

—El otro día me dijo que yo le gustaba cada vez más, ¿sigue opinando lo mismo?

Paul la observó durante unos segundos antes de hablar:

—¿Por qué cree que vine desde Londres en cuanto terminé con mis asuntos, sin apenas descansar?

Algo insólito sucedió entonces, Adriana sonrió; sin sarcasmo, sin ironía, de manera natural, admitiendo que aquella respuesta le había satisfecho. Tomó aire por la nariz y lo soltó suavemente tornando a su expresión habitual.

—¿Qué es lo que le hace pensar que soy mejor de lo que creo?

Paul levantó sus rubias cejas con asombro.

—Veo que ha hablado con el marqués.

—Fue él el que me lo dijo sin que yo se lo pidiera. ¿Me responde?

—Porque cuando se vio humillada por Ophelia mantuvo la compostura.

—¿Quiere decir que debí armar un escándalo cuando me pidió que le limpiara los zapatos?

—No, usted fue educada. Pero se merecía una buena frase de esas que a mí me suele dedicar. Se comportó como una buena chica. Y… —meditó— hay algo en usted, no sé exactamente qué es. Christopher dice que tengo la capacidad de ver dentro de las personas, no sé si tiene razón, pero intuyo que usted es mucho más que esa apariencia orgullosa.

Adriana lo contempló con fijación. Observó su pelo rubio con el largo suficiente para tapar su nuca, la nariz, al estilo de un emperador romano, sus ojos azul cielo, con algún pequeño matiz verdoso y su mentón masculino. Lo estuvo mirando tanto rato sin hablar, que Paul tuvo que preguntarle qué sucedía.

—Quizá la duquesa de Everleigh obtenga mi respuesta por su afrenta.

—¿Y qué piensa hacer?

—Aceptar la proposición que usted me hizo el otro día en la National Gallery.

Paul Morrison parpadeó despacio con incredulidad. Algo lo llevó a pasar con rapidez su mirada por los labios carnosos de Adriana.

—¿Me está diciendo que quiere convertirse en mi amante?

Adriana no contestó, pero lo miraba con seriedad.

—¿Por qué? —continuó hablando él.

—Porque *lady* Ophelia me lo prohibió.

—i¿Que *lady* Ophelia…?!

Dejó su frase a mitad, mientras se pasaba la mano por el mentón a la vez que miraba hacia arriba, luego dio unos pasos a un lado y a otro.

—¡Esa mujer se considera la dueña de todos! —exclamó aturdido.

—Eso creo yo.

Se detuvo y volvió a mirarla.

—¿Se da cuenta de lo que me propone?

—¿Por quién me toma? Por supuesto que me doy cuenta de lo que le propongo, y le recuerdo que fue usted quien lo insinuó.

—Sí, pero todo aquello fue un juego. Nada más.

—¿De verdad?

Paul estaba admirado ante la seguridad de aquella joven mujer y, más calmado, le preguntó:

—¿Ha estado alguna vez con un hombre?

—No —respondió con firmeza.

—Una mujer como usted jamás se metería en la cama de un hombre como yo. ¡Es usted una dama!, ¿va a perder su virtud por venganza?

—Lo he pensado bien y, en verdad, mi virtud no vale tanto. ¿Qué más da a quién la entregue?, ¿qué más da si es por venganza o por un matrimonio concertado? Al final habré de entregarla, al menos ahora lo haré voluntariamente.

—Habla con demasiada frialdad de algo que debería tenerla llena de pasión si ha decidido entregármela. ¿Acaso no le atraigo un poquito? —Alzó algo más la voz, un tanto molesto.

La respuesta de Adriana volvió a sorprenderlo:

—Lo hace, señor Morrison —contestó con sinceridad—. Más de lo que me gusta admitir.

Se sostuvieron la mirada, no hacía falta que él confesase lo que ella lo atraía, a la vista estaba que la dama lo había advertido,

de lo contrario, ¿hablaría con tanta seguridad? Físicamente, Adriana le parecía perfecta, como una diosa griega salida del Olimpo, y tenía que reconocer que, aunque no le gustaba su insoportable altanería, admiraba su entereza y la fuerza que le otorgaba ser una mujer instruida. Jamás se hubiera interesado por una dama que parecía despreciarlo por sus orígenes, pero no podía dejar de admitir que Adriana tenía un imán poderoso. Aunque… su conciencia frenaba aquella tentación. Le hubiera gustado disfrutar de los placeres carnales que la joven le pudiera ofrecer, pero ni siquiera quería imaginarla desnuda, sería demasiado para su fuerza de voluntad.

—Uf, esto me va a resultar más difícil de lo esperado. Yo no soy un caballero a los que usted está acostumbrada. Me ofrece un tesoro que a cualquier hombre podría volverlo loco, pero, aunque lo desee, mucho, no puedo aceptar. No puedo hacerle esto. También tengo valores.

—Es usted honesto y noble, ¿verdad?

—Pues, aunque usted no valore mis cualidades, las tengo —le contestó molesto, entendiendo cierta crítica en su frase.

—No era mi intención ofenderle. Es posible que usted sea mejor persona que yo.

A cada palabra de la joven más crecía la sorpresa de Morrison.

—Me desconcierta, si no se considera buena persona, ¿por qué se comporta de esa manera?

—Tener cierta posición te obliga a proceder de determinada forma —pronunció en voz baja, casi para sí misma—. Pero no nos desviemos del tema. Sería tal y como comentamos. Nada de amigos, solo amantes. —Levantó una ceja fijando su mirada violeta en él—. Después me marcharé.

—¡Como si nada! —exclamó sin dar crédito a lo que oía—. ¿Y si surge algún tipo de sentimiento?

—Ya le dije que eso no puede ser.

Paul se inclinó hacia ella.

—Querida señorita De Flaviis, eso no se puede controlar.

—Yo siempre lo he controlado todo. No puedo enamorarme de un hombre como usted.

—¡Y yo no puedo acostarme con una mujer que me desprecia de ese modo!

Se giró y entró en la casa dando una zancada larga. La dejó allí, sin agregar nada más. ¡Cómo lo irritaba la frialdad de Adriana!, aunque, sobre todo, lo exasperaba que le gustara una mujer que representaba lo contrario en lo que él creía.

Capítulo 15

Adriana

Hampshire, 1857



—En cuanto vuelva a casa con mi hijo, lo festejaré con un baile en su honor —comentó alegre la condesa—. Ya sé que a ti no te gusta bailar, pero tendrás que asistir —añadió, dirigiéndose a su sobrina—. Todo Cagliari deberá estar presente. Y si ustedes pudieran venir, me alegraría enormemente —concluyó, esta vez, hablando para el marqués y Morrison.

—Si lo hace, viajaré a Cerdeña solo para asistir a ese baile —contestó el general.

—No deberíamos precipitarnos —añadió Adriana, con tono agorero.

—Estoy segura de que es Carlo —afirmó su tía.

Al oír el nombre del conde italiano, Morrison clavó los ojos en la joven, consciente de que ese hombre sería su marido si regresaba de la guerra. ¿Qué sucedería si descubría que le entregaban una esposa mancillada por otro? No sería algo agradable de digerir para Adriana; su reputación se hundiría de forma irremediable. ¿Acaso no le importaba?

Le pareció una mujer valiente, no solo por eso, sino también por haber tenido el coraje de ser ella quien le hiciera semejante propuesta. Ni siquiera Cordelia había sido capaz de exponer sus deseos de una forma tan abierta. Las jóvenes que él conocía de su edad se sonrojaban con facilidad y huían de las miradas directas; sin embargo, aquella noche, los ojos de Adriana volaban sin miedo sobre el mantel durante la cena, se clavaban en él, como si quisieran convencerlo sin decir una palabra.

Cuando terminaron de cenar, al general se le ocurrió entretener a sus invitados tocando el piano. Se dirigieron al salón de baile, donde la condesa se ofreció a pasar las páginas de las partituras. Paul y Adriana se sentaron en unas sillas cercanas para escuchar mejor.

Comenzó su concierto con el *Nocturno Op. 9 N.º 2 en mi bemol mayor***,** de Chopin. El marqués era un buen pianista; desde los cuatro años había recibido clases y el instrumento le gustaba. Tanto Adriana como Paul permanecieron en silencio, escuchando la melodía, hasta que, entre las notas, él percibió la suave voz de la italiana, procurando que nadie más pudiera oírla.

Se había inclinado un poco hacia él para asegurarse de que la escuchara y, con aquel leve movimiento, parecía que el calor de su cuerpo llegaba hasta él, estampándose contra su piel, como si estuviera junto a una poderosa lumbre.

—Señor Morrison, le he conocido lo suficiente como para no poder despreciarlo.

Paul no pudo evitar girar la cabeza hacia ella.

—Es usted como el ratón de Esopo —continuó—, al que muchos podrían considerar insignificante, pero que, en realidad, es capaz de hacer grandes cosas. Me trae recuerdos amables de una infancia que apenas duró.

Aquel fue uno de esos extraños momentos de sinceridad en ella. Paul la observó en silencio, absorto. Ella pestañeó con suavidad y él no pudo evitar quedar atrapado por el sutil aleteo de sus pestañas oscuras. Por un instante, se perdió en los matices de sus ojos violetas, que, por primera vez, lo miraban sin artificios. ¡Acababa de ser amable con él! Y reconocía que le había gustado mucho. Podría obviar su enfado y dejarse llevar por ese calor que comenzaba a consumirlo. Su cercanía le aceleraba el pulso de manera descontrolada.

—¿Pretende convertirme en Marte o en Sansón? —musitó, hipnotizado por sus ojos—. ¿Quiere demostrarme que mi carne es débil?

En ese momento, Christopher Brown finalizó su pieza, y Paul volvió a prestarle atención. Ambos aplaudieron. El intérprete se

levantó de la banqueta y saludó.

—¿Qué tal si ahora jugamos al *whist*? —propuso el marqués.

—Es una excelente idea —aprobó Paul, levantándose de la silla con una prisa inusual por apartarse de aquella mujer.

Adriana también se puso en pie y, antes de que él diera un paso, le habló:

—¿Qué tendría de malo? La mía también lo es.

La joven caminó para unirse al grupo, dejándolo allí plantado, con esa frase danzando a su antojo por su mente. Aquella mañana la había considerado una mujer fría y, ahora, parecía lo contrario.

Estaba desconcertado y a punto de cometer una locura, pues Adriana había sabido disipar el enojo que le había dejado por la mañana. Se había marchado furioso, convencido de que no debía prestar atención a una mujer que lo miraba por encima del hombro. Ahora, en cambio, se imaginaba besando su boca e introduciendo sus manazas entre la tela de ese vestido elegante que cubría sus formas perfectas.

Era posible que ella lo hubiera despreciado, pero él, a su manera, también lo había hecho, creyéndola una niñita más, de esas tan consentidas que la clase alta era tan proclive a criar. Su apreciación estaba cambiando, y no solo desde la atrevida propuesta de la joven. Había empezado mucho antes. ¿Quizá desde esa primera confesión, cuando le dijo que ella sí sabía qué era pasar días sin comer? Era una mujer extraña, tan fuerte y… ¿tan vulnerable a la vez? Tenía la sospecha de que, si tiraba del hilo, eso era lo que encontraría.

Siguió al grupo, y el marqués tuvo la genial idea de que la joven fuera su compañera en el *whist*, un juego cuyas normas dictaban que entre parejas no se podía hablar, pero sí utilizar señales implícitas a través del juego.

—Los jóvenes contra los más mayores —propuso, sin saber las consecuencias que aquello tendría para un Paul que se debatía por dentro.

Las miradas profundas en aquella partida le hacían pensar en aquello que le había desvelado al marqués de la manera más inocente: «Es mejor de lo que ella misma cree». Y lo pensaba de

verdad, lo que hacía peligrar su decisión de no ponerle una mano encima durante el tiempo en que estuviera allí. No quería saber nada de ella: ni de su pasado, ni del motivo de su interés por la arquitectura, ni de por qué su padre la abandonó cuando murió su madre. Si llegaba a conocer la verdad, corría el riesgo de caer en sus redes.

Le había asegurado que descubriría sus secretos… ¿Se había dado cuenta ya de cuán equivocada estaba?

Acababan de ganar una baza más en el juego, se compenetraban. Entendía a la perfección todos los movimientos que hacía Adriana, y ella, los suyos. Así fue como terminaron ganando.

—La próxima vez me pondré yo con la joven —apuntó el anfitrión, un poco decepcionado por haber perdido aquella partida.

—¿Qué les parece si nos retiramos ya? Es un poco tarde —propuso Fabiola.

—Creo que será lo mejor —consintió Christopher.

La condesa y el marqués se encaminaron hacia la puerta de salida y Adriana comenzó a hacer lo mismo detrás de ellos. Antes de que pudiera alejarse demasiado, Paul tomó su mano para detenerla. La muchacha observó su rostro acercarse al suyo y, por un momento, pensó que la besaría, pero él solo pretendía hablarle:

—Usted ha dicho que no puede enamorarse, pero ¿y si lo hago yo?

—¿Lo haría? ¿Se enamoraría de una mujer como yo? Señor Morrison, tiene tantos prejuicios sobre mí como los que yo tenía sobre usted. No creo que sea capaz de llegar a amarme, pero sí a desearme. Como usted me dijo: «Hay otras alternativas que no nos obligarían a ser amigos». Fue una idea suya, recuérdelo.

Se zafó de su mano y salió de la estancia. Adriana sabía que había dado un paso atrevido e importante. ¿Por qué había tomado esa decisión? No lo tenía claro. Desde que se había dado cuenta de las cualidades del señor Morrison, se sentía culpable; la misma culpabilidad que experimentaba cuando recordaba a Martina. Ese sentimiento se mezclaba con la traición hacia su padre. Sentir todo eso por personas como Morrison o Martina la convertía en enemiga de las ideas del barón Umberto De Flaviis. ¿Era la pugna que

mantenía con *lady* Ophelia la excusa perfecta para meterse en la cama de un hombre que empezaba a atraerla? Su padre estaba lejos, no podía controlarla, ¿convertirse en la amante de Paul Morrison era un acto de rebeldía y libertad? No quiso ni siquiera seguir planteándoselo. De todos modos, él no estaba por la labor.

Capítulo 16

El invernadero

Londres - Hampshire, 1857



La luz de la tarde era perfecta para sus dibujos. Entraba cálida por la cristalera que tenía enfrente, proveniente de un sol que comenzaba a posarse en el horizonte. Se colocó ante una mesa sobre la que había artilugios de jardinería, macetas con flores y una regadera. Al otro lado, las orquídeas del marqués destacaban con su color púrpura y la casi simetría de su constitución, junto a esa columna de hierro adornada con volutas. Ese sería un bonito detalle para dibujar: la solidez de la arquitectura victoriana de aquel invernadero junto a la delicadeza de las flores, algo que le recordaba a su madre.

Sacó su cuaderno y comenzó a esbozar lo que sería su dibujo. Tenía intención de darle todos los detalles posibles y, quizá, cuando regresase a Cagliari le proporcionaría un toque de color con acuarela, guiándose por la imagen que permaneciera en su recuerdo.

Rodeada de vegetación, se sentía arropada de miradas que pudieran observarla desde el exterior. Antes de entrar, había encontrado a algún trabajador de la finca que la saludó al pasar. Concentrada en su tarea, escuchó abrirse la puerta del invernadero. No se movió, no tenía ninguna intención de desvelar su ubicación a nadie, así que permaneció silenciosa y continuó examinando el modelo a dibujar y plasmándolo en su libreta. A pesar de que a aquellas horas no era demasiado probable, pensó que podía tratarse de algún jardinero. Escuchó sus pasos recorriendo los caminos que atravesaban aquel vergel. De momento parecían estar lejos, así que continuó con su tarea con toda tranquilidad. Aquello era un

laberinto, no creía que se encontraran. Se preocupó cuando no cesaban y parecían cada vez más cercanos, dejó su libreta sobre la mesa que tenía detrás y estuvo atenta al sonido de los pasos. Miró hacia uno de sus lados, por donde desembocaba un sendero para poder llegar al lugar en el que estaba, esperando a que de un momento a otro apareciera algún hombre con los utensilios necesarios para hacer alguna poda o algo por el estilo. Se quedó perpleja al ver quién apareció entre las plantas. Sin levita, tan solo con el chaleco sobre su camisa, se aproximaba el señor Morrison a grandes zancadas hacia ella. A punto estuvo de recriminarle lo que la había asustado, cuando se colocó ante ella y sin mediar palabra puso una mano en su nuca y la atrajo hasta tener sus labios pegados a los suyos. En un segundo, Adriana se vio envuelta por sus brazos, cercana al calor que desprendía su cuerpo en aquel ambiente húmedo y fragante. No hizo amago de apartarlo, al contrario, centró su atención en cada uno de los detalles: la mano abierta, fija en su espalda, que la empujaba con firmeza hacia él, en la otra mano que desprendía calor en su nuca y la abarcaba con cuidado, haciendo de tope para que no pudiera retroceder y se viera obligada a encontrarse con esos labios minuciosos que exploraban su boca con exigencia; en su respiración, que chocaba con su rostro a intervalos…

Se sorprendió al pensar en ello, pero quería grabar cada una de aquellas sensaciones para atesorar, en un futuro, lo que estaba siendo su primer beso. Algo que, desde luego, le estaba gustando. Asumió que Morrison acababa de aceptar su propuesta y se entregó, satisfecha.

Sería difícil calcular cuánto duró ese acercamiento. El tiempo había pasado a ser algo que se sentía incapaz de medir; pero en un momento dado, Paul se apartó sin soltar su cuerpo y, con los ojos entornados, la miró.

—¿Sigue queriendo convertirse en mi amante? —musitó muy cerca de su rostro.

Adriana asintió sin ser capaz de articular palabra. El calor la aturdía.

—Dado que piensa que todo ha sido idea mía, antes tendrá que pasar una prueba. ¿Acepta?

La joven volvió a asentir. La respuesta de Morrison fue alzarla hasta sentarla sobre la mesa. Se inclinó hacia ella y, con sus manos, sostuvo su cara para besarla de nuevo. Adriana pensó que le iba a faltar la respiración, la humedad del ambiente y la exigencia de Morrison en ese beso así se lo hicieron creer. Jadeó de excitación cuando sintió su lengua en su boca y quiso ser una jugadora más en aquella partida, siguiendo sus movimientos con la suya. No le importaba ser inexperta y que él lo notara, todo se aprendía con la práctica. Sin miedo a mostrar su deseo, lo atrajo más hacia ella, lo que la obligó a abrir sus piernas para que Paul pudiera acoplarse mejor a su cuerpo. Las manos de él bajaron poco a poco por su cuello en una caricia que erizó su piel. Un hormigueo recorrió su espalda, y el deseo acuciante de que bajara aún más sus manos, hasta alcanzar sus pechos, se materializó en su mente como un pensamiento obsesivo. No sucedió nada de eso, Morrison se detuvo en sus clavículas y no cedió ni un milímetro. Dejó de besarla y la miró con una sonrisa malévola, sin apartarse.

—Caramba, es usted pura pasión —bisbiseó muy cerca de sus labios. La besó de nuevo y volvió a mirarla—. Veamos hasta dónde me deja llegar.

El tafetán de su vestido crujió cuando Paul introdujo su mano por debajo de la crinolina. Pronto sintió el calor de su palma sobre la seda que cubría sus pantorrillas, ascendió por su pierna, pasando por encima de sus *pantalettes,* y el cuerpo de Adriana reaccionó de inmediato al sentir ese ascenso lento. El calor recorrió un camino desconocido hasta su sexo, como si un líquido ardiente se hubiera derramado dentro. «¡Deseo —se dijo a sí misma—, esto es el deseo!». Paul alcanzó la parte más íntima de su cuerpo por encima de la tela de algodón que la cubría y en un movimiento rápido su mano se coló por dentro. Adriana sintió sus dedos enredándose en el vello que cubría su monte de Venus. No se detuvo ahí, bajó lentamente, abriendo con delicadeza los pliegues de su intimidad, y la acarició con suavidad en un punto que ni siquiera Adriana podría localizar con exactitud. El placer que sintió la hizo estremecerse y,

sin darse cuenta, se abrazó a él, cercándolo con sus piernas también. Llevó la cabeza atrás, a la vez que exhalaciones de goce se escapaban de sus labios. Cerró los ojos, abandonada en aquellas caricias íntimas que le dispensaba un hombre que, según lo que le habían enseñado, era indigno de ella. Por instinto, arqueó su espalda emitiendo gemidos cada vez más prolongados. La mano de Morrison insistió en aquella delicada zona, cada vez con más rapidez, y Adriana creyó que se iba a desintegrar en mil pedazos cuando ese estallido de placer la hizo retorcerse. Sus caderas cobraron vida moviéndose solas hasta que ya no quedó nada de esa explosión que la sacudió. Paul la sostenía con uno de sus brazos, de lo contrario hubiera caído al suelo como una muñeca de trapo.

Él acercó su rostro y besó el lóbulo de su oreja, antes de hablar:

—Esto es solo una parte de lo que una mujer puede llegar a sentir, y para ello no necesita a un hombre, usted misma puede hacerlo. ¿Sigue queriendo ser mi amante? —murmuró.

Con la respiración entrecortada, Adriana se separó de él para mirarlo a los ojos.

—Estoy acostumbrada a que lo hagan todo por mí, ¿por qué habría de cambiarlo ahora? —Tomó aire—. ¿Cree que he pasado la prueba?

—Le he dado la oportunidad de retractarse. Lo que vamos a hacer no está bien visto en una joven dama noble, menos aún con un antiguo ladrón como yo. ¿Está segura de ello?

—Le repito: ¿he pasado la prueba?

Paul no le contestó, la volvió a besar con pasión, estrechándola entre sus brazos. ¡¿Que si la había pasado?! La hubiera tomado allí mismo. Adriana no era fría, ni remilgada. Se había entregado por entero y, en esa entrega, no hubo ni un solo atisbo de rechazo por los orígenes de su compañero de juego. Desde luego, podían llegar a ser buenos amantes. Cuando puso fin al beso, la miró fijamente.

—¿Qué está haciendo conmigo? ¿Va a conseguir todo lo que quiera de mí?

—Me gustaría. Me molesta muchísimo cuando no consigo lo que quiero.

—¿Hay algo que no haya conseguido?

Adriana cambió su semblante y se apartó de él. Se dio la vuelta y comenzó a recoger de la mesa su libreta y el lápiz.

—Hay cosas a las que una mujer de mi posición tiene que renunciar —musitó mientras aún le daba la espalda.

—¿A qué?

—A ser una buena persona —dijo girándose para mirarlo.

No le dio opción a réplica, pasó por su lado y emprendió el camino de vuelta por aquel sendero bordeado de exuberancia vegetal traída del trópico.

Capítulo 17

Sa filonzana

Cagliari (Cerdeña), 1844

Hacer vida en la cocina era agradable y Adriana pensaba que su hermana del alma tenía mucha suerte. Le gustaba la mezcla de olores y el calorcito de los fogones. La lectura allí era más agradable que en la sala de estudios. Una de las cosas que mantenía a las niñas entretenidas era la llegada de proveedores, aunque, ahora que el señor no estaba, se producían menos visitas y los productos que llevaban estaban destinados únicamente al servicio que quedaba en la casa y, por tanto, menos abundante y de peor calidad. Pero eso daba igual, Sofía era una gran cocinera y ella misma se vanagloriaba de hacer excelentes guisos con pocos productos.

Había pasado casi un mes desde que Umberto De Flaviis se marchó y no había dado señales de vida. A Adriana el día a día al lado de Martina le resultaba tan atractivo que ya no le importaba que su padre la hubiera abandonado. ¿Qué habría hecho con su carta? ¿La habría llegado a leer?

Esa mañana llegó Stefano, acompañado de su hijo Matteo, con las verduras: achicoria, patatas, tomates, hinojo y acelgas. Adriana y Martina, desde la isla de la cocina, observaron a Stefano descargar las cestas que cogía de un carro parado en la puerta trasera del palacio. Matteo, un niño más o menos de la misma edad que ellas, se acercó con curiosidad a ver las ilustraciones del libro que leían.

—Matteo, no molestes —le dijo su padre al ver a la señorita de la casa junto a la hija de la cocinera.

—No importa, podemos enseñarle el libro —afirmó Adriana.

El niño les sonrió, fascinado por los dibujos que representaban las fábulas.

—Estas son la cigarra y la hormiga —le explicó Martina, señalándolas con el dedo, luego pasó la página—. Y aquí están el pastor y el lobo.

—¿Qué es lo que dice aquí? —preguntó el niño.

—Que si mientes a todas horas, luego no te creerá nadie —habló Adriana.

—¿Sabes, Matteo? Yo ya sé leer —comentó orgullosa Martina —. Tú también puedes aprender.

—¿Para qué? Mi padre no me puede comprar libros.

—Podrás leer cuando vengas aquí —propuso Martina.

A Matteo le dio una risa inexplicable que acabó convirtiéndose en tos. Al ver que el niño no se cubría la boca, Adriana retrocedió un tanto molesta, no le gustó que le tosiera encima.

—¡Se pone la mano! —exclamó Martina al ver la reacción de su amiga.

—Vamos, Matteo, ¡ven aquí! —le ordenó su padre, quien permanecía haciendo cuentas con Sofía.

El niño se apartó de ellas y corrió al lado del hombre. Al poco se marcharon y las niñas continuaron con sus juegos. Para llegar a la puerta trasera de la casa había que atravesar un patio cuyas paredes permanecían decoradas con grandes maceteros, que Livia, una de las criadas que se encargaban de la limpieza de las habitaciones del palacio, solía cuidar.

No era demasiado amplio, pero dado que Sofía no dejaba subir a Martina a jugar, lo utilizaban para hacer juegos más activos, como el *Gioco della Campana*[7], saltar la cuerda o *filastrocche*[8]*.* Adriana lo pasaba muy bien jugando a *filastrocche;* si ella había enseñado a leer a Martina, Martina le había correspondido enseñándole infinidad de canciones populares y bailes para acompañarlas. Y ella sabía que se le daba muy bien. Por la noche, Martina se retiraba a su habitación y era Livia quien acompañaba a Adriana hasta el piso de arriba. Las noches resultaban solitarias para la niña, pero con la nueva rutina, el dolor por la pérdida de su madre

se le hizo más llevadero. El hombro para llorar que no le ofreció el barón, se lo brindaron Martina y Sofía.

Todas las mañanas se aseaba a toda velocidad para bajar con su amiga, pero ese día se encontraba más cansada de lo habitual y tardó un poco más de lo normal. Cuando llegó al sótano, Martina ya estaba esperándola impaciente a los pies de la escalera.

—Vamos a jugar a *filastrocche.* —La cogió de la mano y se la llevó al patio, cruzando la cocina.

—Buenos días, *baronessina* —la saludó Sofía—. El desayuno estará en un momento.

Adriana contestó sin detenerse, dejándose guiar por Martina hasta el patio.

—Empezamos con *Sa filonzana*[9], que sé que te gusta mucho.

Las niñas comenzaron a cantar:

Fila, fila, Filonzana

fila su lin'e sa lana.

Fila a ballu, fila a manu,

si non pias, fattu dannu.[10]

Adriana profesaba cierta atracción por la figura de la *filonzana*, sentía una mezcla de miedo y admiración, porque sabía que era ella la que cortaba los filamentos de la vida y a menudo era presagio de la muerte; pero también manejaba los hilos de los destinos humanos, lo que le otorgaba un gran poder.

Cantaba a dúo con su amiga, pero cuando iniciaron la coreografía, sintió que el aire le empezaba a faltar y comenzó a boquear como un pez moribundo, en busca de oxígeno. Se sentó en el suelo cuando, aterrorizada, vio la figura espigada y un tanto encorvada de la *filonzana*. No había duda, era ella, pues llevaba la rueda de hilar y esas ropas oscuras que acentuaban su aspecto sombrío. Sus mejillas se hundían por debajo de unos pómulos envueltos por una piel seca, surcada de arrugas. Caminaba lentamente hacia ella.

Aunque quiso, no pudo gritar. Martina, a su lado, dejó de bailar.

—¿Qué sucede?

Adriana señaló a la mujer, que con expresión siniestra se aproximaba a ella. Su amiga miró hacia allí, pero no vio nada.

—¿Adriana?

El movimiento acelerado del pecho de la niña la hizo alarmarse.

—¡Mamá! —gritó—. Adriana no está bien.

Sofía apareció corriendo en el patio, tomó a la niña del brazo y la levantó del suelo.

—La *filonzana* viene a por mí —musitó la cría con la voz entrecortada.

Sofía le colocó la mano en la frente.

—¡Por Nuestra Señora de Bonaria, si está ardiendo!

Cogió a la niña en brazos y emprendió el camino hacia el piso de arriba, seguida de su hija.

—¿Qué le pasa, mamá?

—No lo sé —le contestó con semblante preocupado.

Cuando llegaron a la habitación de Adriana, Sofía comenzó a quitarle la ropa.

—Llama a Livia y dile que prepare un baño de agua fría para la *baronessina*. ¡Corre!

Mientras la desvestía, la cocinera se decía a sí misma que aquello no podía estar pasando, si le sucedía algo a la señorita de la casa, ¿quién iba a ser responsable? ¿El padre que se marchó, o los criados que se quedaron con ella? Por su experiencia, sabía que siempre eran los más humildes los que pagaban el pato.

Cuando estuvo todo preparado metieron a Adriana en la bañera. Su cuerpo tembló al sentir el agua fría, pero estaba delirando y no se daba cuenta de la situación.

—Hay que hacer algo —le dijo Sofía a Livia.

—¿Sí? ¿El qué? Su padre la ha dejado sola, le ha escrito y no ha contestado. Ese hombre es un desgraciado.

—Livia, si le pasara algo a la niña, ¿a quién crees que responsabilizarán? Además, tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos por que se recupere.

—Yo no pienso pagar un médico, es demasiado para mi bolsillo.

—Pues yo no me voy a quedar de brazos cruzados.

—Mamá, ¿se va a morir? —preguntó llorando Martina.

—¡No! —exclamó.

La sacaron de la bañera cuando vieron que la fiebre le había bajado, pero aún parecía que tenía dificultad para respirar. Le pusieron un camisón y la metieron en la cama bien arropada.

—¡¿Qué hace esa chimenea apagada?! —preguntó Sofía, señalando el hueco vacío que había en un extremo de la habitación.

—No está el señor. Nadie ha dado orden de encenderla —se justificó la criada.

—Pues hazlo. ¡Ya! —exigió la cocinera, poniéndose al mando de aquella extraña situación—. Yo voy a salir, a ver si puedo conseguir ayuda. Martina, no te apartes de ella, si ocurre cualquier cosa llama a Livia.

—¡¿A mí?! —protestó la muchacha que en ese momento se hallaba prendiendo fuego, tal y como le había dicho—. ¿Y qué hago yo? No, yo no quiero saber nada.

—¡Es tu *baronessina* y cuidarás de ella!

—Yo lo haré, mamá. No es necesario que Livia se quede. Leeré sus fábulas favoritas y abrirá los ojos. Iré a por Donatella y la pondré a su lado para que le dé calor. A ella le gusta mucho.

—Ya —farfulló la sirvienta—. Lo mismito que sus muñecas de porcelana.

La niña la miró con el ceño fruncido.

—Puedes irte ya, Livia —le dijo enfadada—. Yo me quedo.

Y tomando la mano de Adriana, se quedó mirando cómo respiraba con fatiga.

—Reza, cielo —le pidió su madre poniendo la mano sobre su cabeza.

Sofía salió de allí con la certeza de lo que debía hacer. La única salida que veía en esa situación. Caminó presurosa por las calles hasta llegar al edificio que buscaba, esperaba que no la tirasen a cajas destempladas en cuanto dijera de dónde venía, y que el señor de la casa la atendiera, a pesar de ser una simple cocinera.

La fama de Francesco De Flaviis era buena en Cagliari, y entre las gentes humildes se comentaba que su matrimonio con una mujer

sin linaje había sido por amor. Ese detalle le hacía pensar que, si le decía que un asunto de vital importancia era lo que la había llevado hasta allí, la atendería, aunque fuera una sirvienta.

Llamó a la puerta de servicio porque sabía que sería inútil hacerlo en la principal y, al poco, una mujer de pelo cano e indumentaria gris la recibió. Supo al momento que era el ama de llaves. La miró desconcertada con el ceño fruncido.

—¿No eres tú la cocinera de la casa del barón De Flaviis?

—Sí, señora.

—¿Y qué se te ha perdido aquí?

—Un asunto de vital importancia que debe conocer su señor.

La mujer arqueó las cejas, incrédula.

—Dígame el mensaje y yo se lo transmitiré cuando regrese.

—i¿Es que no está?! —preguntó con desesperación.

—El conde de De Flaviis no regresará hasta dentro de dos semanas, está en la finca de Oristano.

Al oír aquello, Sofía se quedó con la boca abierta. ¡No podía ir a Alghero! Eso supondría cinco días de viaje y podía ser demasiado tarde para la niña. Se dejó caer en el escalón de la puerta y llorando amargamente dijo:

—Ya solo queda rezar a Nuestra Señora de Bonaria.

Capítulo 18

El castillo de Merdon

Londres - Hampshire, 1857



Ya no sabía muy bien si los latidos irregulares de su corazón los provocaban las secuelas de la enfermedad que pasó de niña, o el recuerdo de la tarde anterior en el invernadero. Todavía no había visto a Morrison desde entonces, y estaba expectante por saber cuál sería el siguiente paso, qué nueva forma de placer le daría a conocer.

Su mente reproducía, una y otra vez, cada una de las maniobras que realizó por debajo de su falda y el tacto cálido de sus labios. No tenía ni idea de que esa aventura se iba a apoderar de sus pensamientos. Nunca quiso reconocer el atractivo de Paul Morrison, porque no debía ni siquiera pensar en él. Tenía que ignorarlo, igual que su padre hacía con el servicio de su casa. Paul tenía que ser invisible para ella. Pero ahora que había tomado la decisión de ser su amante, podía reconocer, al menos ante sí misma, que su aspecto poderoso la atrajo desde que lo vio en Notre Dame.

Se tranquilizó diciéndose que solo era físico y que lo hacía como venganza ante los desplantes de aquella duquesa insoportable. Las cosas estaban claras entre los dos. Su conflicto aparecía cuando todos los dogmas que le enseñó su padre se venían abajo con la decisión de convertirse en su amante. Aunque ahora que sabía lo que significaba el placer de la carne, se negaba a dejar de disfrutar de lo que ese hombre le podía ofrecer.

Sentada en un banquito del jardín, reflexionaba sobre ello, incapaz de leer una sola palabra del libro que sostenía abierto entre las manos. Mientras su tía y el marqués jugaban a los naipes en el interior de la casa, ella había decidido alejarse, esperando que en

algún momento él apareciese. No había desayunado con todos y, ante su ausencia, evitó preguntar para que el general no sospechara que sentía interés. ¿Habría vuelto a Londres? ¿Estaría arrepentido por lo sucedido el día anterior?

Suspiró mirando al horizonte, Whisperingwood Manor era preciosa, sus jardines no tenían nada que ver con los campos de la finca que tenía su familia en Cerdeña. Intentó pensar en otras cosas que no fueran Paul Morrison. Pero todo fue inútil cuando los labios de él la sorprendieron besando su cuello por detrás. Se levantó de inmediato y se giró bruscamente. El libro que llevaba cayó al suelo.

—¡¿Está loco?! —lo increpó—. Cualquiera podría verlo.

Paul se inclinó con tranquilidad para recoger el libro del suelo, luego se lo ofreció.

—No se preocupe, no hay nadie por aquí. Su reputación está a salvo.

Adriana le arrebató el libro con brusquedad.

—No debe hacer eso en los jardines —lo amonestó enfadada.

—¿En el invernadero mejor? —inquirió con sátira en el tono.

Adriana se calló, mirándolo fijamente, lo que hizo que él abandonara el gesto divertido.

—Sabe montar, ¿verdad? —preguntó él.

—Por supuesto que sé montar. Tenemos caballos en Alghero.

—Pues cámbiese, nos vamos de excursión.

—¿Qué? No puedo irme.

—Lo sé, prefiere volver al invernadero, ¿no es así? —murmuró, acercando su rostro al de ella.

—Pues sí, me encantaría volver a ese sitio —contestó con toda sinceridad, retándolo con la mirada.

Paul se retiró negando con la cabeza, sabiendo que ella había ganado el desafío.

—En este momento no es seguro. Vamos*, lady* Adriana, póngase ropa de montar y acuda a las caballerizas. Han preparado un delicioso almuerzo para nosotros, y su tía ya está al tanto de que planeo robársela durante unas horas.

—¿Se puede saber a dónde pretende llevarme?

—A las ruinas del castillo de Merdon, en Hursley.

—No he oído hablar de él.

—Es un sitio precioso, a unas seis millas de aquí.

—Y eso, ¿cuánto tiempo es a caballo?

—Aproximadamente una hora.

—¿Tiene la intención de hacerme cabalgar durante una hora?

Paul le ofreció una de sus sonrisas.

—No se queje. Hablé con su tía y me dijo que le gusta montar. El paisaje hasta allí es precioso.

—De acuerdo. —Comenzó a caminar hacia la casa, dispuesta a dejarse llevar por su amante ladrón—. Le pediré a Mirta que prepare mi ropa de montar.

—¡Ah! —la detuvo—, y, a partir de ahora, procure no llevar esa crinolina tan engorrosa. Dificulta las cosas. Unas enaguas ligeras estarían mucho mejor.

Adriana hizo caso omiso a su tono socarrón y volvió a darse la vuelta.

Al poco tiempo, Paul la vio aparecer preparada para montar. Se sorprendió al ver la sencillez de su atuendo, la sofisticación se la había dejado en el armario. Llevaba una falda simple de color violeta con dobladillo ajustable, una blusa blanca con un pequeño detalle de encaje en el escote y un sombrero de ala ancha, adornado con una cinta, a juego con sus ojos.

Le pareció perfecta y pensó que una mujer como ella no necesitaba adornos.

—No lleva chaqueta, en Inglaterra no se puede fiar, aunque haga buen tiempo.

—No tengo frío —respondió con sequedad—. ¿Cuál es mi caballo? —preguntó mirando a un par de pura sangre ingleses.

—Ninguno de esos, *lady* Adriana. Nos han preparado estos. —Señaló a dos caballos criollos, ideales para un trayecto tranquilo.

—¿El marqués se reserva para él lo mejor? —repuso en ese tono digno, característico de ella.

—El marqués no quiere que se rompa la crisma —razonó Morrison mientras la ayudaba a montar.

Iniciaron la ruta y, ya fuera de las tierras del general, el paisaje se alternaba con campos verdes y tierras de cultivo con

pequeños caminos bordeados de robles y setos altos. Casi a mitad de trayecto, llegaron a un valle que, según dijo el señor Morrison, era el de Test. Atravesaron algunas aldeas con casas de piedra y techumbres de paja, y luego tuvieron que cruzar un río de aguas cristalinas donde las truchas saltaban chapoteando al zambullirse. Poco antes de llegar a Hursley, el camino comenzó a hacerse más elevado hasta que llegaron a un prado donde galoparon antes de adentrarse en un frondoso bosque. Adriana aminoró la marcha fascinada por la vegetación tan distinta a la de Cerdeña, cuando, a cierta distancia, divisó un par de ciervos.

—¡Por Nuestra Señora de Bonaria! —exclamó, sin apenas darse cuenta de que había utilizado la expresión que caracterizaba a Sofía—. Son mucho mayores que los ciervos en Cerdeña. ¡Qué imponentes!

Pasó una pierna por encima del caballo y descabalgó de un salto.

—¡Yo no me acercaría! —le advirtió Paul.

La joven comenzó a caminar despacio para poder verlos más de cerca. Los animales la miraron fijamente con desconfianza, pero se mantuvieron en el sitio.

Paul bajó de su caballo y se acercó con lentitud hacia ella.

—Por favor, no me gustaría tener que buscar a un médico en la próxima aldea. Esos animales pueden ser peligrosos. ¿Ha visto sus astas?

Adriana no le hizo caso y continuó avanzando hacia las bestias. Cuando estaba a metro y medio, los ciervos echaron a correr huyendo de la intrusa.

—¿Lo ve? Me consideran más peligrosa que a ellos mismos. —Se volvió para hablarle.

—Porque debe de serlo —murmuró el joven.

—Es usted muy gracioso —contestó con una sonrisa irónica.

Volvieron a cabalgar y atravesaron lo que quedaba de bosque. Trotaron entre tierras de cultivo hasta que, a lo lejos, Adriana vislumbró una edificación tomada por la vegetación.

—¡Es allí! —señaló Paul—. ¿No le parece bonito?

Ella miró con el ceño fruncido. Apenas quedaban unas piedras amontonadas, engullidas por la flora, y, aun así, el lugar conservaba cierto aire pintoresco.

—Me gusta —admitió.

Y espoleó su caballo poniéndolo al galope. Paul la siguió. Cuando llegaron a las ruinas, la muchacha descabalgó de un salto y se situó frente al arco de entrada a una estrecha estancia sin techumbre.

—La fortaleza fue construida por los normandos durante su expansión por Inglaterra —le explicó él, situándose a su lado.

—No queda mucho en pie —observó la joven—. Supongo que su valor es histórico.

—Es una lástima, pero si hay algo que destacaría de este lugar, es que parece sacado de un cuadro del Romanticismo. Pensé que le gustaría por ello.

—Caspar David Friedrich, ¿no?

Nombró al pintor alemán conocido por sus pinturas melancólicas, algunas de ellas, representando ruinas entre bosques solitarios.

—Veo que nos entendemos. —Sonrió.

—Como en el *whist* —respondió ella, levantando una de sus cejas. Aunque hubiera añadido que lo hacían en algo más, pero prefirió callar y no desvelar aquel pensamiento.

La mayoría de las veces, Adriana se sentía muy segura de sí misma, pero aquella situación le resultaba un tanto incómoda después de lo sucedido en el invernadero. Paul la había acariciado de forma íntima, la había visto abandonada por completo al deseo; y, no es que se sintiera avergonzada por ello, la cuestión era que pedirle más suponía reconocer su vulnerabilidad ante él y admitir que no solo los hombres se dejaban llevar por el impulso carnal, tal y como le dijo en el museo. Ese hombre le había generado una necesidad que antes no tenía. A él, sin embargo, se le veía tranquilo. Incluso no le había importado hacer bromas al respecto, justo antes de salir. Se quedó un momento observándola, sin tener miedo al silencio que se produjo, y después de que sus ojos se hubieran paseado por su cuerpo sin reparo le preguntó:

—¿Empezamos ya?

Adriana dio un paso involuntario al oírlo y trastabilló. Se maldijo por su torpeza. La impaciencia la carcomía y no quería que él se percatara de ello.

—Y… —miró hacia los lados, comprobando que no había nadie alrededor— ¿qué vamos a hacer? —interrogó con suavidad.

—Almorzar —dijo, mostrando una sonrisa socarrona.

Él se dio la vuelta abruptamente y se dirigió a su caballo, mientras ella se quedó mirando su espalda como una tonta.

¡Maldito bribón! ¿Lo estaba haciendo a propósito?

—Claro, estoy famélica —aseguró.

—Necesitará fuerzas —le comentó, volviendo con una bolsa de tela.

—¿Para qué?

—Para el camino de vuelta. Nos han preparado pastel de cerdo, galletas de jengibre y tenemos ale. ¿Le apetece?

—Mucho —masculló.

Contempló a Paul sacar un mantel de la bolsa y extenderlo sobre la hierba, luego extrajo todos los alimentos que había nombrado.

—Siéntese —le ofreció con un gesto de la mano—. Ya sé que está acostumbrada a que se lo hagan todo. —Tenía un brillo de bravuconería en la mirada—. No tengo intención de que esta vez sea diferente.

Adriana se cruzó de brazos, observándolo con seriedad. Hacer alusión a lo que ella dijo en el invernadero corroboraba que Morrison jugaba con ella. Se sentó con delicadeza y, con la dignidad de una reina, extendió su mano para que le diera un trozo de pastel. Paul se arrodilló junto a ella, le dio la comida y luego le preguntó como si fuera su mayordomo:

—¿Un poco de ale*, lady* Adriana?

—Aj, no me llame «*lady*» —protestó molesta.

—¡¿Por qué?!

—Desde que la duquesa insiste en recordarme con vehemencia la supuesta superioridad británica, no lo soporto.

—¿Cuál es el trato que le brindan en su tierra?

—En Cerdeña me dicen *signorina*, *nobildonna* o *baronessina.*

—*Signorina*, *nobildonna o baronessina* —repitió Morrison.

La carcajada que salió por la boca de Adriana hizo que algunos pájaros huyeran volando asustados. Era la primera vez que lo hacía delante de alguien o, mejor dicho, la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Se sorprendió a sí misma y al instante se puso seria.

—Está ridículo. No lo haga más, por favor.

—A partir de ahora la llamaré *nobildonna* Adriana —comentó jocoso, ignorando la seriedad de la que la joven se había vuelto a revestir.

—¿Pretende que se rían todos de usted?

—Si es por complacerla, lo asumiré.

Adriana lo miró ceñuda al momento de oírlo.

—¿Qué sucede? —preguntó él, extrañado.

—¿¡Acaba de darme el mismo trato que a la duquesa!? —exclamó, poniéndose en pie.

—¿A qué se refiere? —inquirió contrariado.

—A que la adula sin sentirlo, con ese tono cómico de fondo que cree que los demás no advertimos. Lo hace para ridiculizarla. No crea que no me doy cuenta de ello. A mí no se le ocurra compararme con esa odiosa mujer. No tengo nada que ver con ella. No me hable como le habla a ella. ¡Ni se le ocurra! —Lo señaló con el dedo, sumamente disgustada.

Se dio la vuelta y se refugió de su mirada, entrando en las cuatro paredes aún en pie del castillo. «Ya sabe, *lady* Ophelia, que por usted lo dejo todo», recordó la frase de Morrison de aquel día en la joyería. Lo que acababa de decir ahora llevaba implícito el mismo mensaje que había dirigido a la duquesa de Everleigh. Morrison se burlaba de ella en sus narices y Ophelia ni siquiera se daba cuenta. Al oír de nuevo ese tono, la furia la invadió. Sentirse el centro de sus mofas le resultaba insoportable, pues le hizo pensar que él la consideraba igual que a la terrible Ophelia Kingsley.

Escuchó las pisadas de Paul a su espalda, pero no se dio la vuelta.

—Lo siento. —Su voz profunda resonó entre los muros del castillo, sin aspereza. Era suave y envolvente—. El sarcasmo velado es mi mecanismo de defensa contra personas como la duquesa y las humillaciones que, a veces, tengo que sufrir por su parte. Pero le aseguro que en lo que le acabo de decir no había nada de eso. Se lo prometo, he sido sincero. Con usted bromeo, pero no lo oculto, lo hago abiertamente, lo hago junto a usted. No había ninguna burla escondida detrás de mis palabras.

Adriana no se movió durante unos segundos, bajó su mirada hacia sus manos, que mantenía enlazadas por delante de la falda, y habló:

—Yo también bromeo con usted —murmuró—. No lo había hecho con nadie antes.

—Lo sé, y me gusta.

—No soy tan brusca, ni tan seria.

Él tuvo la duda de si hacerlo o no, pero se acercó y la abrazó por detrás.

—Yo sé que no —musitó en su oído.

A Adriana le pareció que su voz sería perfecta para narrar las historias de Esopo que leía con Martina. Tenía un peso en cada sílaba que pronunciaba que inducía a la calma. No hizo ademán de apartarse. Se quedó quieta e inclinó la cabeza a un lado, dejándole espacio cuando él comenzó a besarla detrás de la oreja.

—Nos burlaremos juntos de esa odiosa mujer. ¿Quiere? —susurró con la boca pegada a su piel.

La italiana asintió en silencio. Los envolventes brazos de Morrison acababan de transportarla a Cagliari, al calor de los fogones, al aroma del aceite de oliva y al tacto de la masa de pan. A la única época de su vida en la que se había sentido realmente arropada.

—Ninguna Ophelia podrá jamás superar a una sarda de ojos violeta como usted, por muy británica que sea.

Las emociones agradables de los recuerdos que le trajo ese abrazo se mezclaron con las sensaciones físicas que el acercamiento de Paul le provocaban. El calor de sus manos, aferradas a sus brazos, traspasaban la tela de sus ropajes. Y ese sendero de besos

recorriendo su cuello hasta la clavícula, la mantenían paralizada. Contuvo el aliento cuando, las manos de él abarcaron sus pechos por encima de la tela de su fina camisa. Eso provocó que, el persistente deseo que se apoderó de su mente la otra vez, se transformara en uno nuevo: el de que sus manos rozaran directamente su piel. Se escapó un suspiro de sus labios y arqueó la espalda pidiendo más. Tras ella, Morrison se apretaba contra su cuerpo, y Adriana se dejaba caer sobre él, notando su aliento entrecortado contra su cuello. Sí, percibía el deseo que él sentía cuando la tocaba y eso la hacía acalorarse más. Se sintió decepcionada cuando la mano de Paul abandonó uno de sus senos para levantar poco a poco su falda, pero, como la otra vez, se coló entre sus piernas, acariciándola con suavidad, para arrancar de su garganta gemidos de placer que no tuvo reparos en dejar salir sin miedo. Olvidó pronto que uno de sus pechos se había quedado sin su calor.

—Me gusta verla así, *nobildonna* Adriana —le dijo con voz ronca en el oído—, sin prejuicios, sin limitaciones, con total libertad.

Y tras decirle aquello, la joven sintió cómo uno de los dedos de él se deslizaba dentro de ella haciendo movimientos que consiguieron que acabara rendida a la explosión de placer que le provocó.

La abrazó de nuevo, esta vez encorvado sobre ella. Parecía que ninguno de los dos quería moverse. El señor Morrison respiraba profundo, como recobrando el resuello.

Recuperados del esfuerzo, recogieron todo y emprendieron el camino de regreso. No hablaron mucho tras aquello. Adriana cabalgaba meditabunda y Paul la observaba intrigado. No había en el rostro de ella ningún indicio de altivez o enfado, pero le resultaba sospechoso que no hubiera abierto la boca en más de media hora que llevaban de camino. Cuando llegaron a las caballerizas se atrevió a preguntarle:

—¿Ocurre algo? ¿No está satisfecha?

—Oh, sí lo estoy. La cuestión es si usted lo está también.

—¿Desde cuándo tengo importancia?

Adriana se cruzó de brazos, ladeando la cabeza con la mirada fija en él.

—Vale, vale —dijo levantando las manos como si estuviera desarmado—. Ya sé que me tiene en consideración. Pero si obtiene lo que desea, ¿qué más quiere de mí?

—Antes me ha dicho que le gusta verme sin prejuicios, sin limitaciones, con total libertad. ¿Sabe? A mí me gustaría verlo a usted de la misma manera, pero no sé por qué motivo se mantiene… digamos que al margen.

—Ah, ya veo. Está satisfecha, pero no del todo.

—Tuvimos la oportunidad de gozar de esa libertad que me comentó, juntos, cuando me llevó a las solitarias ruinas del castillo, pero fui la única en disfrutarla. ¿Acaso no le atraigo lo suficiente?

Paul resopló pasándose las manos por el pelo.

—¿Le parece que no lo hace? ¡Me vuelve loco!

—Entonces, ¡¿por qué se contiene?! —alzó su voz.

—Shhh, baje el tono, por favor —le pidió.

—¿Me lo va a explicar?

Morrison se rascó la cabeza, incómodo. Hinchó el pecho y soltó el aire lentamente.

—Muy bien, pensé que se conformaría con… lo que le he dado hasta ahora. Sigo pensando que todo esto la compromete demasiado. Creía que podía hacerla gozar sin llegar hasta el final.

—Eso no fue lo que acordamos.

—¡¿Y qué es lo que acordamos?! Que yo sepa no hubo ningún contrato.

Adriana lo tomó de la pechera y tiró de él hasta tener su nariz pegada a la suya.

—Acordamos ser amantes —farfulló—, con todas sus consecuencias. Las mujeres de mi condición no tenemos mucha formación en lo que se refiere a este tipo de acercamientos, pero estoy informada. Señor Morrison, lo quiero todo.

—Queda claro, *nobildonna* Adriana. Le molesta muchísimo cuando no consigue lo que quiere.

—En efecto.

—Pues nos vemos en el invernadero, junto al estanque, a medianoche.

Le dio un beso fugaz y se enderezó, para caminar posteriormente hacia la casa.

Capítulo 19

Los cuidados para Adriana

Cagliari (Cerdeña), 1844



—Esta niña tiene difteria —dijo el médico con gravedad —. ¿Ha estado en contacto con alguien que pudiera haberla contagiado?

Sofía se encogió de hombros.

—¡Matteo tosió en su cara! ¿No te acuerdas? —exclamó la pequeña Martina.

El médico miró a la niña que acababa de hablar.

—Ella no debería estar aquí. A partir de ahora la enferma debe quedar aislada —se dirigió a la condesa, que permanecía atenta a la conversación.

—Yo me haré cargo de la niña —respondió al médico—. Cuando mi esposo regrese, le pediré que vaya a Alghero a avisar a su padre.

—Muchas gracias, condesa, si no hubiera sido por usted, no sé qué hubiera hecho —reconoció la cocinera—. Menos mal que estaba en casa —remató, al borde del llanto.

—No te preocupes más, Sofía, yo me encargaré hasta que venga el barón. Ya has oído al médico, Martina no debe entrar en la misma habitación. Yo le daré la comida y la medicación que necesite. Tú, llévate a tu hija y ahora hablaré contigo.

Fabiola se quedó a solas con el doctor.

—¿Corre peligro?

—Condesa, la difteria se ha llevado a muchos infantes.

La mujer exhaló preocupada, pensando en la difícil situación. ¿Cómo era posible que su primo la hubiera dejado sola, al cargo de la cocinera? ¿Tanto le había afectado la muerte de su esposa como

para olvidarse de su hija? Con la inquina que Umberto le tenía, si le sucedía algo a Adriana las consecuencias podían ser terribles. Pero era él quien la había abandonado. Ella no iba a comportarse de la misma manera. Carlo estaba con su padre en Oristano, así que podía ocuparse de la situación y quedarse con la niña. La miró, estaba muy débil.

—¿Qué tratamiento hay?

—Tendré que aplicarle ventosas cada día. Hay que ponerle cataplasmas de mostaza en el cuello para reducir la inflamación. Que haga gárgaras de vinagre en cuanto esté consciente; eso le aliviará el dolor de garganta. Para reducir la fiebre, deberá tomar infusiones de corteza de quina. La equinácea es muy buena para fortalecer el sistema inmunológico, así que no estaría de más añadirla a su dieta.

—Muy bien, mandaré a Livia a comprar todo. Muchas gracias, doctor Lombardo.

—Mañana vendré pronto para aplicarle las ventosas —concluyó cerrando su maletín.

El médico se marchó y Fabiola dio instrucciones al servicio que quedaba en la casa para que mantuviesen la habitación caliente y que, de vez en cuando, quemaran laurel para purificar el ambiente. Habló con Sofía para que preparase caldos y comidas con nutrientes que no fueran demasiado pesadas de digerir. Luego se dispuso a pasar la noche en un butacón, que hizo trasladar del salón a la habitación de la niña. Aquella noche, la fiebre hizo que Adriana delirara. Llamaba en sueños a su madre y Fabiola rezaba para que no se fuera con ella. Cuando a la mañana siguiente la vio abrir los ojos, sintió un alivio indescriptible. Una noche más que había pasado.

Abrió la puerta para pedir a Sofía que preparase la cataplasma y, al hacerlo, se encontró a Martina sentada en el suelo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Está mejor? —preguntó impaciente.

—Ha abierto los ojos.

—Menos mal, porque no quiero que se muera, y yo tampoco quiero morirme todavía.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Adriana es mi hermana del alma. Si ella se va, su espíritu me arrastrará con ella. Nos iremos juntas.

—Qué cosas dices, Martina. Vamos, acompáñame a la cocina.

—¿No puedo verla ni siquiera un poquito? —pidió, acotando el espacio invisible con su dedo pulgar e índice.

—No, cielo, no puedes.

—Quiero leer para ella.

—No puedes —concluyó Fabiola, tomándola de la mano y caminando hacia la cocina.

***

Cuando Adriana fue consciente de quién estaba al cargo de sus cuidados se sorprendió. Sabía que esa mujer no era del agrado de su padre, ni siquiera le había permitido asistir al entierro de su madre, sin embargo, ahora estaba allí, cuidándola, y lo hacía con cariño. Al otro lado de la puerta también estaba Martina, cada día le contaba historias y le leía fábulas de su libro. Adriana no tenía fuerzas para alzar la voz, pero su tía Fabiola hacía de intermediaria entre las dos.

—¿Duerme Donatella contigo? —preguntó la pequeña, sentada con la espalda apoyada en la puerta.

—Dice que sí, aquí la tiene —respondía la voz de Fabiola.

—Vale, ella te cuidará. Hoy voy a leer el cuento de la lechera, aunque no me gusta mucho que la pobre no consiga lo que quiere. Sé que tenemos que ser felices con lo que tenemos, pero yo de mayor quiero ser maestra, ¿crees que lo conseguiré?

—Adriana dice que sí.

—Ya leo muy bien. Yo creo que sí.

Y así pasaron los días en casa del barón De Flaviis. La *baronessina* comenzó a recobrarse y, en dos semanas, estuvo fuera de peligro. Cuando el médico lo indicó, se levantó la cuarentena y la puerta de su habitación se abrió para Martina, quien subía a visitar a su hermana del alma cada día. Esa vez, con el permiso de su madre.

La enfermedad dejó muy débil a Adriana y se levantaba muy poco de la cama, por lo que la cocinera y su hija subían para hacerle

compañía, y que no se le hiciese tan pesada la recuperación.

Estando ya fuera de peligro, la condesa decidió que ya no era necesario quedarse todas las noches. Su esposo, Francesco, había partido hacia Alghero para hablar con su primo y pensó que, en breve, todo volvería a la normalidad y esa niña estaría con quien debía estar: con su padre.

Capítulo 20

¡Peligro, Paul!

Hampshire, 1857



Entró sin su levita ni el chaleco; el ambiente tibio y húmedo del invernadero le hizo pensar que eso era una buena idea. La otra vez la camisa se le pegó a la piel en la zona donde llevaba el chaleco; la italiana lo hacía sudar. Ya iban dos veces en las que había tenido que contenerse y, en verdad, no creía que pudiera hacerlo una vez más.

Las compuertas del deseo se habían abierto sin que llegara a culminar ni una sola vez. ¡No podía más! Avanzó con la lámpara de gas en la mano, atravesando la humedad cargada de fragancias dulces y terrosas. Llegó hasta el estanque, donde la cúpula de cristal se reflejaba en el agua. El sonido de las gotas resbalando por las hojas cercanas hasta caer en el embalse parecía el presagio de lo que esa noche iba a suceder allí. Paul se sentó a esperar junto al estanque y observó los nenúfares flotando en la superficie. Se hacía multitud de preguntas acerca de Adriana, y no debía hacérselas. Después de todo, aquella solo iba a ser una relación física. Ni siquiera podían ser amigos. Pero lo tenía muy intrigado. ¿Por qué mostraba ese carácter frío, cuando parecía que hasta a ella misma le molestaba? Esa mañana le había dicho que no era tan brusca ni tan seria. La había visto humillar sin compasión, alzándose por encima de cualquier ser del planeta, sin embargo, se quejaba de que ella no podía ser buena persona. ¡¿Por qué?! En esas tribulaciones estaba cuando, desde el otro lado del sendero, apareció su figura envuelta en un camisón de batista. Aquello no lo esperaba, creyó que llegaría con su ropa de día. Pensó que aquel encuentro sería como el que muchas mujeres de Bermondsey tenían con sus amantes: en callejones oscuros, contra la pared, apresurado y con la ropa puesta.

Pero la visión de aquella diosa griega, que, como Afrodita, caminaba con paso firme, dotando de seguridad cada movimiento, indicaba que se iba a entretener más de lo que había pensado.

«¡Peligro, Paul!, esto se irá de las manos», se dijo.

Su melena suelta se movía, ondulante, a cada paso, al mismo ritmo que ondeaba la liviana tela que ceñía su figura. Al acercarse, descubrió que no llevaba ropa interior bajo la fina batista. Se detuvo ante él, tan poderosa como su equivalente romano en el cuadro de Botticelli. «¡Ya ha llegado Venus para desarmar a Marte! Jugando con fuego tarde o temprano tenía que ocurrir». ¿Debía lamentarse por las consecuencias que acarrearía el haber aceptado ser su amante? «Uf, cómo la deseo».

El candil que portaba en la mano se reflejaba en sus pupilas, lo que hacía que pareciese que las estrellas brillaban en sus ojos. Eso le dio un carácter distinto, quizá más alegre. Lo que descubrió, al poco, fue que Adriana vibraba de deseo, igual que él. No mediaron las palabras, los dos sabían a lo que habían ido a ese invernadero. Él tomó su mano y le quitó el candil, dejándolo en el suelo, luego ascendió por su brazo desnudo, pasó por su hombro y colocó la mano en su nuca, enredando los dedos en el pelo oscuro que caía por su espalda. La acercó hasta su boca y bebió el suspiro que se le escapó. Al momento, sintió las manos de ella ciñéndose a su torso y, después, llegó el calor de su cuerpo apretándose contra su pecho.

Las telas de la ropa que llevaban no impidieron que notara sus pezones, endurecidos por el roce contra él. Soltó un gemido a la vez que la alzó por los muslos e hizo que rodeara con las piernas su cintura. Adriana se sujetó de su cuello y sus dedos se enredaron en el cabello de él, a la altura de la nuca. Solo de pensar que no llevaba nada debajo de la tela que la cubría le hizo sentir el deseo apremiante de actuar como los hombres de Bermondsey: sentarla sobre la mesa del otro día y penetrarla con ímpetu hasta que el placer la hiciera gritar, pero se contuvo pensando que era su primera vez. No, eso no sería justo para ella. No quería que tuviera ese recuerdo. Ya había ignorado la presión en su pantalón las otras veces, ahora solo iba a postergarlo un poco.

Con ella en brazos, se sentó en uno de los bancos de hierro forjado que había cerca, acomodándola a horcajadas sobre él. Adriana se apartó de sus labios y lo miró con los ojos entornados.

—Todo mi cuerpo lo reclama, señor Morrison.

Su voz sibilante se introdujo por los oídos de él y pareció viajar por su interior, a través del torrente sanguíneo que recorría su cuerpo. Lo llenó de calor de arriba abajo.

Las manos de la joven deshicieron el nudo del *cravat* que llevaba al cuello y, alargando su brazo, lo tiró al suelo, en un movimiento sensual, sin apartar los ojos de él. Paul tomó su rostro entre sus manos para atraerla de nuevo a su boca y, mientras se besaban, bajó las manos hasta los muslos de ella, que habían quedado desnudos. Los acarició suavemente y no pudo evitar alargar el movimiento hasta alcanzar aquellas nalgas tersas. Adriana se contorsionó al sentir el contacto y respondió introduciendo la mano en el interior de la camisa de él. Sus finos dedos se enredaron en el vello rubio de su pecho. Paul exhaló un gemido.

—Hágalo ya —rogó ella sobre su boca.

Él se detuvo un momento para observarla. Tenía las mejillas encendidas, los labios hinchados y aquella mirada enardecida que terminaron de convencerlo. Abrió su pantalón y liberó la erección que no podía retener por más tiempo.

—Puede que no le guste al principio.

Adriana levantó sus caderas y lo buscó con movimientos suaves, sin contestarle. Morrison la ayudó, deslizándose dentro de ella despacio, observando la expresión de su rostro, que pasó del deseo al dolor.

—La primera vez puede no ser agradable —susurró él.

—¡Shhh! —Le hizo callar ella, cerrando los ojos y quedando inmóvil.

Paul no se atrevió a hacer ningún movimiento. Cuando ella abrió de nuevo sus ojos y lo miró, quedó sobrecogido por aquella expresión sensual que se anudó a su mirada. Venus había vuelto para recordarle que ni el más experimentado guerrero podía evitar quedar subyugado a su poder. Las caderas de la joven comenzaron a moverse, provocándole ese placer que había deseado otras veces. La

acompañó al ritmo que ella marcaba, incapaz de apartar los ojos de los de ella. Sabía que Adriana quería que observara el deseo que la embargaba. Llegó un punto en que ella cerró los ojos y levantó su mentón, arqueando la espalda. Sus labios, sensuales, se entreabrieron dejando escapar el aire a intervalos. El sudor perlaba su rostro y algunos mechones se pegaban a este. Morrison no pudo resistirse a lo que le ofrecía y atrapó uno de sus pezones con la boca a través de la tela del camisón. Aunque lo deseó, se sintió incapaz de quitarle la ropa que la cubría. La joven gimió y levantó sus brazos hasta la altura de la nuca, para retirar el cabello que le daba calor. Se movió sobre él, voluptuosa, sin prejuicios, sin limitaciones, con total libertad, como a él le gustaba, hasta que se derrumbó sobre su cuerpo, plena de un gozo que la hizo estremecerse de arriba abajo. Él lo hizo unos segundos después y, exhausto, la abrazó.

Se mantuvieron en silencio, recuperando el aliento, dejando que sus corazones volvieran a recobrar la normalidad. Adriana se deshizo de su abrazo y se sentó a su lado. Se mordió el labio inferior, sonriendo mientras lo miraba. Él le devolvió la sonrisa, satisfecho.

—¿Fue esto lo que acordamos? —le preguntó él, respirando profundo.

—¿A cuántas mujeres desnudas ha visto?

—¿A qué viene esa pregunta? —inquirió mientras ponía en orden su ropa.

—Conteste.

—No sé, a unas cuantas.

—¿Le gusta el cuerpo de una mujer?

—¡¿Por qué me pregunta eso?! Por supuesto que me gusta.

—Entonces, es mi cuerpo el que no le gusta —afirmó.

Paul enarcó una ceja, incrédulo.

—¿Eso le ha parecido? ¿No ha notado lo que usted desencadena en mí?

—En ese caso, ¿por qué no me ha quitado el camisón? Me he mostrado sin prejuicios, sin limitaciones y con total libertad, pero aún falta algo: sus manos directamente sobre mi piel, ¡toda mi piel! ¿Qué es lo que le pasa? Ni siquiera se ha quitado la camisa. ¿De qué tiene miedo?

Paul resopló, angustiado. ¿Cómo salía de esa?

—Muy bien, me resulta difícil decir esto. Nunca imaginé que llegaría a sentir una atracción semejante por una mujer que ni siquiera me caía bien.

Adriana no pareció enojarse ante su respuesta.

—Pero ya no le caigo tan mal.

—¡Si lo hiciera, jamás habría hecho esto con usted!

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¡Que me gusta demasiado! Tengo miedo de sentir una dependencia de usted que no me deje vivir, de ser como uno de esos enfermos que dependen del opiáceo. Creo poder evitarlo si no tengo acceso a esa piel… tan suave, si no veo esas curvas que se adivinan a través de sus vestidos. Así me siento a salvo —hizo una pausa—, aunque esta noche no ha dejado mucho para la imaginación.

Adriana lo miró con seriedad unos segundos, sus ojos recorrieron sus facciones sin prisa.

—Señor Morrison, esto ya no se puede parar. No intente poner diques al mar.

Se levantó y se colocó frente a él, consciente de que la tela traslúcida de su camisón dejaba ver su cuerpo.

—Mañana iré a su alcoba —afirmó.

—¡¿Qué?! ¡Ni se le ocurra! —Se levantó de inmediato—. Si la descubren, pondría en peligro su reputación. Iré yo a la suya.

Adriana sonrió triunfante.

—Así será usted quien asuma la responsabilidad si lo sorprenden, todo un caballero, señor Morrison.

—Le aseguro que lo que estoy haciendo no es propio de un caballero.

—Está complaciendo a una dama, nada más.

—Eso dígaselo al marqués. Si supiera de mi lascivo comportamiento, la confianza que una vez puso en mí se desintegraría.

—No lo creo, usted sigue siendo el hombre que arriesgó su vida para salvar a su mujer. ¿Y sabe una cosa? Eso me gusta.

Fue ahora Paul quien repasó su rostro con la mirada.

—Lo que yo decía, es mejor de lo que usted misma cree.
La atrajo hacia sí y depositó un beso suave en sus labios.

Capítulo 21

Saint Thomas

Londres, 1857



No hubo una noche más juntos en Whisperingwood Manor. Florence Nightingale acudió al día siguiente para indicarles que ya tenían una cita con el cirujano jefe del Hospital Saint Thomas. Partieron de inmediato a Londres.

Cuando llegaron a la casa del marqués, Adriana tuvo que ver cómo el señor Morrison se despedía para volver a su casa. Él no vivía con Christopher Brown. ¿Quizá su pequeña aventura había llegado a su fin? Aunque ya podía considerar que se había vengado de *lady* Ophelia, no se sentía satisfecha. ¡Deseaba más!

La mañana en que Fabiola tenía su cita, la encontró en el vestíbulo esperando a que Morrison la recogiera, el marqués había salido ya, requerido por la reina. La saludó mientras se ponía los guantes.

—¿Ya estás lista? —le preguntó.

Adriana la miró indecisa.

—¿Yo?, pensé que… —titubeó— que esta vez no la acompañaría.

—Me alegraría que vinieras conmigo, intuyo que vamos a tener buenas noticias. Sería fantástico que pudieras informar después a tu padre —le dijo con total optimismo, consciente de que la joven telegrafiaría al barón con las noticias del paradero de Carlo, dando por finalizada la presión constante que este ejercía sobre su hermana y ella.

—Está bien, tía. Iré a por mi sombrero.

Cuando regresó, Paul Morrison estaba junto a la condesa.

—Buenos días, *nobildonna* Adriana.

Sus ojos la miraron con naturalidad, pero ella sabía que detrás de esa expresión se escondía el secreto que guardaban juntos.

—¡Pero si ha aprendido italiano! —exclamó Fabiola.

—Me está enseñando su sobrina —contestó jovial.

—Por lo que veo, los días en Whisperingwood Manor fueron fructíferos.

—Muchísimo, tía —respondió Adriana, con la mente puesta en el invernadero.

—Me alegra que por fin te lleves bien con alguien —añadió la mujer, tomando su mano y mirándola con amabilidad sincera en los ojos, a pesar del mensaje implícito en su observación.

Adriana se deshizo de su agarre.

—Condesa Fabiola, su sobrina y yo nos entendemos bastante bien. Me gusta que me hable de arte.

—Uy, sí, en eso Adriana es una experta. En su familia, es ella la que se encarga del mecenazgo de algunos pintores. Contribuye al desarrollo de escuelas en Cagliari. Está muy bien considerada en el mundillo, incluso algún pintor que otro ha pretendido fugarse con ella.

—No entiendo cómo está tan al día de mi vida, si apenas nos vemos —le respondió con desdén, le molestaba que hablara de sus asuntos a otros, cuando ella era sumamente recelosa de su privacidad.

Fabiola rio mientras se encaminaba hacia la puerta que Morrison había abierto, seguida por su sobrina.

—Siempre me he interesado por los pasos que das, aunque tú no lo sepas. Desde el mismo momento en que tuve la oportunidad de cuidar de aquella niñita dulce afectada por la difteria. —Se giró para mirarla a los ojos al pronunciar las últimas palabras.

Adriana se detuvo en seco al oírla y una ola de calor subió por su rostro. Aquello no era ira, a la que estaba tan acostumbrada, ¡era vergüenza! Pero ¿por qué trepaba hasta su cara de esa forma tan inmediata? Le molestó no poder controlarlo. Por fortuna, su tía no le dio más importancia y continuó caminando hacia el coche que esperaba afuera. Apenas recordaba lo ocurrido durante su enfermedad. Su memoria guardaba algunos recuerdos, como la voz

de Martina leyendo con torpeza, a través de la puerta, las dolorosas ventosas que el médico le ponía en la espalda y las cataplasmas para el cuello. Su enfermedad era algo que no quería recordar por diversos motivos. ¿Fue Fabiola la que le puso los paños de agua en la frente, la que la alimentaba? No lo recordaba bien, porque, en cuanto se recuperó, esa mujer desapareció. Y quizá, su mente también había decidido olvidar quién había estado con ella cuando su padre no lo hizo.

—¿Le sucede algo? —le preguntó Morrison, quien se mantenía sosteniendo la puerta.

Adriana lo miró volviendo a la realidad.

—No. Estoy bien —contestó, emprendiendo el camino hacia el carruaje.

El Hospital Saint Thomas se hallaba en Southwark, a orillas del río Támesis. Era un edificio antiguo, mezcla de arquitectura medieval y renacentista, pero Adriana no prestó atención a lo que la rodeaba, permanecía ausente, perdida en sus pensamientos después de lo que había dicho su tía.

Paul quiso esperarlas fuera de la edificación para que tuvieran intimidad, pero Fabiola se empeñó en que entrase con ellas.

Atravesaron varias salas, hasta llegar al despacho donde los esperaba Patrik Taylor, el cirujano jefe, un hombre alto con una prominente barriga que hacía peligrar la integridad de los botones de la levita que llevaba. Se levantó de la silla, estrechó la mano de Paul y besó las de las damas. Tenía un par de sillas preparadas en el habitáculo, así que las mujeres se sentaron y el señor Morrison se mantuvo de pie.

—Dado que Florence ya me ha puesto en antecedentes, he preparado todos los documentos referentes al soldado sardo que estuvo ingresado en el hospital.

Les acercó los papeles que tenía sobre la mesa. Fabiola los tomó con rapidez.

—Pero en estos escritos no consta su apellido —dijo decepcionada, después de darles un repaso.

—Él mismo desconocía quién era, condesa. Ni siquiera estaba seguro de llamarse Carlo. Padecía un traumatismo craneal por un impacto de bala. Tuvo mucha suerte de continuar con vida.

—¡Oh, Dios mío! —La condesa se llevó las manos al corazón —. Debió de sufrir mucho. —Miró de nuevo los documentos—. Aquí pone: lesión parietal, ¿qué significa?

—Es una parte del hueso que protege nuestro cerebro. Pero no se preocupe, la herida se curó bien.

—También pone que le dieron el alta hace diez meses.

—Así es.

—¿Y se marchó de aquí sin recordar? —preguntó, un tanto desconcertada.

—A veces eso sucede. El enfermo no consigue recordar y, recuperado de sus heridas físicas, tiene que comenzar a hacer vida normal. Es la única manera de que, en algún momento, pueda recuperar la memoria.

—¡Por ello no ha vuelto a casa! —dijo exaltada—. ¡No nos recuerda! —Miró a su sobrina poniendo su mano sobre el antebrazo de la joven.

Esta vez Adriana no evitó el contacto, aunque la situación le parecía de lo más extraña. Sentirse el apoyo de Fabiola en ese momento tan crítico la aturdía, pero, por otro lado, pensó que se lo debía y, aunque no la considerara digna de su apellido, dejó que sus dedos se ciñeran a su brazo.

—¿Y qué fue de él? —demandó Adriana, intrigada, volviendo el rostro hacia el médico.

—Cuando salen del hospital, ya no es asunto nuestro, pero en este caso las puedo ayudar. —Les sonrió—. La enfermera que lo trató puede darles más información. Ya no trabaja aquí, pero sé dónde pueden localizarla. —Le tendió a Fabiola una nota que ya tenía preparada—. Es la dirección de una clínica privada. Pregunten por ella allí, se llama Agnes Evans. Pueden decirle que yo les facilité su contacto.

Fabiola soltó el brazo de su sobrina para coger el papel, luego lo guardó en su retículo.

—No sabe cómo se lo agradezco. Siento que estoy cerca de reencontrarme con mi hijo. Mi adorado hijo. —Agachó la cabeza para dejar caer las lágrimas que no pudo retener—. Estoy tan ansiosa por verlo —sollozó.

En un impulso que ni ella misma controló, puso su mano sobre el hombro de su tía para consolarla. La joven, que jamás había hecho algo así desde los días compartidos con Martina, se compadeció de la mujer a la que su padre llamaba la «mercadera» para menospreciarla. No escuchó el eco de la voz de su progenitor con la frase de siempre: «Sin compasión, Adriana». Ni se arrepintió de esa pequeña muestra de humanidad. Era un gesto diminuto, pero enorme para alguien como ella. Algo empezaba a pasar en su interior y no deseaba pensar en lo que eso suponía.

Paul se acercó.

—¿Dónde puedo pedir un vaso de agua? —le preguntó Morrison al cirujano.

—No se moleste, mandaré a una enfermera —indicó el doctor.

Se levantó de su silla y salió al pasillo.

—Lo siento —se disculpó la mujer—. He pasado tanto… que ahora me sale el llanto solo.

—Llore todo lo que quiera —comentó Paul.

Adriana lo miró desde su posición y, cuando sus ojos se encontraron, le sonrió con conformidad. Él le devolvió una sonrisa amable.

—Después de ver a Agnes Evans, las llevaré a tomar algo —propuso el joven.

Fabiola lo miró, secándose las lágrimas.

—¡Qué amable es usted! Le agradeceré siempre el trato que nos está brindando. Un hombre tan ocupado, dejando sus negocios por dos extranjeras. Me duele que nos priorice ante sus asuntos.

Paul se acuclilló para ponerse a la altura de la dama.

—Le aseguro que no tengo nada más importante que hacer —repuso mirándola a los ojos—. Como ya le comenté, tengo buenos empleados.

El médico regresó con una enfermera que portaba una bandejita con un vaso de agua. La condesa bebió y dejó el vaso en su sitio, luego se levantó con ánimo.

—Ya le hemos robado demasiado tiempo —le dijo al médico.

Se despidieron y salieron a la calle. El carruaje los esperaba en el mismo lugar donde los había dejado. Paul le pidió la nota a la condesa para dársela al cochero y que los llevara hasta la dirección donde trabajaba Agnes.

Cuando llegaron, él se encargó de preguntar al celador que estaba en la entrada el modo de contactar con una de las enfermeras que trabajaban allí. El hombre lo remitió a una oficina de admisión que había cerca del *hall*. Allí, el oficinista buscó entre los archivadores que tenía organizados en una estantería y le comunicó que Agnes Evans estaba trabajando en ese momento en la primera planta, pero que no podían molestarla hasta que saliera.

—Esperaré, pero ¿puede decirle que necesito hablar con ella de algo urgente?

—¿Quiere escribirle una nota? Se la haré llegar —le ofreció el empleado.

—Eso sería estupendo, gracias.

El hombre le dio un papel y una pluma. Y Paul comenzó a escribir, intentando ser lo más convincente posible para que estuviera dispuesta a hablar con ellos.

—¿Hay algún lugar donde podamos esperar? Voy acompañado por dos damas.

—Por supuesto. Por la puerta que está al otro lado de la entrada hay un jardín donde los visitantes pueden encontrarse con los enfermos. Verá algunos banquitos donde pueden esperarla cómodamente.

—Perfecto, se lo hago saber en la nota.

Cuando la terminó, se la extendió al hombre y, tras agradecerle su labor, se marchó en busca de las damas que esperaban en la entrada. Los tres accedieron al jardín y se sentaron en un banco, al amparo de un enorme olmo inglés. Fabiola se acomodó entre los dos, suspirando.

—Ojalá este sea el penúltimo paso para llegar hasta mi hijo.

—Espero que así sea, condesa —respondió Paul, animándola.

Luego quedaron los tres en silencio, Paul no quiso interrumpir las cavilaciones que en ese momento debía de tener Fabiola. Si la dama no tenía ganas de hablar, él no iba a iniciar una conversación irrelevante. En su lugar, observó con disimulo a Adriana. Permanecía con esa pose señorial que la caracterizaba, pero había algo distinto en ella. ¿Estaba preocupada? ¿Quizá por el reencuentro con su primo? Contempló su bonito perfil. Como un experto dibujante, estudió sus proporciones pasando la mirada por la curva delicada de su frente, bajando por su nariz y deslizándose por aquellos labios que había probado, y que ahora le parecía que demasiado poco. «Algo le sucede», pensó. Entonces lo sorprendió con lo que, al parecer, ocupaba sus pensamientos.

—No creo que Carlo quiera casarse conmigo —sentenció.

Su tía la miró al instante, con el asombro impreso en el rostro.

—¿Por qué dices eso, Adriana?

La intención de Fabiola nunca había sido que Carlo se casara con la hija de Umberto, pero que aquella niña, prepotente y segura de sí misma, le dijera aquello, la dejó fuera de lugar, jamás lo hubiera imaginado.

—En realidad yo… nunca fui amable con él —murmuró.

Morrison y Fabiola la miraban, pero ella mantenía la vista al frente.

—Ni con él, ni con nadie —continuó—. En Cagliari pocos son los que se atreven a acercarse a mí. —Volvió su rostro hacia su tía—. Creo que a mi primo no le gustará verme aquí con usted, no me hace falta pensar mucho para suponerlo.

Fabiola estaba tan desconcertada que no supo qué decir. Habían sido tantos los desplantes que había recibido de Umberto y su hija, que aquello le pareció como una pequeña confesión, un reconocimiento de que ella no era una dulce dama casadera. El silencio fue demasiado largo, y Adriana se levantó repentinamente.

—Creo que daré un paseo por el jardín —comentó, comenzando a andar sola.

Fabiola reaccionó, mirando a Morrison.

—Debo hablar con ella —le dijo.

—Vaya. Yo esperaré aquí, no se preocupe.

La mujer dio un par de pasos más largos para alcanzarla y, cuando ya estaba casi a su altura, la detuvo poniéndole una mano sobre su antebrazo. La muchacha se paró.

—Adriana, Carlo estará satisfecho sabiendo que no me has dejado sola en este viaje.

—Podría haberla acompañado cualquiera. ¿Por qué yo?

—Porque eres familia.

La joven se quedó unos segundos mirando a su tía, recordando lo que le había dicho antes de salir. En ningún momento de su vida había tenido dudas a la hora de expresar lo que sentía. Pero en ese momento no se atrevía a abrir la boca porque no estaba segura de querer saber la verdad. Lo que le estaba sucediendo, ¿era la debilidad de la que tanto le hablaba su padre?

—Tía…, hasta ahora no podía ver la cara de la mujer que me cuidó cuando estuve enferma. Mi memoria la mantenía oculta. Necesito que me diga una cosa: ¿qué pasó cuando mi padre supo que fue usted la que estuvo conmigo en su ausencia?

Adriana no sabía por qué la mujer que se encargó de ella desapareció de repente, pero sí recordaba lo que sucedió con Martina, y temía que su tía hubiera corrido similar suerte.

Fabiola suspiró.

—¿Qué te hace pensar que sucedió algo?

—Conozco bien a mi padre. ¿Me lo va a contar?

La condesa no daba crédito, el tono de Adriana no era seco ni autoritario, parecía suplicar; aun así, no tenía ganas de relatarle lo que ocurrió.

—No vale la pena hablar de eso.

—Necesito saberlo —le pidió con gravedad—. ¿Por qué dejó de venir de pronto?

La condesa volvió a tomar aire y a expulsarlo poco a poco.

—Estabas bien y dejé de ir a visitarte. Eso fue todo.

—No lo creo —aseguró con los ojos exigentes fijos en su tía, esperando una respuesta.

—Está bien —cedió—. Esto es algo que no le he contado a nadie, ni siquiera a mi esposo. Sabía que si lo hacía iría a pedirle

explicaciones a tu padre y no quería que la relación entre las familias se enturbiase más por mi causa. Ya me sentía bastante culpable por no provenir de una familia noble —le confesó abiertamente—. Cuando tu padre regresó, vino a verme al saber que yo me había encargado de atenderte y de llevar a nuestro médico para que te proporcionara los cuidados necesarios. Se aseguró de que Francesco no estuviera en casa.

—Porque sabía que el conde no toleraría que humillaran a su esposa —adivinó Adriana.

Fabiola no sabía cómo continuar aquella historia que, hasta ese momento, había querido olvidar. ¿Por qué, ahora, Adriana quería conocerla? Había sufrido las mismas afrentas por parte de esa chiquilla malcriada. ¿Qué la llevaba a querer saber la verdad? Esa no era la Adriana que conocía, a ella nunca le había importado nada que tuviera que ver con esa tía salida de una familia de comerciantes.

—Se presentó en mi casa alegando que quería hacer cuentas por los gastos ocasionados por la enfermedad de su hija. Yo le dije que no importaba, que había ido con el médico de nuestra familia y que parte de esos gastos estaban incluidos en lo que le pagábamos mensualmente al doctor. Me miró de arriba abajo con desprecio y me preguntó, ignorando lo que le acababa de decir, a cuánto ascendía todo. Insistió tanto que le di el costo de la medicación, sin contar la mensualidad, cosa que hubiéramos pagado de igual forma. Doscientas liras, le dije. Tu padre dejó caer seiscientas sobre la mesa. «El resto es para que no vuelva a pisar mi casa sin una invitación», eso fue lo que me dijo.

Se produjo un silencio entre las dos. Adriana se mordía el labio inferior, con la vista fija en un punto indeterminado de aquel jardín, luego volvió a mirar a su tía y tragó saliva.

—Yo… no soy una persona afectuosa, ni siquiera soy agradable, pero sé cuándo tengo que estar agradecida. Si no fuera por usted ahora estaría muerta.

—Adriana, esa ofensa no me afectó tanto. Ya estaba acostumbrada, cuando murió tu madre no nos permitió ir al funeral.

—La mujer tomó su mano—. Me sentí pagada sabiendo que mi ayuda hizo que te recuperaras. Lo demás no importa.

Adriana recordó la llegada de su padre a casa, supuso un cambio importante en su vida. De un modo doloroso aquella niña murió, para que la mujer que era ahora viera la luz. Había crecido creyendo en el poderío de su familia, pero, en el fondo de su corazón siempre hubo un resquicio de remordimiento que intentaba ignorar, un sentimiento que se acrecentaba cada vez que pensaba en Martina y en el modo en que desapareció de su vida. Desde su llegada a Londres, todo se tambaleaba. Martina, Morrison y, ahora, su tía la hacían sentir diferente, llevándola a pensar que siempre había estado equivocada. Imaginó a su padre señalándola con desaprobación por su debilidad. ¿Acaso estaba dejando de ser una verdadera De Flaviis?

Capítulo 22

El fin ha llegado

Cagliari (Cerdeña), 1844



«Amar solo trae sufrimiento», a esa conclusión fue a la que llegó Adriana tras la llegada de su padre. A sus ocho años, ya había estado al borde de la muerte y experimentado lo que era el dolor. La repentina entrada de su padre en su habitación supuso para ella madurar diez años de golpe. Fue el final de una infancia que, en realidad, solo duró meses, el tiempo que estuvo con su hermana del alma. Desprovista del carácter necesario para hacer frente a un adulto, se dejó arrollar por un hombre trastornado por el dolor y obsesionado con la pureza de su sangre.

Adriana ya estaba casi recuperada de su enfermedad, los cuidados de su tía y el cariño de Sofía y Martina habían sido la medicina que necesitaba, aunque aún estaba débil y salía poco de su habitación.

Fabiola acudía a la casa solo cuando iba el doctor para informarse de la evolución de la niña y pagar los gastos de los tratamientos, pero después regresaba a su hogar.

Martina se colaba en la cama de Adriana y, con Donatella entre las dos, pasaban horas hablando y leyendo.

—¿Qué es lo primero que harás cuando salgas de la habitación?

Adriana miró hacia arriba, pensando.

—Mmm… ¡pan!, ¡amasar pan en la cocina! Tamizar la harina y ver cómo cae, como si fuera nieve del Kilimanjaro. Luego mezclarla con el agua y ver cómo se convierte en una masa, añadir la levadura y meter las manos en ella, tan fresquita y pegajosa. Me gusta su textura elástica y formar figuritas mientras la amaso.

—¡Y el olor que tiene! No te dejes el olor.

—Uy, sí… A trigo.

—¡Y lo mejor! Comerlo calentito, recién horneado.

—Sí, eso es lo primero que quiero hacer.

—Mira —cambió de tema Martina—, ¿has visto cuánto ha crecido mi diente?

Adriana observó su boca.

—¡Es verdad! ¿Tanto tiempo he estado enferma?

—Sí. ¿Me oías leer al otro lado de la puerta?

—Claro, eso me daba fuerzas.

—Lo sabía, sabía que eso ayudaría a curarte. ¡Voy a leerte más! ¿A que ya lo hago mejor?

—Mucho.

—De mayor seré maestra y enseñaré a otros niños a leer, como has hecho tú conmigo.

Se levantó de la cama y cogió el libro que estaba sobre la mesilla, luego volvió a meterse entre las sábanas y lo abrió por su fábula favorita. Ya se la sabía de memoria.

—«Un león dormía tranquilamente cuando un ratón empezó a corretear sobre su cuerpo. El león despertó y, enojado, atrapó al ratón con su enorme garra. ¿Cómo te atreves a molestarme?, rugió el león».

Con aquel rugido terminó la lectura. La puerta de la habitación se abrió de un golpe, sorprendiendo a las dos niñas. Adriana abrió los ojos al ver a su padre de pie, observándolas, y Martina, de un salto, salió de la cama asustada ante la expresión del hombre que acababa de hacer aparición. Umberto contempló a su hija en silencio y luego dirigió la vista a la otra niña.

—¿Qué está pasando aquí? —farfulló, mirando de nuevo a su heredera—. Tu tío me dijo que estabas muy enferma.

—Ya estoy mejor —respondió Adriana.

—¿Y qué significa esto? —alzó la voz, señalando a Martina, quien abrazaba el libro de fábulas con fuerza, como si quisiera esconderse tras él.

—Martina estaba leyendo. Ella cuida de mí.

Su padre tornó a repasar a Adriana con la mirada hasta que se detuvo en un punto. Con paso lento, se acercó hasta la cama con una expresión de estupefacción grabada en el rostro. Levantó las sábanas de golpe y cogió la muñeca de trapo vieja que estaba junto a su hija.

—¿Es que no tienes las mejores muñecas de porcelana, que tienes que dormir con esto? —Alzó a Donatella con una de sus manos.

De un manotazo la lanzó a la chimenea. Adriana se levantó de golpe de la cama para intentar evitarlo.

—¡Nooo! Es Donatella… —gimió mientras la veía consumirse por las llamas.

—Es un trapo viejo, Adriana. ¿Es que no te he enseñado nada? ¡¿Es que no sabes quién eres?! —gritó su frase final, dejando inmóvil a la niña.

Martina, por su parte, permanecía estática, deseando ser invisible y lamentándose por dentro por no haber hecho caso a su madre y haber permanecido en su sitio: en la cocina. Aquel hombre la asustaba enormemente. Entonces, después de unos segundos, Adriana hizo algo: dio unos pasos y se colocó al lado de su amiga.

—Soy una niña que encontró a su hermana del alma cuando la dejaron sola.

Umberto comenzó a negar con la cabeza y a resoplar como un animal salvaje.

—Eres Adriana De Flaviis, la sangre que corre por tus venas es de reyes. ¡Por la gracia divina, estás por encima de las insignificantes hijas de las cocineras! Ella no debería ni atreverse a dirigirte la palabra, ¡mucho menos meterse en tu cama! ¿¡Lo entiendes!?

La potente voz la hizo pestañear y asentir con miedo. El hombre miró a Martina y la niña cerró los ojos, con el mismo pavor que sentía cuando aparecía el lobo en la fábula de Esopo.

—¿De quién es ese libro?

—Yo se lo regalé —declaró con apenas voz.

—Recupera tu posición, Adriana. ¡Quítaselo! Ella no tiene el derecho a la lectura.

Martina abrió los párpados con la amargura y el asombro mezclados en la mirada. Sus dedos estaban blancos por la presión que ejercía sobre el cuento, no era consciente de la fuerza con que aferraba su libro.

—Pero… es suyo, yo se lo di.

Su padre la cogió por el brazo con brusquedad.

—Sin compasión, Adriana, sin compasión —dijo con los dientes apretados—, no debes tenerla con ellos. Vinieron a este mundo para servirnos. No son iguales que tú. Busca tu orgullo noble en tu interior y, ¡haz lo que tienes que hacer!

La niña se giró hacia Martina, con manos trémulas cogió el libro que su amiga estrechaba contra su pecho y comenzó a tirar de él. Lo aferraba con tal fuerza que era imposible arrancarlo de sus brazos. Adriana tiraba, atosigada por la voz de su padre insistiendo en que su nobleza la obligaba a ello. En aquella lucha, observaba los ojos verdosos de Martina y unas lágrimas silenciosas comenzaron a desbordarse por ellos. Cada una de esas gotitas se clavaba en el alma de la *baronessina,* quien no entendía el mal que había hecho regalándole a su amiga aquel libro. Al final, Adriana lo arrancó de su agarre, haciendo que las dos se tambaleasen. Recuperado el equilibrio, ambas quedaron estáticas, sin creer lo que estaba pasando.

—Ahora, échala de aquí. Debe volver al lugar que le corresponde. ¡Vamos!

Adriana despegó sus labios, pero no articuló palabra. No quería hacerlo.

—*Nobildonna* Adriana De Flaviis, ¡obedece!

Las miradas de las niñas se cruzaron, el miedo que desprendía la de Martina chocó con el dolor que anidaba en la de Adriana. Ninguna de las dos pensó que aquello fuera a ocurrir. Su mundo, ese que habían creado para ellas, se resquebrajaba ante la voz autoritaria de Umberto De Flaviis. Pasaron unos segundos eternos en los que sus ojos permanecieron prendidos.

—¡Adriana! —la instigó su padre.

—¡Márchate! —gritó llorando—. ¡Vuelve a tu cocina!

La voz chillona de Adriana se introdujo por los tímpanos de Martina, quien, incrédula, era incapaz de reaccionar. Estática, intentaba asimilar el hecho de que, por primera vez, Adriana le gritaba. ¿Dónde estaba el amor que se profesaban? ¿No era suficiente para cambiar la opinión de ese horrible hombre que las obligaba a separarse?

—¡Sácala de aquí! ¡Hazlo con la autoridad que te ha dado tu cuna! Sin titubeos, ni remordimientos, no te corresponde sentirlos.

Entonces, Adriana, puso sus manos en la espalda de la chiquilla y comenzó a empujarla hasta echarla de su habitación. Luego, se quedó en el quicio de la puerta, mirando cómo su amiga caminaba lentamente sin volver la vista atrás. Fue cuando supo que amar a quien no debía, dolía.

Su padre, satisfecho, se agachó para ponerse a su altura y le dio un breve abrazo.

—Lo has hecho muy bien. No volveré a marcharme y te enseñaré cómo debe comportarse una De Flaviis.

Adriana, aún con los ojos llorosos, asintió.

—Lo siento —se disculpó Umberto—. El amor nos vuelve débiles y caí en un pozo oscuro. No volverá a suceder, y tú debes aprender a evitarlo, te ahorrará muchos problemas.

Su hija volvió a asentir, admitiendo que el fin había llegado. El fin de las tardes al calor de los fogones, de los juegos con canciones, de amasar pan y del amor fraternal que una vez sintió por su hermana del alma. Su posición requería no amar y tener el derecho a humillar a aquellos que no eran de su condición. Lo asumió en ese momento. A partir de ese instante, sería la digna heredera de Umberto De Flaviis y, con el tiempo, se convertiría en el orgullo de su padre: en esa mujer sin compasión que su sangre noble la obligaba a ser.

Capítulo 23

El final

Londres, 1857



Wilton’s fue el lugar elegido para festejar que ya sabían el paradero de Carlo. Agnes Evans les contó que aquel paciente italiano al que cuidó se había trasladado a la costa, concretamente a Margate, en el condado de Kent. Había entablado tal amistad con él, que incluso pudo darles la dirección exacta.

—¡Estoy segura de que es él! —exclamó Fabiola en cuanto se sentaron en la mesa—. Echaría de menos el mar, al que está tan acostumbrado.

Saltaba a la vista el buen humor de la mujer, aunque Paul se dio cuenta de que su sobrina no gozaba del mismo talante. Como era habitual, permanecía con esa postura altiva, pero sus ojos no tenían el brillo de siempre. Se moría de ganas de hablar con ella a solas. Necesitaba saber qué sucedería a partir de ese momento, con la aparición de ese primo al que, sin conocerlo, comenzaba a disgustarlo. No podía estar celoso, pero sí sabía que aquel… cómo llamarlo… ¿devaneo?, se acabaría con su llegada. No habría más invernaderos ni castillos en ruinas… ¿Por qué le disgustaba tanto la idea? Debería sentirse aliviado por no verse obligado a tener algo que ver con la altiva y antipática italiana, pero no era así. No se quitaba de la cabeza la imagen de esos labios entreabiertos dejando escapar suspiros y el placer estremeciendo su cuerpo, mientras la sostenía entre sus brazos. Lo mejor sería una despedida rápida y… ¿desaparecer? ¡No podía hacer eso! Christopher lo necesitaba para atender a las damas.

—Vamos a probar esas deliciosas ostras, especialidad de la casa —propuso la condesa—. La vida hay que festejarla, Adriana.

La joven asintió y casi llegó a sonreír. Dirigió la vista al fondo del local y Morrison pudo ver cómo su expresión cambiaba. Lo entendió cuando vio aparecer a la duquesa de Everleigh, acompañada de la vizcondesa de Wetherby y su hijastro.

—¡Qué maravillosa coincidencia! —exclamó Ophelia nada más llegar a su mesa—. Pensé que no nos veríamos hasta el día del baile.

—¿Van a empezar a comer ahora? —preguntó Cordelia.

—A eso íbamos, vizcondesa —le dijo Morrison.

—¡Pues podemos comer todos juntos! —propuso la duquesa.

—Sería estupendo —aceptó Fabiola.

A pesar del inesperado encuentro con las damas y el hijastro, Adriana no mostró su habitual actitud altiva. Estaba como ausente. Mientras tanto, Alistair Montgomery, la miraba obnubilado. Carraspeó.

—Oh, disculpen —dijo Cordelia—. Este es mi hijastro, el vizconde Alistair Montgomery Langston.

Alistair tan solo era cuatro años menor que su madrastra, por lo que tenía la misma edad de Adriana. Era esbelto y de porte elegante, igual que su padre. Tenía unos rasgos armoniosos que parecían más bien los de una mujer que los de un varón, aunque esa belleza, aún aniñada, gustaba a muchas damas.

El muchacho hizo una reverencia y esperó a que le presentaran a los comensales.

—Ellos son Paul Morrison, la condesa Fabiola De Flaviis y su sobrina, Adriana —hizo los honores la vizcondesa.

—Es un placer —les dijo con cortesía, pero sus ojos grises repasaron a la joven sarda, quien no le prestó demasiada atención.

Paul pensó que era inevitable, ¿quién no se iba a fijar en ella? ¿Lo seguiría haciendo cuando le soltara la primera impertinencia? Aunque, con toda probabilidad, el comportamiento de Adriana no sería el mismo con Alistair Montgomery, vizconde de Wetherby, que el que tuvo con él en un principio.

Ophelia Kingsley se sentó frente a la italiana y, a pesar de que la expresión de sus rostros mostraba cortesía, la mirada de la inglesa la retaba. Algo debía de rondar por la cabeza de Adriana para que no le respondiese de la misma manera. No parecía atenta a lo que

sucedía a su alrededor. En cuanto se sentaron todos, la duquesa no pudo evitar monopolizar la conversación, como hacía siempre.

—Oh, ¡qué gran fiesta estamos organizando! —se vanaglorió —. Ya verán, no va a faltar detalle. ¿Verdad, *lady* Cordelia?

—Ya lo creo. Estoy segura de que será una gran oportunidad para encontrar esposa para Alistair.

—¿Usted vendrá, *lady* Adriana? —se interesó el muchacho.

—*Nobildonna*, mejor que *lady* —le corrigió Paul, preguntándose al momento por qué habría intervenido.

—¿Qué? —Lo miró Alistair.

—Que el tratamiento en su país es *nobildonna, baronessina o signorina.*

Adriana se lo agradeció con la mirada y, al parecer, aquella complicidad entre los dos no le hizo ninguna gracia a la duquesa. El temblor en la barbilla surgió irremediablemente y contraatacó sin contemplaciones, del mismo modo que solía hacer la joven sarda.

—¡Válgame Dios! No puede hablar en serio, señor Morrison. No puede pedirle a nuestro vizconde que utilice esa lengua para referirse a nuestra amiga. *Lady* es sinónimo de distinción, en cambio, *nobildonna*… ¿qué es eso? —Se encogió de hombros—. Recordemos dónde estamos, por favor. En Inglaterra se habla inglés.

—Encuentro que el italiano tiene una musicalidad inigualable —defendió Paul, divertido—. Es una lengua hecha para el amor, para la conquista.

Aquello fue lo que le faltó por oír. Ophelia estaba a punto de echar humo por los oídos, mientras las dos italianas permanecían calladas ante las ofensas de esa prepotente mujer.

—Suena rudo y exuberante, no tiene ese toque de discreción y elegancia de nuestro *lady*.

Si se dio cuenta de la falta de cortesía que estaba teniendo con las dos mujeres extranjeras, no lo demostró. Al parecer, a *lady* Ophelia no le importaba nadie.

—¿La misma elegancia de su té inglés? —le preguntó Adriana, sin mostrar el disgusto que le provocaba escucharla. Ya iba siendo hora de que alguien le tapase la boca, y esa persona iba a ser ella.

—En efecto, como nuestro té.

—Ese que se ha de mezclar con el agua adecuada, ¿no es así?

La duquesa alzó una ceja, triunfante, recordándole la advertencia que le hizo.

—Desde luego, si no es así se echa a perder.

—Ahora sí lo entiendo, duquesa —contestó con una sonrisa cínica—. No sé si lo he mezclado con el agua adecuada, pero he bebido mucho té inglés estos días y le tengo que decir que no sé si es elegante, pero de lo que estoy segura es de que es muy vigorizante.

Ophelia Kingsley enmudeció, entendiendo lo que la italiana había querido decirle. Adriana mantuvo su sonrisa sardónica y la postura erguida de reina sarda. No había tenido que ser grosera para acallarla de una vez.

—La veo un tanto pálida, *lady* Ophelia —observó Adriana con malicia—. ¿Se encuentra bien?

Sabía que había entendido perfectamente su mensaje.

—Es probable que sea por todo el trabajo que ha hecho para ayudarme a organizar el baile —intervino Cordelia.

—Yo puedo con eso y más. Estoy estupendamente. —Levantó su nariz.

—No me cabe la menor duda —aseguró la italiana—. Lleva usted la grandeza británica en la sangre —añadió Adriana, utilizando el mismo tono de burla que había escuchado de Morrison en otras ocasiones.

No sabía si el resto de los comensales se percataron de la tensión entre las dos damas, pero Paul observó la pelea con diversión, aún sin saber del todo de lo que estaban hablando. Al poco tiempo, apareció un camarero para tomar nota de lo que iban a demandar los nuevos comensales.

—Ostras para todos —ordenó la duquesa, sin dar opción a los demás a proponer otra cosa.

Cuando se marchó, hubo un pequeño silencio incómodo que el joven Alistair rompió:

—¿Me reservará algún baile en nuestra fiesta, *signorina* Adriana*?*

—Lo siento, vizconde, detesto bailar —contestó con la sequedad a la que ella estaba acostumbrada.

—Es extraño en una dama de su edad —apuntó el joven.

—Adriana es una joven especial —intervino su tía—. Sus gustos son los de una mujer experimentada e instruida. —Después de la prepotencia británica de la duquesa, se vio en la obligación de defender la educación que recibían los jóvenes sardos, poniendo a su sobrina como ejemplo. Esa mujer las había insultado a las dos—. A Adriana nunca le importaron los bailes, sin embargo, es una experta en arte y literatura. Seguro que su conversación será interesante.

—También le apasiona la arquitectura —añadió Morrison.

Ophelia clavó sus ojos oscuros en él. Parecía querer abofetearlo.

—Entonces hablaremos —concluyó el vizconde, jovial.

—No se olvide de que la conversación también debe ser interesante para mí —dijo Adriana, prepotente.

Eso era lo que solía hacer en Cagliari cuando algún muchacho se le acercaba con la pretensión de conquistarla. Desgraciadamente, a ella, ninguno le interesaba. El vizconde, menos aún. La duquesa de Everleigh estaba consiguiendo que detestase a cualquiera que llevase sangre británica en las venas.

—Pondré empeño en ello —respondió afable.

«¡Pobre muchacho!», pensó Morrison. Sabía que no tenía nada que hacer. Entonces recordó al primo Carlo, con el que se suponía que próximamente se encontrarían. Nadie tenía posibilidades de conquistar el corazón de la sarda, ni siquiera el hombre con el que se iba a casar. Dejó bien claro que el amor era una debilidad por la que no se iba a dejar atrapar.

***

Adriana estaba agotada cuando llegaron a la casa del marqués. Se sentía irritada y no solo por la estúpida de Ophelia Kingsley, sino por todo lo que experimentaba últimamente. Consiguió evadir a los

demás refugiándose en un sillón orejero de la biblioteca. Se acomodó en él y se dedicó a contemplar las vistas que ofrecía el ventanal de enfrente. Pasó un buen rato a solas hasta que escuchó la voz de narrador que consiguió sosegarla la otra vez en el castillo, la que le hacía regresar a Cagliari, a la cocina de su palacio. Esa vez, no quiso dejarse llevar por ella y se puso en pie, de forma repentina, luchando contra todo lo que la alejase de lo que era ahora.

—¿Qué es lo que quiere? —espetó malhumorada—. Se supone que si no estoy con los demás es porque quiero estar sola.

—Solo quería hablar con usted —dijo con suavidad.

—¿De qué? —soltó brusca.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó acercándose a ella.

—¿Acaso no lo ve? Soy la de siempre, lo habrá podido comprobar esta mañana. La cortante y seca Adriana De Flaviis se mostró tal y como es.

—A mí, lo de esta mañana me ha parecido de lo más divertido. Aunque no sé de qué diantres hablaba con *lady* Ophelia.

—De usted, señor Morrison. Cuando me refería al té, estaba hablando de usted. Así es como conseguí callar esa bocaza de duquesa británica.

—¡Vaya! Ahora entiendo el mensaje que me dio el otro día para usted. Ya ha conseguido vengarse —dijo, sentándose en el mismo sillón en el que había estado ella, cruzando las piernas con tranquilidad—. No voy a molestarme porque me haya utilizado para ese fin. Ya sabía yo en lo que me metía.

Paul observó su ceño fruncido. Aquella irritabilidad no era la que mostraba habitualmente. Sabía que le pasaba algo más, pero iba a empezar a abordar el tema que lo había llevado hasta allí.

—Supongo que hemos llegado al final de nuestra aventura.

—¿Qué le hace suponer eso? —le preguntó con voz autoritaria.

Lo cierto era que en ocasiones le recordaba a Ophelia, aunque ¡jamás se lo diría!

—Que ha conseguido su objetivo.

La joven empezó a negar con su cabeza.

—No he conseguido mi objetivo.

Morrison levantó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo que no?

—En nuestro último encuentro, quedamos en que visitaría mi alcoba.

—Sí, en eso quedamos la última vez, pero pensé que ahora que ha vencido a *lad*y Ophelia, esto terminaría aquí.

—No quiero ponerle fin —contestó con firmeza.

—Aquí no puedo visitar su alcoba.

—Entonces, lléveme a su casa —propuso con los ojos entrecerrados. Aparentemente, se apreciaba ese carácter autoritario de niña bien, del que siempre hacía gala, pero en el fondo trascendía un malestar mezclado con todo eso que Morrison no sabía por qué era capaz de ver.

A pesar de esa apreciación, rio ante su idea.

—¡No puedo hacer eso! ¿Sabe qué sucedería si la vieran entrar en la morada de un hombre soltero?

Adriana lo contempló durante unos segundos. Qué diferente era a todos los hombres que había conocido. Jamás había sentido interés por ninguno, en cambio, por él notaba una atracción inexplicable.

—Creo que no me importa —bajó su voz al hablar—. Es posible que haya vencido a Ophelia Kingsley, pero usted me ha vencido a mí. Le dije en el museo que los hombres se dejan llevar por el impulso del deseo, y ahora resulta que yo también lo hago.

Morrison resopló. Era tan sincera… Tenía tanta seguridad en sí misma que no sentía miedo a reconocer que se había equivocado, y eso le gustaba. Deseaba abordar su boca como un pirata asalta un barco enemigo y poseerla allí mismo.

—¡Qué difícil me lo pone! Ya sabe que siento lo mismo que usted, pero ¿qué sucede con su primo? Es posible que se reencuentre con él —le formuló la pregunta que lo tenía preocupado. El motivo que lo había llevado allí para hablar con ella.

La joven le dio la espalda para mirar por el ventanal y, cruzándose de brazos, le habló, siguiendo con la mirada un carruaje que pasaba por allí en ese momento:

—Mi primo nunca se casará conmigo. Mi tía nunca ha tenido esa intención, y no se lo reprocho. Soy despreciable y mala persona, igual que mi padre. Así que, si ese es un impedimento, puede descartarlo.

Paul se levantó al oírla. Cualquier matiz autoritario o de enfado había desaparecido de su voz, empezaba a sacar ese malestar que había notado antes. Parecía cansada. Se colocó por detrás de ella, lo suficientemente cerca como para que notase su calor.

—Usted es mejor de lo que cree —le recordó.

—¡No me consuele, no somos amigos! —le reprochó, con un deje de amargura en la voz.

—¿Qué es lo que le pasa? —le preguntó confundido—. Ha conseguido lo que quería: darle una lección a Ophelia Kingsley. Su orgullo está a salvo.

Puso una mano en su hombro.

—¿No se da cuenta? Mi orgullo ya no me importa. Me estoy convirtiendo en otra persona —le confesó. Se giró para encararse a él—. Y la culpa la tienen usted, mi tía y Martina. Ahora siento remordimientos por lo que soy y las cosas que he hecho. No soy buena, sin embargo, estoy obligada a comportarme como lo hago, porque ese es mi deber.

Morrison la tomó por los hombros.

—Su deber es comportarse de la manera que la haga sentirse bien consigo misma —afirmó con los ojos fijos en los de ella—. Si se siente bien mandando al diablo a todo el mundo, ¡hágalo! Pero, si no es así, ¡cambie las cosas! —Hizo una pausa, mientras contemplaba su rostro—. ¿Y quién diantres es Martina?

Adriana tardó en responderle. Se demoró llevando la vista a un lado mientras contemplaba los recuerdos que su mente le traía. Volvió a mirarlo para contestar:

—Martina es el olor a especias de mi tierra, la melodía de nuestras canciones populares, el sabor de la *frégola* aderezada con azafrán, el tacto de la masa de pan… Ummm… —Cerró los ojos—. Quiero volver a amasar pan.

Paul contempló la expresión nostálgica que había adquirido su rostro.

—No consigo entenderla —musitó desconcertado—. Comprendo que ha pasado algo que la preocupa y sé que usted es mucho más que esa mujer distante que separa a todo el mundo según sus orígenes, pero no la conozco. Si no me cuenta más, no puedo ayudarla.

Entonces Adriana lo sorprendió aferrándose a su torso.

—No hace falta que me entienda, ni le pido que me ayude. Cuando regrese a casa todo volverá a su sitio y dejaré de tener este conflicto. —Levantó su rostro para mirarlo a la cara—. Solo… consienta en seguir siendo mi amante. Aunque aparezca mi primo.

—Deme algo a cambio —pidió con voz tenue.

Adriana se soltó de su torso y se separó unos pasos de él, intrigada.

—¿Otra prueba?

Pareció que volvía a ser la mujer con aplomo de siempre.

—Deme información sobre usted.

—¿Para qué la quiere?

—Quiero saber cosas.

—Eso nos acercaría y no vamos a ser amigos.

—¿Y lo que hicimos en el invernadero no nos acerca?

Adriana ladeó la cabeza a la vez que entornaba los ojos. Meditaba su respuesta.

—¿Qué es lo que quiere saber?

Paul se pasó la mano por el mentón.

—¿Qué es lo que ha hecho para sentirse culpable?

La arrogancia aristocrática de la joven volvió de golpe para poseerla por completo. Hizo el gesto de levantar una de sus cejas y mirarlo como si fuera un saco de arpillera tirado en el suelo.

—No pienso contarle eso.

—Entonces, empecemos por algo fácil. ¿Cuándo se interesó por la arquitectura? —Paul la tomó por las manos y tiró de ella hasta hacerla sentar en un sillón que había cerca de una de las estanterías —. Vamos. Eso sí puede contármelo.

Se sentó a su lado y cruzó los brazos por delante del pecho, esperando a que hablara.

—¿Empecemos por algo fácil? —dijo ella—. Después de eso no voy a contarle nada más.

Paul inclinó su cuerpo hacia el de la joven.

—Acabará desvelándome sus secretos, lo sabe —decretó él con seguridad.

—¡Qué presuntuoso!

—¿Va a empezar?

—De acuerdo, pero luego seré yo la que pregunte.

—Me parece justo.

Ella se llevó la mano a la cruz que pendía de su cuello y la cogió antes de hablar:

—Cuando mi madre murió, dibujar fue lo que me mantuvo unida a ella. Lo solíamos hacer juntas. Un día, caminando entre los corredores, la luz que entraba por uno de los ventanales creó una atmósfera cálida que pareció dar vida a una de las esculturas. Estaba enmarcada por los clásicos elementos arquitectónicos del estilo renacentista. Aquello mitigó mi soledad. Me entretuve dibujando todas las galerías de mi casa y desde entonces me ha interesado. Es una disciplina de arte más, igual que la pintura o la escultura.

—¿Fue cuando su padre la dejó sola?

—Esa es otra pregunta, y ya he sido bastante generosa. Ahora me toca a mí.

—Muy bien —aceptó Morrison.

La joven italiana repasó el rostro del hombre antes de decir nada, dudó unos instantes y luego se decidió:

—¿Le duele que lo abandonaran?

Paul no esperaba la pregunta y la sintió como un puñetazo asestado en toda la mandíbula, pero se recuperó pronto. Adriana pudo ver el cambio en el brillo de su mirada, siempre con ese toque jocoso que desapareció por un momento, y se arrepintió de habérsela hecho. Pero es que, de algún modo, sentía que eso era lo que tenía en común con ese hombre y tenía curiosidad por saber si

la sensación de abandono que ella apreció, era tan intensa como la que hubiera podido percibir el señor Morrison.

—¿Le dolió a usted?

—Por supuesto —contestó.

Morrison suspiró y se movió para reacomodarse en el sofá. Se le notaba un tanto incómodo.

—Lo peor que le puede pasar a un niño es no sentirse amado. Mi vida en el orfanato fue un infierno y eso acrecentaba la sensación de abandono. Allí pasaba frío, hambre y competía con los demás por un mendrugo de pan, no tenía amigos. Las condiciones higiénicas eran horribles y muchos enfermaban y morían. Cuando ves varias veces retirar cadáveres de compañeros, te das cuenta, muy pronto, de que en ese lugar la muerte ronda demasiadas veces y que el próximo puedes ser tú. Sin ninguna esperanza de hallar allí un poco de cariño, decidí escapar, y cuando lo hice, la necesidad de buscar qué llevarme a la boca ocupó todos mis pensamientos. Dejé de soñar con una familia que me quisiera. No tuve niñez. El tener que subsistir por mis propios medios me hizo madurar y pensar que, si no era yo mismo el que procuraba mi bienestar, no lo haría nadie.

Adriana quedó absorta, mirándolo. La mano que tenía apoyada en el asiento estaba cerca de la de Paul y un sentimiento extraño la empujaba a tocarlo. Solo movió el meñique levemente, sin alcanzar su objetivo. Aquella fue la primera vez que se reprimió. Por lo general, hacía todo aquello que le venía a la cabeza con la seguridad de que era lo correcto. Pero, en ese instante, sentía ganas de acariciar su rostro, y le pareció demasiado extraño. Más íntimo, incluso, que lo que habían hecho en el invernadero, porque aquello venía de dentro, de ese lugar tan profundo donde guardaba sus emociones, y estaba muy lejos del sitio donde residía su falta de compasión para todo aquel que consideraba que la merecía. Sabía, a ciencia cierta, que su padre no se sentiría orgulloso de ella en ese momento.

—Aunque no lo crea, me siento identificada con su historia. Yo también maduré de golpe. Fueron distintas circunstancias, pero sentí como si me arrancasen de cuajo la inocencia —musitó con la mirada fija en él.

La italiana volvía a desprenderse de su orgullo para observarlo con sinceridad y Paul no se atrevió a moverse para no romper aquel extraño vínculo que se había creado entre los dos. Se miraban fijamente, con sus cuerpos inclinados, acercándose el uno al otro como si tuvieran un imán.

—Pero en mi vida se cruzó Christopher Brown, y todo cambió —continuó—. En este mundo hay bellas personas, y él, es una de ellas.

—Usted también lo es —murmuró Adriana.

—¡Oh! Por fin les encuentro.

El general Brown irrumpió en la biblioteca haciendo que Adriana irguiera su espalda de inmediato y Paul recuperase su postura.

—La condesa y yo ya lo hemos hablado —expuso el general, acercándose a ellos—. Iremos en tren a Margate. Es mucho más rápido. La condesa viuda está impaciente por llegar. Voy a escribir una carta urgente a The Royal Seaview Hotel para reservar las habitaciones. Esta vez puedo acompañar yo a las damas, supongo que te quedarás para atender tus negocios.

—Iré —se apresuró a decir Paul—. Me gustaría hacer ese viaje.

—Entonces, solicitaré que añadan una habitación más. Cuando confirmen la reserva saldremos hacia allí. Voy a pedir que preparen ya el equipaje. Con una doncella para usted y su tía tendrán suficiente, ¿verdad? —le preguntó a Adriana.

—Como la otra vez, marqués. No habrá ningún problema.

—Estupendo, pues voy a ponerme manos a la obra.

—¡Christopher! —Lo detuvo Paul—. Supongo que no hay inconveniente si llevo a la *signorina* Adriana a The Golden Crust esta tarde.

—¡Ah! Es una estupenda idea —celebró el general—. Coméntaselo a su tía y, si accede, saluda a la señora Fairchild de mi parte.

Y salió de allí para encaminarse a su despacho.

—¿Qué es ese sitio?

—Es una sorpresa. Ya lo verá.

Capítulo 24

Amasando recuerdos perdidos

Londres, 1857



—¡Qué misterioso, señor Morrison! ¿No va a contarme a dónde vamos?

—Lo verá muy pronto —dijo, asomándose por la ventanilla para comprobar que estaban ya muy cerca de los muelles.

—No sé qué pretende —se quejó Adriana al ver el ambiente industrial y empobrecido que comenzaba a adquirir el paisaje.

—Bienvenida a Bermondsey*, nobildonna* Adriana.

—¿Me va a poner a descargar mercancías? —le preguntó jocosa, viendo la actividad de algunos trabajadores del puerto.

—Disfrutaría con ello, pero no.

El carruaje se detuvo cerca de un bullicioso mercado.

—Tenemos que bajar aquí. Con el coche no podemos pasar.

—¿Estamos a salvo? —formuló, mirando alrededor.

—Está en mi territorio. Sé moverme entre ladrones y gente humilde —contestó con sorna, mientras abría la portezuela para bajar.

Una vez en la calle, le pidió al cochero que los esperara dos manzanas abajo. La cogió de la mano y se adentró entre la multitud que deambulaba por el mercado callejero.

Adriana nunca había visto nada igual, ni se había mezclado con gente tan corriente. Se sintió incómoda, pensando que llamaba demasiado la atención en ese lugar tan bullicioso, debería haberse puesto algo más… sencillo. Aunque de la mano de Morrison se sentía segura.

Pasaron entre puestos de verdura, pescado, carne y ropa usada. No se detuvieron a mirar nada. Paul caminaba con brío entre

la gente, seguro de sus pasos y del camino que debía tomar para llegar a The Golden Crust. Cruzaron el mercado y entraron en una calle adoquinada por la que no transitaba tanta gente.

Suspendido en el aire, les llegó el aroma a bollos dulces. A Adriana le pareció increíble que una calle tan sucia y fea pudiera oler tan bien. Pronto se encontraron frente al lugar que despedía aquel aroma tan agradable. The Golden Crust era una pequeña panadería situada en el bajo de un edificio de ladrillo oscuro, ennegrecido por el hollín de la ciudad. Ese pequeño horno era como un oasis en el desierto, un punto de luz en una noche oscura. Con un pequeño pero impoluto escaparate que mostraba tortas, pan de hogaza y empanadas, daba la bienvenida al transeúnte y lo invitaba a tomar un descanso, degustando las más deliciosas empanadillas de Bermondsey. El mejor reclamo del que disponía era el aroma que desprendía y, por allí, desfilaban obreros del puerto, amas de casa y algún caballero que otro decidido a comprar pan de calidad sin los abusivos precios de las panaderías del centro.

El señor Morrison no se detuvo en la puerta, cruzó el umbral con Adriana de la mano y pidió la vez. En cuanto la dependienta lo vio, se dibujó una enorme sonrisa en su rostro.

—¡Santo Dios, si está aquí nuestro Paul! —exclamó la mujer.

Las dos clientas que había por delante se giraron para mirarlo de arriba abajo. A Adriana también le dieron un buen repaso.

—Termino con estas señoras y os atiendo —le indicó la panadera.

Despachó a las dos mujeres y salió del mostrador para darle un abrazo a Morrison. Era pequeña y oronda, de unos cincuenta años, y se perdía entre los brazos de Paul.

—¡Cuánto me alegro de verte! —le dijo al separarse.

—*Signorina,* esta es Mildred Fairchild, la mejor hornera de todo Londres —las presentó.

—Pero qué tonto es —expresó la mujer, dándole una palmada cariñosa en el brazo.

—Mildred, ella es la s*ignorina* Adriana De Flaviis.

La señora Fairchild le dedicó una reverencia algo rebuscada.

—No hacen falta esas florituras, Mildred. La s*ignorina* De Flaviis fue una niña abandonada, como yo. Necesita lo mismo que me diste a mí: uno de esos bollos de pasas con canela que me regalabas cuando no tenía dónde caerme muerto.

Adriana, lejos de ofenderse por aquel comentario, sonrió. La joven había traspasado una barrera invisible y ni se había dado cuenta de ello. Unos días atrás no hubiera consentido que Morrison hubiera hablado así de ella con nadie.

—Pues eso está hecho —dijo con voz cantarina, a la vez que volvía al mostrador y colocaba un par de bollos en un papel.

—¿Qué tal tu marido? —se interesó Morrison, mientras la veía envolver los dulces.

—Oh, bien, bien, pero ya sabes cómo es la vida de hornero, ahora está descansando para ponerse en marcha de madrugada. ¿Y el marqués? —preguntó ella.

—Fenomenal. Me dio recuerdos para ti. Y seguro que espera que le lleve un par de tus empanadas de carne.

—Apartaré dos para él —indicó amable la mujer mientras salía del mostrador y le entregaba los bollos al joven.

—En realidad, he venido para pedirte un pequeño favor —anunció él, cogiendo los dulces.

—Y ¿quién le va a decir que no al príncipe de Bermondsey? ¿Qué es lo que quieres, cariño?

—Utilizar tu obrador —expuso, dándole uno de los pastelillos a Adriana.

—Espero que no sea para hacer ningún experimento extraño —soltó una carcajada.

—Solo es para complacer a una dama. —Le sonrió.

—¡Ya veo! —indicó, echándole una mirada a la joven, para tornar la vista de nuevo a Paul—. Pero Bob no está.

—No nos hará falta, tengo la sensación de que la *signorina* Adriana sabrá cómo actuar. —Volvió el rostro hacia ella—. ¿No es así?

—¿A qué hemos venido? —preguntó la italiana, intrigada.

—Hace un rato expresó un deseo.

Su sonrisa perfecta emergió para recordarle lo mucho que le atraía ese hombre. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué la complacía?

—Sé perfectamente cómo hacer pan —contestó.

En ese momento entró un cliente.

—No te molestamos más, Mildred, solo queremos amasar un poco de pan. Buscaremos lo necesario ahí. —Señaló la portezuela que había tras el mostrador. Cogió a la italiana de una mano y la arrastró con él al otro lado.

Para Adriana, cruzar aquel umbral fue como viajar a otro mundo. El lugar era pequeño y sombrío, tan solo iluminado por dos ventanucos en la pared del fondo. Intuyó que con la luz de la lumbre se convertiría en un sitio acogedor, a pesar de la humildad de sus paredes de ladrillo. El horno de leña estaba a un lado y, junto a este, colgaba la pala para sacar el pan del fuego. Al otro lado, había una puerta que era probable que diera a una calle trasera. Observó la mesa en el centro, muy rústica, sobre la que colgaban cucharones, raseras y espátulas de una barra adosada al techo. Una raquítica estantería soportaba el peso de sacos de harina, azúcar y distintos ingredientes guardados en tarros de cristal. Esa estancia era muy distinta a su cocina de Cagliari, pero tenían algo en común: también se podía apreciar el olor a trigo de la masa, mezclado con aromas dulzones. Se acercó a la mesa y dejó su bollo, Morrison hizo lo propio.

—Bien —dijo él, quitándose su elegante levita y dejándola sobre una silla que había junto a la pared—. Manos a la obra.

Cogió unos delantales que colgaban de un clavo en el muro y le pasó uno, se lo puso y se arremangó.

—¿De qué conoce a Mildred? —curioseó Adriana mientras se colocaba el delantal.

—Me alimentó más de una vez, a pesar de tener cinco hijos. Le debo mucho. El día en que la conocí, vio cómo le birlaba la cartera a un hombre que hacía cola para entrar en su tienda. Era un domingo y había muchísima gente, idóneo para mis maniobras. Me cogió de la oreja en cuanto me descubrió, me hizo devolver lo que había sustraído y me obligó a pedirle perdón al caballero. Me preguntó por mis padres y, cuando le dije que no tenía, me metió

en el obrador bajo la vigilancia de su esposo, Bob. Al poco, apareció con un bollo de pasas y canela diciéndome que eso era lo que un niño abandonado necesitaba. «No quiero verte robar más, cuando tengas hambre, te pasas por aquí», me dijo con total autoridad. —Morrison se encogió de hombros—. Así que cuando no conseguía nada trabajando honradamente, hacía una visita a The Golden Crust. Fue ella la que me apartó de la delincuencia infantil.

—¿Y así fue como empezó a buscar tesoros en la orilla del río?

—Sí, por esa época ya era demasiado grande para meterme en las chimeneas y limpiarlas.

—¿Cuántos años tenía?

—Doce. A esa edad ya era un chico muy alto.

—Me pregunto qué sería de usted si el marqués no lo hubiera sacado de este barrio.

—Sería el príncipe de Bermondsey —bromeó— y, con ese título, ahora podría aspirar a una mujer como usted —habló encaminándose hacia la estantería y cargando un saco de harina de unas cuantas libras, como si no supusiera un esfuerzo hacerlo.

—Siento decirle que estaría descargando sacos en el muelle —contestó Adriana al ver la fuerza de su constitución.

—¿Y tendría algo de malo? —Se puso serio, dejó el saco junto a la mesa y puso los brazos en jarra.

Adriana se fijó en sus antebrazos nervudos, luego subió la mirada poco a poco por sus hombros hasta detenerse en sus ojos, que permanecían atentos a ella.

—No. Nada malo. Al contrario, señor Morrison, me encantaría verlo haciendo ese trabajo. Y no por hacerle de menos, sino por admirar su físico cuando exhibe su fuerza masculina.

Paul soltó una leve risa a la vez que parpadeaba. Adriana lo seguía sorprendiendo con aquella sinceridad.

—*Nobildonna* Adriana —se acercó a ella con lentitud—. No puede decirme eso sin esperar una reacción por mi parte.

—Cuando la vizcondesa Cordelia lo adula no hay ninguna reacción.

—Será porque ella no tiene sus ojos. —Aproximó el rostro al de la joven.

—No intente lisonjearme, no va a ganarse mi amistad con ello.

—Usted acaba de hacerlo conmigo —musitó muy cerca de su boca.

—Pero yo soy la *baronessina* De Flaviis, puedo decir y hacer lo que quiera. —Recorrió la escasa distancia que faltaba para alcanzar los labios de Paul y lo besó.

Un ruido al otro lado de la puerta hizo que se separaran con brusquedad.

—Creo que es hora de ponernos a trabajar —dijo Morrison, enderezándose—. ¿Nos tomamos los bollos después?

—Claro.

Adriana buscó entre los tarros la levadura y cogió un cubo con agua que había debajo de la mesa. Comenzó a mezclar los ingredientes y le pidió a Paul que preparase la leña.

—Habrá que dejarla reposar una hora. Encenderemos el horno después.

Paul la observó mezclar la harina, el agua, la sal y la levadura de cerveza con la misma destreza de quien lo había hecho cientos de veces. Sus manos se movían con delicadeza sobre la mezcla, como si tuviera un tesoro entre ellas. Cuando tuvo una masa homogénea, la partió y le dio a él una parte.

—Tiene que mancharse las manos, señor Morrison —le indicó con algo parecido a una sonrisa.

Paul cogió la masa y comenzó a imitarla, mientras veía el rastro que la harina dejaba sobre la piel de la joven. El acto sencillo de amasar ejerció un extraño efecto en la italiana, parecía otra mujer, estaba sosegada dentro de un universo particular en el que él solo era un espectador. La tenue luz que entraba por la ventana incidía sobre ella, y Paul se percató de la extraordinaria belleza que podía haber en la cotidianidad de algo tan simple como amasar pan. ¿Se estaría dando cuenta de ello?

Le pareció que invadía su intimidad cuando la vio hundir los dedos en la mezcla, densa y elástica, y cerrar los ojos deleitándose con el tacto. La observó aspirar con profundidad y supo que ella se

había trasladado a otro lugar. Un sitio en el que tenía paz. Se sorprendió al descubrir que deseaba estar allí con ella.

Adriana volvió a abrir los ojos y se encontró con la mirada de Morrison fija en ella.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, un tanto intimidada por el hecho de que la hubiera estado observando en un momento que podía considerar de debilidad.

—Nada —respondió él, quitándole importancia.

—¿Por qué me miraba así? —insistió.

—Parece usted la protagonista de un cuadro de Johannes Vermeer —le explicó, seguro de que entendería a qué se refería.

—¿*La lechera*? ¿Me está comparando con una criada? —inquirió, recuperando el tono juguetón que solía emplear al dirigirse a él.

—Sabe a la perfección a qué me refiero —contestó con seriedad—. No puede negarlo, es capaz de apreciar la grandiosidad que existe en las pequeñas cosas. Lo acabo de ver.

—Tiene razón, últimamente no soy yo, ya se lo dije. Me estoy convirtiendo en otra persona.

—Yo creo que no. Más bien, diría que está emergiendo la verdadera Adriana. Y, ¿sabe qué? Me gusta. Mucho.

Ese «me gusta» alteró a la joven. El tono con el que lo pronunció se alejaba del que acostumbraban a mantener entre los dos. Era demasiado serio, demasiado firme.

—Dígame dónde estaba cuando amasaba. Cuéntemelo, por favor —rogó él.

—En ningún sitio que le importe —respondió frunciendo el ceño.

—Yo le he contado más cosas sobre mí.

La italiana movió la mirada con nerviosismo, de él a la masa sobre la mesa y luego de nuevo a él. Estaba dudosa. Se sentía tan bien en aquel obrador, amasando pan en compañía de Morrison…

—Estaba en la cocina de mi casa en Cagliari —admitió al final —. En mil ochocientos cuarenta y cuatro. En el único refugio que encontré cuando mi padre se marchó. El olor a trigo de la masa de pan me trae el recuerdo de las únicas personas que cuidaron de mí

en esos momentos, de una infancia feliz entre guisos, canciones populares y lecturas.

—¿El recuerdo de Martina?

Adriana asintió.

—¿Quién era?

—La hija de la cocinera.

—¿Y qué fue de ella?

—No quiero hablar de eso —respondió cortante. Adriana cogió la masa y la levantó—. ¿Quiere que le enseñe a hacer figuritas de pan? —propuso, cambiando de tema.

—Me encantaría. —Sonrió—. Pero como las vea Mildred es posible que la ponga a trabajar.

—Le diré que las ha hecho usted, no se atrevería a poner a trabajar al príncipe de Bermondsey —bromeó.

Morrison soltó una risotada.

—Créame, lo haría.

Mientras dejaban reposar la masa, se comieron el delicioso bollo que Mildred les había regalado, y Paul comenzó a contarle que la hornera sería la encargada de hacer el pan para el hospicio que estaba en marcha. Al señor Morrison se le veía especialmente emocionado con su proyecto. Sus ojos brillaban de puro entusiasmo cuando relataba el tipo de instalación que estaba construyendo para los niños y el sistema educativo que implantaría para asegurarles un futuro.

Adriana lo observaba con atención, admirada por el carácter jovial pero resolutivo de ese hombre. Se sorprendió a sí misma sintiéndose a gusto en aquel pequeño cubículo junto a él, pero esa satisfacción se tambaleó cuando se acordó de su padre. ¿Qué pensaría de ella ahora que se relacionaba con un comerciante de la misma calaña que su tía? Decidió que ese obrador sería como la cocina de su casa, un lugar seguro donde ni un solo pensamiento negativo pudiera atravesarlo. Estaba viviendo un presente que su padre no le arrebataría, y quería estar allí sin remordimientos.

Después de una larga charla, pusieron el pan en el horno y, al cabo de un rato, comenzó a despedir ese olor tan característico que hacía viajar a Adriana a Cerdeña.

—Cuando me quedé sola en el palacio, comía en la cocina, con Sofía y Martina —relató distraída mientras miraba cómo se doraba la corteza del pan—. Fueron mi familia durante meses. Las quería.

Paul no se atrevió a preguntar, pero agradeció que le hablara de su infancia y que le revelara que Adriana De Flaviis era capaz de dejarse llevar por un sentimiento como el amor.

—Descubrí pronto que amar a quien no debía no era una buena idea. —Se volvió hacia él como si no hubiera dicho nada—. Hay que sacarlo ya.

Morrison estaba tan embobado, mirándola, que no supo a qué se refería.

—¡El pan! Hay que sacarlo ya, o se quemará.

Paul abrió la portezuela del horno y ella fue sacando con la pala las figuritas que habían amasado. Una vez expuestas sobre la mesa, el señor Morrison comenzó a carcajearse.

—¡Mis figuritas son horribles!

—Tiene usted razón, no es bueno haciendo esto. Pero se lo perdono porque he pasado un buen rato —le dijo mirándolo fijamente, con gratitud reflejada en sus ojos.

—Ese era el plan. Me alegro por ello.

—Espero que otro día me lleve a ver su orfanato en construcción.

—Me encantaría —respondió, impresionado por el cambio que aquella tarde había podido observar en ella.

Capítulo 25

Margate

Londres - Margate, 1857



La estación Victoria era un bullicio continuo de actividad, característico de una ciudad tan grande como Londres o París. Gentes de todas las clases sociales se mezclaban en el andén, aunque a la hora de subir al tren el orden estamental se imponía y cada pasajero ocupaba el lugar que le correspondía, según el billete que había pagado.

Lord Christopher, la condesa, Adriana y Mirta, la doncella, esperaban bajo los arcos de hierro, cerca de los ventanales, mientras Morrison compraba los billetes para su viaje.

En medio del trasiego de un lugar como aquel, Adriana evocó su llegada a Londres. En cuanto bajó del tren, buscó al señor Morrison entre la multitud de forma inconsciente. Lo reconocía. Ya no se avergonzaba de su atracción por él. Recordó su espalda, alejándose entre el gentío, con el ligero sentimiento de lástima que le provocó el pensar que no volvería a verlo más.

En ese momento, lo observaba acercándose hacia donde se encontraban esperándolo, con el periódico bajo el brazo y ese caminar tan característico, de zancada larga y flexible. «¡Qué caprichoso es el destino!». ¿Quién iba a decirle que se reencontrarían?

Subieron al tren y, para su sorpresa, Mirta iba a hacer el trayecto en el mismo compartimento que los demás. Paul había comprado su billete en primera clase. A nadie pareció sorprenderle ni molestarle. Días atrás, Adriana habría puesto el grito en el cielo, pero en ese momento no le dio importancia.

Adriana se sentó entre su tía y el marqués, quien enterró su nariz en las enormes hojas de *The Daily News* en cuanto se acomodó. Morrison se situó frente a ellos, al lado de Mirta. Al momento de sentarse, Adriana cogió su libro y lo abrió, pero la lectura solo fue una excusa para mirar con disimulo por encima de las páginas a Morrison. El joven había tenido la deferencia de ofrecerle el lado de la ventanilla a la doncella. Sacó un pequeño sobrecito de papel y se lo aproximó a la muchacha.

—Coje una. Son violetas confitadas.

La criada, desconcertada, miró de reojo a los demás pasajeros, incómoda al ver que era la primera a la que le ofrecía aquel dulce.

—Vamos, Mirta, que sé que te gustan —la animó.

Adriana no pudo evitar levantar la cabeza al escuchar el comentario cercano de Morrison. ¿Qué clase de relación tendría con ella? La joven sarda no solía reparar en el personal de servicio, pero, en esa ocasión, y por primera vez desde que había conocido a la doncella, la analizó: tendría unos diecinueve años, no era muy alta, pero sí proporcionada, y si algo destacaba en su rostro eran sus grandes ojos castaños de pestañas rizadas. Después de su examen llegó a la conclusión de que era bonita, y eso la hizo sentir extrañamente molesta.

Mirta aceptó el caramelo y Morrison ofreció los dulces a los demás. Ni la condesa ni el marqués tomaron la golosina, pero ella decidió coger una. Cerró su libro y alargó el brazo hasta la bolsita de papel, no sin antes rozar los dedos de la mano que sujetaban el paquete. ¿Por qué había hecho eso? Ni ella misma lo sabía.

El señor Morrison le dirigió una mirada taimada. Después de eso, se giró hacia la doncella.

—¿Qué tal está tu padre, Mirta?

—Mejor, señor. Ya ha vuelto a trabajar.

—¡¿En la construcción del alcantarillado?!

—No tiene otro trabajo.

El marqués levantó la vista del periódico.

—Si vuelve allí corre el riesgo de contraer de nuevo esa horrible enfermedad —comentó lord Christopher, preocupado. Se

compadecía en profundidad por aquellos que sufrían el cólera, empatizaba con los familiares de los enfermos después de lo que él había vivido—. Deberíamos hacer algo —le propuso a Morrison.

—Podría trabajar en las obras del orfanato. —Miró a Mirta—. Puedes comentárselo a tu padre.

—Gracias, señor, pero en cuanto terminen, se quedará sin trabajo.

—Yo le daré faena, pardiez —le ofreció el marqués—. ¿Será capaz de ayudar a mis jardineros?

—Claro que sí, milord —respondió con entusiasmo.

—Pues no se hable más —concluyó el aristócrata, volviendo su vista hacia el periódico de nuevo.

En ese momento sonó el silbato del tren y dio un brusco tirón al arrancar. Mirta, asustada, crispó los dedos sobre el asiento tapizado. Ella nunca había viajado en ferrocarril.

—Mirta, me atrevería a decir que prefieres los días nublados a los soleados. —Morrison intentó distraerla.

La doncella volvió la vista hacia él, con las manos todavía tensas al sentir el movimiento del tren.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Porque justo antes de entrar en la estación, el sol dio en tu rostro y frunciste el ceño, creo yo que con disgusto.

La condesa rio.

—Lo dice como si hubiera cometido un crimen.

Mirta, aún turbada, titubeó antes de asentir con timidez.

—Es cierto, me gustan los días grises… me recuerdan a mi casa en Somerset.

Paul asintió, satisfecho con su deducción. Entonces, giró levemente la cabeza y miró a Adriana. A decir verdad, se moría de ganas por incluirla en la conversación. Se había dado cuenta del leve gesto posesivo de antes, y eso le había producido un sentimiento similar a la ternura.

—¿Y usted, *nobildonna* Adriana? ¿Preferiría un cielo despejado o un velo de nubes?

Parpadeó varias veces antes de contestar. Había estado absorta observando la naturalidad con la que hablaba con Mirta, no

había barreras sociales entre ellos. Y se dio cuenta de la maniobra de distracción de Morrison, le pareció entrañable. «¿Entrañable? ¿Desde cuándo esa palabra forma parte de tu vocabulario?», pensó confundida.

—Yo prefiero los crepúsculos. Cuando el sol se posa en el horizonte y la luz se va extinguiendo para dejar paso a la noche. Ver ese espectáculo a través de las nubes no me importa. De cualquier manera, me resulta una obra de arte de la naturaleza.

—El momento en el que nada es enteramente claro ni enteramente oscuro. Es como un *impasse*, una pausa en la que damos paso a una interminable escala de grises —dedujo Morrison.

—Sí, es un momento de libertad que valoro mucho.

—¡Qué interesante esa apreciación! —intervino la condesa—. Es algo que se podría extrapolar a las personas.

—Desde luego —añadió el marqués, interesado en el coloquio —. Los hombres guardamos la luz y la oscuridad dentro, pero decidimos hacia qué lado inclinarnos. ¿No es así, Paul?

—Supongo que sí.

—No siempre es así —discrepó Adriana—. Hay veces que las circunstancias te obligan a inclinarte hacia un lado. No siempre podemos elegir comportarnos de la manera adecuada —explicó—. No. No es una elección.

—No estoy de acuerdo —la contradijo el marqués.

—Creo que hemos dejado de tener interés para la señorita Mirta —comentó Paul para evitar que la conversación se convirtiera en una confrontación y, sobre todo, en algo que incomodase a Adriana.

La joven criada se había puesto a mirar por la ventanilla en cuanto dejó de entender de lo que estaban hablando.

—¡Oh! Por mí no se preocupen. Me entretengo mirando el paisaje.

—¿Ya no la asusta el movimiento del tren? —preguntó la condesa.

—Solo tenía que acostumbrarme. —Sonrió con timidez y volvió a observar los edificios de las callejuelas bulliciosas de Londres. En unos minutos, los suburbios y zonas industriales quedaron atrás para

dar paso a campos abiertos y praderas y, aunque la velocidad empezaba a aumentar, todos parecían tranquilos en el compartimento.

Mecidos por la cadencia del movimiento continuo del vagón, avanzaron aproximándose a Kent. El paisaje se transformó en el característico del «jardín de Inglaterra».

—¿Quiere ver una enorme pintura costumbrista, *nobildonna* Adriana? —preguntó Paul, después de mirar por la ventanilla.

La joven levantó la vista de su libro.

—¿Aquí, en el tren?

Él le sonrió.

—Aunque le sorprenda, sí.

Lord Christopher lo miró, conociéndolo como lo hacía, sabía a qué se refería y sonrió.

—Vaya. Le gustará —la animó el marqués.

Se levantaron de sus asientos y salieron del compartimento.

—Tengo la sensación de que su muchacho siente cierta inclinación por mi sobrina —comentó la condesa cuando ya no estaban delante.

—Si así fuera, ¿tendría alguna posibilidad? Según me ha comentado, su hijo la desposará cuando aparezca.

—Señor marqués, creo que por ese lado no habría ningún inconveniente. Mi hijo nunca ha sentido especial interés por su prima. Me temo que el problema sería la propia muchacha y su familia.

—No hay nada que mi chico no pueda superar —comentó como un padre orgulloso.

—Me alegra saberlo. Aprecio a mi sobrina, aunque ni ella misma conozca la magnitud de mis sentimientos. Y creo que el señor Morrison sería una buena pareja para ella.

—Es una joven peculiar. Me cayó en gracia desde el momento en que la descubrí con su mirada analítica sobre los lienzos que cuelgan en mi casa. Es inteligente, no cabe duda. No me extraña que Paul sienta interés.

—¿Qué le parece si los enviamos a contemplar el crepúsculo en las playas de Margate en cuanto lleguemos? —propuso Fabiola,

transformándose por completo en una casamentera.

—¿Sin una *chaperon*e[11]? —preguntó el marqués.

—Por favor, general Brown, no es solo que me fíe de su muchacho. Es que confío por completo en Adriana. Recuerde que ya hicieron solos una excursión al castillo de Merdon —dijo, pensando en el carácter adusto de la joven. Normalmente, repelía a todo aquel que se acercaba a ella. El general no había visto de qué manera trató al vizconde de Wetherby. A ella no le preocupaba su virtud, su sobrina sabría guardarla—. En cualquier caso, yo puedo acompañarlos.

¿Por qué Fabiola sentía el impulso de colaborar en aquella relación? No era que quisiera apartarla de su hijo, para eso no hacía falta su ayuda. Carlo se bastaría y sobraría solo. Era porque, en realidad, había visto un cambio en la muchacha, y pensó que ese cambio se debía al señor Morrison. Ese hombre le convenía.

***

Paul se detuvo en el estrecho corredor que quedaba a un lado de los compartimentos privados y bajó una de las ventanillas; el sonido acompasado de las ruedas sobre los raíles se intensificó y el aire fresco azotó sus rostros. Adriana se asomó: el humo gris de la locomotora se desvanecía mezclado con la atmósfera limpia de la campiña. Miró al frente y supo a lo que Paul se había referido antes: huertos de manzanos se extendían alternándose con campos de trigo. Desde luego, el paisaje parecía un cuadro costumbrista.

—¿Lo ve? Lo que yo le decía. Para alguien que aprecia el arte como usted, pensé que lo relacionaría enseguida.

Adriana sonrió levemente, observando el horizonte, mientras los mechones de pelo azotaban su rostro, movidos por el viento.

—Es usted la persona que más me conoce —afirmó sin mirarlo.

—Y me gustaría conocerla más —susurró, poniendo su mano sobre la que ella tenía apoyada en la ventana.

La italiana volvió la cabeza hacia él. El viento la había despeinado, restándole ese aire regio que solía poseer.

—Si usted fuera mi amigo, le contaría que en Cagliari me escapaba a ver el crepúsculo para huir de la constante presencia de mi padre. —Observó la mano que Paul había puesto sobre la suya, casi cubría sus dedos por completo—. ¿Qué me revelaría usted si yo fuera su amiga?

Paul ya no se limitó a dejar su mano sobre la de ella, ciñó sus dedos alrededor hasta envolverla.

—Si usted fuera mi amiga, le revelaría que siempre eché de menos tener unos padres; que sueño con encontrar a una mujer con la que formar una familia y dar a mis hijos lo que a mí nunca me dieron.

—¿Alguien como Mirta? —preguntó con cierto temor por la respuesta que le pudiera dar.

Paul negó con la cabeza con una sonrisa afable en los labios.

—Si eso le preocupa, le diré que Mirta recibe de mí el mismo trato que reciben los demás criados del marqués. Me gusta ser amable con la gente.

—No tiene que darme explicaciones —respondió, bajando la mirada.

—Pero usted me las pidió.

—¡Nunca hice eso! —exclamó asombrada, volviendo a fijar los ojos en él.

—Lo hizo cuando me acarició con sus dedos.

—Lo siento, tiene razón. ¿Pareció que marcaba mi territorio?

—Eso es lo que más me gusta de usted. No tiene miedo a reconocer la verdad.

Se miraron durante unos segundos y ella se mordió el labio, dubitativa.

—Está a punto de preguntarme algo, ¿cierto? —adivinó Paul.

—¿Qué hará cuando nos encontremos con mi primo?

—Cargarla en mi hombro y correr en dirección contraria, como un primate llevándose lo que considera de su propiedad —bromeó.

Adriana se carcajeó.

—¿Cree que soy suya?

—Usted no es de nadie —respondió con toda seriedad.

—Pues se equivoca. Pertenezco a mi familia, a mi padre y a esa sangre de reyes que corre por mis venas…

—La conozco lo suficiente como para saber que podría romper con todo cuando quisiera. Tiene el arrojo y la inteligencia necesarios para desenvolverse en la vida de manera independiente. No precisa nada de eso, puede ser libre cuando quiera.

Ella negó con la cabeza.

—El único lugar en el que soy enteramente libre es entre sus brazos, señor Morrison —contestó.

Hubieran parecido estatuas, de no ser por el balanceo que el movimiento del tren provocaba en sus cuerpos. Se quedaron mirándose, con los pies anclados al suelo y el deseo bailando entre ambos en el espacio que los separaba. Los labios no eran capaces de comunicar lo que sus ojos expresaban y permanecieron sellados. Paul soltó su mano para coger uno de los mechones desordenados del cabello de ella y colocarlo por detrás de su oreja. Luego, acarició su rostro con el pulgar. Tenía muchísimas ganas de besarla, aunque no lo haría. Aquel no era el momento apropiado. En su lugar, bajó la mano y la metió en el bolsillo para evitar la tentación de tocarla otra vez. Ya se había arriesgado demasiado.

—Deberíamos volver —dijo él.

—Me gustaría no tener que hacerlo —declaró Adriana en un susurro—. Me empieza a gustar estar a solas con usted.

—¿Por la conversación? —preguntó en tono jocoso en un intento de cambiar el cariz serio que estaba adquiriendo la situación.

Pero Adriana no le siguió el juego esa vez. Lo miró manteniendo su postura palatina, aunque la expresión de sus ojos era bien distinta: había una sutil aceptación, mezclada con la sobriedad de siempre.

—Aunque le resulte extraño. Sí. Me gusta hablar con usted.

—Esto empieza a ser peligroso, *nobildonna* Adriana. Supongo que recuerda nuestra conversación en el museo.

—Por supuesto que la recuerdo. Pero no se preocupe, en cuanto mi primo aparezca, yo desapareceré de su vida para siempre.

Esa afirmación aguijoneó el corazón de Morrison. No quiso que ella advirtiera su inquietud y, bruscamente, se giró.

—Regresemos ya.

***

El tren realizó varias paradas: Gravesend, Rochester y Chatham. En todas, aprovecharon para bajar del vagón, estirar las piernas y comer algo. En la última estación compraron frutas frescas y pan.

En cuanto iban acercándose a Margate, notaron que el ambiente se tornaba más húmedo, y al llegar a la estación, la fragancia salina del mar lo impregnó todo. El edificio era sencillo, pero se notaba que era una localidad muy visitada. Se podría decir que estaba tan transitada como Victoria, en proporción a su tamaño, por supuesto.

Un carruaje los llevó directos a The Royal Seaview Hotel. Era un edificio de tres plantas situado frente al mar, con una fachada de piedra y grandes ventanales para aprovechar las vistas al mar del Norte.

Como ya era tarde, el plan era cenar en el hotel y a la mañana siguiente acudir a la dirección que Agnes Evans les había proporcionado.

Subieron a las habitaciones que habían asignado a cada uno para descansar antes de la cena. Adriana entró en la suya. Desde luego, el marqués no había escatimado en gastos. Su habitación era grande y bajo el techo alto, adornado con molduras, había una amplia cama de cuatro postes de madera de caoba, un tocador junto a la pared y un sofá al lado de una mesita auxiliar. Adriana se aproximó al ventanal, apartó el pesado cortinaje y contempló las vistas. Estar cerca del mar le recordaba a Cagliari.

La habitación de su tía estaba cerca de la suya. Mirta dormiría en una más sencilla situada al extremo del pasillo.

Se sentó sobre la cama y al poco tiempo llamaron a la puerta. Se levantó de un salto, con la absurda idea de que quizá fuera

Morrison para invitarla a dar un paseo. Se sintió algo decepcionada cuando al otro lado estaba Mirta.

La criada clavó sus ojos en su peinado desaliñado.

—¿Necesita que la peine antes de ir a cenar?

—No hace falta —le contestó drásticamente—. Ve a ayudar a mi tía. Yo no te voy a necesitar.

Mirta revisó su cabello sin moverse. No estaba convencida de la decisión de la dama.

—Acabaré pronto*, lady* Adriana.

—Me peinaré y me vestiré yo misma. Ocúpate solo de mi tía, es una orden.

—Pero… es mi trabajo, ¿no me va a necesitar para que la vista?

—¿Quién te viste a ti? —le preguntó.

—¡Nadie! —respondió alarmada, como si hubiese dicho una barbaridad.

—Pues yo voy a hacer lo mismo. Voy a ser independiente —añadió la italiana, cerrando la puerta después de hablar.

Caminó hasta su tocador y se sentó frente al espejo. La situación requería de una solución sencilla, así que nada de bucles ni recogidos rebuscados. Un moño simple era suficiente. Cuando terminó pensó que no estaba del todo mal, con la práctica mejoraría. Primer paso conseguido. Lo de vestirse sería una tarea más fácil. Cuando era niña lo hacía sin problemas, aunque también era cierto que no llevaba corsé. Apretarse las cintas fue más costoso de lo que esperaba, pero lo consiguió igualmente. Se sintió orgullosa.

A las ocho menos cuarto llamó a la habitación de su tía para bajar al comedor del hotel. Fabiola la examinó con atención.

—Has cambiado el peinado.

—Sí, le dije a Mirta que la atienda a usted. Yo no la necesito.

—¡¿Te has peinado tú misma?!

—Y vestido.

—Me sorprendes —le dijo, mientras se cogía a su brazo y comenzaba a andar—. Si no quieres compartir a la doncella del marqués conmigo, puedes solicitar una del hotel —propuso su tía,

convencida de que su actitud estaba motivada por el orgullo que siempre había mostrado ante ella.

—Usted no tiene nada que ver en mi decisión. No quiero una doncella.

—Entonces, ¿qué es lo que te ha llevado a peinarte tú misma?

—No tengo ganas de hablar de ello —respondió con su habitual carácter arisco.

Fabiola no quiso insistir, pero intuyó el motivo y sonrió para sus adentros.

Lord Christopher y el señor Morrison esperaban en la puerta del comedor su llegada. La sorpresa se reflejó en la mirada de Paul al verla.

—¿No está Adriana especialmente bella, señores? —preguntó la condesa en cuanto se situó frente a los caballeros.

—Sin duda —respondió Morrison sin quitarle la vista de encima.

—Esta joven no necesita adornos para estar hermosa —añadió el marqués, dirigiendo una mirada de complicidad a Fabiola.

—Es usted muy amable —respondió Adriana.

El *maître* los condujo a una mesa cercana a un ventanal que daba a una terracita cercada por una valla de hierro forjado. Desde allí se podía ver la playa.

Se sentaron de modo que Adriana tenía a su izquierda al marqués, a su derecha a Morrison y frente a ella a su tía.

El menú de esa noche consistía en caldo de ternera con cebada, salmón ahumado con eneldo y limón, cordero asado con menta y salsa de grosella roja, y de postre, pudin de ciruela con crema inglesa.

En cuanto supo cuál sería el postre, hizo un gesto de disgusto. «Qué manía la de los ingleses de recalcar de dónde procede cada cosa que hacen», pensó. Al parecer, tenían que distinguir su crema de las de los demás países. No soportaba esa superioridad en cada detalle que los rodeaba. Morrison adivinó sus pensamientos al ver la expresión de su rostro, y la observó con cierta diversión. Ella lo miró burlona.

—¡Oh!, crema inglesa. Tan deliciosa como el té británico —pronunció en tono solemne, imitando a *lady* Ophelia.

—Si tanto le gusta podrá repetir —le contestó Morrison siguiendo su broma.

—Por supuesto —intervino el general, sin captar la ironía en la voz de Adriana.

Ella no esperó que la oyera y lo miró un tanto contrariada.

—¿Sabe, querida, que Paul estudió en Oxford? —dijo lord Christopher, de repente, y sin venir a cuento, observándola con un brillo de orgullo en la mirada. El postre había quedado relegado al lugar de las conversaciones intrascendentes de un puntapié.

Adriana alzó las cejas, sorprendida, y dirigió la vista hacia el señor Morrison. Hasta donde ella sabía, Oxford era una institución sumamente prestigiosa a la que solo tenían acceso los miembros de distinguidas familias.

—Tengo entendido que el acceso allí está muy restringido. Solo pueden entrar jóvenes de familias con estatus y nivel social elevado. ¿Cómo lo hizo?

Se arrepintió al momento de decirlo. No pudo controlarlo, salió de su boca con espontaneidad. Aquella era la primera vez que sentía preocupación por haber herido con sus palabras a otra persona. En este caso al señor Morrison. Pero él sonrió como siempre hacía.

—No fue fácil que me admitieran —aseguró él—. ¿A quién vendería su alma el marqués para que admitieran a un donnadie como yo?

A pesar de sus palabras, Adriana no advirtió rencor en su pregunta.

—Solo les expliqué que no podían dejar escapar a alguien tan talentoso. Les envié una carta apasionada sobre las virtudes de mi pupilo. Yo mismo lo había educado con el mejor tutor. Lo aceptaron porque, de lo contrario, habrían dejado escapar a un gran talento.

—Y porque esa carta venía de un consejero de la reina. —Rio Morrison.

—¿Acaso no terminaste allí tus estudios sobradamente? —rebatió el marqués.

—Me tuve que hacer anglicano, pero sí, conseguí mi titulación en Oxford.

—Y en dos años levantó un negocio —apostilló el general satisfecho, mirando a la dama más joven.

—¡Un gran mérito! —exclamó la condesa.

—¿Qué tipo de producto importa? —curioseó Adriana.

—Sobre todo trigo de España para hacer la harina del pan que tanto le gusta, pero también vino, azafrán y aceite.

—¡Oh! Azafrán. Mi familia lo cultiva.

—Quizá algún día podamos hacer negocios juntos.

—Lo podrías comentar con tu padre —apuntó Fabiola.

La joven apartó la mirada de Morrison para dirigirla hacia su tía.

—Podría hablar con él, aunque ya sabe que yo jamás he llevado esos temas. Mi tarea solo consiste en cartearme con artistas, salones de exposiciones y realizar trámites con los bancos para hacer llegar financiación a quienes me interesan.

—¿Y le parece poco, querida? Es usted muy joven —la aduló el marqués.

—Adriana es muy diligente —dijo Fabiola, mirando al general —. ¿Sabe que estudió Arte dos años en Florencia?

A Adriana siempre le había molestado que hablaran de su vida como si ella no estuviera delante, pero esa vez lo pasó por alto. No le afectó tanto.

—Ya ha demostrado ser una experta en alguna ocasión, ¿verdad, Paul?

—Sí, lo ha hecho.

Los ojos de él se clavaron en ella con una expresión de admiración sincera que, hasta el momento, nunca había advertido en ellos. Y por un instante, Adriana se olvidó de que no estaban solos en aquella mesa. El camarero llegó para hacerla reaccionar y apartar su mirada del hombre que se sentaba a su lado. Todos permanecieron silenciosos mientras dejaban el caldo sobre la mesa.

La cena transcurrió entre conversaciones sobre los méritos logrados por los dos jóvenes. Parecía una competición por ver quién

de los dos, el marqués o la condesa, exponía más virtudes de sus pupilos.

Todo aquello hizo desconfiar a Adriana y no le cupo la menor duda de que intentaban emparejarlos cuando, al terminar la cena, los enviaron a contemplar el ocaso desde la orilla del mar.

—Nosotros nos sentaremos en la terraza. Yo ya estoy mayor para paseos —alegó el marqués.

Adriana no supo si Morrison había notado la maniobra o no, pero guardó silencio. Solo cuando estuvieron cerca de la orilla, Paul rompió en carcajadas.

—¿Usted también lo ha notado? —Rio ella.

—Me temo, *nobildonna* Adriana, que su tía no la quiere como nuera. —Paul se calló de inmediato, arrepentido por sus palabras—. Lo siento, no quise decir eso.

—Por favor, no se preocupe. No me ofende. Lo sé desde hace mucho tiempo. Tiene motivos para no quererme en su familia.

—Pero parece apreciarla.

—Eso parece… Aunque nunca le he dado motivos para que lo haga.

Paul se lamentó por haber derivado la conversación a algo desagradable para ella. Ya no reía. Por otro lado, sentía mucha curiosidad por saber lo que se escondía dentro de su alma, pero tuvo que reprimirse.

—Miremos el ocaso. Hemos venido para eso.

—En Cagliari son más bonitos —apreció mirando al frente—. El mar adquiere un color turquesa oscuro al principio, luego se vuelve azul cobalto con los matices dorados del sol rielando sobre sus aguas y, cuando este ya está oculto, se vuelve de un azul índigo en el que se refleja la escasa luz que queda.

—¿Más bonito que este gris perla espectacular?

—Y si le hablara del cielo… Estoy segura de que querría visitar Cerdeña.

—Me encantaría hacerlo. —La observó, mientras ella mantenía la mirada al frente—. Y verla a usted.

Adriana volvió su cabeza hacia él.

—Mi padre jamás se lo permitiría —afirmó con un deje de sequedad, ese que era habitual en ella.

—¿Por qué huye de la constante presencia de él? Es lo que me dijo antes. —Si no lo preguntaba, explotaba.

—Eso sería una confesión muy íntima —observó la joven con un tono de broma en la voz.

—Hagamos como en el tren, imaginemos que somos amigos —propuso él.

Adriana agachó la cabeza y suspiró.

—Es mi padre y lo quiero, pero a veces me molesta, deseo dejar de oírlo. No sé, hay momentos en los que me he sentido manipulada por él. He hecho cosas que…

—¿Qué?

—Que en el fondo no me gustan. Desde niña he cumplido siempre con mi deber y me he comportado como corresponde a mi rango, pero hay algo… algo que se enquista dentro de mí. —Apretó sus párpados—. Y desde que estoy aquí… —Levantó la cabeza para mirarlo—. Desde que lo conozco a usted, mi conciencia me grita y, a veces, no oigo nada más.

—¿Qué es lo que le produce remordimientos?

—Señor Morrison, ¡soy igual que Ophelia Kingsley!

—Yo le aseguro que no —respondió, clavando sus sinceros ojos en ella. Reprimiendo el deseo de tomar su mano y consolarla.

Adriana calló y se tomó su tiempo para observar el rostro de aquel hombre con detenimiento. ¿Por qué mirar a Morrison le resultaba tan distinto en ese momento? ¿Qué clase de magia emanaba de él para que sintiera un deseo irrefrenable de abrazarlo y besarlo? Todo había cambiado. Se giró para mirar en la lejanía a su tía y al marqués. Parecían enfrascados en una conversación. No les prestaban atención.

—Venga esta noche a mi habitación —solicitó.

Nunca una petición de ella había sonado como un ruego. Ella siempre ordenaba, no fue así en esa ocasión.

—Sabe que no puedo.

—Quizá ya no tengamos más oportunidades. Cuando nos reencontremos con mi primo, prepararemos todo para regresar a

Italia y en unos días me habré alejado de aquí.

Morrison resopló, reprimiendo las ganas de besarla allí mismo, a la vista de todos. Adriana era otra mujer, nada tenía que ver con la chica que se encontró en el tren de camino a Calais. Sus palabras le dolieron, porque sabía que la iba a echar de menos.

—Me lo pone tan difícil… —murmuró con la mirada fija en ella —. Sabe cuánto la deseo, ¿verdad?

—Entonces, ¿qué problema hay?

Paul miró hacia su tío.

—El general… y su tía… y el mundo. —Volvió la vista de nuevo a ella.

—¿Va a permitir que una mujer le insista tanto? —demandó molesta. Comenzó a surgir su carácter altivo.

Paul rio.

—¡Ha vuelto la mujer peleona!

—¡Sí! Y ahora no se lo pido, se lo ordeno —dijo levantando el mentón.

El joven la observó unos segundos.

—¿Es que no tiene miedo?

—¿De qué?

—Hay multitud de cosas que deberían dárselo; quedar encinta, por ejemplo.

Media sonrisa amarga asomó a los labios de la italiana.

—No puedo tener hijos —soltó de sopetón para sorpresa de Morrison.

Él se quedó callado, asimilando la noticia. Aquella revelación sí era íntima.

—«La fiebre ha afectado su constitución… Es poco probable que llegue a desarrollarse como mujer. Dudo que esta niña llegue a sangrar alguna vez». Eso dijo el médico que mi padre mandó llamar para examinarme, después de pasar la difteria. Mis sangrados son irregulares, a veces paso meses sin ellos —le habló con la mayor naturalidad, sin tener en cuenta que era un varón y que ni siquiera eran amigos.

—Lo siento —musitó visiblemente afectado—. Es un tema delicado, no quería incomodarla.

—No se le ocurra tenerme lástima —le advirtió, apuntándolo con el dedo—. Lo asumí hace mucho tiempo, no es un drama.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó él, levantando las manos en son de paz.

—Usted es el primero al que se lo cuento. Solo lo sabe mi padre.

—¿Y su tía?

—Ella no sabe nada.

—Pero entonces…

—Sí, pretendía engañarla a ella y a mi primo, ocultando que nunca podría tener descendencia. Solo quería el condado, pero que conste que lo del matrimonio fue idea de la condesa, no mía. Aunque, como ya le dije, creo que ella nunca ha tenido la intención de casarnos. Como ve, señor Morrison, no soy una buena persona. Ya se lo dije.

—¿El condado lo quiere usted o su padre?

—No tengo ganas de seguir hablando de esto. —Se giró bruscamente y comenzó a caminar hacia el hotel—. Venga a verme esta noche, Mirta no estará —expuso dándole la espalda, sin detener la marcha.

Paul la observó alejarse. Esa mujer cada día lo sorprendía más. Dio unas cuantas zancadas para alcanzarla y caminó junto a ella hasta que llegaron donde estaban los demás.

Capítulo 26

La confesión

Margate, 1857



Todo era mucho más serio de lo que él había imaginado; lo intuía. Lo que Adriana guardaba dentro era un misterio, pero estaba convencido de que su padre tenía algo que ver en esa apreciación que ella tenía de sí misma. Tal vez eran los remordimientos provocados por el engaño al que planeaban someter a su tía lo que la mortificaba. No lo sabía con certeza. Él solo disponía de algunos retazos, de pequeñas confesiones que ella había dejado escapar en momentos de vulnerabilidad.

Sentado en la cama, no podía quitarse de la cabeza lo que le había dicho en la playa: «Desde que lo conozco a usted mi conciencia me grita y, a veces, no oigo nada más». Adriana estaba sufriendo. Esa frialdad que proyectaba solo ocultaba un tormento interno que él había aprendido a intuir, pero que nunca llegaba a comprender del todo. Su preocupación se mezclaba con un deseo irreprimible de acudir a su alcoba .

Se levantó repentinamente y caminó hasta la ventana para abrirla. La brisa fresca del mar acarició su rostro y el sonido acompasado de las olas entró en la estancia envolviéndolo con su cadencia apaciguadora. Algo en ese rumor pareció calmar las ideas perturbadoras que rondaban su mente. Metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó su reloj. La una de la madrugada y él todavía no se había acostado. ¿Estaría ella esperándolo? Paseó por la habitación con el reloj aún en la mano, mirando su esfera como si las respuestas a sus preguntas estuvieran ahí. La aguja de los

minutos avanzó con lentitud y, de repente, como si algo importante le hubiera sido revelado, guardó el reloj rápido y salió de la habitación a pasos agigantados.

Algo en su interior lo empujó hacia la habitación de Adriana. Se detuvo frente a ella, contemplando su puerta unos segundos, dudando. Si alguien lo descubría allí, no tendría más opción que seguir su camino y pasar de largo, pero a esas horas de la madrugada no había nadie, y eso le otorgaba el tiempo necesario para reflexionar sobre el impulso que lo había llevado hasta allí.

¿Qué era lo que lo llenaba de ansiedad? ¿Qué emoción lo atormentaba de tal manera que no podía conciliar el sueño? Sin una respuesta clara a sus preguntas, dio un paso atrás, dispuesto a regresar a su habitación. Pero sus pies, guiados por algo que iba más allá de su voluntad, giraron sobre sus talones y lo llevaron de nuevo frente a la puerta. Cerró la mano en un puño y llamó. Sin duda, ella tampoco dormía, porque la puerta cedió al poco tiempo.

Se miraron a los ojos durante un par de segundos, hasta que comprendieron que no sería bueno ser descubiertos en esa situación. Adriana, con un gesto casi imperceptible, tiró de su brazo, y Paul, sin protestar, se dejó arrastrar hasta el interior de la habitación.

En la intimidad del cuarto de ella se observaron de nuevo. Ella vestía su camisón de batista, pero esta vez llevaba ropa interior. Él, por su parte, estaba en mangas de camisa con el chaleco de seda aún puesto, pero sin el *cravat* que normalmente se ceñía a su cuello.

—Me consideraba un hombre libre hasta que la conocí a usted. Al parecer, ejerce un poder sobre mi voluntad mucho mayor del que yo tengo sobre ella —le confesó sin moverse.

—Señor Morrison, ¿y cree que mi voluntad me pertenece? Esta tarde le supliqué. Yo jamás hago eso.

—Entonces, ya somos dos, como esos enfermos que dependen del opiáceo.

—Eso parece —le dijo tomándolo de la mano—. Despidámonos esta noche como merecemos.

—Sinceramente, me gustaría no tener que hacerlo. —Una sombra triste opacó su mirada.

Adriana no dijo nada, se acercó sin soltarlo de la mano hasta pegarse a su pecho. Clavó los ojos en él, buscando algo en sus pupilas, y asintió con suavidad. Morrison se agachó hasta alcanzar sus labios. Pensar que era la última vez que los saboreaba lo enardecía, pero también deseaba deleitarse con cada roce, así que sus movimientos fueron pausados, meditativos, deslizándose de su labio inferior al superior, como un marinero guiando su velero por aguas tranquilas, mecido por las suaves olas del mar. Adriana se subió a su barco y se dejó llevar por la corriente de sus besos. No había prisa. Era mejor olvidar, al menos por un momento, que el tiempo seguía pasando.

Las manos de ella subieron por los brazos masculinos, explorando su piel hasta llegar a sus hombros. Él la estrechó con fuerza, como si temiera que su cuerpo se fuera a desvanecer. Los besos suaves en sus labios se tornaron exigentes, y sus lenguas se encontraron, explorándose con avidez, como si quisieran saborear cada rincón del otro. Las manos de Paul recorrieron su cuello con una delicadeza casi reverente, bajando lentamente por su piel suave hasta llegar a sus hombros. Con un ligero tirón, apartó la tela del camisón, dejándola deslizarse hasta caer al suelo, revelando su figura, como si cada movimiento estuviera marcado por la necesidad de retenerla más cerca, sin prisa, pero con desesperación.

Adriana se apartó de él y lo miró sin decir nada, se sentía satisfecha por la decisión que él había tomado. ¿Fue la orden que le dio lo que lo llevó hasta allí? Evidentemente no. La mirada de él destilaba un deseo que la complacía. Ella extendió sus manos con calma y comenzó a desabotonar su chaleco. Una vez sin él, Morrison se quitó la camisa pasándola por encima de su cabeza con rapidez.

Adriana fijó la vista en su pecho, como si buscara algún signo oculto en su piel. Su brazo se alargó poco a poco, y con dedos delicados acarició sus pectorales, deleitándose con la firmeza de su cuerpo. Las caricias de sus dedos descendieron con lentitud por su abdomen, trazando un camino seguro hasta la cinturilla de su pantalón. Con un gesto sutil, coló su mano bajo la tela, acercándose a lo que le esperaba.

—Es usted muy valiente —musitó él, apretando las mandíbulas, mientras sentía las leves caricias de sus dedos sobre el vello que precedía a aquella parte de su anatomía que clamaba por atenciones.

Adriana lo observó con la mirada encendida, llena de desafío y promesas.

—¿Y usted? —preguntó en voz baja, con tono sugerente—. ¿Va a demostrarme que no tiene miedo?

Lo tenía, pero no se lo dijo. Porque aquella vez —y sin saber con exactitud en qué residía la diferencia— no era como las otras. Algo distinto lo había empujado hasta allí: no acudió solo por lujuria o deseo. Fue por una emoción que ahora solo podía reconocer como nostalgia. La sentía antes de que ella se hubiera marchado. Sí, ese impulso lo había llevado hasta su habitación para despedirse, para aferrarse a su recuerdo cuando ya no estuviera. Y por eso le pareció una excelente idea que ambos estuvieran desnudos en ese último encuentro, vulnerables, sin nada que ocultar.

Sin decir palabra, sacó la mano que ella tenía en su pantalón y le quitó la *chemise* y los *pantalettes* con suavidad. Al hacerlo, contempló su desnudez, y, tal como había supuesto, las formas del cuerpo de Adriana lo encendieron, despertando un deseo visceral que conspiraba contra la idea que tenía de hacer aquello con calma. La levantó por las axilas con cuidado, y Adriana, en respuesta, rodeó su cintura con las piernas, entregándose a él mientras sentía cómo sus labios recorrían su piel, devorando sus senos con una avidez contenida.

Caminó hasta la cama con ella en brazos y la dejó con delicadeza sobre las sábanas, como si cada movimiento fuera parte de un ritual. Se deshizo de la ropa que aún le quedaba, y luego se

colocó sobre ella, apoyando los codos a los lados para no aplastarla, buscando la cercanía sin perder la suavidad del momento.

Se miraron a los ojos fijamente y Adriana le ofreció una sonrisa cálida, a lo que Paul correspondió acariciando su pelo. Sus ojos se movieron por su rostro, repasando cada línea e intentando hacer un dibujo mental para conservarlo, como si su cabeza fuera ese bloc que llevaba ella en su retículo. Volvió a besarla en los labios, paladeando la dulzura del momento, antes de bajar poco a poco una mano para acariciar su mejilla. Su caricia descendió con suavidad, trazando una línea cálida por su piel hasta llegar a sus pechos. Se recreó en ellos, observando el efecto que sus gestos provocaban en ella, como si cada movimiento estuviera destinado a anudar un lazo más profundo entre sus cuerpos.

Adriana cerró los ojos, su espalda se arqueó de forma involuntaria, temblando bajo sus manos, cada roce despertaba un deseo insaciable. Su cuerpo se retorció, buscando ese alivio que solo él podía ofrecerle. Finalmente, levantó la cabeza y lo observó, su mirada ardía con una intensidad que decía más que mil palabras.

—Abráceme —le pidió, con la voz llena de una necesidad palpable.

Paul dudó por un instante, mirándola preocupado.

—Soy demasiado pesado.

—No me importa, quiero sentir su piel.

El peso de su cuerpo cayó sobre el de la joven. Los pechos de ella se apretaron contra él y sus piernas le dejaron espacio para arropar las caderas de Paul como una liviana tela de seda. Él pasó los brazos por detrás de su espalda y, en su camino, sus labios se toparon con la firmeza de ese cuello delicado; lo besó, lo lamió e hincó sus dientes con suavidad. Aquellos pequeños mordiscos hicieron que el cuerpo de Adriana se estremeciera bajo el suyo. Con un leve movimiento, ella alzó las caderas rozando la parte más sensible de Paul, provocándole un gemido que se le escapó sin remedio. Al escucharlo y sentir su carne caliente sobre la suya, Adriana se abrazó con fuerza a su torso atrayéndolo aún más, pidiéndole sin palabras que se fundiera con ella. Paul lo entendió a la primera, y así lo hizo. Los dedos de Adriana se hundieron en su

espalda, igual que él se hundió en ella, y, abrazados, se movieron al unísono, mientras dejaban que de sus gargantas brotaran los sonidos de placer que acababan deshaciéndose en el ambiente denso que los rodeaba.

No estaban en el invernadero y, sin embargo, Adriana sentía la humedad en el entorno, cayendo sobre su piel como un manto acuoso que los envolvía, convirtiéndolos en un solo cuerpo: la espalda de Paul, curvada sobre ella, y su torso acoplado al suyo en la posición contraria, como dos piezas hechas en un torno, que se ajustaban a la perfección.

Rodaron sobre el colchón, enlazados igual que las bignonias que crecían en Cagliari, aferradas a los muros con obstinación y belleza. Entre besos, mordiscos y suspiros, se respiraron, quedándose el uno con una porción del otro.

Terminaron exhaustos. Adriana, desmadejada sobre el cuerpo de él, plena, después del placer que acababa de experimentar. La calma sucedió a la tormenta y, en silencio, inmóviles, dejaron que sus respiraciones tornaran a la normalidad. Con el oído sobre su pecho, Adriana escuchó cómo se ralentizaban los movimientos del corazón de Morrison. Cada uno de esos latidos entró por su oído y pareció que, uno a uno, se embarcaban en el torrente sanguíneo que recorría su interior, llenándola de una emoción incómoda que no deseaba reconocer. Solo pudo pensar que aquella sería su última vez. ¿Querría su tía esperar unos días más, después del encuentro con Carlo, y aceptar la invitación al baile de la vizcondesa Cordelia Langston? Eso les daría más tiempo al señor Morrison y a ella. ¿Un encuentro más, quizá?

Aunque, con su primo de por medio, todo sería distinto. El espacio que envolvía a ambos —en el que ella tenía que reconocer que empezaba a sentirse a gusto— se vería profanado.

Detectar ese apego hacia Paul le hizo acordarse de su padre. «Sin compasión, Adriana, sin compasión». Pero el beso que él dejó sobre su coronilla la llevó a desoír esas palabras que siempre asaltaban su mente. Al sentir el contacto, levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Es una lástima que esto no vaya a volver a suceder —reconoció.

Apretando sus labios, rodó para dejarse caer a su lado. La frase que acababa de pronunciar la desconcertó: de algún modo, dejaba al descubierto lo que en ese momento sentía y, por tanto, también su debilidad. Era una confesión disimulada, un reconocimiento sutil de la pena que le provocaría su ausencia. La misma pena que sintió cuando Martina y su madre se marcharon de su casa.

Esa sensación se intensificó cuando él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Exponerse no le importó en ese instante; ignoró cualquier pensamiento que le recordase de dónde venía y cómo debía comportarse. Por primera vez, se dejó llevar por ella, sí, por esa vulnerabilidad que pocas veces se permitía experimentar, y como aquella vez en la que amasaron pan, su lengua se soltó.

Con el refugio que le proporcionaba el hombro de Paul —en el que se apoyaba— comenzó a hablar. «No hay nada malo en hacerlo», se dijo. Ya le había confiado muchas cosas. ¿Qué importaba una más? Pronto, ella ya no estaría allí. Paul Morrison se convertiría en un recuerdo, nada más. Algo intangible en su mente.

—Martina Conti era mi hermana del alma —reveló estática—. Su amor la convirtió en el ratón que salvó al león de ser devorado por la soledad.

Paul no se atrevió a moverse, ni siquiera para abrir la boca. Si Adriana había decidido contar esa historia, la dejaría desahogarse.

—¿Conoce esa sensación de haber encontrado a alguien que sabe que siempre estará a su lado de manera incondicional, pase lo que pase? Alguien sincero, noble, que le ofrece todo lo que tiene… Esa era Martina. No compartíamos la misma sangre, pero nuestras almas se comunicaban de tal manera que a veces pensaba que cada una era la prolongación de la otra. Estuvo a mi lado durante mi duelo y, luego, durante mi enfermedad. —Tragó saliva—. Y yo… yo le pagué de la peor manera.

—¿Está segura de que quiere contármelo? —preguntó con suavidad.

Adriana no le respondió, esperó unos segundos y continuó:

—Esa es la espina que, durante muchos años, he llevado clavada en el fondo del corazón. Sangraba sin que yo lo supiera. Era una herida velada por mi estirpe, por la idea de que mi sangre me hacía mejor que mi querida hermana del alma… por designio divino. ¿Y quién podía llevarle la contraria a Dios?

»El día en que mi padre regresó, la expulsé de mi cuarto de manera brusca y sin compasión. Umberto De Flaviis me enseñó a ser la digna heredera de su reino, a no mostrar compasión por quien, según él, había venido a este mundo para servirme. Me enseñó a no tener remordimientos, porque —según decía— mi cuna me otorgaba unos derechos que los demás no poseían.

»Y, aun así, Martina permaneció siempre en silencio a mi lado. Como una sombra discreta, a la que yo apenas miraba de soslayo porque sabía que mi padre no aprobaría que le dirigiera la palabra. A partir de los trece años comenzó a cocinar junto a su madre y, en cada plato que iba destinado a mí, dejaba una señal, un mensaje implícito para recordarme que ella seguía allí: una especia que sabía que me gustaba, el postre de migas que solíamos compartir, pequeñas figuritas de pan con personajes de algunas fábulas de Esopo… Ella era quien mejor me conocía. Y parecía perdonarme, incluso por el desdén con que la traté cuando mi padre volvió.

»Con el tiempo y, a fuerza de repetirme una y otra vez lo mismo, terminé por asumir que estaba por encima de cualquiera que no tuviera un título como el mío, y los detalles de Martina empezaron a molestarme. «Llevas sangre de reyes en las venas, eso te distingue y te eleva por encima de los demás». «Jamás permitas que un lacayo te mire directamente a los ojos. Si eso sucede no puedes ser indulgente: actúa siempre con severidad. Recuerda que ellos están muy por debajo de ti. Sin compasión, Adriana, sin compasión». Todas esas palabras de mi padre me moldearon a su antojo. Y a los quince años, en esa etapa confusa en la que una ya no es una niña, pero tampoco una mujer, humillaba sin piedad a cualquiera que se cruzara en mi camino. Los criados se apartaban al verme, con la mirada clavada en el suelo. Nadie se atrevía a mirarme a los ojos. Yo era la digna heredera de los De Flaviis. Ellos… solo

sombras que hacían el trabajo por mí. Soy peor que Ophelia Kingsley.

Paul acarició su pelo.

—Eso no es cierto. No lo crea.

—Oh, sí —se lamentó—. Martina solo me sonrió —continuó, con pesar en la voz—. Ella nunca servía en la mesa, pero aquella vez sustituyó a Livia, que estaba enferma. Cogió unas pinzas y colocó dos pedazos de pan sobre el platillo. Los miré, tenían la forma de un león y un ratón, los personajes de nuestra fábula favorita. —Sonrió con amargura—. Alcé la mirada y me encontré con sus ojos. Mi padre se sentaba frente a mí, así que ella no se atrevió a hablarme, pero me sonrió con complicidad, como cuando éramos niñas.

»Con la estupidez de una adolescencia mal llevada, me levanté indignada. Llena de soberbia, cogí las figuras de pan y las estampé contra ella. La miré con un desprecio absoluto, sin importarme si le hacía daño o no. «Eres una sirvienta y yo una dama. ¿Aún piensas que podemos ser amigas? No te atrevas a mirarme así otra vez, ¡clava tus ojos en tus sucios zapatos y no los levantes más! No somos iguales, nunca lo fuimos», le dije.

»Miré los trozos de pan en el suelo y le ordené: «Ahora, recoge eso y márchate». Y lo hizo, se marchó para siempre. Su madre y ella buscaron un nuevo trabajo y no las volví a ver. Mi padre se sintió orgulloso de mí, pero esa fue la segunda vez en la que un sabor amargo inundó mi boca. Como honorable portadora de la sangre de los Saboya que era, oculté mi malestar, lo estrangulé hasta creerlo muerto. Pero usted, amigo mío, trajo consigo el recuerdo de mi hermana del alma, y me siento como una mujer ingrata. Ellas cuidaron de mí cuando lo necesité y yo las desprecié. Después de eso, me acostumbré a ser una mala persona.

Morrison levantó su barbilla con el pulgar para mirarla a los ojos. No había lágrimas en sus mejillas. La serenidad en su rostro hubiera sido abrumadora, de no ser porque su voz delataba el dolor que llevaba dentro. Todas aquellas palabras contrastaban con esa expresión imperturbable que había practicado desde niña.

—No existen buenas ni malas personas. Solo hay buenas y malas circunstancias. Usted misma lo reconoció en el tren. Y esas

son cosas que uno puede elegir.

—Lo dice el príncipe de Bermondsey. El ladrón de carteras que eligió ganarse la vida de manera honrada, aunque fuera duro y desagradable. —Le sonrió—. Por eso usted despertó mi conciencia. —Se incorporó, apoyando los antebrazos en el pecho de él—. Dígame una cosa, ¿le hice daño?

—¿A qué se refiere?

—Cuando le dije que solo era un vulgar ladrón, un huérfano cuyos padres quizá se deshicieran de él porque era demasiado molesto. Fui tremendamente cruel.

Paul le ofreció una sonrisa cariñosa.

—*Nobildonna* Adriana, en esta vida he recibido muchos golpes, me hice fuerte gracias a ellos. Solo fue uno más, lo ignoré. Estoy acostumbrado a los elegantes embistes de la duquesa y de gente como ella. Como ya sabrá, me lo tomo con humor.

—Yo soy parte de esa «gente como ella».

—Ya no. Le guste o no, ahora es mi amiga, además de mi amante.

La tomó por los brazos y la acercó hasta alcanzar su boca. La besó con ternura.

Adriana lo miró fijamente al separarse.

—Es el primero que me da una oportunidad —murmuró—. Con usted me he sentido libre y sin prejuicios. Siempre lo recordaré con gratitud. Ahora deme un beso de despedida antes de que salga de mi alcoba, es probable que ya no tengamos oportunidad de hacerlo.

Paul obedeció y le entregó sus labios henchidos de pasión, mientras sus manos acariciaban su espalda con suavidad hasta llegar a sus nalgas. Ninguno de los dos miró el reloj, pero se dejaron llevar de nuevo, convencidos de que aún les quedaba tiempo.

Capítulo 27

Ella es especial

Margate - Londres, 1857



La decepción en el rostro de la condesa se reflejó sin remedio cuando, tras varios toques en la puerta de la dirección que le había dado la enfermera Agnes Evans, nadie abrió. Un vecino les contó que Carlo se había trasladado a Weston-super-Mare, en Somerset, al otro extremo del país, después de casarse con una señorita que estaba de paso en Margate.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó Fabiola, confundida. Esa nuera salida de la nada la dejó anonadada.

El hombre se encogió de hombros.

—Señora, yo le cuento lo que pasó —se defendió.

—¿Y sabe dónde vive ahora? —preguntó el marqués.

—La joven era la hija de un importante abogado de Weston-super-Mare. No sé dónde viven, pero puedo decirles que el bufete de ese hombre se llama Wyndham & Wyndham. Quizá puedan averiguar su dirección.

—No le quepa la menor duda —afirmó Christopher Brown, dirigiéndose a la condesa—. Lo pondré en marcha de inmediato, en cuanto lleguemos a casa.

—Gracias, caballero —le dijo Paul.

Volvieron todos al tren con destino a Londres. Mirta con los ojos clavados en el paisaje de nuevo, el marqués escondido tras su periódico y la condesa con la mirada ausente. Adriana y Paul observándose de manera cómplice, satisfechos por el tiempo que les estaba siendo regalado.

***

La invitación formal para el baile en Marrow Manor, la casa en el campo de la vizcondesa de Wetherby, había llegado ya. Y mientras el marqués de Bristol movía los hilos para averiguar el paradero del escurridizo Carlo, todos se preparaban para asistir a la fiesta de Cordelia Langston y su hijastro.

Antes de que llegara el gran acontecimiento, a Paul le pareció buena idea quemar los últimos cartuchos con Adriana y, aunque un nuevo encuentro físico era difícil, sí había otras cosas que podían hacer juntos. Habló con su tía para solicitar su permiso. No hubo dificultad, la mujer aceptó enseguida. Pero antes de que abandonara el salón en el que estaban, ella lo detuvo y le hizo volver a su lado.

—Confío en usted —le dijo.

—Gracias.

—Me parece un hombre sincero, muy alejado de lo que se suele ver por los nobles salones. Y advierto algún sutil cambio en mi sobrina desde que usted apareció en nuestras vidas. Sinceramente, me gusta esa transformación.

—Yo también lo he apreciado.

—Y ya que le considero un hombre sincero, yo lo voy a ser también con usted. En honor a la verdad, debo decirle que mi familia nunca ha tenido buena relación con la de Adriana. Y sé con certeza que mi hijo nunca habría aceptado un matrimonio con ella. Dígame, señor Morrison…, ¿usted está interesado en la joven?

—Eso es evidente, condesa. —Le sonrió.

La dama suspiró profundo.

—Sí, Adriana es muy hermosa y muchos jóvenes se han fijado en ella, pero yo me refiero a interés de verdad.

—No he conocido a nadie como la *baronessina*. Si lo que quiere saber es si me interesa su personalidad, sí. Mucho. Me gusta conversar con ella.

Fabiola sonrió.

—Eso es muy importante. Ella no suele ser muy cortés con los demás, pero veo que usted ha superado esa barrera. Es el primero que no se lo ha tenido en cuenta, el primero que no ha salido corriendo al primer desplante. —La condesa rio—. Los hombres le tienen miedo. Estoy segura de que en algún momento ha vertido

todo su desdén sobre su persona y, sin embargo, aquí está. Creo que le hace bien. Aunque las apariencias engañen, mi sobrina no lo ha tenido fácil. —Frunció la nariz—. Perdió a su madre muy joven y ha crecido con una educación bastante estricta.

—Algo me ha mencionado de todo eso.

La condesa arqueó las cejas con sorpresa.

—Veo que han intimado más de lo que imaginaba.

«Si usted supiera», pensó Paul.

—Podría decir que empezamos a ser amigos.

La condesa asintió sonriendo, dando su aprobación.

—La aprecio más de lo que ella se imagina. Los encuentros que su padre y yo hemos tenido en los últimos años han sido en acontecimientos sociales y por obligación y, aunque siempre hemos sido correctos, la tensión ha sido palpable en todo momento, sobre todo ahora que ni mi hijo ni mi esposo están. Adriana se ha comportado del mismo modo que su padre conmigo, pero yo nunca he podido olvidar a esa niñita de ocho años a la que cuidé cuando tuvo la difteria. Ella no lo recuerda, pero me tomaba de la mano y me pedía que no la dejara. Cuando regresó su padre tuve que soltarla, pero durante mucho tiempo imaginé que nuestras manos aún permanecían unidas. No sé cómo explicarlo, es como si la huella de su mano se hubiera quedado grabada en mi piel y yo sintiera la necesidad de protegerla. Por esta razón, si veo una ocasión en la que yo pueda ayudarla, lo haré.

—Habla como si estuviera en peligro.

—Para mí lo está, señor Morrison —contestó con preocupación —. Su felicidad está en juego y sé que el único modo de que la alcance es separándola de su padre.

—Y es ahí donde piensa que yo entro en juego.

—No quiero presionarlo. Yo tampoco soy su madre, pero si Adriana fuera mi hija, no le quepa la menor duda de que me encantaría que la cortejara y que acabara casándose con ella. No voy a preguntarle si la ama, pero me veo en la obligación de advertirle de que, si está interesado, no solo debe conquistarla a ella. El obstáculo se encontraría en su padre, y lamento decirle que él jamás aprobará una relación entre usted y su hija. Lo sé porque el

motivo que enemistaba a mi marido con Umberto De Flaviis es mi procedencia.

—¿Me está diciendo que la robe?

Fabiola sonrió con picardía.

—Pero solo si la ama de verdad.

—Me acaba de decir que no me quiere presionar.

—Tiene usted razón. No voy a hacerlo, se conocen de hace poco tiempo. Haga lo que tenga que hacer. Pero estoy segura de que, si se detiene a pensarlo, llegará a la conclusión de que no encontrará a ninguna mujer como ella.

Hablaba de todo con tal naturalidad que Morrison no pudo más que sonreír con condescendencia.

—Estoy seguro de que si paso un rato más con usted me convencerá para que le pida matrimonio esta misma tarde, condesa. —Tomó su mano y la besó—. Su sobrina y yo solo somos amigos.

Así quiso terminar la conversación: ahuyentando los pensamientos que lo asaltaban de la última noche que pasó con Adriana, mientras hablaba con aquella buena mujer. Queriendo evitar esa emoción molesta que, de algún modo, lo arroyó cuando acudió como un corderito a la habitación de hotel de la italiana. «Solo somos amigos, nada más», se dijo para convencerse de que detrás de esa nostalgia que le provocaba imaginarla lejos, no había nada más profundo. Sí, estaba claro que no le gustaba la idea de no volver a besarla, pero se dijo a sí mismo que eso era solo pura atracción y que la olvidaría con el tiempo. Profundizar en ello era demasiado, sobre todo después de la confesión de la joven, cuando un deseo de protegerla de esos malos recuerdos lo sacudía.

Se despidió de la condesa y salió del salón en busca de Mirta para pedirle que fuera a llamar a *lady* Adriana.

La italiana apareció en el vestíbulo en menos de diez minutos, con esa nueva manera de peinarse, mucho menos sofisticada que la que solía lucir. Paul pensó que daba igual lo que llevase o cómo se peinara, esa mujer irradiaba belleza natural sin necesidad de ningún adorno.

Le sonrió al encontrarse con él, un gesto acorde con su nuevo peinado.

—No esperaba verlo esta mañana. Pensé que tendría trabajo.

—Y lo tengo —le respondió—, pero como he comentado alguna vez, mis empleados son muy eficientes.

—Acabará arruinado por nuestra culpa —bromeó.

—*Nobildonna* Adriana, sería volver a mis orígenes. Empezar de cero no me da miedo.

—¡Qué valiente, señor Morrison!

—No lo crea, no sería un salto a lo desconocido.

—¿Quiere que avise a mi tía y almorzamos juntos?

—No, no. No he venido a eso. Ya he hablado con la condesa y me ha dado su consentimiento para que se la robe, es más, creo que estaba deseando que me la llevase a dar una vuelta.

Adriana puso los ojos en blanco.

—Ahora que sabe que su hijo se ha casado, aún disimula menos ese deseo de empujarme hacia usted. Está un tanto extraña.

—Me parece que ella piensa lo mismo de usted.

—Y tiene razón, ya no soy la Adriana que llegó a Londres refunfuñando como un perro viejo —admitió—. Pero, dígame, ¿con qué me va a sorprender hoy?

Ahí estaba, esa sonrisa de conquistador mezclada con la inocencia de no ser consciente de que lo era. Se acercó a ella y le susurró al oído:

—Ya lo verá.

A Adriana se le erizó la piel al notar su aliento cercano. Cada gesto de él le hacía evocar la última noche juntos, llenándola de un deseo de besarlo o tomarlo de la mano de manera familiar que tenía que controlar.

Tomaron el coche hasta llegar a una zona cercana al Támesis que a Adriana le recordó al barrio del señor Morrison. Fábricas, almacenes y viviendas de tres plantas dominaban el paisaje. Cuando bajaron del carruaje, caminaron unos metros entre el bullicio y el humo del ambiente. El ruido de las fábricas se colaba entre las calles húmedas y estrechas de trazado medieval, formando parte del día a día de aquel barrio.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, mientras caminaban entre la gente.

—En Southwark.

—¿Pretende mostrarme cada uno de los barrios humildes de su ciudad?

—No se trata de eso, mire allí.

Adriana movió sus pupilas hacia el lugar que señalaba.

—¿¡Es su orfanato!?

Un edificio rodeado de vigas y tablones se levantaba en una explanada cercana al río, luchando por imponerse en aquel desorden urbano.

—Es como un palacio —expresó al ver el estilo gótico victoriano.

La edificación de piedra se combinaba con ladrillos oscuros en cuyos muros se abrían ventanales altos acabados en arcos apuntados con tracería. Los pináculos remataban la estructura dándole un aire esbelto a la construcción.

—Esa es la idea. Quiero que se sientan como en un palacio.

—¿Por qué ha elegido este barrio? Podría haberlo construido en el suyo.

—Este era un buen solar y, de un tiempo a esta parte, Southwark se ha convertido en un foco de intervención social y hay multitud de hospitales, sociedades caritativas y orfanatos. Además, es un barrio histórico con instituciones muy antiguas, iglesias y escuelas. —La miró—. ¿Quiere verlo por dentro?

—Por supuesto.

Caminaron hasta acercarse al edificio, los alrededores aún estaban embarrados. Dos tablones de madera conducían hasta la entrada, y Paul, sin preguntar, la alzó en brazos para que no se ensuciara el vestido caminando por allí. Adriana rodeó su cuello con naturalidad y lo examinó con atención.

—Me acaba de hacer sentir como una sabina —le dijo con media sonrisa.

Paul se detuvo un momento y observó su rostro unos segundos. Tener tan cerca su boca era tentador.

—¿Le gustaría que la robase? —preguntó, recordando la conversación con la condesa.

Paul notó cómo los dedos de Adriana se enredaban en su pelo a la altura de su nuca, mientras esperaba la respuesta. La expresión de la joven dejó de ser juguetona.

—Quizá —contestó, sin apartar la mirada de él.

—¡Señor Morrison! No sabía que vendría.

El jefe de obra apareció en la puerta.

Paul cruzó rápidamente el trayecto que quedaba hasta la entrada y dejó a Adriana en el suelo.

—Solo vengo a echar un vistazo y enseñarle las obras a la señorita De Flaviis.

—Señor, este no es lugar para una mujer —comentó preocupado—. Todo está a medio hacer y es peligroso.

—No para mi amiga, Marcus.

—Las obras no son sitio para una dama —insistió.

—No es una mujer cualquiera —contestó Paul sonriendo—. La arquitectura es su pasión.

—Aun así…

—No te preocupes, yo cuidaré de ella —afirmó poniendo su mano en el hombro del capataz—. ¿Qué tal va todo? —Cambió de tema.

—Muy bien, el señor Carl Smith está muy comprometido y ha hecho las entregas con rapidez. Ha sido un acierto contratar a ese proveedor. Todo va viento en popa.

—Me alegra saberlo. Pronto haremos la inauguración. ¿El comedor está terminado ya?

—Y los dormitorios, como estaba previsto. Faltan algunos detalles de las aulas, la biblioteca y la cocina. La escalera aún no tiene barandilla, lo digo para que tengan cuidado si tienen intención de subir al piso de arriba.

—No te preocupes, Marcus. Seremos precavidos.

Se despidió del hombre y se adentró en el edificio, después de ofrecer a Adriana su brazo.

—Seguro que ha pensado que soy su amante al vernos entrar así —le indicó ella mientras avanzaban por el vestíbulo lleno de polvo y restos de la obra.

—No lo creo. Solo ha visto a un caballero ayudando a una dama.

Adriana rio con discreción.

—Señor Morrison, las miradas dicen mucho. ¿Sabe lo que le dije a *lady* Ophelia Kingsley cuando insinuó que usted estaba vetado para mí?

—¡Dios mío, me cuesta imaginar la escena! —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Adriana se detuvo haciendo que él parase para que le prestara atención.

—Le dije que, si yo tuviera interés por usted, sería tan hermética y lo llevaría tan en secreto que ni ella misma lo sabría.

Morrison soltó una risotada.

—No se ría porque lo que voy a decirle es muy serio. Estaba equivocada. No puedo esconderlo. Mi atracción por usted se escapa a través de mis ojos y, probablemente, su capataz lo ha visto con toda claridad.

La expresión de Paul adquirió un matiz pícaro.

—No se vanaglorie, caballero —habló ella antes de que él dijera nada—, porque a usted también se le nota.

—¿Cree que estamos en un aprieto? —preguntó, poniendo su mano sobre la que ella tenía asida a su brazo.

—Totalmente, pero ya no me importa. Todo es tan distinto ahora… hasta le he confesado cosas que no le había dicho a nadie. Este viaje ha supuesto para mí un gran cambio. Ni siquiera le he mandado noticias a mi padre de todo lo que ha sucedido. Cuando sepa que Carlo está vivo, ¡y casado! No sé cómo va a reaccionar. —Suspiró—. ¿Sabe? Me gustaría no tener que regresar.

A punto estuvo de decirle que no lo hiciera, pero recapacitó. ¿Acaso se planteaba la opción que había sugerido la condesa? ¡Nooo! Eso sería una locura.

—Tiene en mí a un amigo para lo que necesite.

Eso fue lo máximo que se atrevió a decirle.

Ella le sonrió de manera afectuosa.

—Lo sé. Ahora enséñeme su orfanato.

Se adentraron en el edificio, pasando por encima de herramientas abandonadas por los rincones. A lo lejos se escuchaban los golpes de los obreros que trabajaban al fondo del corredor. Paul la llevó hasta el comedor: una sala diáfana con varios ventanales que daban al exterior. Al otro lado estaba la cocina, donde varios hombres trabajaban alicatando parte de la pared. Paul se asomó por la puerta y los saludó. Adriana entró sin preguntar si podía hacerlo y observó la estancia con detenimiento, mientras los trabajadores la miraban de soslayo sin disimular su desconcierto.

—Tendrá que poner una enorme mesa en el centro —le comentó a Morrison—. Una cocina no es solo el lugar donde se elabora la comida. Dar de comer es un acto de amor y debe ser confortable y espaciosa, pero no demasiado, porque también tiene que ser acogedora, como un hogar. —Parecía increíble que ella estuviera diciendo eso, sintió como si una extraña hubiera habitado su cuerpo. Aunque eso venía sucediendo en los últimos días—. Sus niños deberían pasar por ella para hacer pan, de ahí que necesite una gran mesa. —Miró alrededor, dando vueltas desde el centro—. En Cagliari disponíamos de una alacena con productos de mi tierra, que usted la puede poner allí. —Señaló con el índice—. Y allí podría colocar los cazos de estaño y sartenes. ¿Le gusta el café, señor Morrison?

Paul, que la observaba en silencio, asintió. Pensando que tal vez ella tenía razón y sí se le notaba en la mirada su atracción. No podía dejar de contemplarla mientras ella iba imaginando cómo debería de ser aquella cocina.

—Me alegra saberlo, a mí me gusta mucho más que su té inglés. —Buscó su mirada para ver si lo había chinchado con el comentario, pero él la observaba complacido—. Deberá añadir un molinillo, para cuando yo venga a visitarle.

Se calló de inmediato y se quedó inmóvil en medio de la estancia, entre los trabajadores que continuaban a lo suyo. No supo por qué dijo aquello, ella sabía que no volvería a Londres, a no ser que su padre se lo pidiera por algo. Sabía perfectamente que en cuanto se marchara a Cagliari no volverían a verse.

—Será muy bien recibida —contestó Morrison, algo tenso al percibir la reacción violentada de ella—. ¿Quiere ver la capilla? —Cambió de tema para no incomodarla más.

—Claro que sí.

Capítulo 28

El baile

Londres, 1857



—No voy a ir a ese baile —aseguró Fabiola, sosteniendo en su mano la carta que dirigía a ella el dueño de Wyndham &Wyndham, después de que el marqués de Bristol se hubiera puesto en contacto con él—. Parto de inmediato a Weston-super-Mare. Esto tiene prioridad, estoy ansiosa por ver de nuevo a Carlo.

—¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo? ¿Acaso no cuenta conmigo? —preguntó Adriana.

—No para este viaje. Necesito a alguien que vaya en mi nombre al baile de la vizcondesa de Wetherby.

—i¿Voy a ir yo sola?! —El fastidio se apreciaba en su voz. Pensar que se encontraría con Ophelia le revolvía las tripas. No se sentía tan peleona como antes.

—No, *carissima,* jamás te dejaría sola. —Sonrió con afecto—. El señor Morrison y el marqués irán contigo. Pasaréis la noche allí con los demás invitados y luego regresaréis juntos.

—No lo entiendo, vine aquí para acompañarla.

—Mirta viajará conmigo. Sé que te dejo en buenas manos. El señor Morrison estará encantado de hacerte visitas y llevarte a ver museos.

Aquello olía a estratagema. ¿Qué interés tenía su tía en unirla a Morrison? Lo podía entender cuando no la quería para su hijo, pero ahora que sabía que estaba casado, ¿para qué empujarla hasta el inglés? En cualquier caso, a ella no le importaba. Pasar tiempo con él le agradaba.

—Sube a prepararte porque en una hora estará aquí para recogerte. El marqués ya está arreglándose. ¿Qué vas a ponerte?

¿Ese vestido de seda que hace juego con tus ojos? Podrías aprovechar para lucir los zafiros que compraste.

—No voy a hacer eso. Me pondré la cruz de mi madre —contestó con solemnidad.

Por otro lado, también se avergonzaba del comportamiento que tuvo con su tía ese día y esas piedras se lo recordaban, además de la exigencia de *lady* Ophelia de que exhibiera joyas más ostentosas.

Paul Morrison la había animado con sus palabras a cambiar su manera de proceder cuando le dijo que tenía la inteligencia y el arrojo necesarios para desenvolverse en la vida de manera independiente. Que podía ser libre cuando quisiera. Y gracias a él ya no dependía de nadie ni para peinarse ni para vestirse. Era un pequeño paso, pero por algo había que comenzar.

Ahora que había empezado su independencia, continuaría ejerciendo su libertad y no le daría el gusto a la duquesa de verla con la gargantilla que se empeñó en que comprara.

—Me parece una buena opción, Adriana. Las cosas sencillas tienen una belleza extraordinaria, y a ti no te hace falta ningún adorno ostentoso para estar hermosa, ni siquiera el peinado más sofisticado. Vas a estar preciosa.

Recibir cumplidos con humildad no era lo suyo, y más cuando venían de su tía, pero no deseaba seguir los pasos de su padre. Ya no. Ese viaje a Londres estaba resultando un extraño despertar, como si alguien la hubiera tomado por los hombros y la estuviera sacudiendo.

—Gracias, tía. Sé que es sincera.

Fabiola le sonrió.

—Anda ve, y demuestra a esas inglesas que el valor de una sarda no está en las alhajas que se pone. —Puso su palma en la mejilla de la muchacha—. Muestra con orgullo a la verdadera Adriana De Flaviis.

La joven la miró extrañada. ¿Qué cualidades había visto su tía en ella para llevarla a decir eso? Pensaba que creía lo mismo que todos los demás: «la *baronessina* De Flaviis es orgullosa y antipática», pero sus palabras desvelaban otra cosa, era como si

Fabiola Sabatano hubiera visto en su interior, en ese lado profundo que permanecía enterrado bajo un montón de soberbia y hostilidad desde hacía muchos años.

Le devolvió la sonrisa y se marchó sin agregar nada.

En su habitación, se sentó frente al espejo en el tocador y se observó. No se reconocía. La mujer que le devolvía la mirada no era la misma joven que llegó a Londres, malhumorada por la compañía y maltratando a cualquiera que considerara inferior. ¿Podían los cambios internos reflejarse en su físico? Al parecer, sí. Sus ojos miraban de manera distinta y sus labios permanecían relajados.

Terminó de vestirse y cogió el bloc de dibujo. Observó, pensativa, los trazos a lápiz sobre el papel que había hecho aquella mañana. Planta, alzado y perfil, todo lo que se necesitaba. Sonrió satisfecha. Al poco tiempo, llamó Mirta para avisarle de que el señor Morrison y el marqués la esperaban en el salón para partir a Marrow Manor, en Richmond.

Los halagos a su belleza no se hicieron esperar por parte de los caballeros cuando la vieron aparecer, pero lo que consideró de real importancia fueron las miradas de Morrison y todo aquello que no decía con palabras. En medio de las conversaciones durante el trayecto, la complicidad se advertía en la manera de observarla, como la de un amigo. Tenía ganas de llegar porque necesitaba decirle algo a solas, ¿encontraría el momento en un baile multitudinario? Probablemente no. Pero quién sabía, quizá hallasen la manera de comunicarse sin necesidad de articular palabra.

Estaba distraída y apenas prestó atención a la arquitectura de aquel espléndido edificio. Hasta llegó a olvidar que se encontraría con la duquesa, cosa que, en realidad, la preocupaba. No sabía si quería torturarla y perpetuar su venganza flirteando con Morrison u ocultar por completo lo que en verdad había entre los dos. Cuando todo comenzó, sin duda, habría optado por la primera opción, pero en ese momento…, por extraño que pareciera, deseaba guardar para sí lo que había entre ellos.

Bajó del carruaje y entró a la casa del brazo del marqués, como era de esperar, el protocolo lo exigía. El olor a cera de abejas y flores frescas inundó sus fosas nasales en cuanto pisó el vestíbulo,

iluminado de forma tenue por candelabros de cristal, donde la dueña de la casa, junto a su hijastro, recibía a sus invitados.

Lady Cordelia la saludó con efusividad.

—¡Está usted espléndida! —exclamó nada más verla, con sincera admiración—. Y usted, señor Morrison, tan apuesto como siempre.

—Ya veo que soy demasiado viejo para sus halagos —protestó Christopher Brown, bromeando al verse excluido.

—Oh, perdóneme, marqués —se excusó—. Usted es el veterano más gallardo y elegante, se lo aseguro.

—Queda perdonada.

—Me alegra saberlo. —Sonrió la dama.

El rostro de lord Alistair Montgomery se iluminó en el momento en que la italiana se detuvo frente a él para saludarlo.

—Reitero las palabras de mi madrastra, *lady* Adriana —dijo tomando la mano enguantada de la joven y sosteniéndola como si de un preciado tesoro se tratase.

Morrison tuvo que morderse la lengua para no corregirlo como la otra vez que se encontraron. Sabiendo lo poco que le gustaba a ella que la llamasen así, a él le molestaba tanto o más.

—Es usted muy amable —respondió la sarda.

Quizá en otra ocasión hubiera expuesto su malestar con alguna frase ingeniosa, pero en ese momento no le importó y prefirió ser esa dama de la nobleza italiana que su tía le pidió que demostrara que era.

—Ya sé que usted no baila, pero recuerde que podemos hablar de temas muy interesantes. La buscaré después —agregó el joven.

«Oh, no», pensó Paul, ¿por qué le molestó tanto que el vizconde quisiera estar con ella? ¿Acaso esperaba tener una velada tranquila con la *baronessina* en un baile como aquel? ¿Le molestaba tener que compartirla? Esperó que ella le contestase con una de sus frases como: «¿Ha estado estudiando para ello?, o: ¿Está preparado para ese desafío?». Algo del estilo de Adriana, prepotente y orgulloso, pero que, a él, ahora lo divertía tanto. Tan solo asintió. ¡Y le dolió! Uf, como un puñetazo en el estómago. ¿Deseaba que ella solo fuera amable con él?

—Ahora pasen y disfruten de la fiesta —los invitó la vizcondesa viuda con un gesto de su mano—. Y no olvide, señor Morrison, que tendrá que bailar conmigo.

—Será un placer, *lady* Cordelia —le respondió cortés.

Aunque pensó con fastidio que él se vería perseguido por la madrastra y Adriana por el hijastro. No obstante, algo de luz llegó hasta él cuando la italiana lo observó de soslayo con cierta connivencia, como si hubiera adivinado su pensamiento. Él sonrió satisfecho mirando al frente.

Atravesaron una puerta de caoba de doble hoja, ornamentada con flores talladas, y se encontraron en un salón atestado de gente engalanada, todos ellos envueltos en esa luz cálida que despedían las lámparas de araña que pendían del artesonado del techo y que se reflejaba en los espejos alargados que colgaban de las paredes. Un cuarteto de cuerda marcaba el ritmo de un vals y el suelo de *parquet* bruñido crujía con el continuo movimiento de los que danzaban en la pista.

—Es hora de que deje a los más jóvenes disfrutar del ambiente. Yo voy a unirme a mis compañeros de milicia —dijo el general, señalando a un grupo de hombres que conversaban cerca de donde estaba instalado el buffet—. Paul, te pido que cuides de esta dama. —Tomó la mano de Adriana y se la ofreció a su pupilo.

La joven se cogió del brazo de Paul y juntos comenzaron a caminar.

—¡Por fin!, el protocolo permite a un donnadie como yo disfrutar de la compañía de mi dama favorita —manifestó Morrison mientras se mezclaban con los demás invitados.

—¿De verdad soy su favorita? —preguntó.

—¿Lo duda?

No se miraban, tenían miedo de desvelar la relación de confianza que había entre ambos.

—Me gusta que así sea —reveló—. ¿Cree que podremos encontrar un lugar tranquilo en el que hablar? Querría…

No terminó la frase, la duquesa de Everleigh los abordó por el flanco derecho.

—Pero miren quién está aquí. ¿Han visto qué fiesta tan magnífica?

Los dos le prestaron atención de inmediato.

—Se aprecia de sobra su intervención, Su Gracia —le dijo Paul, con ese tono de humor velado que Adriana conocía tan bien, a la vez que se inclinaba para saludarla.

—No veo ni al marqués ni a la condesa con ustedes. ¿No habrán venido solos? —preguntó alarmada.

—¡Eso sería escandaloso! —contestó la italiana, con el mismo tono que había empleado él—. El general está aquí, hablando con unos amigos, y mi tía se marchó a reunirse con su hijo en Weston-super-Mare.

—¡Ah! ¿Por fin lo encontró?

—Eso parece.

Lady Ophelia los observó durante unos segundos, tiempo en el que se instaló entre ellos un silencio incómodo. La mirada oscura de la duquesa repasó el cuello de la *baronessina,* luego, durante medio segundo, movió los ojos al brazo que mantenía enlazado a Paul, sobre el que él había puesto su mano. Una expresión de desaprobación se dibujó en su rostro.

Adriana se dio cuenta del gesto; sabía perfectamente que *lady* Ophelia se contenía delante del señor Morrison, pero ese ligero movimiento en su barbilla la delataba. Quizá se preguntaba si era verdad el mensaje que le lanzó la última vez que se vieron. La duda incendiaba el interior de la dama inglesa y, ahora, la italiana no quería que creyera lo que le dio a entender la última vez.

—No lleva los zafiros —comentó con su aire regio autoritario.

—No. Prefiero la cruz de mi madre. Estoy segura de que entiende que no hay nada más valioso que aquello que tiene un valor sentimental. No se ofenda si no le he hecho caso.

—Mmm. —Asintió—. ¿Se dirigen a la pista de baile? —demandó, ignorando la respuesta de Adriana.

—Ya sabe que no me gusta bailar.

—Entonces, señor Morrison, debe comportarse como un caballero y sacar a aquellas damas que sí desean bailar. Si nuestra invitada extranjera no se adapta a nuestras costumbres, podrá

observar a los danzantes desde una de las sillas destinadas a descansar. Buscaré a una joven que le dé conversación. —La duquesa fijó sus ojos incisivos en él—. Ya que le hemos abierto nuestros salones y tiene el privilegio de estar aquí, señor, cumpla con su obligación. —Sonrió con superioridad.

El brazo de Adriana se tensó al oír el último comentario, pero Paul ciñó su mano en él, pidiéndole calma sin hablarle. Sus palabras le dolieron tanto a la sarda como si fuesen dirigidas a ella. ¡Aj, detestaba a esa mujer! Escuchándola comprendía lo terriblemente desagradable que ella misma había llegado a ser y se lamentaba.

—Sus deseos son órdenes para mí —respondió Paul—. Acompañaré a la *baronessina* hasta su asiento y usted me dirá a quién quiere que saque a bailar.

—¡A mí, por supuesto! Le voy a conceder el honor de iniciar su primer baile con la duquesa de Everleigh. Algo que podrá agradecerme después, ya que es un impulso social para usted. Le estoy haciendo un regalo.

Adriana vio a la perfección la intención que llevaba su rival: pretendía dejar ver que ella estaba por encima en posición y para ese fin menospreciaba al señor Morrison, lo que hacía que su indignación creciera. Le daba igual estar por debajo de esa mujer socialmente, pero no soportaba que tratara a Paul de esa manera: igual que ella lo había hecho en un principio. Reprimió el impulso de lanzarse sobre su rebuscado peinado y tirar de sus tirabuzones hasta conseguir que le pidiera perdón por sus comentarios desdeñosos. No podía hacer nada de eso; no obstante, sabía que Morrison, aunque complacería su petición, contestaría con ironía y dejaría que sus palabras ofensivas resbalasen por su magnífico frac hasta caer al suelo para poder pisarlas con elegancia. Esa era su manera de encajar los golpes. Por eso se sorprendió cuando lo escuchó. Su tono humorístico se había esfumado entre una formalidad que a ella se le hizo abrumadora.

—Le agradezco mucho lo considerada que es conmigo, Su Gracia, pero yo no tengo la distinción suficiente para llevar a la pista a alguien de tan elevado rango. No deseo que se produzcan comentarios malintencionados al verla junto a mí, danzando,

después de que, generosamente, me haya ofrecido algo tan importante.

El temblor en la barbilla de la duquesa fue evidente. ¿Rechazada por un ladrón de Bermondsey? Adriana se quedó mirándola, tan perpleja como la propia *lady* Ophelia.

—Y… ¿con quién piensa bailar? —A punto estuvo de titubear.

—Con nadie. Me limitaré a hacer compañía a *nobildonna* Adriana, como un perrillo faldero agradecido por las atenciones de su dueña.

«¿Su dueña?». ¡¿Había dicho eso?! ¡La italiana no lo podía creer! No solo la había rechazado, sino que había insinuado que Adriana era su dueña. Su corazón empezó a golpear en el pecho. ¿Por qué se estaba poniendo nerviosa? De pronto, se había convertido en una necesidad imperiosa que le explicara lo que acababa de decir.

—Estoy seguro de que en la sala habrá algún duque dispuesto a hacerla girar por la pista. Lucirá tremendamente hermosa con alguien de su misma categoría.

Se inclinó para despedirse y comenzó a caminar junto a Adriana hacia un extremo del salón, dejando atrás a una duquesa de Everleigh estupefacta.

Se sentaron en silencio, arropados por el murmullo de conversaciones, risas y el sonido de la música alegre que flotaba en la sala. Se miraron, ella interrogante.

—¿Desea un ponche? —preguntó él con serenidad.

Adriana negó sin quitarle la vista de encima.

—¿Qué ha sido eso? ¡No debe enemistarse con esa mujer!

—Aquí no podemos hablar.

—Entonces, buscaremos un sitio —propuso ella.

Se levantó de súbito, pero el anfitrión la detuvo antes de dar un paso.

—¡Aquí está! —exclamó ilusionado—. Señor Morrison, se la robo.

La tomó por el codo y caminó con ella apartándola de Paul.

En poco tiempo se habían perdido entre la multitud, formando parte de esa masa de gente que se divertía. Ella jamás disfrutaba en

un baile y pensó que mucho menos después de que la acababan de separar de la única persona con la que le gustaba conversar, de la única con la que quería estar. Por mucho que la disgustara, tenía que reconocer la verdad: Paul Morrison se había convertido en un gran amigo.

Lord Alistair Montgomery Langston era entretenido, pero no era el señor Morrison. Podía hablarle de arte, pero no era ni la mitad de ingenioso ni atractivo que Paul.

—*Lady* Adriana, estoy seguro de que acabaré danzando con usted.

«Oh, no —pensó—, ni lo intente. Me niego rotundamente a bailar».

—Lo dudo mucho. —Sonrió, a pesar de no estar nada contenta.

—Sí, lo haremos cuando se nos acaben los pintores renacentistas en la conversación.

—Podremos seguir entonces por los barrocos.

—No me haga esto, por favor. Es mi fiesta y debería bailar con la dama más bella del salón.

—Le agradezco el cumplido, vizconde, pero me pide demasiado. No he bailado jamás en una fiesta y he ido a muchas.

Era cierto, Adriana no bailaba desde niña, desde que cantaba canciones populares con Martina.

—¡Acaba de convertir esto en un reto! ¿Se da cuenta? ¡Quiero ser el primero!

«Por favor, que no me insista».

—¿Qué le parece Caravaggio?

—Voy a ser el primero y lo sabe. —Ignoró su pregunta.

—No, lord Langston. No va a serlo.

—¿Sabe lo que supone en Londres rechazar a todos los caballeros que la invitan a bailar?

—Intuyo que me lo va a decir —respondió ella, girando en sus manos el abanico que acababa de sacar de su retículo.

—Supone rumores… —afirmó él, sonriendo con esa seguridad cultivada en salones como aquel—. Murmullos de desdén, no está

demasiado bien visto. Puede rechazar a unos cuantos, pero no a todos.

—Me importa poco eso, señor —aseveró ella.

—¿Está usted segura? —indagó, levantando una ceja.

—Me marcharé en breve a Cerdeña y nada de lo que se diga aquí de mí me importará.

—¿No necesitan ustedes, los italianos, del apoyo de los británicos por si entran en guerra por la unificación de su país? Sus relaciones con nosotros deben ser impecables. No debería dejar que hubiera rumores sobre usted acerca de algo que no nos guste a nosotros. Es un desprecio rechazarnos, o así lo interpretarían muchos.

Pues si supiera cómo había tratado a la duquesa, aunque siempre pensó que valía más la relación con el marqués que con ella, después de todo, él era consejero de la reina y ella, una dama aburrida, aunque fuera la esposa de un duque.

Adriana lo miró con el ceño fruncido, acordándose de su padre y su deseo de que Italia llegase a ser una bajo el reinado de Víctor Manuel.

—Muy bien —sentenció sin entusiasmo—. Un baile, y luego dejará que me pierda entre la multitud para buscar un lugar tranquilo.

—¿Por qué hace eso? Es preciosa. Podría ser la reina de la fiesta. Los ecos de sociedad hablarían muy bien de usted si llenase su carnet de baile y tuviera que elegir a quién dejar fuera esta noche.

Adriana guardó su abanico de nuevo y se encogió de hombros.

—No lo sé. En este viaje me he dado cuenta de que soy de gustos más humildes. No me agrada el bullicio y, mucho menos, eso de lo que me habla. En la pista de baile seré una diana para todos, hablarán de lo que he hecho y dejado de hacer, prefiero pasar inadvertida.

—Un baile y la dejo libre. Lo prometo —indicó, llevando una mano al pecho y levantando la otra con cara de buen chico.

—Está bien. Todo sea por la unidad de Italia —señaló, pensando en la estupidez del mundo. Algo tan nimio como un baile en una fiesta británica podía influir en el resultado de una guerra en un país.

La sangre Saboya comenzó a fluir ardiente en sus venas haciéndole mostrar su orgullo. Se cogió del brazo de lord Alistair y caminó hacia la pista de baile. Su dignidad enderezó su espalda y adoptó ese porte majestuoso de siempre. Las miradas comenzaron a fijarse en ellos mientras caminaban y, cuando él la tomó por la cintura, ya en la pista de baile, el número de observadores se multiplicó. Pensó que era de esperar, ya que él era el anfitrión.

El ritmo de un vals lento los envolvió, y como si estuviera en un sueño en el que no era dueña por entero de su ser, sus pies comenzaron a fluir al son de la música.

—¿Siempre baila así, *lady* Adriana?

—No bailo —contestó con sobriedad.

—Entonces, ¿esto qué es?

—Una concesión, nada más.

Lord Alistair Montgomery sonrió divertido.

—No he conocido a ninguna dama como usted.

—Eso dicen muchos caballeros. —Le devolvió la sonrisa—. Y no siempre significa algo bueno.

No hablaron más en el transcurso de ese vals que duró cinco minutos, tiempo que ella pensó que había entregado a su país.

La música cesó, Alistair hizo una reverencia y le ofreció el brazo para acompañarla fuera de la zona de baile. Cuando giró sus talones, vio a Morrison observándola con atención. En su mirada había incertidumbre y, en la mandíbula tensa, cierta incomodidad.

Cuando salieron de la pista, el vizconde se detuvo y señaló una puerta en el otro extremo del salón de baile.

—Salga por allí, cruce el pasillo y al final encontrará una sala iluminada con bonitos candelabros de cristal. Hay tres butacas orientadas hacia un ventanal que da a un jardín iluminado con antorchas. Es perfecto para apartarse del bullicio y reflexionar. Nadie la molestará.

—Gracias. —Le sonrió.

Lord Alistair se inclinó y desapareció entre la concurrencia.

En cuanto se quedó sola buscó a Morrison, ya no estaba en el lugar donde lo había visto. Avanzó hacia allí revisando a cada caballero con la vista, pero no lo encontró.

—Pensé que si alguna vez bailaba con alguien sería conmigo.

La decepción se apreció en el tono de la voz que sonó a sus espaldas. Adriana se dio la vuelta y se encontró con los ojos, un tanto dolidos, de Morrison.

—Me vi obligada a hacerlo —se justificó—. ¿Le he decepcionado? —le preguntó con preocupación.

Realmente le importaba lo que él pensara de esa situación, le importaba que no le hubiera gustado, que le hubiera hecho daño.

—No. Solo me ha sorprendido.

El semblante serio de él la hería a ella. Se miraron durante unos segundos fijamente, ignorando que estaban rodeados de una multitud que podía advertir lo que se escapaba por sus ojos. Adriana echó un vistazo alrededor. No quería estar allí. Volvió a fijar la vista en él.

—¿Puede acompañarme? Tengo que… darle algo.

—¿No puede dármelo aquí?

—Prefiero la intimidad de un salón apartado.

—De acuerdo. La sigo.

Tomó el camino que le había indicado el vizconde, cruzando entre la gente que conversaba distraída. Aunque Morrison la seguía a cierta distancia, esperaba que nadie los viera salir en la misma dirección. Cruzó un largo corredor y llegó a la estancia apartada de la que le había hablado lord Alistair. La música y el murmullo de las risas y voces llegaban amortiguadas por la distancia. Se situó en el centro de aquella sala, iluminada por las llamas oscilantes de unas pocas velas, y esperó a que él apareciera. Se puso nerviosa cuando lo vio cruzar el umbral. Ella, que siempre había tenido arrojo, que siempre había dominado la situación, tembló por dentro cuando se encontró con él en esa sala solitaria. ¿Qué estaba sucediendo? Si cerraba los ojos podía verlo desnudo, la intimidad que habían compartido debería llenarla de confianza, sin embargo, había algo

más, una emoción que la hacía sentirse vulnerable, justo aquello que siempre había querido evitar.

Él tampoco se mostraba como siempre. Desde el encuentro con *lady* Ophelia parecía serio y triste. Su semblante juguetón había desaparecido por completo. Se situó frente a ella y la observó sin decir nada.

—Tengo algo para usted —dijo ella, metiendo la mano en su retículo para sacar un papelito plegado. Se lo ofreció.

Morrison la miró extrañado. Lo desplegó con cuidado, sin quitarse los elegantes guantes que llevaba, y observó lo que había dibujado en él.

—Es mi contribución para su orfanato y… para que me recuerde cuando ya no esté.

—Es preciosa, *nobildonna* Adriana.

—Es Nuestra Señora de Bonaria, por eso la he hecho sobre el mar. Cuenta la leyenda que un barco español se vio atrapado en una tormenta cerca de las costas de Cerdeña. Para intentar salvarse tuvieron que arrojar objetos al mar, y uno de ellos fue un cajón misterioso que en cuanto tocó las aguas hizo que la tormenta cesara milagrosamente. Los frailes mercedarios lo recogieron en la orilla y, cuando lo abrieron, encontraron a una virgen con el niño Jesús en uno de sus brazos y en la otra mano una vela que permanecía prendida. Desde entonces es la patrona protectora del mar. Sé que los anglicanos no adoran las imágenes, no obstante, es bonita y puede adornar la capilla. Yo no soy demasiado religiosa, pero me recuerda a personas que me amaron una vez y me gustaría que la tuvieran sus huérfanos.

—Sin duda, es un detalle hermosísimo. La mandaré hacer de inmediato. —Plegó el papel de nuevo y lo guardó en su chaqueta.

Sabiendo todo el pasado de Adriana, a ese gesto debía concederle mucho valor.

Los ojos de Morrison recorrieron su rostro. Quería decirle algo y no sabía cómo. Estas cosas eran complicadas, sobre todo con una mujer como ella. Tan… especial.

—Señor Morrison, quiero hacerle otro regalo.

—No es necesario, Adriana… —La llamó solo por su nombre sin darse cuenta.

—Oh, sí. Sí lo es. —Puso los dedos enguantados sobre los labios de él para que callara. Se miró las manos sonriendo y se quitó los guantes para guardarlos después en el bolsito que colgaba de su muñeca.

Tomó las manos de Paul y le quitó los suyos, para arrojarlos sobre un butacón.

—Yo también pensé que si alguna vez bailaba con alguien sería con usted —musitó—. Cuando lo hice con lord Alistair llevaba los guantes puestos, así que para mí no cuenta. Ofrézcame su mano para reposar la mía y dejémonos llevar por ese vals lejano. Este será mi primer baile, el primero en el que un hombre toca la piel de mis manos.

Paul sonrió levemente y le entregó su mano, después estrechó su talle con la otra. Se movieron mirándose a los ojos sobre la alfombra floreada de aquel salón, envueltos en aquella atmósfera íntima que parecía proteger las hermosas emociones que afloraban cuando estaban juntos. Ella era feliz entre sus brazos y él sosteniéndola, con el ritmo de sus corazones muy cerca y sus alientos casi enlazados. El vals cesó y se detuvieron sin soltarse.

—Así tendremos muchos momentos que recordar cuando ya no estemos juntos —añadió ella.

—¡No quiero momentos que recordar! —exclamó—, es decir, no quiero solo eso. —Bajó su tono—. Adriana, no sé cuándo todo esto ha dejado de ser un juego. E intuyo que lo que me ha pasado a mí, también te ha sucedido a ti.

—No lo haga. Me voy a marchar pronto —le suplicó—. No puede ser.

—Deja de hablarme como si fuera un desconocido. Hace solo un momento he mandado al cuerno a la duquesa de Everleigh por ti. Solo por ti. Me da igual si no vuelvo a pisar una fiesta como esta, pero necesitaba decirle a esa señora cuál era mi parecer: si no bailo contigo, no bailo con nadie. Interprétalo como una metáfora de la vida.

Adriana lo miró con la boca entreabierta, entre sorprendida y confundida.

—No podemos… Tú y yo…

—Ya lo creo que sí. Puedes mandar a todo el mundo al diablo, si quieres. Puedes ser antipática y seca con todos los demás, pero a mí me vas a amar, ¿a que sí? —Sus últimas palabras las dijo con suavidad, con la voz de narrador que tanto le gustaba a ella.

Morrison tomó su cara entre sus manos y pasó los pulgares por las mejillas de la joven en una caricia. Los ojos de Adriana recorrieron el rostro de Paul con tristeza.

—No puedes cumplir tus sueños conmigo —murmuró.

—Sí puedo. Estoy construyendo un orfanato que estará lleno de niños ávidos de amor. ¡Claro que puedo! ¡Podemos!

—Yo no te convengo, Paul. No sé amar.

—¿Cómo puedes decir eso si ya lo estás haciendo? —Se acercó poco a poco y acarició con sus labios los de ella—. Cásate conmigo —le pidió sobre su boca.

Adriana se quedó estática, todo su interior se agitó con esas palabras. Nunca hubiera imaginado aquel desenlace en el momento en que le pidió que fueran amantes, y ahora… Debía descubrir el motivo por el que a ella la idea la hacía soñar, aunque muy pronto las palabras de su padre regresaron como un ciclón: «Sin compasión, Adriana, sin compasión». Intentó separarse de él, pero no se lo permitió. La estrechó contra su cuerpo y la besó con pasión, como había hecho otras veces. Se dejó arrastrar por ese magnetismo que siempre había ejercido sobre ella; no obstante, esta vez había algo más. Algo que la conducía a experimentar ternura y, en poco tiempo, las palabras de su padre fueron aplastadas y eliminadas. Se aferró a su torso, como si quisiera fundirse con él. Ella no quería volver a ser la mujer ingrata de antes. ¡No!

—¡Válgame Dios! No imaginé esta bonita escena cuando el vizconde me pidió que viniera hasta aquí.

Lady Ophelia Kingsley se hallaba en la misma habitación que ellos. Ambos se separaron, sorprendidos. La observaron acercarse. Sus ojos oscuros parecían dos cuevas profundas llenas de rencor. Su

barbilla se contraía, evidenciando un temblor que la rabia acumulada provocaba.

—La orgullosa descendiente de los Saboya en brazos del bastardo de Bermondsey. No me extraña, hacen buena pareja: el ladrón y la fulana —dijo apretando los dientes.

Morrison dio un paso para defender a Adriana, pero esta se adelantó:

—¿Qué es lo que le molesta? ¿La falta de linaje de un hombre que vale mucho más que usted, o ver que otra ha conseguido lo que quería para sí misma? ¡Maldita hipócrita! Usted misma me dijo que las mujeres de cierta posición tenían amantes y, ¿ahora me llama fulana? Pues sé que, en este caso, querría para usted mi puesto.

—¡Por Dios Santo! ¡Qué barbaridad! ¡Yo con un hombre salido de un orfanato!

—Usted y yo sabemos que lo que le hubiera gustado es meterse en su cama. Pero ¿sabe qué? No lo merece. No merece la atención de este hombre. —Señaló a Paul—. No hay duquesa, vizcondesa ni baronesa que lo merezca. Él es mucho mejor que todas nosotras y no voy a dejar que un ser inmundo como usted lo menosprecie. Quédese con su linaje, con ese ducado que consiguió casándose con un hombre mayor, y con todas las tierras y palacios que eso conlleva. Al final de todo, no deja de ser una pobre mujer.

Lady Ophelia enmudeció bajo la mirada de decisión de Adriana. Paul no daba crédito al discurso de la joven. Su corazón latía desaforado por lo que sus palabras escondían detrás, pero en cierto modo se compadeció de la duquesa. Se acercó y tomó a Adriana de la mano.

—Creo que será mejor dejarlo. Ya es suficiente.

—¡No quiero compasión de nadie! —exclamó la inglesa—. ¿Usted sabe el poder que puedo llegar a ejercer? —murmuró, lanzando flechas de furia por los ojos.

—¿No ve que no me importa? —contestó la sarda—. Voy a casarme con un inglés. Con ese mismo hombre a quien usted prohibió que me acercara. Renuncio a mi casa noble, a mi apellido y me da igual la sangre que corra por mis venas. ¿Qué piensa hacer? ¿Contar a todo el mundo que somos amantes, que nos ha

sorprendido besándonos? Después de que nos hayamos casado, todos lo olvidarán en unos días. No puede hacerme daño. No tengo nada que perder porque renuncio a todo lo que a usted le parece importante.

La duquesa la miró de arriba abajo con desprecio, como si no hubiera nadie más en la habitación.

—No crea que me ha vencido.

Se dio la vuelta y salió del salón. Una vez solos, Paul resopló mirando la puerta por donde se había marchado.

—¿Crees que armará un escándalo? —le preguntó Adriana.

—No, le has dejado bien claro que no te importaría, pero ¡el vizconde es un canalla! ¡Ha sido él quien la ha mandado aquí!

—No puedes fiarte de los nobles —comentó bromeando la italiana.

Luego se giró hacia él y le sonrió, perdiéndose en sus ojos.

—Entonces… —dijo él satisfecho—, ¿se va a casar con un inglés, *nobildonna* Adriana?

—Con el mejor —admitió ella.

La cogió en volandas y dio vueltas con ella mientras la besaba.

—Eres libre y valiente —le indicó, dejándola en el suelo.

—Por primera vez en mi vida he tomado una decisión guiada por mi corazón.

—Una decisión que me beneficia.

La volvió a abrazar.

—No se lo digamos a nadie aún —le pidió ella.

—Será nuestro secreto. —La besó en la nariz.

Capítulo 29

El inglés y la italiana

Londres, 1857



Al final, la relación entre Adriana y él iba a ser como en el rapto de las sabinas, solo que en este caso el romano era un inglés y la sabina una preciosa sarda, y con la diferencia de que se la llevaba con su consentimiento, aunque no con el de su padre.

Nada lo hacía más feliz que ver a Adriana tan convencida en todo momento. No quería regresar a casa porque para ella supondría volver a ser quien fue, y eso… era lo último que deseaba. Quería empezar de cero, a su lado.

—Conocerte ha sido como volver a nacer, es una nueva oportunidad que tengo de arreglar las cosas con mi conciencia —le confesó mientras paseaban por un parque en las afueras de la ciudad.

Habían preferido ir a un parque menos concurrido y con menos nobleza paseando por los jardines, por si acaso a *lady* Ophelia se le hubiera ocurrido difundir el chisme. Esperaban que no hubiese llegado ningún rumor a oídos del marqués, puesto que no le habían dicho nada aún. La condesa todavía no había regresado de su viaje y, cuando lo hiciera, Paul hablaría con ella y afrontarían de qué manera decírselo al barón Umberto De Flaviis. La decisión de su hija era firme y, si él no aceptaba el matrimonio, ella tenía intención de seguir adelante. Era valiente, muy valiente… y él se había enamorado perdidamente de ella. Cuando mantuvo la conversación con su tía, no pasaba por su mente proponerle matrimonio. En verdad, todo fue un impulso repentino guiado por emociones acumuladas que surgieron de su corazón como un torrente.

Muchas cosas sucedieron esa noche que actuaron como detonante de su declaración, cosas que removieron sentimientos contenidos. La respuesta a la duquesa, cuando vio que menospreciaba a Adriana, fue inmediata; no pudo contenerse. Fue entonces cuando se vio sorprendido por el primer mensaje que le enviaba su corazón. El segundo llegó cuando sintió una punzada de celos al verla bailar con el vizconde. Sabiendo cuánto detestaba danzar, se preguntó qué extraño embrujo habría ejercido sobre ella lord Alistair Montgomery. Y eso le dolió como una patada en el estómago… Pero luego, ella le hizo el regalo. Aquel dibujo de la virgen que le entregó para el orfanato le devolvió la esperanza, porque comprendió —en el preciso instante en que se lo dio— que el corazón de la sarda palpitaba al mismo ritmo que el suyo. Algo tan importante para ella como lo habían sido la cocinera de su palacio y su hija, fue el motivo de aquel obsequio tan profundo. Y, sin duda, para Adriana él también era importante.

Entonces, imaginarla lejos, sin posibilidad de volver a hablar con ella, de mantener esas conversaciones divertidas que tanto adoraba, se le hizo insoportable. Esa sola idea incrementó la angustia que ya empezaba a sentir.

Cuando ella le propuso bailar sin guantes, Paul lo entendió con claridad: no podía haber gesto más significativo. Todas esas señales, junto con las palabras de la condesa, lo animaron a perder el miedo, a abrir los ojos respecto a sus sentimientos y a convencerse de que Adriana era la mujer de su vida. Y que no debía dejarla escapar, aunque para ello tuviera que robársela a su padre.

Paul detuvo sus pasos para observarla después de su declaración. No podía besarla en público, ni abrazarla, ni hacerla girar en el aire. No podía mostrar la efusividad que su corazón le estaba exigiendo.

—Si este es tu renacer, me siento afortunado por ser yo quien camine a tu lado. No me importa el pasado, sino lo que elijas hacer ahora.

—Te elijo a ti, *mio principe.* —Le guiñó un ojo con descaro.

—Vas a renunciar a muchas cosas y todo comenzará por el enfado monumental de tu padre.

—Lo sé, pero no voy a dejar que me manipule más. Mi vida es mía. Soy libre y valiente, ¿recuerdas?

—¡Madre mía! ¡Cuántas ganas tengo de besarte!

—¡Hazlo! —lo animó, sonriendo.

Morrison soltó una carcajada.

—Sabes que en público no puedo.

—¡Qué comedido! ¿Acaso no eres el príncipe de Bermondsey? ¡Demuéstralo!

—Tú lo has querido.

Tiró de su cintura para atraerla y la besó sin decoro, rodeando su cuerpo con sus brazos como cuando estaban en la intimidad.

—¡Qué vergüenza! —Escucharon decir a una pareja que pasaba por su lado.

—¿Así está mejor? —preguntó muy cerca de sus labios.

—Mucho mejor —respondió con los ojos entornados—. ¿Qué voy a hacer cuando nos casemos? —dijo jovial, mientras volvía a cogerse de su brazo y reanudaban su paseo—. Mi padre no aportará dote. Ahora mismo, lo único de valor que tengo son los zafiros que compré.

—Tú eres mi dote —alegó mirando al frente—. No necesito nada más.

—¿Me darás un puesto de trabajo en tu empresa?

Paul detuvo sus pasos para mirarla.

—¿Quieres trabajar conmigo?

—Por supuesto, tu negoció crecerá. Construiremos más orfanatos y crearé una fundación para artistas.

—Me temo que será difícil recaudar más fondos con la enemiga que nos hemos ganado.

—No me dirás que es la única que tiene poder en todo Londres.

—No, pero habrá muchos que no querrán enfrentarse a su marido y nos darán la espalda.

—Bah, no me importa, ya nos apañaremos. Nos apoyarán los amigos del marqués.

—Eso espero. Me alivia pensar que el orfanato está casi terminado, porque no me fío de la duquesa.

—No pueden retirar los fondos que ya dieron, ¿verdad?

—No. Por eso sé que el orfanato se terminará.

—Bien. —Dio unos golpecitos cariñosos sobre su brazo, mientras tiraba de él para caminar de nuevo—. Todo irá muy bien. Por cierto, ¿cómo se llama tu compañía? Tengo que saberlo si voy a trabajar en ella.

—Morrison Trading House.

—Me gusta. Inspira confianza. ¿Y quién se ha encargado de todo mientras tú ibas y venías con las dos italianas?

—Edmond, mi contable, entre otros.

—¿El empleado eficiente del que hablabas?

—Así es. También es mi amigo, por eso confío plenamente en él.

Adriana levantó sus cejas y se detuvo para mirarlo.

—¡Un amigo! ¿De Bermondsey?

—No. De Oxford.

—¡Caramba! Menudos empleados tiene usted, señor Morrison.

—Edmond viene de una buena familia.

—Lo supongo si estudió contigo. No habrá muchos casos como el tuyo en esa universidad.

—No los hay.

—¿Y qué hace tu amigo trabajando para ti?

—No atravesaba un buen momento financiero. Cuando su padre murió, tan solo heredó un montón de deudas que contrajo por su adicción al juego. Embargaron varias de sus propiedades. Así que le propuse trabajar conmigo. Tiene un cerebro excepcional para los negocios.

—No ha tenido mucha suerte, ¿eh?

—La verdad es que no.

—Lo que son las cosas. Él de familia bien y en la ruina, sin embargo, a ti te van muy bien las cosas.

—Te sorprendería la de familias nobles apuradas por los estragos que causa la adicción al juego.

—Lo supongo.

Paul se detuvo de pronto.

—¿Quieres conocer a mi amigo?

—Eso ni se pregunta. Tengo que empezar a relacionarme con la gente de mi nuevo entorno.

***

La oficina del señor Morrison estaba situada en el barrio de Cornhill. A Adriana la sorprendió la actividad que había por las calles: hombres de negocios elegantemente vestidos, mensajeros y vendedores ambulantes se mezclaban entre los edificios georgianos y victorianos de ese distrito financiero. Se detuvieron ante un inmueble de tres plantas de ladrillo rojo. En el primer piso destacaba un cartel que rezaba: Morrison Trading House, con una elegante tipografía en color azul marino. Las letras tenían remates ornamentales, pero transmitían dignidad respeto y autoridad. Adriana se sintió orgullosa al leerlo.

Una vez dentro, descubrió que no se trataba de un negocio pequeño. Un ancho pasillo dividía la oficina en varias estancias, donde trabajaban personas encargadas de diferentes áreas del negocio: ventas y distribución, aduanas y regulación, transporte y logística, compras y abastecimiento, correspondencia y documentación, contabilidad y finanzas; y, por último, estaba la dependencia de Paul: dirección. Conforme avanzaban, las personas de cada área lo saludaban con respeto al verlo. Cuando llegaron a su despacho, un joven, que permanecía sentado frente a una mesa, se levantó de inmediato y fue a su encuentro.

—¡Señor Morrison!

—¿Qué tal va todo, George?

—Bien, señor, aunque ha habido un retraso en el barco que venía desde Barcelona; está todo solucionado y la mercancía está ya en el almacén.

—Me alegra saberlo. —Se giró hacia Adriana—. ¿Lo ves? Tengo unos empleados muy eficientes.

Luego la presentó al muchacho.

—Este es mi secretario, George Langley.

—Encantada, señor Langley.

—Ella es mi amiga, la *baronessina* De Flaviis —le dijo, aguantándose las ganas de decir que era su futura esposa.

—Es un placer, señorita.

—¿Está Edmond en su despacho? —preguntó Morrison.

—No, señor. No lo veo desde ayer por la tarde.

—¿Cómo es posible? ¿Tenía alguna reunión con algún proveedor? —inquirió preocupado.

—Que yo sepa no. Siempre me avisa cuando tiene alguna cita importante fuera de la oficina —respondió el muchacho, rascándose la cabeza.

—Y a mí no me ha comentado nada. Me preocupa que pueda haberle pasado algo.

—No lo sé. Ayer salió un poco antes. Se llevó algunos ficheros y olvidó abrir una carta que llegó para él de la cooperativa española de trigo.

—Muy bien, dámela a mí.

—Señor, es que no está dirigida a la empresa. Solo pone su nombre y esta dirección, como si fuera una carta personal.

—¡Qué raro! —se extrañó Paul.

—Sí, señor, mucho.

—Habrán olvidado poner el nombre del negocio. En cualquier caso, dámela. Voy a acercarme a su casa. Se la entregaré. Estoy preocupado. Es demasiado inaudito que no haya venido a la oficina hoy sin avisar. Edmond es sumamente responsable.

—Sí, a mí también me parece algo fuera de lo común, aunque supongo que alguna explicación habrá. Si desea llevarse la carta, está en su despacho, sobre su mesa.

—Muy bien, gracias, George.

Adriana siguió a Paul hasta el despacho de su amigo. Era un espacio tan amplio como el de Morrison, con estanterías desde el suelo al techo, llenas de archivadores. Paul se acercó a la mesa y cogió la carta. Se dio la vuelta, dispuesto a marcharse, pero algo lo detuvo. Volvió sus pasos atrás para revisar las estanterías.

—George dijo que anoche se llevó unos archivadores, pero aquí no falta ninguno.

Adriana miró el estante para comprobar que no había ningún hueco.

—Quizá se equivocó —dijo ella.

—Es posible. —La miró—. No era el día que esperaba pasar contigo, pero supongo que entenderás que tengo que dirigirme a la casa de mi amigo. Necesito saber si está bien.

—Claro, lo entiendo.

—Te dejaré en casa del marqués y luego acudiré para comer con vosotros.

—Muy bien —aceptó Adriana.

Se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

—Por si después no tengo la oportunidad de hacerlo. —Le sonrió.

Capítulo 30

Edmond

Londres, 1857



Llamó varias veces a la puerta y no contestó nadie. Esperó encontrarlo enfermo, algo que explicaría su ausencia en la oficina. Pero que no diera señales de vida, que no se supiera absolutamente nada de él, le pareció demasiado inusual. Volvió a llamar de nuevo. Ya estaba pensando en tirar la puerta abajo, imaginándolo inconsciente en el suelo, cuando la casera abrió la puerta de al lado.

—No está, señor Morrison. Ayer salió con una maleta. Me dijo que se iba de viaje.

—¿De viaje? —repitió confundido—. ¿Le dijo a dónde?

—Lo siento, no. Me pagó el alquiler y me comentó que dejaba libre la habitación.

Paul no podía creer lo que escuchaba. Siempre había valorado la amistad que tenía con Edmond, confiaba por completo en él. Al parecer no era algo recíproco.

—¿No le dejó ningún recado para mí?

—No. Lo siento. Por la tarde llegó con una carpeta con el membrete de Glyn, Mills & Co. Me llamó la atención, porque estaba bastante nervioso, incluso le costó darle la vuelta a la llave. Al poco tiempo salió con su equipaje y me dijo que se iba.

Glyn, Mills & Co. era el banco con el que ellos trabajaban. Morrison empezó a sospechar que algo turbio había empujado a Edmond a marcharse.

Miró a la casera y se despidió dándole las gracias. Salió a la calle y se llevó la mano al bolsillo donde había guardado la carta de la cooperativa española. La sacó y la observó dubitativo. Él no era de abrir correo ajeno, pero esa carta llevaba la dirección de su negocio;

aunque fuera dirigida a uno de sus empleados, se vio con derecho a abrirla.

> Para: Sr. Edmond Collingwood, Oficina Contable – Morrison Trading House.
>
> Muy señor mío:
>
> Por la presente, le comunicamos que, en base a lo pactado en marzo, el embarque del trigo se ha producido a bordo del vapor Santa Eulalia con destino a Londres. Los sacos del grano se han enviado bien marcados y con las cantidades ajustadas a lo convenido.
>
> El precio de cada unidad se ha ajustado en los documentos de embarque, según nuestro acuerdo privado, como viene siendo habitual entre nosotros, y figura como «Costes de clasificación y transporte interno». El sobreprecio será redistribuido según lo negociado, pero las cantidades exactas están reflejadas en el anexo que hemos remitido aparte.
>
> Le agradeceríamos que nos confirmase si desea mantener el mismo sistema para la próxima remesa.
>
> Con todo respeto,
>
> Gregorio Latorre
>
> Secretario Cooperativa San Bartolomé, Zaragoza.

¿Qué significaba todo eso? «¿El precio de cada unidad se ha ajustado en los documentos de embarque según nuestro acuerdo "privado"?». ¿¡Qué acuerdo!? Él no tenía constancia de ello ni había autorizado nada de eso. ¿Sobreprecio? ¿Había estado su amigo jugando una partida ilegal a sus espaldas con la cooperativa?

No podía creer que le hubiera tomado el pelo de esa manera. Todos los libros de cuentas que siempre revisaba estaban correctos. No había anomalías, pero estaba claro que Edmond jugaba a dos bandas.

De pronto, empezó a molestarle el c*ravat* que llevaba al cuello. Se pasó el dedo por el nudo para aflojarlo un poco y, movido por una intuición, se encaminó a su coche para dirigirse a Glyn, Mills & Co., con la horrible sensación de que no iba a recibir buenas noticias.

Su amigo, lord Edmond Collingwood se la había jugado: había retirado todos los fondos destinados a la construcción del orfanato

mediante una carta falsa, supuestamente firmada por él mismo. No había ni un solo penique en la cuenta. ¿Qué le iba a decir a todos los inversores que habían financiado ese proyecto benéfico? Estaba hundido si no daba con Edmund pronto. Una parte de él sentía ganas de estrangularlo, pero luego estaba la amistad que los había unido durante años… y eso le hacía pensar que debía existir una razón de peso para semejante locura.

En el banco le dijeron que lord Collingwood había solicitado la conversión de moneda a libras jamaicanas. Así que su siguiente paso fue buscar entre los registros de pasajeros del puerto con destino a Jamaica. Habló con George y le pidió que realizara la gestión.

Lo lógico habría sido acudir a la policía, pero ¿por qué ese sentido de la amistad lo detenía? No podía mover pieza todavía, no sin antes hablar con él y conocer sus motivos. ¿Acaso pensaba que cuando lo encontrara hallarían la solución a cualquier problema, juntos?

***

Escondió sus preocupaciones tras una fachada de alegre naturalidad, para que ni Christopher ni Adriana sospecharan que algo malo sucedía. En realidad, debería estar muy contento. Se iba a casar con una mujer de la que estaba profundamente enamorado, aunque solo la interesada lo supiera.

Se sentaron los tres a la mesa y conversaron sobre pintores ingleses. El marqués, sabiendo del interés de Adriana por el arte, quiso complacerla. Terminaron hablando de la condesa. Haciendo conjeturas de cómo habría sido el encuentro con su hijo. Y, como si lo hubieran presagiado, un telegrama de Fabiola Sabatano llegó para Adriana cuando degustaban los postres.

La joven los miró intrigada, desplegó el papel y leyó su contenido en voz alta:

No es Carlo. Vuelvo a Londres.

—¡Oh! —exclamó la joven—. Debe de estar destrozada.

—Seguiremos buscando —aseguró el marqués.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Adriana con tristeza—. No creo que mi tía desee prolongar su estancia aquí. Hemos abusado de su hospitalidad. Usted ha hecho todo lo posible. ¿Cuántos soldados ingleses quedan por entrevistar? Ha pasado revista a todo el mundo. Ha hecho todo lo que ha estado en su mano.

—No debemos rendirnos.

—Dejaremos que mi tía lo decida.

La noticia dejó pensativa a Adriana, no encontrar a su primo suponía una guerra contra la condesa. Pero ahora podía elegir el bando en el que estar, de hecho, ya lo había decidido. En ese momento sintió la mano de Paul tomando la suya por debajo de la mesa.

La miraba de una manera peculiar que la hacía sentirse especial, pero no del modo en que su padre deseaba que lo hiciera. Aquello era muy distinto y mucho mejor. Le sonrió discretamente.

—¿Le importa que vaya a admirar los cuadros que tiene en el corredor, marqués? —preguntó, con el deseo de que Paul entendiera su estratagema y la acompañara hasta allí.

—Pero si usted misma me dijo que son nefastos. Puede ir a mi despacho, allí la colección es mucho mejor. Acompáñala, Paul —le pidió con una sonrisa taimada en los labios—. Yo me sentaré a fumar.

Caminaron silenciosos, uno al lado del otro. Los labios de Adriana dibujaban una leve sonrisa de satisfacción. Se sentía como si hubiera estado buscando un tesoro escondido y lo hubiera encontrado. Era como si ninguno de los años pasados en Cagliari, desde que se marchó Martina, tuvieran validez. Los sentía como humo que se iba disipando hasta desaparecer y, detrás de esa niebla que había nublado su visión del mundo, estaba Paul con una claridad abrumadora.

Se situaron delante de los lienzos y los observaron sin decir nada durante unos segundos.

—¿A quién queremos engañar? No puedo concentrarme en las pinturas, ni siquiera las veo. —Rio ella, enredando sus dedos con los de él.

—Eso es porque no hemos venido por los cuadros.

Adriana se volvió hacia Paul.

—Cuando regrese mi tía le daremos la noticia.

—A pesar de sus circunstancias, se pondrá contenta.

Adriana lo abrazó con espontaneidad.

—Me siento feliz. No tenía esta sensación desde que era niña —le confesó.

Paul la apretó contra su cuerpo, apoyando su mejilla en la cabeza de ella.

—Dime una cosa. ¿Te casarías conmigo si fuera un hombre pobre?

La joven levantó el mentón para mirarlo. Morrison la observaba con seriedad.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Solo quiero que seas consciente de lo que haces. El dinero viene y va. Un día puedes estar arriba y otro, las cosas pueden lanzarte al abismo. Yo ya he estado en él, pero tú…

—Es posible que nunca me haya faltado nada material, pero yo también he estado en ese vacío del que hablas, solo que el mío ha sido distinto, tú me has sacado de él. Tenemos más en común de lo que imaginamos.

El pecho de Morrison se hinchó, pensando en su problema. Si no daba con Edmond, su reputación se vería muy dañada y, por consiguiente, afectaría a su negocio. Las cosas podían empezar a ir muy mal. Él no tenía miedo, pero ¿qué sucedería si todo comenzaba a caer en picado? ¿Debía arrastrar a Adriana con él?

Podía reponer parte del dinero que lord Collingwood había robado, pero no todo; y hacer eso desestabilizaría su empresa. Quería mantenerse optimista y pensar que daría con su amigo. Y que, fuera cual fuese el motivo que lo llevó a huir con ese dinero, le pondrían solución.

Ahora le preocupaba la mujer que tenía frente a él, pero sus dudas se fueron cuando Adriana continuó hablando:

—Si algún día sufrimos carencias, siempre puedo trabajar haciendo pan en The Golden Crust. Estoy segura de que mis figuritas entusiasmarían a los clientes de Mildred. Me dijiste que soy capaz de apreciar la grandiosidad que existe en las pequeñas cosas.

Y es cierto. A tu lado puedo ser feliz haciendo cualquier cosa y en cualquier circunstancia.

La mirada de Paul se enterneció.

—Estoy completamente enamorado de ti, *baronessina.*

Adriana se mordió el labio inferior.

—Ya verás lo que te espera a mi lado.

Tiró de las solapas de su levita y lo besó de forma apasionada.

Capítulo 31

Le diré lo que vamos a hacer

Londres, 1857



Adriana nunca en su vida se había sentido tan feliz. Ese estado, extraño para ella, la tenía un tanto inquieta: temía que de un momento a otro todo volviera atrás, y descubrir que lo que estaba viviendo tan solo había sido un sueño.

Por ello, un mal presentimiento la hizo bajar la escalera a toda velocidad cuando Mirta le dijo que la duquesa de Everleigh la esperaba en el salón. Sin duda, aquella mujer no venía a hacerle una visita de cortesía. Resentida, como debía estar después de su afrenta en el baile, con probabilidad venía con ganas de iniciar una batalla. Adriana no le tenía miedo, podía vencerla en cualquier guerra verbal, pero mientras caminaba hacia su encuentro, el estómago se le encogía por el miedo. Algo debía de tramar si se había presentado en casa del marqués para verla a ella.

La encontró de pie, paseándose de un lado a otro del salón. En cuanto advirtió su presencia, se detuvo detrás del sofá que presidía la estancia. La animadversión mutua fue evidente cuando estuvieron frente a frente: Ophelia levantó el mentón con orgullo, mostrando un brillo de superioridad en la mirada. La italiana, sin dejarse amedrentar, hizo lo propio con expresión desafiante. Se comportaban como dos gallos en un mismo corral.

—¿Ya conocen todos la alegre noticia? —preguntó la duquesa, pasando su mano por el respaldo del sillón mientras caminaba hacia la parte delantera con lentitud.

—No lo sé, dígamelo usted —respondió Adriana, observándola inmóvil.

—Si piensa que he ido con el chisme de casa en casa se equivoca —aclaró mientras se sentaba, como si fuese el salón de su mansión.

—Me extraña que no lo haya hecho. ¿No es esa la costumbre entre las damas de su clase en este país?

—¡Qué insolente es usted! —exclamó. Aunque a pesar del tono molesto, mostraba una tranquilidad inusual. Dada la situación, a la sarda le pareció preocupante—. No lo he hecho porque tengo algo mucho mejor.

Parpadeó varias veces a la vez que se dibujaba una sonrisa falsa en sus labios. Adriana la miró ceñuda, intuía que algo muy desagradable estaba a punto de pasar.

Lady Ophelia miró a un lado y a otro de la estancia.

—Sé que el marqués está con la reina, pero ¿dónde está su amante?

—Mi prometido —la rectificó.

—Por poco tiempo, querida. —Se carcajeó.

El corazón de la joven se encogió. ¿Qué consecuencias negativas traería esa conversación?

—¿Ha venido aquí a vengarse, *lady* Ophelia? —preguntó inmóvil, en el mismo lugar que ocupaba desde su llegada a la sala.

La duquesa la contemplaba desde el sofá, con la actitud de una reina aposentada en su trono. La italiana intentaba mantener sus emociones fuera de la vista de esa odiosa mujer.

—Nadie se ríe de mí y sale indemne. Me subestimó. —Levantó una ceja y la miró con desprecio.

—Usted fue la primera en humillarme, y entiendo que quiera a Paul como un trofeo de caza, es un hombre increíble. Pero siento decirle que no tiene nada que hacer. Asuma que ha perdido y que no hay nada que me pueda separar de él.

—Discrepo. Siéntese, querida, lo va a necesitar —la invitó con un gesto de la mano. Como siempre, demostrando que ella estaba por encima de los demás y todo le pertenecía.

Adriana no se movió, la enfrentó fingiendo una entereza que comenzaba a flaquearle.

—Diga lo que tenga que decir y márchese —demandó con voz serena.

Ophelia Kingsley se ahuecó la falda con tranquilidad y pasó varias veces la mano por la tela para alisarla, asegurándose de que no quedaba ninguna arruga. Luego la miró fijamente.

—Muy bien. Va a romper su compromiso con su querido señor Morrison.

Adriana rio con cinismo.

—No pienso hacer eso.

—Está tan enamorada de él que sí lo hará —le habló con seguridad, convencida de que lo que decía era una gran verdad—. Lo vi tan claro la otra noche… ¡Cómo lo defendió! Con esa valentía que solo el amor da. Está claro que lo hará. Cuando su tía regrese, cogerá el tren a Dover y volverá al islote del que salió. ¿Comprende?

—No voy a mover un pie —contestó desafiante.

La duquesa soltó una risotada de soprano, como si fuera la villana de una ópera romántica.

—Sí, lo va a hacer. —Se levantó de repente y se acercó a ella hasta dejar su nariz a escasas pulgadas de la suya—. Tengo pruebas suficientes para arruinar a su amante hasta dejarlo en la miseria y hacerlo volver al lugar de donde vino.

Adriana dio un paso atrás.

—¿Qué está diciendo?

Lady Ophelia metió la mano en su retículo y sacó una carta.

—Aquí está todo muy bien explicado. —La levantó en el aire, mostrándosela triunfante—. Como verá, está sellada y va a ir directamente al fisco para mostrar todas las irregularidades que su tramposo amante practica en Morrison Trading House.

—¡Eso no puede ser! Paul es un hombre honrado.

—Y eso qué más da. Cuando entregue esta carta nadie lo creerá. Las cuentas no cuadran, y este documento lo demuestra.

—Paul jamás cometería fraude.

—Él no, pero su hombre de confianza sí. Lleva años falseando sus finanzas para embolsarse bonitas cantidades. El vizconde de Wetherby me contó que lo vio salir de una de esas salas de juego clandestinas, así que decidí investigarlo. Fue muy fácil interceptar

una interesante carta dirigida al señor Carl Smith. ¿Sabe que llegó a un acuerdo con él para engordar los presupuestos? Por supuesto, las facturas no lo reflejan. Y no es solo eso, también falsea la mercancía que viene de España para pagar menos impuestos, y la diferencia se la reparte con los señores de la cooperativa con la que tiene tratos la empresa.

—¡Pero él es su amigo! Estudiaron juntos. Paul confía plenamente en él.

—Un enorme error. Cuando se adquieren deudas de juego, no se tienen amigos, y le aseguro que lord Collingwood las tiene a raudales.

—¿Cómo es posible que Paul no tenga conocimiento de esto? Si fuera verdad, él lo sabría.

—Aj, por Dios, ¡qué inocente es usted! Pues, evidentemente, con facturas y libros de cuentas duplicados.

—¿Y qué pretende hacer? ¿Hundir Morrison Trading House? Nos da igual, volveremos a empezar. Contaremos con la ayuda del marqués. —Le hizo frente.

—¡Oh! ¡Qué bonito! —Se llevó la mano al pecho, fingiendo emoción—. Hasta usted misma se incluye en el nuevo proyecto. Pero no. Le diré lo que vamos a hacer: como le he comentado, en cuanto su tía se marche a Italia, usted viajará con ella. Si no es así, adiós reputación —recalcó la última palabra, mientras hacía un gesto de despedida con la mano—. Su hombre se verá tan dañado que ni un alma querrá acercarse a él. Ni siquiera el marqués podrá ayudarlo. No sabe lo que es tener a toda una sociedad en contra, y la británica es muy estricta en cuanto a comportamientos poco lícitos. En el momento que entregue esta carta, le harán una auditoría interna y todo se habrá acabado, Paul Morrison estará hundido para siempre.

—¡Oh, cállese! Solo con pronunciar su nombre lo mancilla —levantó su voz, enfadada.

La duquesa alzó las cejas, molesta.

—No me trate así o dejaré que todo le caiga encima como un gigantesco derrumbe del que jamás podrá salir. Solo tiene que marcharse. Nada más. Hágalo y no le daré el golpe de gracia. ¿Sabe que ahora mismo Edmond Collingwood ha desaparecido con el

dinero del orfanato? —Comenzó a reír como si estuviera en una fiesta y le hubieran contado algo muy gracioso—. Robo y fraude fiscal, no habrá quien levante a su hombretón. Robar a esos pobrecitos niños… —Puso una expresión de pena—. Todo el mundo le dará la espalda, ni siquiera el general Brown podrá hacer nada por él sin verse salpicado por la vergüenza.

La amenaza de la duquesa comenzó a ganar un peso que empezaba a hacerse insoportable, sobre todo cuando recordó que el día anterior el señor Edmond no fue a la oficina durante todo el día.

—Nadie lo creerá. Daremos con lord Collingwood.

—¡Ja! Nuestro Edmond hace tiempo que tomó un barco hacia Jamaica. Yo misma le pagué el billete. Ya no hay marcha atrás, teniendo en cuenta los orígenes de Morrison, todo Londres pensará que ha sido él. Ya sabemos que robaba. Sin embargo, si usted se marcha, haré que la suma sustraída se reponga y esta carta —se la enseñó de nuevo— nunca llegará a manos de la administración.

—¿Por qué hace esto? Aunque me quite de en medio, jamás tendrá una oportunidad con Paul.

—Lo hago porque puedo. Estoy por encima de usted; le demuestro mi poder. Es posible que haya encandilado a Morrison con su belleza, pero yo soy mucho más astuta.

—Yo no la calificaría de ese modo, más bien es perversa.

Ophelia la tomó del brazo iracunda, clavando los dedos en su carne con rabia.

—Solo le demuestro que nuestra aristocracia es capaz de hacer mucho más que ir de compras, hacer fiestas y difundir noticias importantes concernientes a las señoritas casaderas de las mejores familias. ¿No fue eso lo que me dijo? Nadie me desafía ni menosprecia —espetó con los dientes apretados—. Cumpliré mi amenaza si no se marcha. Así que ya lo sabe. —Clavó los ojos en los de ella con desprecio—. Buenos días, *lady* Adriana.

La soltó y abandonó el salón con paso firme, aunque la sarda no la vio salir. Se quedó inmóvil, de espaldas a la puerta, mirando un punto fijo de la pared. No quería reconocer lo que sus pensamientos le recordaban, pero quizá su padre tenía razón y amar era una debilidad.

Capítulo 32

Amar a quien no se debe, duele

París - Cagliari, 1857

El movimiento del tren mecía su cuerpo de un lado a otro. Comparó ese sutil vaivén con la vida: al igual que no podía evitar ese balanceo, el destino redirigía su camino de manera inevitable. Sintió que ella no controlaba absolutamente nada. El paisaje se desplazaba ante su mirada, pero no percibía más que vacío. Se sentía como un recipiente hueco, lleno de aire. Todo había pasado con la fugacidad de un suspiro… y, sin embargo, el eco persistía. ¿Y si Paul no hubiera existido jamás?

Todo habría sido distinto si su despedida se hubiera producido en la playa, cuando ya había asumido que no se volverían a ver. Ahora, lo que guardaría para siempre en su memoria serían esos ojos azules, incrédulos, fijos en ella. La frívola *baronessina* lo dejaba plantado como si solo hubiera sido un juguete en sus manos. Hacerle daño fue lo más difícil que había hecho en su vida, y le dolió tanto como los desplantes a Martina Conti. Al parecer, ese era su triste sino: herir a quienes amaba. Ya no le quedaba otra alternativa que admitir quién era y cuál era su cometido en esa vida que no le permitía estar con quien deseaba. *Sa filonzana* dominaba la partida en su destino, jugaba con sus hilos a su antojo. ¿Era todo una señal? ¿Debía aceptar que, por designio divino, su sangre la colocaba por encima de otros, tal y como le había dicho su padre?

Dirigió la vista hacia su tía, tan ausente como ella, mirando sin ver el paisaje que discurría ante sus ojos. Portaba la herida de no haber hallado a su hijo. Cada una arrastraba su pena. Adriana se preguntó hasta qué punto la condesa intuía lo que le pasaba cuando la interrogó:

—¿Tú estás bien?

A punto estuvo de abrazarse a ella y llorar hasta vaciarse.

Asintió, apretando los labios, como si ese gesto bastara para demostrar que no le pasaba nada. «Eres fuerte y valiente», se dijo. «El dolor pasará. Esconderé mi angustia en el mismo lugar donde la enterré cuando me separé de Martina y de mi madre. Y allí, descansarán mis tres amores, como si de un camposanto se tratase». Con la intención de emular a un soldado espartano, escondió sus temores y se tragó el llanto que amenazaba con desbordarse por sus ojos. No quería desmoronarse delante de Fabiola.

París no fue lo mismo para ninguna de las dos. La condesa apenas hablaba, y ella tampoco tenía ganas de darle conversación. En cierto modo, aquel silencio era reconfortante. Buscaban consuelo en sus miradas, pero no llegaban más allá, quizá fuera suficiente solo con eso para saber que estaban ahí, la una junto a la otra.

No pasearon por la ciudad ni volvieron a Notre Dame, pero, a pesar de ello, Adriana no pudo evitar recordar la primera vez que vio a Paul. La tristeza la embargó, porque lo siguiente que acudió a su mente fue su dura despedida. La dama sin compasión emergió para no darle opción a él a decidir, ella lo hizo por los dos. Fue tajante para que no tuviera ganas de convencerla y le dio motivos para pensar que era la misma Adriana que conoció al principio.

—No voy a casarme con usted, señor Morrison —pronunció en cuanto entró en la habitación en la que la esperaba. El rostro de él se contrajo de súbito y ella estuvo a punto de flaquear—. No hay posibilidad alguna de que lo nuestro salga bien, por ello me marcho a Cerdeña —añadió, levantando una ceja, gesto que dominaba a la perfección.

—¿Qué estás diciendo? Voy a hablar con tu tía. Le voy a contar nuestros planes.

—¡No! —exclamó con firmeza—. No va a decirle nada. Esto termina aquí. Lo hemos pasado bien, eso es todo.

—¿¡Eso es todo!? Adriana… —La tomó del brazo, pero ella se zafó—. ¿Y todo lo que dijiste? Lo de apreciar la belleza en lo sencillo,

de renunciar a tu casa noble, que no importa la sangre que corre por tus venas…

—Todo ha sido un entretenimiento, orquestado entre la duquesa y yo —respondió con dignidad.

—¡No te creo!

Paul volvió a acercarse e intentó coger su cara entre sus manos, pero ella retrocedió antes de que lo hiciera. Sabía que si la tocaba se derrumbaría.

—Sabe cómo soy. ¿Por qué no va a creerme?

—Deja de hablarme de usted. Hemos compartido mucho más que palabras: primero nuestros cuerpos y luego… nuestras almas. Adriana, no te creo —susurró con ternura.

—¿En algún momento te dije que te quería? —lo tuteó de nuevo, con una expresión de regia formalidad.

Paul enmudeció. No, no lo había hecho.

—Todo ha sido un juego —prosiguió—. He de reconocer que me ha gustado. Disfruté de tus caricias, pero nada más. No eres lo que mi padre espera para mí y no puedo ignorarlo. —Tragó saliva, la presión era insoportable.

Paul la miró en silencio, con el ceño fruncido, sin comprender.

—Sigo sin creerte —musitó.

Adriana estiró su espalda todo lo que pudo y levantó el mentón.

—Telegrafié a mi padre con las nuevas noticias y él me respondió —mintió—. La desaparición de mi primo lo cambia todo. Vamos a luchar por el condado que nos corresponde. Como ves, no soy lo que esperabas. Nací para ser noble, no una buena persona. Este juego ha terminado.

Salió de la habitación sin volver la vista atrás. Y, aún en ese instante, miraba hacia delante, porque si se recreaba en ese recuerdo, temía desintegrarse lentamente en una melancolía eterna.

Durante el trayecto, las palabras entre su tía y ella fueron huecas, pero en cuanto pisaron el puerto de Cagliari cobraron la relevancia necesaria, dadas las circunstancias. Ambas sabían lo que sucedería a partir de ese momento: se convertirían en rivales disputando una herencia.

Adriana pensó, dolida, que ni siquiera tendría el consuelo de una mano amiga a la que aferrarse. ¿En qué hombro podría reposar su cabeza para derramar lágrimas por ese amor que había muerto nada más nacer?

Se miraron a los ojos.

—Lo siento —dijo la joven.

Su tía asintió.

—Lo sé. Aunque no voy a dejar de tener esperanzas. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿A qué se refiere?

—A ese muchacho con el que te llevabas tan bien. Llegué a pensar que te quedarías en Londres porque te hacía feliz.

Hubo un silencio incómodo. Adriana no supo qué decir. Tenía un nudo en la garganta que amenazaba con desatarse y dejar salir toda la tristeza que acumulaba dentro.

—¿Cómo sabe que…?

—Porque era obvio. Los ojos de un hombre enamorado no mienten. ¿Puedo preguntar qué pasó?

Adriana se encogió de hombros.

—Era algo imposible.

Su tía la observó unos segundos.

—Ay —suspiró—, ¿qué vamos a hacer ahora, *sa pippixedda mea*[12]? Nuestro camino juntas termina aquí —dijo con pesar.

Esas palabras fueron el detonante. Adriana no aguantó más y se abrazó a ella sin pensar. La mujer la acogió entre sus brazos, en silencio, mientras los sollozos de la muchacha brotaban por su garganta. Su cuerpo se convulsionaba con cada lamento.

—Estoy condenada, tía. Amar a quien no se debe, duele.

—Uno no elige a quién amar —murmuró mientras la acunaba —. Eso simplemente sucede. Y si no, míranos a nosotras. Las circunstancias no nos acompañan y, con probabilidad, cuando te deje en tu casa no volveremos a hablarnos. Pero, en la distancia, ese sentimiento permanecerá tan vivo en mí como aquella vez en la que una niñita enferma tomó mi mano por primera vez. —La condesa la cogió por los hombros, apartándola para mirarla mejor—. El amor,

cuando es de verdad nunca muere, por mucha distancia que haya de por medio.

Los ojos vidriosos de Adriana se fijaron en los de Fabiola. Asintió, consciente de que debía prepararse para dejarla a ella también atrás. No volverían a verse a no ser que fuera en acontecimientos sociales y, cuando eso sucediera, fingirían ante su padre que no había ningún tipo de aprecio entre ellas.

La joven sarda secó sus lágrimas. Se dio cuenta de que era la primera vez que lloraba desde que era una niña y se dijo a sí misma que no volvería a hacerlo. No iba a rebelarse contra un destino que nunca le había permitido obtener lo que deseaba. Era inútil. Aceptación, eso era lo único que le quedaba.

El carruaje de la condesa la llevó hasta su calle, se despidió de su tía con un simple adiós y cruzó el umbral del palacio renacentista que pertenecía a los De Flaviis desde el siglo XV. Con ella terminaría su estirpe. Si de todos modos no iba a tener descendencia, ¿por qué debía permanecer presa en esa vida que le habían impuesto? ¡Qué bonito hubiera sido acabar su camino con Paul Morrison!

Capítulo 33

El regreso

Cagliari, 1859



Durante los primeros días en Cagliari, sufría por no tener noticias de Paul y su empresa. Escribió una carta al general Brown agradeciendo el trato recibido durante su estancia en Londres, pero no se atrevió a preguntar por él. Lord Christopher le respondió con palabras amistosas, pero ni en un solo renglón mencionó al señor Morrison. ¿Quizá se lo pidió él? Debía de estar tremendamente enfadado con ella. Le había hecho creer que había jugado con él. En su escala de valores la debía de haber puesto justo al lado de la duquesa de Everleigh, es decir, por debajo de todo ser que mereciera su aprecio.

Por un ejemplar que pidió de *The Times* a un oficial sardo, amigo de su padre, supo que Morrison Trading House continuaba con su actividad. La noticia era escueta, pero lo suficiente para tranquilizarla. Sabía que Paul seguía trabajando en su negocio y supuso que no hubo ningún escándalo, porque en un ejemplar, correspondiente al mes de diciembre, leyó una reseña sobre la inauguración del orfanato. La detestable duquesa había cumplido con el pacto. Le molestaba que esa mujer se hubiera salido con la suya.

A veces, se consolaba pensando que en tan poco tiempo no podía haberse enamorado de un hombre, que todo fue una aventura, nada más. Pero se aferraba a los recuerdos con una desesperación angustiosa. A menudo, lo imaginaba casado, formando esa familia que tanto deseaba y, cuando su mente la traicionaba de ese modo, sentía los celos en su interior, pinchándola como miles de alfileres.

Se refugió en la rutina para no recrearse en el dolor. Puso en marcha todos los proyectos que tenía antes de viajar a Londres, entre ellos, el de la fundación que llevaría el nombre de su madre. Pero hiciera lo que hiciese, no podía quitárselo de la cabeza. ¡Ya habían transcurrido dos años! Y ningún hombre la divertía ni la entretenía como él; todos le parecían insignificantes al lado de su señor Morrison. Muchas veces se despertaba con una punzada de culpa por el daño que le había causado, entonces se sentía tentada de escribirle una carta revelándole todo. No obstante, saber que *lady* Ophelia se encontraría acechante como una hiena hambrienta, le hacía desechar la idea. No quería ser la responsable de su ruina.

Mientras redactaba la correspondencia que debía enviar a distintas galerías de arte, pensaba que, lo sucedido en poco más de un mes, había influido en ella mucho más que años de su existencia junto a su padre. No era la misma, aunque al regresar a su hogar, no tuvo otra opción que ser la Adriana que su padre deseaba ver a su lado. Era más una fachada que la realidad. Simplemente era distante y, en ocasiones, huraña, pero no cruel.

Terminó la última carta y espolvoreó sobre el papel el yeso para secar la tinta perfumada con el característico olor de la casa De Flaviis. Después inclinó el papel para retirar el exceso de polvo y sopló con suavidad sobre los restos que quedaban. Revisó lo escrito y observó pensativa las filigranas que adornaban el escudo familiar impreso en el papel. Suspiró profundo, ver ese escudo ya no significaba lo mismo que antes. Plegó la carta para lacrarla y, cuando se disponía a sellarla, escuchó los gritos de su padre, provenientes del salón principal.

—¡Infame canalla! ¡Miserable gusano de cloaca! Aj, ¡lo estrangularía con mis propias manos!

Asustada, se levantó y recorrió los pasillos a toda prisa. Lo primero que pensó fue que su enfado tenía algo que ver con la situación de la guerra por la independencia de Italia. El reino de Piamonte y Cerdeña había mandado soldados a Lombardía, ocupada por los austríacos. ¿Quizá estaban perdiendo?

Llegó a tiempo para ver a su padre lanzar un jarrón contra la pared.

—¿Qué ocurre? —lo interrogó.

La miró con el rostro desencajado, resoplando como un búfalo escapando de una cacería.

—¡Tu primo! ¡Eso ocurre! —levantó la voz con rabia.

Livia, que estaba en la estancia, permanecía inmóvil como una estatua, sabía que ese era uno de esos momentos en los que tenía que ser invisible. Temía la ira del señor. Adriana le hizo un gesto con la cabeza para que saliera. Pero su padre le gritó y, como solía hacer cuando se enfurecía, pagó su ira con el más débil, en ese caso Livia.

—¿A dónde vas? ¡Recoge eso ahora mismo! —chilló, señalando los pedazos del florero roto.

—Señor, voy a por un recogedor —contestó sin mirarlo a los ojos, tal y como debían hacer todos los criados en aquella casa.

—Pues corre. ¡Estúpida!

La mujer obedeció con premura. Lo único que deseaba era desaparecer de allí cuanto antes.

—¿Qué pasa con Carlo? —preguntó Adriana.

—¡Ese hijo de mala madre ha regresado!

Parecía que los ojos de su padre iban a salirse de las órbitas.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

Apenas faltaban unos días para que expirara el plazo de la sentencia que su padre había inscrito en los registros civiles, alegando la presunta muerte de Carlo. Eso fue lo primero que hizo en cuanto la condesa y ella regresaron de Londres sin el conde. A esas alturas, el barón daba por sentado que la herencia era suya, pero aquello resquebrajaba sus planes, del mismo modo en que él había destrozado el jarrón: de golpe y con precisión.

Adriana no había vuelto a ver a su tía, pero esa era una buena noticia y esperaba que influyera positivamente en su recuperación. Se decía que, desde su regreso, había decaído mucho y su salud estaba delicada. A ella no le cabía duda, los roces con su padre desgastaban, eso, sumado a la tristeza de no saber nada de Carlo, minaba su salud. La vuelta a casa del hijo desaparecido era una enorme alegría. Por supuesto, ella no lo demostró delante de su padre.

—¿Cómo es posible?

—La noticia circula por toda la ciudad.

—Pero ¿está confirmada?

—¡Desde luego! La mercadera no ha tardado nada en mandarme esta carta anunciando la «feliz noticia». ¡Zorra servil de la mediocridad!

Adriana cogió el papel que su padre le entregaba.

Con una letra sumamente cuidada, y palabras amables, le anunciaba que su amado hijo había vuelto a casa. En un tono diplomático, le informaba además de que cualquier acción legal que pudiera emprender contra su familia sería inútil, dado que el legítimo conde de De Flaviis había regresado para ocupar el lugar que le correspondía. Terminaba la misiva instándolo a establecer la paz entre ellos, como parientes que eran.

«Siempre ha sido toda una señora», pensó Adriana.

—Ya no podemos hacer nada, padre —dijo con serenidad.

En el fondo se sentía aliviada, pensó que aquello sería el fin de la guerra con su tía.

Umberto la miró con el ceño fruncido.

—No. Esto no puede haberse acabado aquí. No consentiré que la mercadera se quede con todo.

—¿Y qué piensa hacer?

—¡Pelear, Adriana, pelear! Voy a hablar de nuevo con mis abogados, a ver si me dan una solución.

—¿Y qué solución piensa que le darán? Carlo está aquí y es el legítimo heredero.

—Alguna habrá. Quizá podamos hablar con el rey y solicitar…

—¿Es que no tiene bastante? —lo interrumpió—. Mire a su alrededor: ¡Lo tiene todo! ¿Es necesario, además, batallar por un condado que no le corresponde?

—Pero ¿qué estás diciendo? También lucho por ti. Para que puedas heredarlo todo algún día. ¡Serás condesa!

—¡¿Y para qué?! —alzó la voz Adriana—. ¿Quién lo heredará a mi muerte? Al menos Carlo podrá tener descendencia. Sus hijos serán los legítimos dueños del condado. ¡Todo acaba conmigo! ¿No

se da cuenta? Yo… yo no quiero eso. A mí me basta con lo que tenemos.

Umberto dio dos pasos hacia su hija y la abofeteó.

—No vuelvas a hablar así. No te eduqué para que te conformaras. —La señaló con el dedo.

Adriana se llevó la mano a la mejilla, sorprendida. Y, conforme subía el color de su rostro, se encendía también por dentro.

—La mitad de la sangre de ese arrogante no es noble. En cambio, la tuya… ¡es de reyes! —añadió Umberto.

Adriana lo observó con gravedad, sosteniéndose aún la mejilla enrojecida. Aquel bofetón lastimaba más por su significado que por el daño físico.

—Una sangre estancada que no fluirá hacia el futuro —dijo entre dientes.

—¿¡Qué!? Tener una hija inválida como mujer no hará que eluda mi responsabilidad. Merecemos ese condado más que ellos.

Aquello fue peor que la bofetada. Un insulto que se coló hasta lo más profundo de su alma. Las prioridades de Umberto De Flaviis no eran las que su hija esperaba.

—Pues yo estoy cansada de batallar —susurró—. Fabiola Sabatano me salvó la vida y usted le paga con desaire. ¿Acaso no soy lo más importante para mi padre?

Él la tomó por los hombros y fijó la mirada en ella.

—Por eso lo hago. Para que tengas lo que mereces.

—Debería estar agradecido y no ofrecerle su desdén cada vez que la ve. Si no fuera por ella, con probabilidad yo estaría muerta, igual que su amada esposa.

El barón la tomó por el brazo, hincando los dedos con rabia sobre su hija.

—Eres Adriana De Flaviis, descendiente de los Saboya. Sin compasión. ¿Entiendes? Tu sangre te legitima para luchar contra esa gente inferior a ti. No voy a consentir que flaquees. No sé qué te hizo esa mujer en Londres, pero quiero de vuelta a mi hija ¡ya! Tienes una enorme responsabilidad con tus ancestros. ¡Cumple con ella! —gritó sus últimas palabras.

En ese momento apareció Livia, silenciosa, para recoger los pedazos esparcidos del búcaro. Umberto ni siquiera la miró.

Adriana observó de reojo a la criada mientras asentía. En esos momentos hubiera dado cualquier cosa por cambiar su puesto por el de aquella mujer sin linaje.

Capítulo 34

El baile de primavera

Cagliari, 1859



El marqués de Sil organizaba un baile anual por la entrada de la primavera, al que siempre asistían. Si años atrás ya detestaba acudir a ese tipo de eventos, en ese momento, bajo la presión que ejercía su padre sobre ella, todavía más. Después de las consultas que el barón había hecho a sus abogados, ya solo le quedaba una alternativa: contraer matrimonio con su primo.

Ni la Adriana altiva ni la prepotente fue la que subió al carruaje esa noche. Desde luego estaba malhumorada, pero ese estado provenía de la amargura. Era la Adriana que sentía que la felicidad se le había escapado dos años atrás y que jamás volvería a tener oportunidad de rozarla. Los últimos acontecimientos y la relación con su padre contribuyeron a potenciar esa rabia que revolvía su interior. Se sentía atrapada y poco amada por el único hombre que debería hacerlo sin condiciones: su padre.

Por fortuna, Cagliari no era igual que Londres, y si una dama de su clase no deseaba bailar, podía rechazar a todos los hombres que se le acercasen. Y eso pretendía hacer. Era una suerte que fueran más relajados que los ingleses, aunque la fama de arisca ya la tenía. Sus rechazos nunca habían sido demasiado diplomáticos.

Ramilletes de mirto, laurel y rosas adornaban los jarrones de la entrada, como cada año. Las pesadas cortinas de terciopelo continuaban cubriendo los ventanales del palacio y, como siempre, asistían los nobles locales habituales: oficiales del ejército saboyano, madres con sus hijas casaderas, miembros del alto clero y algún diplomático. Nada era distinto, solo ella. Se introdujeron en el salón de baile y se mezclaron con la gente.

El barón saludó a amigos, pero a ella nadie la detuvo para dedicarle algunas palabras, aquello era el fruto de lo que había cosechado durante años. Había derramado tanta hiel por su boca, durante tanto tiempo, que nadie se le acercaba.

No llevaban ni diez minutos en el salón cuando escucharon al maestro de ceremonias anunciar al conde Carlo De Flaviis, a la condesa viuda Fabiola y a Marcella Sabatano. Los murmullos entre la gente se produjeron de inmediato, pero lo más significativo fue la expresión del rostro de su padre, entre la ambición y la alegría. Interrumpió su conversación y tomó a su hija del brazo.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —sentenció mientras caminaban buscando a sus parientes.

Adriana no contestó. Mantuvo la postura erguida de siempre y levantó esa ceja aristocrática que obedecía a una orden inconsciente de su cerebro.

Cuando los vieron, el grupo hablaba con el marqués, pero en cuanto los observaron acercase captaron su atención. La condesa le dirigió una mirada afectuosa que ella le devolvió, aquel sería el lenguaje silencioso entre ambas cada vez que se vieran. Su hermana Marcella, la tía de Carlo, no la observó del mismo modo. Esa mujer la despreciaba, sabía que tenía motivos para ello.

Su primo no la miró, fijó su atención en su padre en cuanto vio que él y su madre se saludaban. Mientras contemplaba la escena, ella lo analizaba a él. Había algo en el brillo de sus ojos violeta distinto, ¿quizá provocado por la experiencia vivida en una guerra? Cuando la atención recayó en ella realizó un gesto de la cabeza para saludar, ya era tarde para disimular el examen minucioso que le estaba haciendo.

—Es una suerte que, después de tanto tiempo, haya regresado a casa sano y salvo —le dijo, manteniendo su postura majestuosa.

Era posible que aparentase la frialdad de siempre, pero sabía que Fabiola conocía lo que en el fondo sentía.

—Sí, fue un alivio reencontrarme con mi familia de nuevo —respondió el conde.

Carlo era un hombre gallardo, pero siempre había poseído una altivez, casi similar a la suya, que ahora no emergía del todo. Adriana pensó que él también había experimentado un cambio como ella. Según lo que contaban, había permanecido sin memoria, igual que aquel falso Carlo al que persiguieron en Londres, y por ello no había regresado a casa, no sabía quién era. De algún modo se sintió identificada con él.

—¡Oh! Pero le veo muy bien, querido sobrino —intervino Umberto—, cualquiera diría que ha estado en una guerra.

—Después de tanto tiempo, no esperará verlo como si acabara de llegar de la batalla. Ha tenido de sobra para recuperarse —dijo Fabiola, palmeando el brazo de su hijo con cariño.

—Aun así, la guerra cambia a un hombre —afirmó Umberto, sin apartar la mirada de su sobrino.

—Y por lo que veo no detecta ningún cambio en el conde —intervino Marcella.

—Al contrario, su voz es unos tonos más grave —afirmó.

—Hace demasiado tiempo que no nos vemos, yo diría que tan solo es una impresión —apuntó el joven.

—O quizá la guerra lo ha convertido en un hombre —terció Adriana con sobriedad, acaparando la atención del conde.

—¿Es que antes no lo era, prima?

Adriana levantó el mentón, altiva. Aprovecharía la ocasión para mostrar el carácter poco cariñoso por el que era conocida. Lo que tenía claro era que no iba a mover un dedo para que su primo le pidiera matrimonio. Por un lado, era algo que ella no deseaba; por otro, no iba a permitir que cayera en el engaño de su padre: un matrimonio entre ellos supondría el final de los De Flaviis.

—No. Era solo un muchacho —afirmó ella.

—Y eso no le gustaba, por lo que veo.

—Lo que me parece es que no recuerda nuestras continuas disputas. Disfrutaba bastante diciéndome cosas desagradables.

—Las recuerdo —aseguró—, aunque preferiría haberlas olvidado. De todos modos, usted no se quedaba atrás. ¿Cómo me llamaba? —Hizo como que pensaba—. ¡Ah, sí! Mono presuntuoso.

Umberto rio al oírlo.

—Cosas de niños —justificó a su hija—. Pero bueno, yo creo que todo eso debe quedar ya olvidado. Buena prueba de ello sería dar una vuelta juntos por la pista de baile.

Al escucharlo, Carlo miró a su prima con una amabilidad inusual. Un gesto llamativo, sobre todo si tenía conocimiento de que el barón había estado molestando a su madre y a su tía durante su ausencia.

—¿Qué me dice, prima?, ¿bailamos?

«Si no bailo contigo no bailo con nadie». El eco de la voz de Morrison reverberó en su interior cuando su primo le pidió danzar. Ella tampoco tenía intención de hacerlo jamás con otro hombre que no fuera Paul.

—Preferiría no hacerlo —respondió con sequedad, consciente de que su padre se enfadaría con ella—. Ya sabe que nunca me ha gustado. ¿O es que no lo recuerda?

Lo miró prepotente, emulando a Ophelia Kingsley.

—Sí, lo recuerdo, pero pensé que quizá, con el paso de los años, sus gustos habrían cambiado. No se viene a un baile si no se tiene la intención de bailar, al menos una vez.

¿Dónde estaba su primo? ¿Qué había hecho ese hombre con él? Hubiera esperado una retirada diplomática por su parte, pero con un toquecito sarcástico.

—Yo solo vengo a ver cómo lo hacen los demás. Me parece un entretenimiento ridículo que siempre intento evitar. —Frunció el ceño —. Realmente no sé qué le ha pasado, a usted tampoco le gustaba. Parece otro.

—He cambiado —afirmó Carlo con tranquilidad—. Estuve a punto de morir, desorientado; no recordaba quién era. Así que ahora pienso que la vida no sería vida sin los placeres mundanos. No hay que desaprovechar ni un solo instante.

¿Por qué sus palabras la devolvieron a Londres? A todos los momentos que aprovechó junto a Morrison. No quiso que la tristeza emergiera y fuera advertida por los demás. Seguiría con su plan de ahuyentar cualquier mínimo pensamiento de un matrimonio con ella; aunque, tal y como la miraba su tía Marcella, dudaba que tuviera

mucho apoyo de su familia, en el caso de que en realidad ella quisiera conquistarlo y lo consiguiera.

—Realmente usted es otro.

Miró a su padre con cara de indignación, hizo una reverencia y se marchó. El barón no tardó en seguirla enfadado. Delante de tanta gente no iba a armar un escándalo, pero la detuvo tomándola del brazo, con disimulo.

—¿Qué acabas de hacer? Se supone que tienes que conquistarlo.

—Así es como siempre me he comportado y nunca le ha importado. Además, ¿no alienta más a los caballeros notar resistencia en una dama?

Umberto la soltó, mientras la miraba desconcertado, sopesando si su hija tenía razón o no. Era posible que en algunos casos sucediera, pero ¿qué podría estar buscando Carlo?

—No estoy seguro de eso. La estrategia la debemos pensar antes.

—Permítame visitar a mi tía. Será una excusa para poder ver al conde.

El barón la miró pensativo.

—No es una mala idea. —Asintió.

Adriana le sonrió, satisfecha. Al menos ahora tendría a alguien con quien hablar; no obstante, aún debía superar el filtro de la tía Marcella que la detestaba profundamente.

Su padre llegó contento a casa. El plan propuesto le gustaba, aunque Adriana no podía creer que pensara que funcionaría. Había estado atosigando a las dos mujeres de malas maneras. ¿Qué le hacía pensar que Carlo recibiría la propuesta con agrado? Aun así, su padre tenía intención de exigirle a Fabiola el trato del que hablaron antes de partir a Londres.

Capítulo 35

Nueva esperanza

Cagliari, 1859



Sentada en el salón observó el retrato de su primo: miraba al frente con aire interesante. Tenía que reconocer que era un hombre atractivo, pero ella jamás sintió por él la más mínima atracción, es más, hasta hacía bien poco lo detestaba. No estaba preocupada por los planes de su padre, sabía que no llegarían a buen puerto. No acabaría casada con él. Ella lo impediría, por mucho que su padre se presentara en casa de la condesa y le exigiera que cumpliera con su palabra. Además, su tía nunca aseguró nada, fue una cosa que quedó en el aire.

Se levantó de inmediato en cuanto vio entrar a Marcella Sabatano. No la esperaba a ella. Se situó delante, con ese aire ilustre que aprendió cuando se fue a vivir con su hermana, y la observó unos segundos.

—La condesa no se encuentra bien. No recibe visitas —le dijo de manera tosca.

—No la molestaré demasiado. Solo quiero ver cómo está.

Marcella arqueó sus cejas con sorpresa, como si no creyera lo que oía.

—Tiene problemas de corazón. La presión a la que ha estado sometida en los últimos años ha hecho que su salud se deteriorase —añadió, enfadada, haciendo alusión al constante acoso que su padre había ejercido sobre ellas—. No es una buena idea, que, precisamente usted, la vea.

Adriana entendía la actitud de aquella mujer. Comprendía a la perfección que no la quisiese en su casa.

—No te preocupes, Marcella. Voy a estar bien.

La voz sonó en el quicio de la puerta. La silueta delgada de Fabiola se recortaba a contraluz, llevaba un bastón sobre el que se apoyaba para caminar, complemento que en el baile no usaba, quizá porque le bastaba el brazo de su hijo para apoyarse.

—Pero ¿qué haces? —exclamó su hermana, caminando hasta ella para ayudarla a entrar y sentarse.

—Estoy mejor —aseguró—. Me niego a estar en la cama un segundo más.

—Estás muy débil.

—Quiero hablar con Adriana. ¿Le pides a Fabio que nos traiga unas galletas y limonada?

Marcella la miró disgustada, no le hacía gracia dejarla con aquella chica desagradable.

—A Carlo esto no le va a gustar —comentó con inquietud.

—Yo se lo explicaré cuando regrese. —Le sonrió.

Marcella se marchó de la estancia a regañadientes.

Cuando se quedaron solas, Fabiola miró a la joven y le pidió que se sentara a su lado. La muchacha le hizo caso, observándola con preocupación.

—No me mires así. Sé que no tengo muy buen aspecto, pero prefiero que lo ignoremos.

—¿Qué le sucede? —preguntó con ansiedad.

—Según los médicos, una angina de pecho. No puedo hacer esfuerzos y me fatigo haciendo poca cosa.

Adriana le tomó la mano instintivamente. Los ojos de la condesa se clavaron en los de ella con afecto, colocó su mano sobre la de la joven y le sonrió.

—Las tornas han cambiado. Ahora soy yo la que está enferma y tú la que vienes a consolarme, ¿verdad? Pero mucho me temo que vamos a tener obstáculos para seguir viéndonos.

Adriana bajó la mirada hacia las manos que aún tenían enlazadas.

—Lo sé.

—Carlo está muy protector conmigo. Sabe todo lo sucedido con tu padre y no quiere saber nada de él. Un desastre, al final la

enemistad engendra enemistad, ¿verdad? ¿Ha sido tu padre quien te ha enviado?

La joven levantó la mirada.

—No. Quería saber del estado de su salud. Conquistar a Carlo solo fue una excusa que le di para venir. Se ha puesto insoportable.

—¡Qué pena, *sa pippixedda mea*! ¿Tú estás bien?

Adriana se encogió de hombros.

—A veces estoy triste, pero, sobre todo, estoy enfadada. Mi padre y yo ya no compartimos prioridades. Y…

La mujer apretó su mano con cariño.

—¿Qué?

—No. Nada.

Tuvo ganas de hablarle del incidente del bofetón y de sus palabras hirientes. Desde entonces pensaba que su padre no recuperó del todo la razón después de la muerte de su madre.

—¿Sabes una cosa? Si no supiera que estás enamorada de otro hombre, a mí sí me gustaría que fueras mi nuera.

Adriana la miró emocionada y estuvo a punto de confesarle que ella jamás aceptaría un compromiso con su hijo, porque nunca podría tener descendencia. Pero en ese momento apareció Fabio con la bandeja que había solicitado.

Las dos observaron cómo dejaba todo sobre una mesilla cercana y cuando terminó, Fabiola le pidió que trajese una carta que había en el buró de su habitación.

—Tengo que enseñarte una cosa.

La joven la miró extrañada.

—No te preocupes, no son malas noticias. Me carteo con el general.

El corazón de Adriana golpeó con más fuerza su pecho. Intuía sobre quién iba a recibir noticias. Al poco tiempo, el mayordomo llegó con la carta. La condesa la tomó, despidiendo al criado, luego se la ofreció a su sobrina para que la leyese:

> Estimada condesa:
>
> Es una enorme alegría saber que su hijo ha regresado sano y salvo al hogar, lo consideramos un milagro que Paul y yo celebramos. Sentimos un gran alivio cuando supimos que el conde de De Flaviis no sería

enviado al frente para luchar contra los austríacos, creo que ambos merecen recuperar el tiempo perdido que la guerra les arrebató, y confío en que podrán hacerlo con tranquilidad.

Aunque los ingleses no tomemos parte activa en esa contienda, me gustaría que supiera que simpatizamos profundamente con la causa de la unificación de Italia. Gracias a mi gran amigo, el conde de Cavour, estoy informado de los progresos en la batalla.

Por este lado del mundo todo marcha razonablemente bien, aunque Paul ha decidido trasladar la sede de su oficina a España, en concreto a Zaragoza, ya que allí se concentran la mayor parte de sus clientes. Después de la inauguración del orfanato y de asegurarse de su correcto funcionamiento, consideró oportuno establecer su residencia en dicha ciudad.

Desde entonces, apenas tengo ocasión de verle, y no puedo ocultarle cuánto lo echo de menos. Usted sabe que para mí es como un hijo. Sin embargo, comprendo que su decisión obedece al deseo de hacer prosperar su negocio y, por lo visto, va logrando su propósito.

Por las cartas que he recibido de usted, sé que su sobrina se encuentra bien, cosa que me alegra mucho. Espero que logre el éxito en sus empeños artísticos; el nuestro de emparejarlos no llegó a buen fin, y es algo que lamento. Habría sido grato para los dos verlos caminar juntos por la vida. Sin embargo, si ambos son felices en su situación actual, ha de bastarnos.

Me despido de usted con afecto. Sabe que, ahora y siempre, puede contar conmigo como su fiel amigo y servidor.

Christopher Brown, marqués de Bristol

La condesa la observaba fijamente, pero ella no podía apartar la mirada de aquellas letras. Supuso un alivio comprobar, de una fuente fiable, que Paul había conseguido salvar su negocio. Que estaba bien, que continuó con todos sus proyectos sin hundirse, después de que rompiera con él. La última parte de la carta la dejó perpleja. Aunque lo sospechaba, no era una certeza que el marqués y su tía quisieran unirlos.

—Aún podríamos hacer algo.

La voz de la condesa le hizo levantar la mirada hacia ella.

—Llámalo destino, pero Carlo está buscando comprar unas tierras en España, quiere plantar trigo en una localidad de Huesca.

—¿Qué quiere decir?

—Huesca está muy cerca de Zaragoza. El proyecto aún está verde porque no ha encontrado la finca que está buscando, pero, en cuanto lo haga, y yo me encuentre mejor, viajaremos allí. Tú serás de nuevo mi acompañante.

Adriana se puso en pie de súbito.

—Pero… no puedo…

—¿Qué sucede? —preguntó Fabiola extrañada.

—No puedo volver a verlo.

—¿Por qué?, ¿qué es lo que sucedió?

Adriana comenzó a frotarse las manos, nerviosa.

—Vuelve a sentarte —le pidió la condesa, mientras servía un poco de limonada en los vasos.

Adriana la obedeció y tomó el refresco que le ofreció.

—Bébela toda.

La mujer la observó en silencio, mientras la joven acataba su orden.

—¿Paul te rechazó?

Adriana la miró con tristeza.

—Yo fui tremendamente cruel con él. Lo hice para que me odiara.

—¿Y por qué quisiste hacer eso?

—Por *lady* Ophelia Kingsley.

—¿Acaso él estaba enamorado de ella? ¿Era su amante?

—Jamás se daría ese caso.

—¿Entonces?

—*Lady* Ophelia me chantajeó. Había un trabajador en la empresa de Morrison que estaba estafándolo sin que él lo supiera y la duquesa lo descubrió. Reunió pruebas suficientes para hundirlo. A cambio de no hacerlo me pidió que desapareciera de su vida.

Fabiola chascó la lengua.

—Esa mujer nunca me gustó —comentó indignada—. Bueno, pues ya está, han pasado dos años y el señor Morrison está en España. No puede hacerle daño.

—¿Cómo sabe usted eso? No quiero que le pase nada malo. No me fío de esa mujer.

—La duquesa se salió con la suya y ya se habrá olvidado del tema.

—Pero… él debe de odiarme.

—Cuando estés en España se lo explicas todo. —Colocó su mano sobre la de ella, y, dándole unos golpecitos cariñosos, le sonrió—. El amor, cuando es de verdad nunca muere, *sa pippixedda mea.*

Adriana le devolvió la sonrisa.

—¿Qué le dirá a Carlo? No le gustará que yo la acompañe en ese viaje.

—A mi hijo déjamelo a mí. Tú, encárgate de tu padre, aunque creo que si le dices que vienes con nosotros estará encantado. —Acarició su mano—. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

Capítulo 36

El encargo

Cagliari, 1869



La mirada libidinosa de Piero Rossi recorrió con avidez las formas del cuerpo desnudo de Adriana. Tumbada en un diván, el único lugar limpio de todo el estudio, se acomodaba para obtener lo que deseaba.

Un intenso olor a óleo, barniz y pigmentos impregnaba la estancia, pero a ella no le molestaba, todo lo contrario, era como un perfume caro que le recordaba la belleza que había en el arte. Su desnudez no la hizo sentir incómoda. Tenía claro su propósito y no iba a desistir.

El pintor la había observado con descaro cuando se paseó desnuda hasta llegar hasta el sofá. No era un hombre tímido, pero la mirada fría de Adriana lo contuvo, aunque a la vista estaba que la deseaba. Un gesto mal interpretado y Piero se acercó poco a poco hasta ella, cogió su mano y se la colocó sobre uno de sus pechos. Adriana lo miró con el ceño fruncido.

—Sé perfectamente lo que quiero. Déjeme a mí la postura, señor Rossi.

El joven artista retiró su mano, no sin antes rozar con suavidad uno de sus senos.

—Si vuelve a hacerlo, le aseguro que se marchará de aquí con la voz de un auténtico *castrati*. ¿Me entiende? —lo amenazó, exhibiendo el carácter agrio por el que se la conocía en Cagliari.

—Pensé que…

—Pues no piense. Solo haga su trabajo.

Piero era un joven pintor con talento, adepto al movimiento romántico. A Adriana le pareció una gran opción para lo que llevaba

en mente. Lo había apoyado desde el momento en que descubrió su obra en una exposición, y en ese instante deseaba ese encargo más que nada. ¿Por qué después de tanto tiempo le había pedido aquello? Evidentemente, porque estaba furiosa y ansiaba molestar a su padre.

Tras la muerte de su tía, hacía ya un año, Adriana volvió a comportarse como una mujer altiva, rencorosa y malhumorada. La partida de Fabiola le recordaba que la vida volvía a ser cruel con ella: se había llevado a la única persona con la que podía ser ella misma. Estaba convencida de que todas las emociones que se había tenido que tragar a lo largo del tiempo, contribuían a su nuevo cambio. Sencillamente, estaba cansada, y el cansancio la irritaba.

Hacía mucho tiempo que había dejado de soñar con ese viaje a España, años antes de la muerte de la condesa. Cuando observó cómo la enfermedad la iba consumiendo poco a poco, asumió que jamás viajarían juntas otra vez.

Sus visitas nunca fueron bien recibidas por Marcella y su sobrino, pero ella no dejó de acudir para conversar un rato con la condesa. Lo hizo durante nueve años. Cada jueves era puntual como un reloj. Fabiola la esperaba: primero sentada en una butaca, luego tumbada en un diván y, en los últimos años, en la cama. Las fuerzas la fueron abandonando poco a poco hasta fallecer.

El día en que la condesa murió, fue Carlo quien le dio la noticia. La llamó y la hizo entrar en ese salón donde presidía su impresionante retrato, símbolo de su poderío.

—Prima, mi madre ha muerto esta mañana a las nueve y media —le dijo con solemnidad—. Dado que usted y ella mantenían una relación cordial, he creído conveniente hacerla venir aquí para decírselo en persona.

Adriana se quedó paralizada mirándolo. Un nudo oprimió su garganta; no obstante, no deseaba dejarse llevar por la emoción delante de él.

—Sé que mi padre no se ha portado bien con su familia, pero créame que mi dolor es tan grande como el suyo en esta pérdida.

Adriana fue sincera, pero Carlo no le contestó; solo asintió con gravedad, aceptando sus condolencias.

—Imagino que ya no tiene sentido que venga por aquí —murmuró ella, consciente de la situación extraña.

—No. No lo tiene —respondió Carlo adustamente—. Sé que mi madre deseaba que viajara con nosotros a España. Quiero que sepa que yo no estaba de acuerdo, pero iba a consentirlo porque, aunque desconozco el motivo, ella sentía aprecio por usted.

¿Cómo podía ser tan insensible? Sus palabras la hirieron profundo, aunque quizá lo mereciera. Durante mucho tiempo había sido tan antipática como un puntapié en la espinilla, y las viles acciones de su padre no ayudaron. Pero desde que comenzó a visitar a Fabiola, nunca, jamás, le dio una sola oportunidad para demostrar que ya no era la misma y que había un sincero aprecio mutuo entre ambas.

Cada jueves acudía a su palacio, durante todo el periodo que duró la enfermedad de su madre, pero él nunca estuvo presente, jamás se cruzó con ella. Evitándola, demostraba su rechazo.

Aceptaba la situación porque su madre deseaba esas visitas, pero ni él ni su tía Marcella estaban de acuerdo. No le dieron la oportunidad de demostrar que ya no era esa mujer engorrosa, aparentemente sin emociones. Y ahora, daba por sentado que la muerte de la condesa no le importaba en absoluto, que su relación solo fue un ardid para lograr su objetivo: conquistar a la madre, para después hacer lo mismo con el hijo. Esa apreciación la convertía en una mujer interesada, sin corazón. Entonces, el orgullo emergió sin que lo pudiera controlar.

Adriana alzó el mentón y lo miró con altivez.

—Yo quería a la condesa. Si vine a esta casa no fue por usted, primo. Nunca lo fue.

—Me alegra saber que no tiene tan poca vergüenza. Después de lo que su padre y usted le hicieron a mi madre en mi ausencia, es lo único que podía llegar a pensar.

Adriana parpadeó varias veces, incrédula ante aquella bofetada verbal. Lo merecía. Las maniobras de su padre merecían una respuesta así.

—Reciba mi más sentido pésame —sentenció dolida.

Salió de la habitación sin permitir que la acompañara ningún sirviente. Caminó sola por la mansión que ambicionaba su padre. Abrió ella misma la puerta y salió con el corazón encogido por la pena, pero con el orgullo herido retorciéndose en sus entrañas.

Se sintió de nuevo en el punto de partida; experimentó la misma soledad que la envolvió tras el viaje a Londres. Y, como siempre, no hubo nadie a su lado. Después de las palabras de su primo no se sintió con fuerzas para asistir al funeral, cosa que su padre también habría intentado impedir, pero como su tía decía: «El amor, cuando es de verdad, nunca muere, por mucha distancia que haya de por medio».

La muerte las acababa de alejar, pero ella le había reservado un hueco oculto en ese lugar profundo de su interior donde estaban Martina, Paul y su madre. Otro secreto que debía guardar.

Después de aquello, fingió ante su padre que todo iba bien y que seguía viéndose con su primo. No sentía ganas de que la atosigara de nuevo. Pero esa misma mañana, Umberto se enteró de que Carlo preparaba su viaje a España… solo. La furia se apoderó de él y la buscó llamándola a gritos por todo el palacio. Cuando la encontró se detuvo ante ella, mirándola furibundo.

—¡Nueve años perdidos! —le gritó.

Adriana lo observó con serenidad. Estaba ya más que acostumbrada a sus ataques de ira.

—Para mí no ha sido así.

—¡Tu primo se va a marchar a España! ¡Sin ti!

Durante los últimos nueve años, Adriana le había explicado a su padre que Carlo no le proponía nada serio por la enfermedad de su madre, y después de su muerte, le dijo que pronto recibiría una buena noticia. Mintió, sabiendo que sería descubierta, pero actuó del mismo modo que su padre: fingiendo por sus intereses, que en ese caso eran que la dejara en paz durante el mayor tiempo posible. Por lo visto, aquella mañana su tiempo se había agotado.

—Lo sé, al parecer no estaba interesado en mí. Es una lástima porque usted me ha educado para ser una excelente esposa: cariñosa y dulce —le contestó con ironía.

—Tanta belleza… y ni para conquistar a un hombre has servido —espetó con desprecio.

Adriana se apartó de él. Estaba harta de que le echara la culpa de sus propios errores. ¿Acaso no había sido él quien la había educado? La había convertido en una mujer arisca y amargada. Y él se había comportado como un bellaco con Fabiola y su hermana. ¿Qué esperaba?

—Me marcho. Tengo una cita con Piero Rossi —le informó seca.

Y así fue cómo tomó la decisión de hacer aquel encargo, de manera impulsiva, porque algo se lo gritaba desde dentro.

Una vez que se colocó en la postura en la que deseaba ser retratada, Piero comenzó a dibujarla. La observaba con deseo contenido, pero lo que tenía frente a sí no era la aristócrata italiana: era Venus, la diosa del amor, con la mirada más sensual que jamás hubiera visto en una dama de alta cuna. La *baronessina* le había encargado un cuadro que representara a una Venus tan vulnerable al deseo y al amor como Marte en la obra de Botticelli. Y, además, quería posar ella misma. Al principio pensó que buscaba sus atenciones, pero por lo visto no era así. De lo que sí estaba convencido era de que el cuadro iba a ser una bomba. ¿Estaba dispuesta a exponerlo con los demás? Al parecer, eso pretendía.

Todas las sensaciones que Adriana sintió con Morrison se reflejaban en su expresión: la pasión y su propia rendición ante ella. Estaba segura de que Piero sabría captar todo lo que deseaba transmitir. Había quedado con el artista que lo expondría junto a su otra obra en su próxima exposición. No iba a retractarse. Al fin y al cabo, era arte ¿no? Ya le había dado un adelanto a Piero de ciento cincuenta liras, el resto al terminar.

Lo cierto era que no estaba pensando. No lo hacía. La decisión que había tomado no era premeditada. Una rabia visceral la hacía comportarse de manera rebelde. Estaba tan sumamente enfadada… la vida volvía a contrariarla, y en ese momento se sentía como una leona acorralada por dos leones poderosos: su padre y Carlo. Ambos la habían ofendido.

Pero, en el fondo de esa insurrección, también se escondía el deseo más amable de mantenerse unida a Paul a través de los recuerdos, encarnados en aquel cuadro que se había empeñado en poseer. Sabía que provocaría un escándalo en la sociedad de Cagliari, pero esa era su forma de rebelarse contra un destino que insistía en arrastrarla por un camino que no deseaba recorrer.

Durante el día acudía presa de la rabia al estudio de Piero para posar, impaciente por mostrar aquella obra al mundo y, sobre todo, a su padre. Pero por la noche se concedía unos momentos de paz y, en silencio, bajaba a la cocina a amasar pan. El aroma la trasladaba a un mundo paralelo en el que una vez vivió y fue feliz. Aquel en el que apreciaba el valor de las cosas sencillas, y allí se refugiaba en las emociones que sus recuerdos le traían.

Capítulo 37

Noticias de ella

Comarca de los Monegros, 1869



—Me han dicho que el mejor vino español podría convertir a un inglés en poeta. Aunque, con mi suerte, acabaré siendo más bien un borracho incapaz de hacer una rima —dijo admirando el color rojizo del líquido que brillaba en su copa.

Beatriz Acuña rio su gracia; a pesar de que se acababan de conocer, la joven parecía cómoda con él.

—¿Siempre tiene el mismo sentido del humor? —le preguntó la muchacha.

—Solo cuando la audiencia merece la pena. Y parece que esta noche tengo suerte —le contestó con una sonrisa.

—Qué bien, porque a mí me gusta la compañía de quien sabe reír.

¿Por qué, de manera inevitable, acudió a su mente aquel día frente a Notre Dame en que conoció a Adriana, cuando él y sus amigos reían a carcajadas?

Corroborado. No todas las mujeres tenían los mismos gustos.

Habían pasado doce años ya, y aún le pesaba en su recuerdo, incluso con la compañía de una joven preciosa de carácter afable.

—Ya tenemos algo en común —afirmó Paul.

—Al parecer, sí —respondió la muchacha sonriente—. ¿Qué hace un británico como usted en un lugar como este? ¿No prefiere dirigir sus negocios desde una ciudad cosmopolita como Londres?

Paul abrió los ojos e hizo una exagerada mueca de desagrado.

—La aristocracia británica me da alergia. No puedo estar muy cerca de ellos.

Beatriz volvió a reír.

—No le diga eso a doña Pilar, la defraudará. Admira todo lo que proviene de la alta sociedad europea.

—Si la conociera en profundidad, no pensaría lo mismo —discrepó—. Salvo unos pocos, suelen ser egocéntricos, orgullosos y estrictos con sus normas sociales, aunque lo suficientemente hipócritas para saltárselas con discreción.

—Prefiere relacionarse con terratenientes españoles. Tienen dinero, pero no son tan exigentes con la etiqueta.

—*Missis Acunya*, es usted una dama muy inteligente.

—No lo creo. —Rio de nuevo—. Mi educación no tiene nada que ver con la que reciben las damas de clase alta de su país. Me crie en un convento. Uno de los más bonitos que hay en el mundo, pero, al final, solo soy una humilde chica de pueblo.

¿Por qué cada palabra que pronunciaba lo llevaba a compararla con Adriana? No conseguía quitarse la espina que su desprecio dejó en él, y, sin embargo, después de tanto tiempo, allí estaba, contrastándola con esa dulce mujer.

—Le aseguro que usted, con su humilde educación, vale mil veces más que una de esas duquesas con cientos de años de estirpe a sus espaldas.

—No le creo, señor Morrison.

—Pues hágalo. No todo el mundo es capaz de ver la belleza en las cosas sencillas, pero para mí tienen infinitamente más valor.

La joven lo miró con el ceño fruncido, pensativa, como si se hubiera dado cuenta de algo imperceptible a simple vista.

—¡Cuidado! Detrás de esas palabras asoman las orejitas del lobo. Pareciera que lo hirieron alguna vez.

—Para ser tan joven es usted muy suspicaz.

—Gracias a mi discreta educación de convento no voy a indagar más. —Le sonrió con amabilidad—. Así que cambiaré de tema: ¿Tiene su residencia aquí o en Zaragoza?

—Tengo una finca cerca de aquí en la que paso temporadas para poder tratar con mis clientes. Me invitan a muchas reuniones como esta. Pero en Zaragoza está mi oficina y mi residencia habitual.

—¿Recibe buen trato de mis compatriotas españoles?

Paul llevaba años viviendo en España, rodeado de los terratenientes cuyo trigo exportaba a su país. Allí nadie lo trató con el desprecio que sintió en los salones londinenses. Parecían admirarlo por el simple hecho de ser inglés. Sus anfitriones, don Casimiro Alfaro y su esposa, doña Pilar, lo atendían como si fuera un alto dignatario, a pesar de haberles dicho mil veces que tan solo era un empresario nacido en un humilde barrio británico.

—Me siento mucho más cómodo aquí que en mi país.

—¿No ha dejado parientes allí a quien echar de menos?

—Sí —contestó—, un noble que es como un padre para mí. Es el único motivo por el que viajo a Inglaterra.

Poco tiempo después de la marcha de Adriana, Paul recibió un paquete anónimo con los libros de cuentas duplicados en los que aparecían reflejados los números reales: todo lo que su amigo lord Collingwood había estado estafando. El dinero que robó, destinado al orfanato, fue repuesto por un donante secreto. Nunca supo quién lo ingresó, pero de lo que se dio cuenta era de que alguien misterioso sabía demasiado de sus negocios y eso lo volvía vulnerable. La situación fue lo suficientemente extraña como para que pusiera tierra de por medio. No se fiaba de nadie. Así que decidió que era más seguro trasladar la oficina principal a Zaragoza, lejos de cualquiera que intentara manipularlo a base de posibles chantajes. Rompió relaciones con la cooperativa española y decidió encargarse él mismo de la mercancía que mandaba desde España. Además, necesitaba alejarse del recuerdo de Adriana, y en Londres eso era imposible.

—Podría venir a visitarlo a usted —repuso Beatriz.

—Es demasiado complicado. Tiene un cargo importante y no lo puede abandonar. Pero estamos hablando demasiado de mí, *missis Acunya*. ¿Qué me dice de usted?

—Poco hay que contar, señor Morrison. Llevo toda mi vida viviendo en Villanueva de Sijena. La invitación de hoy es lo único que me ha hecho salir de la rutina en mucho tiempo. Mi hermano es amigo del señor Alfaro, y la última vez que estuve aquí fue cuando tenía quince años.

—No debe de hacer mucho de eso —la quiso halagar.

—Una década. Ni más, ni menos —le confesó sin importarle que supiera los años que tenía.

Una mujer de su edad en Londres ya era demasiado mayor para el matrimonio. Si no estaba casada, allí muchos se cuestionarían el motivo. Pero en aquella comarca española las cosas eran distintas, parecía que la vida llevaba otro ritmo y suponía que en el pueblo en el que vivía, pocos pretendientes debía de haber dignos de una dama de buena familia. Aunque era bastante la diferencia de edad entre ellos, llegó a plantearse, en ese preciso instante, que Beatriz podría ser la que arrancase esa espina que Adriana había dejado clavada en su corazón.

Poco duró esa idea. Se volatilizó en el momento en que se oyeron voces en el salón de al lado, donde se encontraban los anfitriones junto a los demás invitados. Curiosos, acudieron para ver quién se había unido a aquella fiesta. Entre los presentes —además de los dueños de la casa y ellos— estaban el cura del pueblo, un terrateniente llamado don Ginés Belmonte y su hijo, Alejandro; y don Blas, el alcalde y su hija.

Cuando Paul observó la expresión en el rostro de su nueva amiga al ver al hombre que acababa de llegar al salón, comprendió que esa joven ya había entregado su corazón, quizá sin ni siquiera saberlo.

No obstante, la verdadera sorpresa fue la suya, cuando supo el nombre del caballero. De todos los hombres que había en el mundo ¿qué probabilidades había de que fuera precisamente él el que estuviera, no solo en la misma comarca, sino en el mismo salón? El único hombre del que había sentido verdaderos celos, el único que le podía hacer recordar a la mujer que más amó en la vida: el conde Carlo De Flaviis.

Por Christopher Brown supo que había regresado a casa, se había enterado por la correspondencia que mantenía con la condesa. Se alegró. Aquella mujer merecía la felicidad. Pero nunca imaginó que se encontraría con él en aquel rincón del mundo.

Elegante y distante, permanecía en el círculo que se había formado en torno a él. Sus ojos violetas cobraban relevancia, potenciados por aquellas ropas oscuras que vestía. Sin lugar a

dudas, era pariente de ese tormento italiano que jugó con él de la manera más despiadada. La detestaba, pero, aun así, después de tanto tiempo, todavía tenía dudas de si hubo algo de verdad en los sentimientos de ella. ¿Tan buena actriz llegó a ser? ¿Tan poco corazón tenía? Desde que lo dejó plantado, haciéndole sentir como un estúpido, su corazón estaba dividido: había momentos en los que la amaba con toda el alma y otros en los que la detestaba con intensidad. Jamás llegó a un término medio, pasaba de una emoción a otra con facilidad. Las preguntas que se hacía no tenían respuesta, y a menudo quería creer que aquella Adriana que se sinceró con él, mostrando su vulnerabilidad, existió de verdad, que no todo fue un juego divertido entre dos aristócratas aburridas.

En su cabeza aún rondaba aquella frase: «Si no bailo contigo, no bailo con nadie». Aunque su sueño de formar una familia aún estaba pendiente, no sentía demasiadas ganas de lanzarse a la búsqueda del amor. Había algo que se lo impedía. ¿Acaso seguía enamorado de ella? Cuando se preguntaba eso, la imagen de Adriana amasando pan en The Golden Crust se le aparecía, llenándolo de una paz que no comprendía. ¿Nada de aquello fue verdad?

Sus contradicciones lo amargaron durante años, y creía que ya las había superado. Lo pensaba hasta que se encontró con el primo al que estuvieron buscando durante más de un mes. Era evidente que los planes del padre de Adriana se habían frustrado e, inevitablemente, se preguntó qué sería de ella.

En ese momento, estaba allí, observando sonreír a la mujer con la que hacía nada conversaba, a la vez que se planteaba si tendría alguna posibilidad con ella. Vio cómo se miraban a los ojos, mientras ella le ofrecía su mano. Paul estuvo convencido de que ese hombre ya estaba atrapado. El suave aroma a limón y flores de la joven, con probabilidad ya había inundado sus fosas nasales y, esa sonrisa sin doblez, ¿a quién no caldeaba el corazón?

Casimiro Alfaro se lo presentó y Carlo De Flaviis lo observó con atención, aunque respondió con impecables modales, notó el análisis minucioso que hizo de su persona. Se interesó por su procedencia y Paul reprimió las ganas de preguntarle directamente

por Adriana. ¿Por qué ese impulso lo acuciaba desde que lo había visto?

—Londres. Allí tuve el placer de conocer a su madre hace unos años. Iba acompañada de su prima, si no recuerdo mal.

—¡¿De verdad?!

Se mostró muy sorprendido.

—Sí. Era toda una dama. Recuerdo que era una época difícil para ella, al parecer, a usted lo habían dado por desaparecido en la Guerra de Crimea. Ese era el motivo de su presencia en Londres: buscaba apoyo en el general Brown para dar con usted.

—¡Cierto! Me relató aquel viaje, y le acompañaba mi prima.

—Toda una belleza —aseguró Morrison, mordiéndose la lengua para no preguntar por ella y delatar la ansiedad que le provocaba. Sabía que si lo que le dijo Adriana era cierto, su familia inició una batalla legal contra la del conde. Eso no debió de gustarle a Carlo.

—Sin lugar a dudas —contestó sin sonreír—. Adriana es como una escultura griega.

—Eso pensaba yo, como Afrodita.

La conversación se desvió hacia otros derroteros y doña Pilar propuso a sus invitados sentarse ya a la mesa.

Con el enorme esfuerzo que le había costado apartar a la italiana de sus pensamientos, ese hombre había deshecho en un momento todo el trabajo de doce años. En ese instante no podía alejarla de su cabeza. Volvía a preguntarse si no debió haber insistido más para averiguar si realmente su decisión fue tomada por los planes de su padre o fue una excusa para apartarse de él por otro motivo que desconocía.

En la mesa, intentó distraer su mente dando conversación a Beatriz, a quien tenía a su lado, mientras desde el otro, eran observados por Carlo De Flaviis. Era evidente que la española lo apreció, porque se notaba cierta tensión en ella y, de vez en cuando, su mirada se desviaba hacia él. El coloquio con ella duró hasta que don Casimiro comenzó a hacer preguntas al conde y Beatriz se vio sumamente interesada por el tema. En realidad, fue algo que interesó a todos los comensales.

Se notaba la confianza que había entre la mayoría de los invitados, oriundos de la zona. Se hablaban con familiaridad, incluso tratando temas que concernían a la vida privada de la señorita Beatriz y de Alejandro Belmonte. Fue un tanto incómodo para los jóvenes, pero Paul, en cierta medida, envidió esa familiaridad y se sintió a gusto viendo como unos bromeaban con otros. Esa tranquilidad se rompió cuando aquel maldito nombre salió en la conversación sin que lo esperara.

Fue como si todo su pasado lo hubiera perseguido, para encontrarse con él esa noche. Su intención no fue otra que la de dar conversación a su acompañante.

—*Missis Acunya*, Casimiro me ha dicho que su hermano tiene negocios en Jamaica.

Beatriz le prestó atención.

—Así es. Hace cinco años que está allí. Por cierto, desde hace un año su socio es un lord inglés.

Paul arqueó sus cejas rubias.

—¿Quién?

—Lord Collingwood.

Pareció que se le helaba la sangre cuando la oyó, y se vio en la obligación de informar a Beatriz Acuña de la calaña de hombre con el que se había asociado su hermano. Así que ese malnacido continuaba dando tumbos por el mundo. Mucho ojo debía tener su socio si no quería salir mal parado.

Su viejo amigo ya no le importaba. Cuando recibió los libros de cuentas y el dinero del orfanato, prefirió no insistir. ¿Para qué intentar obtener una respuesta por parte de alguien que no deseaba hablar con él? Lo había traicionado y había huido. Supo que a Jamaica. Al final, su secretario dio con la fecha, la compañía con la que viajó y el destino; pero en cuanto repusieron el dinero, Paul no fue a dar parte a las autoridades. Un antiguo ladrón frente a un hombre de una familia respetable, era imposible que le dieran credibilidad a él. Lo mejor era marcharse sin hacer ruido. Se sintió profundamente herido por aquella amistad que lo traicionaba. No entendió nada y no quiso hacerse preguntas, igual que con la marcha de Adriana. En poco tiempo se vio de nuevo solo, y con la

misma idea que le hizo sobrevivir en Bermondsey: nadie iba a cuidar de ti si no lo hacías tú mismo.

Un movimiento al otro lado de la mesa le hizo pensar a Beatriz que el conde sabía algo.

—¿Lo conoce usted? —se interesó.

—¡Oh, no! —respondió de inmediato.

—Por un momento creí que así era.

Carlo negó con la cabeza.

—El conde no lo conoce, pero yo sí —intervino Paul—. Y me veo en la obligación de advertirla. Lord Collingwood no tiene muy buena reputación.

—¿A qué se refiere? —le preguntó preocupada.

—Conozco a más de uno que jamás volvería a hacer negocios con él.

—¿Por qué?

—Tiene cierta habilidad para hacer desaparecer dinero sin dejar rastro.

—Creía que la justicia británica era infalible —declaró don Blas, mientras dejaba la copa con la que acababa de beber—. ¿No está en prisión?

«No puede serlo si ni siquiera conoce el caso», pensó.

—La justicia aquí, en Gran Bretaña y en cualquier lugar, no siempre es efectiva. Muchas veces se inclina a favor del que más tiene —intervino Carlo, pasando la mirada por aquellos que tenía enfrente.

Por desgracia, en esos momentos, Paul pensó que no iba desencaminado.

—¡Dios mío, espero que eso no sea así! —exclamó Beatriz—. ¿En qué convierte eso al mundo?

—En un lugar en el que el que menos tiene siempre sale perdiendo —contestó el italiano.

Su relación con la aristocracia británica le había hecho ver el mundo de otra manera, así que Paul, de algún modo, coincidía con eso. A pesar de que él tuvo suerte, encontrándose con Christopher, no todos sus compañeros de Bermondsey tuvieron las mismas

posibilidades y, por desgracia, ante la justicia, no tenían las de ganar frente a la palabra de un noble.

—Es posible que la justicia se equivoque en ocasiones, no deja de ser impartida por hombres, pero yo creo en ella —se quiso convencer de ello—, y volviendo a lord Collingwood, *missis Acunya*, debería advertir a su hermano.

Ella lo miró con una sonrisa amable.

—Me cuesta creer que mi hermano no se haya informado antes, pero se lo agradezco y le haré llegar su advertencia.

Era muy posible que no hubiera ninguna falta en el pasado de su antiguo amigo, por ello era necesario que el español fuera avisado.

Después de la cena, los hombres pasaron al salón y las tres mujeres salieron al jardín. La conversación entre los varones versó sobre El Cucaracha y su banda. Ese bandolero mantenía en jaque a la Guardia Civil, extorsionaba como quería a los terratenientes, y eran incapaces de capturarlo. Al poco tiempo, Carlo De Flaviis se apartó del grupo y se colocó junto a la chimenea. Parecía no sentir interés por el tema, como si aquello no fuera relevante para él. Encendió un cigarro y comenzó a fumar observando lo que sucedía al otro lado del ventanal, en el jardín. Morrison creyó que esa era la oportunidad para poder conversar con él. Se levantó para acercarse.

—¿No le preocupa El Cucaracha? —le preguntó—. En la comarca están aterrorizados.

—Es la Guardia Civil quien debe encargarse de él. A mí me preocupa más la escasez de agua —respondió.

—Tiene usted razón. Ese también es un problema grave.

—Un problema que espero solventar —dijo con seguridad.

—¿Tiene algún plan?

—Sé dónde buscarla. Desde que llegué aquí no hago otra cosa que trabajar en un pozo.

—Espero que consiga su objetivo.

Carlo asintió, no era un hombre que facilitase demasiado la comunicación, su sobriedad podía llegar a frenar a cualquiera, aunque Paul estaba acostumbrado a tratar con hombres de todo tipo

y un rictus serio no lo iba a parar. Su propósito era claro desde que se lo habían presentado: obtener información.

—¿Sabe una cosa? El paso de su madre y de su prima por Londres me dejó huella.

Carlo lo miró con atención.

—Su madre siempre fue muy considerada conmigo, a pesar de que yo estaba fuera del círculo con el que toda una dama suele relacionarse.

Carlo dio una calada al cigarro y expulsó el humo.

—Le creo, aunque estoy seguro de que el trato por parte de mi prima no sería el mismo.

El señor Morrison sonrió, pero su interlocutor lo miró inalterable.

—No —fue sincero—, pero tengo que reconocer que lo pasé bien. Fueron divertidas las conversaciones con ella. Dígame, ¿cómo se encuentra?

—En honor a la verdad, desde la muerte de la condesa no tengo mucho trato con ella. Aunque sí puedo decirle que hace poco fue el centro de un escándalo. Es una mujer impredecible y no sé cuál fue el motivo que la condujo a hacer aquello, pero en todo Cagliari últimamente solo se habla de ella.

Paul arrugó el ceño al oírlo, la curiosidad lo estaba matando.

—¿Se puede saber qué hizo?

—Se retrató como Dios la trajo al mundo, sin ningún tipo de paño que cubriera su intimidad. Pero lo más escandaloso de todo fue la expresión de su rostro, parecía… —Carlo frunció los labios—, que acababa de tener un muy satisfactorio encuentro amoroso. Expuso el retrato en la galería más importante de Cagliari y, en el momento que tomé el barco hacia aquí, todavía permanecía colgado en la exposición, pese a los intentos de su padre de quitarlo de inmediato. Me temo que Adriana le pidió a un noble de mala reputación que lo comprase para evitar que su padre se deshiciera de él. Mi tío no puede hacer nada. Aún no sé cómo no la ha desheredado. Conociéndolo, debe estar indignado.

Tuvo que reconocer que le hizo gracia, aunque nunca imaginó que llegara a tanto. Las damas con sangre Saboya no hacían esas

cosas. Nunca, jamás, una mujer de su clase posaría para un cuadro desnuda. Normalmente encargaban retratos enjoyadas, y con sus mejores galas, para exhibirlos en sus lujosos salones ante sus amistades.

—¿Un noble de mala reputación? —preguntó Morrison con una pequeña punzada de celos aguijoneándolo, esperando más información.

—Alessandro Cavallieri. Es un viejo príncipe excéntrico, aficionado a las meretrices, al juego y al alcohol. Ningún noble lo quiere en sus reuniones, pero dada su posición, tampoco lo pueden rechazar. Es inmensamente rico y se divierte perturbando a los demás. De algún modo, Adriana lo ha convencido para comprar el cuadro con el fin de evitar que su padre lo haga desaparecer. —Carlo volvió a darle una calada a su cigarrillo—. Mi prima sabe cómo conseguir sus objetivos.

—Lo creo —respondió Paul.

—Sí, no ha sorprendido a nadie —añadió el conde—. Adriana siempre ha sido de armas tomar. Su aire distante y digno la aleja de los demás, nadie sabe lo que en realidad pasa por su cabeza. Supongo que algo la ha llevado a rebelarse contra su padre. No sé cómo ha terminado la historia, pero sé que al final Umberto conseguirá deshacerse del cuadro. Sobre todo, después del artículo que llegaron a publicar en el periódico de Cerdeña. Entrevistaron a mi prima, y ella dijo que esa pintura era arte. «Del mismo modo que Botticelli pintó a Marte desarmado ante Venus; Piero Rossi ha retratado a Venus tan vulnerable como Marte. Al final, los dos son iguales ante el amor y la vida».

Aquellas palabras aceleraron el corazón de Morrison y muchas emociones dormidas empezaron a despertar, zarandeándolo con brusquedad por dentro. Así de rápido y fácil. ¡Con la de años que le había costado enterrarlas! «Al final, los dos son iguales ante el amor y la vida». Su mente, obstinada, se empeñó en repetir una y otra vez esa frase, como si fuera un enigma que descifrar, cuando todo su ser sabía que aquello era un mensaje claro, o al menos eso quería creer.

—¿Qué título le dio el artista a la obra?

—*Venus en un invernadero inglés*.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—La pintura muestra a Venus tumbada en un diván, dentro de un invernadero de estilo victoriano, rodeada de exuberante vegetación exótica. Es una obra muy bonita, pero nadie en Cagliari está preparado para semejante «descaro».

Hubiera bufado ruidosamente de no ser porque el conde habría sospechado algo.

La visita a la National Gallery, a The Golden Crust, las manos de ella sobre la masa de pan, sus confesiones íntimas que nadie más que él sabía, sus caricias y todas las conversaciones con ella… todo eso lo arrolló como una gigantesca ola. ¿Y si todo lo que dijo sentir la sarda fue verdad y no parte de un engaño?

No siguió indagando en el asunto para que el italiano no sospechara, pero la necesidad de ver ese cuadro comenzó a hacerse imperiosa.

Le ofreció su tarjeta al conde por si le interesaba que su empresa se encargara de exportar su trigo a Inglaterra y se despidió.

En cuanto llegó a casa escribió una extensa carta y dejó apuntado los pasos que debía seguir su eficiente secretario para averiguar la dirección del conde Alessandro Cavallieri.

No pensó, se dejó llevar por un impulso, quizá una intuición que gritaba desde su interior: ¡Ella fue sincera! Algo debió de pasar.

Capítulo 38

El príncipe Alessandro

Cagliari, 1869

Alessandro Cavallieri entró en su villa de Quartu Sant'Elena, situada en una pequeña colina frente al mar. A pesar de ser un hombre de gustos frívolos, nada le agradaba más que retirarse de vez en cuando a su casa junto al mar. Era placentero alejarse de esa panda de puritanos hipocritillas a los que pertenecían algunos nobles de Cagliari. Se reía de ellos. Le encantaba escandalizarlos. Por eso disfrutó sobremanera cuando la *baronessina* De Flaviis le propuso comprar aquel cuadro atrevido para evitar que su padre tuviera la posibilidad de arrojarlo al mar. Umberto De Flaviis no osaría enfrentarse a él. Fue satisfactorio alzarse por encima de ese hombre que nunca le había gustado. Y ahora poseía el retrato de su hija desnuda. Le resultaba desternillante. Todo Cagliari hablaba de ello. Con su fama había suscitado todo tipo de habladurías concernientes a la relación entre ambos, pero a la joven no parecía importarle nada.

Aparte de frecuentar burdeles y salas de juegos, adquirir el desnudo de la hija del barón había sido de lo más gratificante. ¡¿Cómo iba a negarse?! ¡Menuda diversión! Además, la joven era divina. No pudo dejar de hacerle el favor cuando se lo pidió. Tenía que reconocer que, para ser la hija de ese necio, poseía valor. Le gustó mucho la muchacha.

Mauro, su mayordomo, lo recibió como siempre con su *Cannonau*[13] listo para degustarlo en la amplia terraza que daba al mar. Se dejó arropar por el respaldo de su silla de mimbre de estilo colonial y miró al horizonte paladeando con fruición su vino. Esa misma tarde tenía intención de acercarse a la casa de Carmelina.

¡Oh! Era tan… exquisita. Cerca de su villa no había ningún burdel, pero ella no tenía nada que envidiar a las cortesanas del centro de la ciudad.

Había bebido un par de sorbos más cuando Mauro apareció con una bandejita en las manos.

—*Su Grazia*, esta carta llegó hace poco para usted.

Alessandro tomó la misiva y la miró por ambos lados. No era de una casa noble, de lo contrario vendría con el sello. Leyó el nombre del remitente. ¿Quién diantres era aquel tipo? Dejó su copa en una mesita auxiliar que tenía próxima y la abrió:

A Su Alteza el príncipe Alessandro Cavallieri:

Me presento como es debido: mi nombre es Paul Morrison, natural de un humilde barrio británico llamado Bermondsey. Desconozco el nombre de mis padres, así que, como ve, por mis venas no corre sangre noble, precisamente, o eso creo yo.

Desde hace años me dedico a asuntos de comercio y, por lo visto, ahora del corazón.

Me atrevo a escribirle, sin haber tenido el honor de conocerle en persona, por una noticia que he recibido y que ha despertado en mí una curiosidad poco común; ha llegado a mis oídos que Su Alteza adquirió un retrato muy particular: el de una joven representando a Venus. No he tenido el placer de verlo, pero sé bien de quién se trata.

Es curioso cómo un retrato puede alterar el pulso de alguien que nunca lo ha visto. Desde que supe de su existencia, no he dejado de pensar en él. O, mejor dicho, en lo que representa. No todos los cuadros despiertan el deseo de poseerlo, solo aquellos que tocan el alma de aquel que creía tenerla a salvo.

Permítame hablarle sin rodeos: ese cuadro me pertenece. No por derecho de propiedad, sino de espíritu. Las obras de arte no son solo materia, también tienen alma, y si eso es cierto, este cuadro que muestra a Venus, en sustancia, es solo mío por su significado.

Sé que fue la misma dama quien le sugirió a Su Alteza adquirir el cuadro, para evitar que su padre lo hiciera desaparecer de la galería. Ese gesto me ha hecho pensar que hay cosas en ella que no han cambiado.

Alteza, estoy seguro de que aprecia los juegos tanto como los placeres y, por ello, le propongo uno distinto al que nunca ha jugado: no se

necesitan cartas ni dados, solo nombres y recuerdos. Me gustaría comprar el cuadro. No me interesa discutir su precio, fije usted una cifra y la pagaré. Estoy dispuesto a igualar el valor que Su Alteza considere digno de una obra tan cargada de intención.

Y una vez hecho el trato, le pido que le diga a la dama quién lo ha adquirido. No por vanidad, sino porque el silencio, a veces, necesita una excusa para romperse.

Tal vez, entonces, sabré si aún hay algo que merezca ser buscado. Y si no, al menos tendré el consuelo de poseer la imagen de quien una vez fue más que un recuerdo.

Con el respeto que su título merece, y el atrevimiento que el momento exige,

Paul Morrison

El príncipe rompió en carcajadas. ¡Un enamorado reclamando el retrato de Adriana De Flaviis! ¡Magnífico, aquello era magnífico! Así que ese cuadro era un mensaje cifrado. Pues ¡qué diablos! ¿Por qué no ponerse del lado del amor? Molestar de nuevo al barón iba a ser un placer indescriptible. ¡Vaya con nuestra *baronessina*! Era más valiente de lo que imaginaba.

—¡Mauro! —vociferó con la risa aún bailando en su voz.

El criado apareció de inmediato.

—¿Sí?, ¿señor?

—Haz venir a mi secretario de inmediato.

—Enseguida, *Su Grazia*.

El hombre entró en la casa para cumplir con su cometido, mientras Alessandro se quedaba maquinando: le mandaría un telegrama aceptando el juego al tal Paul Morrison —cuanto antes empezara la partida mejor—, mandaría embalar y enviar el cuadro ya. El precio era lo de menos y, después, le haría la visita a Carmelina para celebrarlo. ¡Redondo! ¡Un día redondo!

Cuando todo estuviera en marcha volvería a Cagliari para contarle a Adriana que su retrato tenía un nuevo dueño. Estaba impaciente por ver su reacción y, sobre todo, la de su padre cuando descubriera que la joven se había dejado llevar por un corazón

humano que latía al son del que anidaba en el pecho de una especie de bastardo.

Capítulo 39

Una galería vacía

Cagliari, 1869



—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó indignada a un trabajador de la galería—. ¿Ha sido el barón De Flaviis?

Por un momento pensó que su padre había encontrado la manera de deshacerse del cuadro que tanto le molestaba.

—Órdenes del príncipe —contestó el hombre.

Adriana volvió a mirar el hueco vacío que había dejado en la pared *Venus en un invernadero inglés*.

—Pero eso no puede ser. Su Alteza y yo teníamos un trato.

—Yo de eso no sé nada, *baronessina* De Flaviis.

—Entonces… ¿Lo tiene en su casa?

—Algo oí yo de un comprador.

—¡¿Un comprador?! —exclamó alterada—. Ese cuadro no debía salir de aquí. ¿Quién es? ¿Es de Cagliari?

—Yo creo que lo llevaron al puerto.

—Pero… ¡¿a dónde?!

—Hable con el príncipe —dijo, encogiéndose de hombros.

Eso le pasaba por tratar con ese borracho indecente. ¿Qué habría pasado por la mente decrépita de ese ludópata incontrolable?

Cuando llegó a su casa, cruzó el corredor como una exhalación, buscó al mayordomo y le dio la orden para que preparara el carruaje. Umberto entró en la estancia con el ceño fruncido. Últimamente su hija le daba demasiados problemas. Algo tendría que hacer para volver a ponerla en su lugar.

—¿A dónde vas? —preguntó con sequedad.

—A Quartu Sant'Elena —respondió, visiblemente enfadada.

—¿Qué ha pasado?

—El príncipe ha vendido mi cuadro y voy a pedirle explicaciones.

—¿Estás loca? ¿Te vas a enfrentar a él? Está muy por encima de nosotros, podríamos tener problemas.

Adriana miró a su padre con seriedad.

—Sí. No tenía derecho a hacerlo.

—Lo tenía porque pagó por él, como hace con las mujeres del burdel. Si te consideras la dueña, ¿por qué permitiste que lo comprara? O mejor, ¿por qué te retrataste de ese modo? —le gritó. Por supuesto, el barón desconocía la artimaña que su hija había empleado para que nadie descolgase ese cuadro de la pared. No le iba a desvelar ahora que deseaba que sintiera vergüenza delante de todo Cagliari al saber que sus amistades habían tenido oportunidad de ver el cuadro de su hija desnuda. Que todo era un acto de rebeldía.

—¿Cómo iba a saber yo que el príncipe se interesaría por él?

—Ese hombre es un vicioso. Le encantó verte en cueros. Fue una manera de poseerte.

—Pues voy a exigirle que me diga quién compró el cuadro. Voy a recuperarlo.

—Me alegra ver que la sensatez ha entrado en tu cabeza —celebró su padre.

Adriana lo miró alzando las cejas.

—Cuando lo haga volverá al lugar en el que estaba.

—¡Ni hablar! Cuando lo recuperes, juro que lo quemaré.

Los ojos de la mujer se abrieron de manera desmesurada.

—No quemaría una obra de arte.

—Lo haré si mi hija se exhibe desnuda en ella con la expresión de una ramera.

—¿Acaso quemaría la obra de Botticelli?

—Eso es muy distinto, ¡Venus no es mi hija! Y en ese cuadro permanece vestida.

—Esa es la cuestión, aquí Venus es igual que Marte.

Umberto resopló.

—No me gusta nada tu comportamiento. Ya que tu primo no ha querido desposarte, te buscaré un marido que te enderece. Te

has desviado por completo, Adriana.

—No pienso casarme con nadie —respondió altanera.

Umberto se acercó a ella hasta casi pegar la nariz a su rostro.

—Entonces, compórtate como te eduqué, o te juro que no me va a importar la clase de hombre que elija para desposarte. Ya que no has servido para atrapar a tu primo, me da igual con quién termines.

Adriana se apartó y lo miró fijamente.

—Puede casarme con el príncipe. Tiene más influencia, más tierras y más dinero; por su edad y el tipo de vida que lleva es muy posible que se muera pronto —dijo con una sonrisa cínica—. Quizá me haga un favor con ello.

—Ese hombre me detesta, de lo contrario te aseguro que aprovecharía la ocasión.

—No lo dudo, padre. Me marcho.

Se dio la vuelta y salió del salón.

Cuando llegó a la villa del príncipe todo estaba en silencio. Mauro abrió la puerta con la solemnidad habitual, aunque un brillo distinto en sus ojos le hizo sospechar a Adriana que algo no iba bien.

—El príncipe… ya no está con nosotros —le dijo.

—Y dónde lo puedo encontrar. Es urgente que hable con él.

—Pues… —El temblor en la barbilla del hombre desveló el esfuerzo que hacía por no dejarse llevar por sus emociones.

—Diga algo ya, ¡por Dios!

—Ayer tarde murió en casa de la señorita Carmelina.

Mauro apretó los labios y rompió en llanto.

—¿Me está diciendo que ha muerto en la casa de una prostituta?

—Como él quería, en brazos de una bella mujer —respondió el mayordomo hipando, tras dejar salir las lágrimas.

—No lo puedo creer.

—El sepelio será mañana. Se le despedirá como el príncipe que era —añadió Mauro, intentando recobrar la compostura.

—Mis condolencias —le dijo Adriana—. Escúcheme, el príncipe vendió un cuadro hace poco, ¿sabe usted a quién?

—No lo sé. A un hombre que no conocía. Me dijo que el día había sido redondo. —Comenzó a llorar de nuevo—. Que cuando fuera el momento hablaría con usted, pero ahora está muerto…

Adriana volvió a casa triste y enfadada por igual. Ahora, aquel precioso cuadro permanecería para siempre en las dependencias de un desconocido, que, sin saberlo, iba a custodiar las bonitas emociones que representaban esa obra de arte. Una vez más el destino frustraba sus planes.

Capítulo 40

Asilo Sant'Antonio

Cagliari, 1869



Descubrir que Carlo De Flaviis se había casado en España ya no supuso un disgusto para Umberto. Había aceptado que su hija no sería nunca la condesa de De Flaviis. La relación entre los dos se relajó. Adriana ya no andaba como una bayoneta a punto de disparar en dirección a su padre. Convivían en la misma casa, pero apenas se veían, ella se mantenía ocupada dirigiendo la fundación Isabella De Flaviis y organizando los mecenazgos, y Umberto quiso creer que su hija, la orgullosa heredera de sangre real, había vuelto. Pensó que el haber conseguido anexionar algunos territorios italianos bajo el reino de Víctor Manuel II debía de hacerla sentir más orgullosa de su procedencia, para él así había sido. Quizá Adriana se daría cuenta de lo importantes que eran ahora.

Pero la realidad era que ella transitaba por el palacio como aquella vez en que su padre la abandonó, marchándose a Alghero. Cuando terminaba con su trabajo, se detenía frente a las estatuas que dibujaba de niña y volvía a esbozar detalles. No se sentía combativa, quizá un poco nostálgica. Había asumido su realidad. Viviría allí junto a su padre. El destino de cualquier mujer noble no era para ella, ya que un matrimonio que uniera lazos con alguna familia importante de Cagliari estaba vetado para una mujer que no pudiera engendrar hijos. Del mismo modo que hizo con su primo, sabotearía cualquier posibilidad que su padre tuviera en mente. No engañaría a nadie.

A menudo había pensado en huir, marcharse y buscar trabajo en alguna galería, pero aún quedaba mucho para que una mujer de

familia noble consiguiera un puesto si no contaba con el consentimiento de su padre. Estaba atrapada en aquella vida.

Pero no todo era horrible, muchas veces, sus pasos la conducían a la sala de juegos, que permanecía tal y como estaba cuando era niña; y allí leía el libro de Esopo. Ese que pertenecía a Martina, porque ella misma se lo regaló con el entusiasmo que su corazón infantil sentía. Eso la hacía regresar a un pasado feliz y experimentaba paz.

Ahora estaba allí, sentada en una de esas sillas diminutas, envuelta en el aroma suave, dulce y oleoso que se desprendía al pasar las páginas. Era un olor que le recordaba a ropa vieja guardada en un baúl. Y, como esa fragancia, sus recuerdos también se fueron desprendiendo, como si los sacara de ese cofre en su memoria que olía a pasado.

Cuando terminó de leer, lo cerró y contempló la ilustración de su cubierta. Pasó la mano por ella con delicadeza, sintiendo la textura de la tela impresa. Ese libro no era suyo, el alma de su amiga estaba en él. La dejó entre sus páginas cada vez que leían juntas, arropadas por las sábanas de su cama. Una sonrisa nostálgica se escapó de sus labios y, de pronto, una idea de suma importancia comenzó a formarse en su mente. Cogió el libro y se puso en pie. ¿Por qué debía asumir la soledad en la que estaba? Una energía nueva la impulsó a caminar por los pasillos revestidos de mármol. Recorrió estancias lujosamente enteladas y con valiosas obras de arte, pasó por salas de baile que, desde que murió su madre, nunca más volvieron a utilizarse y, al final, llegó a esa escalera creada por peldaños de barro cocido que conforme descendía se iba tornando estrecha. Bajó, notando la humedad que evocaba su niñez, y pronto se halló en ese angosto pasillo lleno de puertas. Caminó hasta una de ellas y llamó, pero nadie abrió. Se encaminó entonces a la cocina.

Giulia, la cocinera que elaboraba los menús de su casa desde que Sofía se marchó, se enderezó al verla.

—¡*Baronessina!* —exclamó.

Adriana dio un repaso a la cocina, ya solo bajaba de madrugada. Cuando sabía que no había nadie. Aunque Giulia de

sobra conocía el secreto de la s*ignorina.* Nunca habían hablado al respecto, pero siempre encontraba sus notas cerca del pan recién horneado, explicándole que lo había hecho ella y que deseaba que lo sirviera en la comida. Giulia ya nunca horneaba pan, lo hacía la *baronessina.*

—¿Quiere revisar el menú? —le preguntó al verla a esas horas en la cocina.

Adriana volvió la vista hacia ella.

—No. Confío en tu criterio —le indicó—, ¿has visto a Livia?

—Debe de haber subido ya.

Adriana miró el reloj de pared que había junto a la alacena, marcaba las cinco y media de la mañana. Era muy probable que la criada ya estuviera planchando la camisa que se iba a poner el señor y preparando el agua para el aseo.

—Muy bien, gracias.

Adriana se encaminó hacia el cuarto donde se hacían esos menesteres, al llegar abrió la puerta y encontró a Livia llenando de brasas la plancha que iba a utilizar.

Como hacía con su padre cada vez que estaba en su presencia, juntó sus manos por delante de su falda y llevó la mirada al suelo.

—Conmigo no hace falta que te comportes así, Livia —le dijo —. Puedes mirarme a la cara. Es más, lo prefiero cuando hablo con alguien.

La mujer levantó sus párpados lentamente, con miedo, sin alterar su postura. Sabía que la *baronessina* ya no se comportaba igual que cuando era una jovencita. Hacía mucho tiempo que no gritaba a ningún criado y les daba las gracias cuando terminaban su tarea y su padre no estaba delante, pero, aun así, no se fiaba del todo.

—Necesito preguntarte algo. Supongo que recuerdas a Sofía y a Martina.

Livia asintió con la cabeza.

—Puedes levantar la barbilla, no voy a recriminarte —le pidió.

La criada alzó más la cabeza para mirarla mejor a los ojos.

—¿Sabes qué fue de ellas? ¿Dónde se fueron a trabajar?

—Sé que Sofía se colocó de cocinera en un hotel cerca del puerto llamado Albergo San Michelle.

—¿Sabes la dirección?

—*Via delle Velle,* está a solo unos pasos del muelle, pero ya no está allí.

—¿Dónde están?

—Lo último que sé es que se trasladaron a Oristano. Las monjas de *Serve Umili del Cuore di Maria* le buscaron un trabajo a Martina allí. Estaba en un colegio interna, aquí, en Cagliari. Como sabía leer, la acogieron con gusto, mientras su madre trabajaba en el hotel.

—¿Un trabajo?, ¿de qué?

—De maestra en el Asilo Sant'Antonio, está a cargo de las *Figlie della carità*.

—¿Continúa viviendo allí?

Livia se encogió de hombros.

—Hace mucho que no sé nada de ellas.

Oristano estaba a unos tres días de viaje desde Cagliari, lo mejor sería visitar primero a las monjas de *Serve Umili del Cuore di Maria,* a ver si ellas le podían dar más información.

—Gracias, Livia. Te dejo para que puedas seguir con tu trabajo.

Necesitaba hacer aquello. De pronto, era urgente dar paz a esa conciencia que comenzó a resentirse en el momento en que conoció a Morrison. El libro de Esopo quemaba en sus manos y, ahora, sentía la imperiosa necesidad de encontrar a Martina. De poner las cosas en su sitio. Puede que no la quisiera ver, pero ella le pediría perdón.

En cuanto llegó a *Umili del Cuore di Maria* la atendió una monja muy joven. Con solo pronunciar su apellido enseguida la condujo al despacho de la madre superiora.

Nada más entrar en la sala, la monja quiso hacerla sentar en su propio sitio.

—Por favor, todo está muy viejo y destartalado. Tome asiento aquí, es la única silla cómoda.

—Madre, no quiero robarle el asiento. ¿Por qué no damos un paseo por el patio que he visto al entrar? —le propuso.

A la mujer le pareció una buena idea. No era un patio demasiado grande, lo suficiente para que los niños pudieran jugar. Así que cuando salieron comenzaron a dar vueltas entre las cuatro paredes que cercaban el espacio.

—Me ha dicho la hermana Benedetta que está buscando a una muchacha que estudió aquí.

—Así es, madre. Martina Conti.

La monja se detuvo en seco y la miró sonriendo.

—¡Nuestra Martina! —Sonrió con afecto—. La mejor alumna.

—Sé que la mandaron a Oristano.

—Sí, inauguraron la casa benéfica y necesitaban profesorado para los niños. Le propusimos el trabajo y aceptó enseguida. Su madre se trasladó con ella.

Saber que su hermana del alma había tenido una oportunidad en la vida la hizo sonreír.

—Entonces, ¿la encontraré en Oristano si viajo hasta allí?

—Me temo que no. Hace años que no trabaja en Sant'Antonio. Me escribió dándome las gracias por la oportunidad que le había dado y por los años de estudios en esta escuela, gracias a todo eso había conseguido un trabajo importante fuera de Cagliari.

—¿Le dijo a dónde se marchó?

—Lo siento. En eso no la puedo ayudar. No sé nada más. En su carta me contó que le habían propuesto participar en un nuevo proyecto que la entusiasmaba. Estaba muy contenta porque su labor ayudaría a muchos niños. Era una joven muy voluntariosa y piadosa. Nos alegró mucho tenerla aquí.

Adriana se sintió orgullosa de ella y quiso pensar que al menos la ayudó enseñándole a leer.

—Pero ¿no dijo a dónde se marchó?

—Lo siento, no lo recuerdo.

—¿No conserva su carta?

—Tuvimos inundaciones el año pasado y se tiró todo lo que estaba en el piso de abajo, incluidas las cartas personales que

guardábamos. Pero quizá si habla con la priora de *Figlie della carità*, le pueda indicar su paradero.

Adriana le sonrió.

—Si me da sus datos le escribiré.

—Claro que sí. Venga conmigo, le daré su dirección —le dijo mientras emprendía el camino de vuelta hacia el edificio—. Dígame una cosa, ¿para qué la busca?

Adriana se detuvo de repente, lo que hizo que la monja la mirase extrañada.

—Porque cuando se cometen errores hay que pedir perdón.

La madre superiora sonrió con cordialidad. Emprendió el paso de nuevo y penetró en el edificio para darle la nota con los datos que la hija del barón le había solicitado.

***

Adriana corrió por los pasillos en cuanto entró en su casa. Llegó al despacho y se sentó frente al secreter. Rebuscó entre los cajones y sacó el papel, la tinta y el secante. Estaba emocionada. Estuviera donde estuviera iría a verla. Ya le daría alguna excusa a su padre si tenía que viajar. Imaginó que podía estar en cualquier lugar del reino de Italia. Pero en unos días lo sabría.

Mojó la pluma en la tinta e iba escribir el nombre de la madre superiora cuando sintió la presencia de alguien observándola desde el quicio de la puerta. Levantó la mirada y descubrió a su padre de brazos cruzados, apoyado en el marco.

—¿Dónde has estado?

—En la fundación —contestó sin soltar la pluma.

—Mientes.

Ella dejó la péndola sobre la mesa y lo observó sin levantarse del escritorio.

—No lo hago. Estuve en la fundación.

—Has estado en la escuela de caridad *Umili del Cuore di Maria.*

Adriana lo miró con indignación.

—¿Me ha estado siguiendo?

—Lo hice porque no me fiaba de ti —respondió sin alterar su postura—. Desde que te retrataste desnuda no tienes mi confianza. Vas y vienes sin ningún control. Sé que necesitas cierta libertad para encargarte del mecenazgo, pero sospechaba que tenías demasiada independencia, y tenía razón. Dado que no tienes un esposo que te vigile, he de ser yo el que lo haga. No voy a tolerar que vuelvas a manchar el apellido que llevas.

—¿De qué me está hablando? —inquirió, cambiando el semblante de su rostro.

—Sé lo que has estado haciendo en ese colegio. En un principio pensé que se trataba de una obra de caridad, pero la madre superiora me aclaró todo. —Se enderezó antes de seguir hablando—. No hace falta que escribas esa carta, nadie va a contestarte.

—¿Qué es lo que ha hecho? —demandó, poniéndose en pie.

—Evitar que vuelvas a avergonzarme.

—Solo quiero saber de ella. Cerciorarme de que está bien.

Umberto suspiró.

—No sé cómo explicártelo. No puedes, ni debes tener tratos de amistad con esa gente. —La observó durante unos instantes—. Te echo de menos, Adriana.

Se acercó hasta la mesa y trató de coger su mano. Pero ella se apartó.

—Ya no le sirvo para sus propósitos. ¿Por qué no me deja libre? Permítame tener un trabajo. Me iré a otra ciudad.

Umberto abrió los ojos de manera desmesurada.

—¿Y dejarme en ridículo de nuevo? La fuga de una hija es una vergüenza, mis descendientes no trabajan. Tu sitio está en esta casa.

Adriana permaneció inmóvil observándolo. Consciente de que aquella relación era imposible.

—Eres la solterona de Cagliari. Con un poco de suerte, algún día encontraremos algún viudo interesado en ti. Mientras tanto, me obedecerás. No te queda otro remedio.

Iba a marcharse cuando volvió sobre sus talones.

—Ah, y a partir de ahora vigilaré todo tu correo. Aunque las hermanas ya saben que no tienes mi consentimiento para ponerte en contacto con esa… criada.

Capítulo 41

El perdón

Zaragoza, 1871



Pasó la mirada por las curvas delicadas de su cuerpo, imaginando que sus manos hacían el mismo recorrido. La textura de su piel permanecía fresca en su memoria, a pesar del tiempo transcurrido. Cada vez que se sentaba a observarlo, lo embargaba la misma nostalgia que sentía cuando supo que se iba a separar de ella; lo arrollaba como un río desbordado. Ese cuadro lo torturaba de una manera indescriptible y, sin embargo, no podía dejar de mirarlo cada día.

Desde que llegó el envío que hiciera el príncipe, había estado esperando noticias de Adriana que nunca llegaron. En el momento en que lo destapó y vio aquellos colores tan cercanos al tono de su piel, la humedad representada en la vegetación y el vapor que parecía brotar de entre los labios de Venus, revivió aquellas noches en el invernadero. Estaba todo tan bien plasmado, que pensó que Adriana había sido sincera en lo que a sus sentimientos se refería, pero, al parecer se equivocaba. Su silencio lo decía todo. Después de dos años había dejado de tener esperanzas de volver a verla o de recibir una carta suya. Aquella magnífica obra de arte fue el motivo que lo había llevado a perdonarla, a dejar de odiarla. Las emociones contradictorias en su interior habían desaparecido y solo quedaba el amor que una vez sintió por ella.

Apartó la mirada del cuadro y se observó en el espejo que había en su habitación. Era la primera vez que vestía de frac después de aquel baile en Marrow Manor. ¿Por qué todo le recordaba a aquel tiempo pasado?

Se disponía a ir al teatro con otra mujer: Beatriz Acuña. La dama que se había convertido en su amiga y que, aunque era la esposa de Carlo De Flaviis, se había separado de él. Cuando Beatriz le pidió que la ayudara a poner en marcha su negocio de perfumes, en un principio, no sospechó que las cosas entre ellos no fueran bien, pero cuando él se marchó a Cagliari todo quedó claro.

No sabía el motivo de sus desavenencias, ni pensaba preguntárselo; sin embargo, saltaba a la vista que ella aún le pertenecía, por voluntad propia. Lo veía en sus ojos y en la forma en que contemplaba pensativa a su bebé. Sabía que continuaba enamorada de él, pero sentir amor no siempre llevaba a buen fin. ¿Tan difícil era mantener una relación con los De Flaviis? Paul no entendía por qué Carlo había vuelto a Cagliari. ¿Estaba loco? Tenía una mujer preciosa que lo amaba y… un hijo. Aunque por lo visto Beatriz aún no le había escrito para contarle la noticia.

En ese momento, Paul la veía como una compañera de fatigas; compartían algo que ella desconocía: ambos tenían el corazón roto por un miembro de la familia De Flaviis. Tomó su sombrero de copa y salió de la casa para recoger a su amiga.

Había visto sufrir a Beatriz, la decisión que tomó de marcharse de su hogar no debió de ser fácil, dar a luz a su hijo separada de su esposo, tampoco. Pero ahora la veía feliz. Su negocio iba bien, en parte por todos aquellos clientes venidos milagrosamente desde Cagliari. Algún día tendría que hablar de eso con ella.

Cuando llegó a su casa, aún no estaba la niñera y la condesa le pidió que esperara junto a ella. Lo invitó a pasar al salón. Paul dejó su sombrero sobre la mesa y esperó.

—Almudena debe de estar al caer —le aseguró Beatriz mientras cogía un chal.

—Si no está aquí pronto no llegaremos a tiempo— señaló él, mirando la hora en su reloj.

—No me gustaría perderme esa obra —declaró Beatriz con voz lastimera.

Paul sabía que era la primera vez que la condesa se daba un capricho. Después de mucho esfuerzo por sacar adelante un negocio que puso en marcha de la nada, se permitió gastar un dinero en el

teatro. Ella lo había invitado en esa ocasión. No dejó que Paul pagara su entrada, ni que la invitara él. Fue una manera de agradecerle su apoyo, tanto personal como profesional en los últimos meses. Mantenían una bonita amistad. Solo eso.

Sonó la campanilla de la puerta.

—Ya está aquí —comentó ella, saliendo del salón hacia la entrada.

Desde que se había marchado de la finca de Carlo, Beatriz no tenía servicio y abría ella misma la puerta.

Paul escuchó el sonido chirriante de los goznes y el murmullo de la voz de Beatriz, pero no volvió de inmediato. Tardó más de lo esperado. Cuando regresó al salón entendió el motivo. Morrison quedó petrificado al ver al hombre que la acompañaba y fue el primero en reaccionar.

—¡Señor conde, menuda sorpresa! —exclamó mientras le tendía la mano.

Carlo se la estrechó.

—Parece que no he venido en buen momento —conjeturó al ver la ropa de gala que llevaban los dos.

—Íbamos al teatro —aclaró tímidamente Beatriz.

—Pero creo que lo dejaremos para otro día —alegó Paul.

Se sintió tan incómodo. Era como si estuviera en un lugar que no le correspondía y solo pensó en desaparecer. Los ojos del conde lo observaron con respeto, pero al mirar a su esposa, decían más de lo que él imaginaba.

—¡Oh, no! Por mí no deben cambiar sus planes —se apresuró a decir Carlo—. Volveré en otro momento.

—No puedo consentirlo —intervino con rapidez Beatriz—. Viene directo desde Cerdeña para conocer al niño —explicó, dirigiéndose a Paul—, ¿te importa que lo dejemos para el próximo sábado?

¿Cómo le iba a importar? Sabía lo que aquello significaba para ella. Y, aunque no lo creyera, él también deseaba su reconciliación.

—Por supuesto que no, debes de tener muchas cosas que contarle.

Se encaminó hacia la mesa que había en el centro de la sala para coger su sombrero y cuando volvió a estar a la altura del conde, lo

miró sonriendo.

—Por cierto, creo que tenemos una amiga en común.

—¿Quién?

—La señora Girardi. —Le dirigió una sonrisa taimada, sabiendo que esa mujer sarda era una de las mejores clientas de Beatriz y que, con toda seguridad, Carlo había tenido mucho que ver en ello. Luego observó a la condesa.

Ella miró hacia su esposo, interrogante.

En ese momento sonó la campanilla de la puerta.

—Debe de ser Almudena —dijo ella, haciendo el amago de ir a abrir.

Paul la detuvo.

—Ya que voy hacia la salida, le diré que no es necesario que se quede. —Volvió a dirigir su atención a Carlo—. Tiene usted una familia preciosa, es muy afortunado. —Inclinó su cabeza y salió del salón.

Lo pensaba de verdad, ese hombre tenía al alcance de la mano lo que él ambicionaba. Esperaba que lo valorase. El sueño de crear una familia ya no era para él, pero sí podía disfrutarlo su amiga.

***

Pocos días después, Beatriz apareció por su casa. En un principio se preocupó, creyó que habría arreglado las cosas con su esposo. Por eso le extrañó verla allí.

—¿Te apetece dar un paseo? —lo invitó—. Hace muy buen día.

Paul aceptó, un tanto agitado por lo que hubiera podido pasar.

—Siento mucho que no pudiéramos ir al teatro el otro día —se disculpó mientras tomaba su brazo para dar ese paseo.

—No tienes que disculparte, Beatriz. Era normal que le dieras preferencia a tu marido, después de tanto tiempo sin veros. Sobre todo, si aún no conocía a su hijo.

—Aun así… creo que te debo una disculpa.

Paul dejó de caminar para mirarla a los ojos.

—No, no me la debes. En el supuesto de que tú hubieras sido mi esposa, es así como me hubiera gustado que hubieras actuado conmigo. Es así como debías actuar. Me conformo con el puesto de amigo que me permites desempeñar; hace mucho que dejé de soñar con otra cosa.

—¿De verdad soñaste alguna vez con algo más?

—Desde que apareció Carlo De Flaviis y vi cómo lo mirabas, supe que no tenía que hacerme ilusiones. Para ser feliz en esta vida, lo mejor es asumir lo que cada circunstancia te permite tomar, así que asumo con placer el papel de amigo que me ha correspondido en esta historia. Reconozco que estuve a punto de aprovechar la situación. Sabiendo que teníais problemas, me vi tentado de echar a patadas de tu vida a ese hombre, pero sé que te quiere y, además, me cae bien.

—No, eso no es así, él no me quiere. Que yo le quiera no significa que me corresponda.

Paul suspiró.

—Voy a ejercer ese papel de amigo que me toca. —Puso su mano sobre la que ella tenía asida a su brazo—. Querida Beatriz, el cincuenta por ciento de tus clientes son de Cagliari. —Le sonrió—. Creo que es evidente quién se ha encargado de dar a conocer tus perfumes allí. No sé cómo lo ves tú, pero para mí esto es una evidencia. Una declaración de amor en toda regla. Tenéis un hijo. Arregla aquello que os haya separado y sed todo lo felices que podáis. La vida es demasiado corta como para andar perdiendo el tiempo.

Beatriz lo miró con la boca abierta. Era evidente que no esperaba aquello. Se lo tenía que decir, debía saber que, en la distancia, su esposo se preocupaba por ella.

—Gracias, amigo, pero no depende solo de mí arreglar las cosas.

—Puedes dar el primer paso.

Beatriz le sonrió.

—Creo que lo haré —musitó pensativa.

—Me alegra saberlo. Es terrible que una relación acabe por culpa del estúpido orgullo.

La joven le dirigió una mirada audaz.

—Tú tienes más experiencia en estas cosas de lo que yo me imagino, ¿verdad?

—Es muy posible —le respondió sonriendo.

—Tienes que contármelo algún día.

—Descuida, lo haré.

Morrison volvió a casa reflexivo. El maldito orgullo. No solo había sido cosa de Adriana, él también se había sentido atrapado por él. Y cuando pensó que todo había sido un juego por parte de ella, se negó a preguntarle más. Su orgullo se lo impidió. Pero había llegado el momento de escribirle una extensa carta, pidiendo explicaciones, incluido el motivo por el que le había puesto como título a un cuadro en el que aparecía ella: *Venus en un invernadero inglés*.

Capítulo 42

Noticias de España

Cagliari, 1871



Adriana leía sentada junto al ventanal que le proporcionaba una luz cálida. Al otro lado del salón, cerca de la chimenea apagada, su padre ojeaba *Il Corriere di Sardegna*.

Su cabello oscuro caía enlazado en una trenza sobre su hombro, mientras mantenía una posición de máxima concentración, pero, a pesar de tener los ojos clavados en el libro, su mente se hallaba muy lejos.

Cuando el mayordomo irrumpió en el salón, levantó la mirada rompiendo aquel cuadro familiar que nada tenía de idílico, aunque lo pareciera.

—*Signore*, ha llegado esto para usted y para la s*ignorina.* Las trajo un agente jurídico.

Umberto se incorporó de inmediato y cogió ambas cartas. Sin mirarlo ni darle las gracias, pidió a su mayordomo que se retirara, luego abrió una de ellas con premura.

Adriana lo observó con atención, en silencio. Aun sabiendo que una de ellas iba dirigida a ella, no preguntó. Su padre controlaba el correo en aquella casa, cada una de las misivas que recibía eran revisadas por él antes de entregárselas. No sabía de qué se podía tratar, pero el semblante de su padre cambió conforme avanzaba en la lectura. Cuando terminó, una sonrisa amplia y de triunfo brilló en lo que últimamente venía siendo un rostro severo.

Se levantó en silencio y le dio la carta dirigida a ella. Venía de un juzgado español. La abrió intrigada y comenzó a leer, mientras era observada por su padre:

Muy señorita mía:

Don Severino Suárez García, juez de Primera Instancia del Partido Judicial de Huesca, tiene el honor de dirigirse a Vuestra Merced con motivo de una causa judicial que se sigue en este juzgado bajo el número de expediente 0121, en la que figura como acusado el conde Carlo De Flaviis, a quien se le imputa el delito de suplantación de identidad.

Vuestra Merced ha sido mencionada como persona que pudiera aportar un testimonio relevante para aclarar los hechos, dado que tiene un vínculo con el acusado y conoce, según se presume, detalles personales y antecedentes que permitirían confirmar o desmentir la legitimidad de las alegaciones presentadas por las partes.

Por tal motivo, y con el debido respeto, se le invita a prestar declaración en calidad de testigo, lo cual podrá hacer de dos maneras, según lo permita su conveniencia y situación personal:

Primera opción: comparecer personalmente ante este tribunal, en la sede del juzgado de Huesca, para declarar bajo juramento en audiencia pública, el día 23 de septiembre de 1871.

Segunda opción: en caso de no serle posible el desplazamiento, podrá rendir declaración por escrito, firmada ante la autoridad competente de su jurisdicción local, ya sea notario público o magistrado del Reino de Cerdeña, en forma de acta jurada que pueda ser remitida a este juzgado por vía oficial o diplomática.

Con el fin de facilitar dicha declaración, se acompañan al presente escrito una relación de preguntas concretas a las que se agradecería se sirviese a responder con la mayor claridad y fidelidad posibles.

La colaboración de Vuestra Merced será considerada de suma utilidad para la recta administración de la justicia, y en ningún momento se pretende imponerle obligación fuera de la cortesía y el muto entendimiento entre naciones amigas.

Con la boca abierta buscó los ojos de su padre.

—Nos vamos a España —emitió él con esa sonrisa que no había podido borrar desde que leyó el mensaje—. Me pregunto qué habrá hecho para que lo acusaran de impostor. En cualquier caso, es una maravillosa noticia.

Le acababan de servir en bandeja la posibilidad de conseguir todo lo que había estado batallando durante años.

—Puede declarar desde aquí —objetó Adriana—. No es necesario viajar a España.

—¿Bromeas? De eso nada. ¿Crees que somos los únicos que hemos recibido esta carta? Marcella también habrá sido invitada a declarar, y estoy seguro de que se personará para salvar a su querido sobrino. Nosotros vamos a hacer esto presencialmente.

Adriana se levantó con tranquilidad.

—¿Qué le hace pensar que voy a acompañarle, o que voy a testificar en contra de mi primo?

—Porque es tu deber con la sangre que corre por tus venas… y con el apellido que aún financia todos los proyectos que te mantienen entretenida, incluida la fundación.

—No puedo mentir frente a un jurado —contestó con seriedad.

—No vas a mentir. A ese hombre no le corresponde el título que ostenta.

—¿Por qué? ¿Es porque su sangre lleva una parte de comerciantes?

—En efecto, siempre ha sido un fraude.

Adriana apretó los labios. Llevaban mucho tiempo sin discutir, pero aquello era intolerable.

—¿Se da cuenta de lo que me pide, padre? Me está demandando que sea deshonesta, que mienta, que arruine la vida de un hombre solo porque, según su criterio, no es digno. ¿Es esa la noble educación que me dio?

—Colabora conmigo, Adriana —le dijo impaciente—. Declara contra Carlo. Hazlo.

—¿Y si no? Ya me dejó muy claro que no quería escándalos, de lo contrario me hubiera dejado marchar. ¿Qué va a hacer para obligarme a ir hasta España?

Umberto parpadeó con nerviosismo.

—¿Quieres que tu amiguita Martina y su madre acaben en la mendicidad?

Adriana enmudeció, su cerebro intentó analizar lo que acababa de decir, pero simplemente no daba crédito.

—¿Usted sabe dónde está? —Su voz sonó lastimera.

—Oh, por supuesto. Debía tenerlas controladas.

—Dígamelo —suplicó.

Umberto negó con la cabeza.

—Solo tengo que mandar una carta desprestigiándolas. Es muy fácil acabar con esa gente, nadie las creerá frente a mi palabra. —Su padre analizó su expresión. Sabía que ya tenía la batalla ganada. Adriana ya no era la joven invulnerable que crio—. Testifica y, cuando obtenga lo que quiero, te diré dónde están y te garantizaré que las dejaré en paz.

—¿Cómo puede ser tan despreciable?

—¿Lo harás o no?

Adriana no pudo verbalizarlo sin sentir repugnancia, tan solo asintió.

—Muy bien, hasta entonces, y por si acaso, ya no tienes acceso a los fondos familiares. Si deseas firmar cualquier cheque para tus proyectos artísticos tendrás que venir a mí. No quiero correr el riesgo de que salgas huyendo. —Dio una palmada, satisfecho—. Y ahora ve a decirle a Livia qué es lo que quieres incluir en tu equipaje.

Capítulo 43

Un invitado inesperado

Huesca, 1871



El coche se detuvo con una brusquedad que pareció anticipar el rechazo que ella sentía por estar allí, en la casa de una mujer que no conocían y que los había invitado únicamente porque iban a testificar contra Carlo. Durante todo el trayecto había estado mirando por la ventanilla, consciente del análisis que su padre hacía de su persona. ¿Quizá temía que le fallase? Ojalá tuviera la valentía de llevarle la contraria en aquello, pero no se fiaba de él. Tenía que hundir a una persona para salvar a otra. ¿Por qué estaba en esa encrucijada?

Antes de salir, empujada por una corazonada, metió en su maleta el libro de las *Fábulas de Esopo.* Parecía que ya no podía vivir sin el olor de sus páginas desgastadas, era como una medicina que le daba paz a su alma. Lo único que conservaba de otra vida, una que ahora le parecía haber soñado. Acarició el libro con la yema de los dedos mientras bajaba del carruaje, como si eso pudiera blindarla del mundo que la esperaba al otro lado.

Nada más cruzar el umbral, comprendió el odio que su anfitriona sentía por el conde Carlo De Flaviis. Al parecer, su marido estaba en la cárcel, pendiente de juicio, y uno de los cargos en su contra era el secuestro del hijo de su primo, entre otros delitos. No parecía que fuera un buen tipo, pero doña Pilar, por supuesto, estaba convencida de su inocencia. Él aseguraba que Carlo De Flaviis era un impostor, y ella lo creía ciegamente.

La casa de doña Pilar era austera y sin clase, en comparación con el tipo de vivienda al que Adriana estaba acostumbrada. También era cierto que aquel lugar seco y árido nada tenía que ver

con su querido Cagliari. Para colmo, tenía que soportar la falta de distinción de aquella mujer, quien iba a todas partes con un odioso perrito al que nadie podía acercarse. No estaba de humor para aguantar a nadie, sobre todo después de la última conversación con su padre.

Cuando la condujeron a su habitación, dejó la maleta sobre la cama y colocó el libro sobre la mesilla con cuidado, como si al hacerlo pudiera crear un refugio ante el desarraigo. No le gustaba nada sentirse atada de pies y manos. Llevaba atrapada catorce años y su ser era una mezcla de irritación, melancolía y miedo. Estaba harta de los nobles que se consideraban con derecho a manejar la vida de los demás. Ahí estaban incluidos su padre y, por supuesto, la duquesa Ophelia Kingsley.

Iba a bajar a cenar porque el barón se lo había pedido —más bien exigido—, pero ganas no tenía. Habría preferido quedarse en su habitación, argumentando que no se sentía muy bien. Se vistió y abrió la puerta con desgana. Caminó por el pasillo hasta llegar a la escalera que bajaba al salón, descendiendo los escalones como si sus pies pesaran más de lo habitual.

Al llegar, la señora de Alfaro la recibió sonriente. Su padre estaba junto a ella y, al acercarse, advirtió que en la mesa había un plato de más. Miró a su anfitriona con expresión interrogante, y antes de que pudiera preguntar, el otro comensal ya había entrado en el salón.

—Oh, aquí está mi otro invitado —anunció la señora de Alfaro, dirigiendo la mirada hacia el hombre que acababa de entrar.

No supo qué fue —quizá la intuición—, pero mientras giraba la vista hacia el recién llegado, sintió que el estómago se le contraía, como si algo invisible le hubiera murmurado al oído quién era.

Sus ojos altivos lo recorrieron de arriba abajo, aunque su corazón palpitó, susurrando lo contrario que indicaba su mirada. Varios latidos de más se le escaparon sin que ella pudiera hacer nada.

—Este es amigo de mi esposo, el señor Paul Morrison.

Al parecer el señor Alfaro mantenía relaciones comerciales con Paul.

Él inclinó la cabeza y los saludó.

—Es un placer, señor Morrison —dijo Umberto, mientras intentaba recordar dónde había escuchado antes ese nombre.

Adriana, con los labios pegados, inclinó levemente la cabeza sin dejar de mirarlo. Ese era uno de esos momentos en los que admiraba la habilidad de ciertas damas para desmayarse en situaciones críticas.

—Usted y yo ya nos conocíamos —añadió él dirigiéndose a ella —. No sé si lo recuerda.

«¡Oh, por Dios! Con todo lujo de detalles». No había habido ni un solo día que no lo hubiera hecho.

Los ojos de Paul Morrison se habían vuelto inquisitivos y la observaban fijamente.

—Lo siento, no lo recuerdo —afirmó con su frialdad habitual, esa que se había vuelto costumbre desde que sintió que el destino estaba en su contra.

—Fue en Londres. Acompañaba a su tía Fabiola.

Advirtió ese tono humorístico característico en él, como si no supiera que lo recordaba a la perfección. Claro que sí. Si su padre estuviera al corriente de que nunca le informó de los detalles de la búsqueda de Carlo porque tuvo… una distracción.

—Lo siento, no me acuerdo de usted —concluyó con cierto tono molesto, ese que él conocía tan bien y que ahora no tenía más remedio que fingir delante de su padre. Aunque le temblasen las piernas, aunque su corazón galopase como un caballo desbocado…

—Quizá se encontró con demasiadas personas. Aunque, por mucha gente que hubiera, yo nunca me olvidaría de alguien tan apuesto como el señor Morrison —aseguró doña Pilar—. ¿Es posible que se confunda de mujer? —le preguntó a él.

—No. Estoy muy seguro. Es difícil confundir a Adriana De Flaviis con cualquier otra dama.

—Eso también es cierto —ratificó la anfitriona—. Bien, ¿por qué no nos sentamos a cenar? —propuso.

La conversación en aquella mesa giró en torno a un único tema: el juicio a Carlo De Flaviis, o el Farsante, como lo llamaba ahora Umberto. Pero Adriana no podía dejar de pensar en Morrison.

¿Seguiría enfadado con ella? Porque de lo que estaba segura era de que lo estuvo. Lo había tratado tan mal…

—Pronto estará entre rejas y nosotros —dirigió la vista hacia su hija— tendremos lo que nos corresponde por derecho.

Adriana asintió mirando a su padre, pero no dijo una palabra. Notaba sus ojos clavados en ella, y le molestó no sentirse tan atrevida, como en otras ocasiones, para decirle algo y frenar su actitud. Aunque, en realidad, un deseo muy íntimo no quería que la apartara. De algún modo, sintió alivio creyendo que lo que le hizo no le había afectado tanto.

—Mi esposo asegura que es Miguel Ángel Hervás, un desgraciado que vivía en Alcubierre —señaló doña Pilar.

—¿Y usted qué opina, señorita De Flaviis? —le preguntó el señor Morrison—. ¿También piensa que el conde es un farsante?

—Desde luego. No es el mismo desde que volvió de la guerra.

—¿Y no cree que un hombre puede cambiar, sobre todo después de una experiencia como la que él vivió?

Adriana lo miró fijamente. Sabía a la perfección que le quería hacer recordar la visita al hospital Saint Thomas, donde había hombres que habían perdido la memoria por impactos en la cabeza.

—Supongo —respondió, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia.

—No es normal que pasara tantos años desaparecido y que volviera a casa sin memoria —expresó Umberto.

—Desde que volvió de la guerra ha estado viviendo en Cagliari, ¿por qué no lo denunció en cuanto lo sospechó? Son muchos años los que han pasado.

—Eso debí hacer, pero estaba respaldado por su tía y sus primos. Creo que allí nadie me hubiera creído.

—Y ha aprovechado esta situación, ahora que el conde está solo.

Umberto respondió con un sonido afirmativo, apenas perceptible, sin abrir los labios.

—Mi padre sabe muy bien lo que hace. Nadie tiene que decirle cuándo tomar decisiones.

Tuvo que hacer de tripas corazón para pronunciar esas palabras. Mostrar su apoyo a su padre era fundamental, pero, en esa ocasión, con Paul delante, dudaba. Se sentía tan presionada como cuando *lady* Ophelia la había chantajeado.

El señor Morrison no dijo más y, al terminar la cena, se retiró pronto, alegando que estaba cansado. Los demás continuaron conversando un rato, pero Adriana también se despidió antes de que concluyera la velada. No podía más. Al fin y al cabo, estaban en aquella casa porque su padre había aceptado la invitación; si por ella hubiera sido, jamás habrían asistido.

Caminó con sigilo por el pasillo, pensando en lo que iba a suceder al día siguiente. Iba a asestar el golpe de gracia a su primo, justo lo que su padre había esperado durante tanto tiempo. Lo más probable era que su declaración lo enviara de cabeza a la cárcel. Cada paso que daba la tensaba aún más. ¿Tenía dudas? No. Debía obedecer a su padre y terminar con todo de una vez, por Martina. A pesar de ello, no podía ignorar la ansiedad que le recorría el cuerpo. No hacía falta ser muy lista para saber que no se debía únicamente a su próxima declaración, sino también a la presencia de él. Se imaginaba lo que debía de estar pensando de ella en ese momento: la mujer sin piedad había llegado para ejecutar sus planes, para conseguir algo que alguien frío y sin alma como ella codiciaba. Esa era la imagen que debía de tener de su persona. ¿Por qué, después de tanto tiempo, le importaba lo que pensara? Hacía mucho que había dejado de soñar con el amor, aunque conservara su recuerdo en su corazón, sabía que después de ese juicio regresaría a Cagliari y no volverían a verse. Y si era posible, la odiaría aún más.

Una de las puertas del pasillo se abrió de golpe, y un brazo aferró el suyo con firmeza, atrayéndola con brusquedad hacia el interior de la habitación. El movimiento la descolocó, y, antes de que pudiera reaccionar, la puerta se cerró tras ella, dejando la estancia en un silencio tenso.

Se encontró sola en los aposentos de Paul Morrison, frente a su mirada, tan peligrosa para ella. Podría decirse que el paso de los años le había sentado bien, quizá habían surgido algunas arrugas de

expresión alrededor de sus ojos, pero su mirada era la de siempre, aunque esta vez no se mostraba amistosa.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó, enfadada, mientras se deshacía de su agarre. No se le ocurrió mejor forma de defenderse que mostrándose molesta.

—Después de catorce años, ¿ese es el tono que empleas conmigo?

—¿Y qué esperabas?

—Más amabilidad por tu parte.

—¿Por qué he de ser amable contigo?

—Porque fuiste tú la que me hizo daño a mí.

Quizá a otra mujer se le hubieran vidriado los ojos, pero Adriana De Flaviis estaba acostumbrada a tragarse sus emociones y aparentó tranquilidad. También podría haber aprovechado para darle una justificación vacía y decirle que ella no era la mujer más indicada para él, que por eso lo dejó plantado, pero no iba a hacerlo. Eso supondría volver al principio, y no quería regresar al dolor que le produjo separarse de él. Abrir viejas heridas no era una buena idea.

—En poco más de un mes no se puede hacer daño a nadie —le respondió con seriedad.

—Es posible que a ti no puedan hacerte daño nunca, pero los demás somos más débiles que la inalterable Adriana De Flaviis. —Apreció el rencor en su voz, y eso le golpeó el alma con dureza. Aunque, cuando se despidió de él, fue cruel, justamente para conseguir que sintiera aquello también.

Lo observó con detenimiento, temerosa de descubrir que estaba allí por ella. Porque no tenía ganas de volver a tener que luchar contra el deseo que un día la empujó a querer dejarlo todo por él. Le había costado mucho recuperarse. Demasiado.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Puedes estar tranquila. No es por ti —declaró, como si adivinara lo que estaba pensando—. He venido a preguntarte si realmente crees en lo que vas a hacer.

—¿A qué te refieres?

—Vas a arruinar la vida de un hombre que hace mucho bien en la comarca. ¿De verdad crees que es un impostor, o lo haces solo

porque te lo ha pedido tu padre?

No sabía qué clase de relación lo unía a su primo, suponía que comercial, pero conociéndolo, había ido hasta allí movido por su sentido de la justicia.

Adriana fijó sus ojos violeta en los de él y, levantando su mentón, respondió:

—¿Vas a pedirme que no declare contra él? No puedes hacer eso.

—Sí puedo, porque es probable que sea el que más te conoce. Y aunque esté escondida, agazapada entre la ira, el rencor y tu orgullo, en tu corazón hay ternura. No te olvides de que me dejaste verla un día.

Sí, se la enseñó. Fue él el que consiguió rascar las capas que envolvían a Adriana. Fue él, el único que logró hacerla reír. ¡Y aún estaba allí! La misma Adriana, transformada después de su influencia. Oculta tras las amenazas de su padre.

—No puedo hacer eso —respondió con ese tono firme, casi marcial.

Él la cogió por los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué, Adriana? —Se acercó a su rostro. Mucho, demasiado…

—¡Porque no! —exclamó, alzando la voz con ira.

Tenía que frenar aquello o flaquearía.

—Solo tienes que decir lo que piensas de verdad, sin las manipulaciones de tu padre. ¿No te acuerdas? De eso te quejabas.

—No puedo, porque si lo hago, perderé el apoyo de mi padre, y a mí todo el mundo me odia. No tendré a dónde ir. Me quedaré sola. Completamente sola. Y…

Se calló. No debía decir más.

Hubo un breve silencio entre los dos, en el que Paul recorrió su rostro con la mirada.

—Me tendrás a mí —susurró, sin pensarlo, como si las palabras se le escaparan del alma.

Los ojos azul cielo del inglés la bloquearon. Pestañeó varias veces, con la mirada fija en él. Estaban muy cerca el uno del otro. Demasiado cerca.

Volvió a dudar, como antaño, porque Paul Morrison había sido el único hombre que había conseguido que perdiera su aplomo, que se deshiciera de su máscara, que se sintiera vulnerable… y ella odiaba sentirse así.

Se separó de él y bajó la mirada.

—Soy una De Flaviis.

Se dio la vuelta, abrió la puerta y se marchó.

Morrison acababa de potenciar su conflicto, y Adriana luchaba por encontrar una solución que la dejara satisfecha. No la había.

***

Cuando su amiga Beatriz le dijo, preocupada, que Adriana había viajado hasta España para testificar contra su marido, pensó que él podría hacer algo para darle la vuelta a la situación.

Cada vez que contemplaba su retrato quería creer que Adriana fue sincera en sus sentimientos, que esa mujer que emergió del amor mutuo existía de verdad. Pero en realidad no respondió a su mensaje, no le mandó ninguna carta después de comprar el cuadro, ni contestó a la última misiva que le envió. Lo ignoraba y, probablemente, esa obra de arte fue un juego más para ella. Una nueva forma de divertirse, escandalizando a quienes estaban a su alrededor. Nada tenía que ver con él, se lo confirmó su altivez tras hablar con ella después de tanto tiempo. ¿Qué le hizo pensar que él podría hacerle cambiar de opinión? Quizá el recuerdo falso que tenía de ella. Testificaría y eso perjudicaría al conde.

Pensó que no le afectaría volver a verla, pero saber que estaba a escasos pasos de su habitación le recordaba aquella despedida en The Royal Seaview Hotel. ¿Por qué volvía a tener la misma sensación que en Londres, cuando pensaba que era mejor de lo que ella misma creía? Esa noche de confesiones hizo que se enamorara más de ella, si eso podía suceder. La amaba ya sin haberse dado cuenta y pensaba que Adriana le correspondía. Mirar atrás le dolía, tenerla cerca le dolía, haberla vuelto a ver le dolía…

Aún recordaba la ilusión que experimentó cuando aceptó su propuesta de matrimonio, y cómo, con el entusiasmo de un enamorado, preparó una sorpresa que nunca llegaría a darle. Pensar en ello lo entristeció.

«Morrison, recomponte», se dijo enfadado. No podía dejarse llevar por una ilusión, porque Adriana era eso.

Capítulo 44

El testimonio

Huesca, 1871



Desde un banco en primera fila observaba declarar a Elisa Hervás, al parecer la hermana del hombre desaparecido que decían que era el conde. Mientras escuchaba el murmullo que se produjo en la sala cuando aseguró que ella y su hermano fueron violados, Adriana no podía más que recordar el testimonio de su padre del día anterior. Subió al estrado tan digno como un rey ante todos sus vasallos. Hablaba convencido del resultado de ese juicio con cada palabra que salía de su boca mentirosa. Ahora, la declaración de Elisa no parecía haber ido tan bien, cosa que perjudicaba a Carlo. Se preguntaba dónde estaría Marcella, era extraño que no hubiera declarado. Estaba convencida de que recibió la misma carta que su padre y ella. ¿Quizá lo hizo desde Cagliari? Le extrañaba, porque esa mujer conocía muy bien a su padre y debía de saber que se personaría en el juicio que iba a acabar con Carlo para siempre. ¿Era posible que ella fuera la última esperanza para su primo?

Para más presión, sentía la mirada de Morrison a su espalda. En esa sala no solo se estaba juzgando a Carlo, también se la juzgaba a ella. Lo hacía un solo hombre, el que más le importaba. Y quizá, ese mismo dolor que le hizo sentir a él una vez, ahora la vida se lo devolvía a ella con creces, porque parecía que le faltaba el aire. Su padre, sentado a su lado, era ajeno a toda su agitación interior. Y mientras ella se debatía internamente, una emoción intensa avivaba el deseo de hacerlo desaparecer de su vida, de no verlo nunca más.

Durante un momento tembló. «Eres libre y valiente», resonó la voz de Morrison en su mente. Justo las dos cualidades que necesitaba en ese instante.

Su nombre fue pronunciado en voz alta en la sala. Se levantó con la dignidad de una noble sarda: erguida y elegante. Con movimientos pausados se acercó al estrado y se sentó. Un leve murmullo se desató cuando lo hizo. Observó a su padre por unos segundos, la miraba con una sonrisa triunfante en los labios. El fiscal se le acercó y ella le prestó toda su atención, fijando los ojos en él con seguridad. Comenzó a responder a sus preguntas y cuando la interrogó acerca de si sabía quién era el hombre que estaba en el banquillo de los acusados, ella buscó inconscientemente a Morrison entre la gente que se congregaba allí. Por breves segundos, sus miradas se encontraron, pero luego volvió a fijar la vista en el abogado. «No. Tú ya no eres esa mujer sin compasión», pensó.

Respondió:

—*Conte* Carlo De Flaviis, *di* Cagliari, Cerdeña.

En ese momento sí se sintió libre y orgullosa de su sangre Saboya.

—¿Me está diciendo que ese hombre es su primo?

—Sí, *signiore.*

—Su padre, Umberto De Flaviis, asegura que ese hombre es un impostor.

—Eso es lo que cree mi padre, pero no *io*.

—¿Lo asegura?

—¡Claro!

—¿Y qué le hace verlo tan claro?

—Son sus ojos, su nariz, su boca, sus orejas y sigue importunándome tanto como cuando era un *piú piccolo*. Es él. Estoy segura.

Cuando terminó, no volvió a sentarse junto a su padre, quien la miraba con los labios apretados y un brillo furioso que desfiguraba su semblante. El hombre que le había enseñado a no dejarse llevar por la emoción en público, acababa de descubrir que, a veces, eso era imposible.

Todos esperaron mientras el juez se marchó a deliberar. Su padre, desde su posición continuaba mirándola, esta vez interrogante, pero con ese brillo de saber que él tenía el poder. Adriana lo ignoró y observó al frente hasta que el juez regresó para

dar su veredicto. Comenzó con su discurso y ella prestó atención a lo que decía. Su destino dependía de las palabras de ese hombre. Se quedó petrificada cuando escuchó su veredicto:

—Por todo esto, considero que Carlo De Flaviis es inocente del cargo del que se le acusa y queda en libertad.

Al escuchar la sentencia fue consciente de su realidad. De que, si volvía a casa, su vida sería un infierno. De que Martina podía estar en peligro. De que, quizá, ella misma se había metido en un callejón sin salida.

Toda la sala se puso en pie. Ella, evitando encontrarse con su padre, se levantó también. No podía hacerle frente en ese instante. Sin ser consciente de ello, sus pasos comenzaron a llevarla hacia donde estaba Paul. Entre el tumulto, una mujer la tomó de la mano y se la besó. Adriana miró a la desconocida, sabía quién era: la esposa de su primo.

—Mil gracias —le dijo visiblemente emocionada.

Incómoda por la situación, se zafó de sus manos y le contestó:

—No hay de qué.

No supo cómo, pero intuyó que la figura que se había detenido junto a ellas era él. Sin saber en qué momento lo hizo, la condesa desapareció para ir en busca de su esposo. Ella se quedó con Paul, entre aquella multitud, pero en realidad a solas con él. Lo miró sin despegar los labios.

—Has hecho bien —declaró Paul, comedido, como si una extraña timidez se hubiera apoderado de él—. Me he sentido orgulloso.

Por la mente de Adriana pasaron la imagen de la duquesa y su padre. ¿Quién sabía las cosas que podían maquinar para perjudicarlo? Si su padre se enteraba de que ella y él…

—No te convengo, Paul Morrison.

Él suspiró y sonrió.

—Pero yo a ti sí.

Alargó su mano con lentitud y acarició su rostro, luego musitó un «gracias» apenas audible. Estaban rodeados de la gente que había presenciado el juicio, pero eso no impidió que acercara sus

labios a los de ella y dejara un breve beso. ¿De agradecimiento? No estaba del todo seguro. La presencia de Adriana lo desconcertaba.

—¿Qué piensas que debo hacer ahora? —le preguntó confusa —. No tengo a nadie más que a mi padre, pero no puedo volver con él.

—Te repito que me tienes a mí. Yo siempre seré tu amigo.

«Amigo». Después de lo que le hizo aún le ofrecía su amistad, un tesoro precioso que no estaba segura de merecer.

—¿Es que no me odias?

—Hasta hace poco lo hacía —afirmó, asintiendo con la cabeza —, pero, llámame tonto, aún creo que eres mejor de lo que tú piensas.

Adriana bajó la mirada. Un nudo incómodo estaba formándose en su garganta, amenazando en convertir aquello en un drama teatral. No deseaba que eso sucediera. Todavía había gente saliendo del local.

—¿Por qué?

Paul abrió los labios para responder, pero se vieron interrumpidos por una mano, que, como una garra de halcón, aferró el brazo de Adriana y comenzó a tirar de ella.

—¡Eres una hija ingrata! —gritó, sin importarle que aún hubiese gente alrededor—. ¡Lo has arruinado todo! Pero esto no se va a quedar aquí. En cuanto lleguemos a Cagliari ingresarás en *Serve Umili del Cuore di Maria.*

—Pero ¿qué está haciendo? —intervino Paul de inmediato.

Cogió el brazo de ese miserable hombre y lo apartó con brusquedad de Adriana, para después interponerse entre los dos. Las pocas personas que quedaban por salir los miraron extrañados al pasar.

—¿Así es cómo trata a su hija?

—¡Métase en sus asuntos! —alzó la voz, alterado.

—¡Eso hago! —exclamó, tal y como hubiera hecho el príncipe de Bermondsey en plena reyerta callejera.

—Apártese de mi camino —exigió Umberto, mirándolo con desprecio. Luego se detuvo como si hubiera caído en algo. ¡Ya lo

tenía! Ya sabía de qué le sonaba su nombre. Aquella carta que nunca le entregó a Adriana… ¡Era de ese tipo!

—No voy a hacerlo a no ser que ella me lo pida, ¿entiende? Si quiere hablar con su hija, tendrá que bajar su tono.

—¿No te he dado todo? —le preguntó a ella, ignorando el enorme cuerpo que se interponía entre los dos.

Adriana abandonó la protección que Paul le proporcionaba para enfrentarse a su padre. Miró alrededor comprobando si todos habían salido ya. No quería montar un escándalo, pero tampoco se iba a callar.

—Desgraciadamente, no me dio lo más importante: su cariño. Sus amenazas ya no me importan, ¿me oye? Ya no tiene hija, ni heredera de su reino. No voy a volver con usted. Prefiero la indigencia a tener que hacerlo. Arruine todos mis proyectos, incluida la fundación que creé en honor a su esposa. Ya no me importa, y ¿sabe por qué? Porque a ella la llevo aquí. —Señaló su pecho—. Después de todo, será su nombre el que se verá afectado y su reputación como mecenas la que se hunda en el lodo. Yo tan solo hacía el trabajo en su nombre.

—Cumpliré con mi amenaza —dijo su padre entre dientes.

Adriana se encogió de hombros.

—La encontraré, y usted no podrá hacer nada para evitarlo. Ahora, márchese por donde ha venido.

—¿Qué piensas hacer sin mí? —espetó con desprecio.

—Tengo un gran amigo que me ayudará a encontrar un empleo, y además… —le dedicó una sonrisa sardónica— acabo de ganarme el respeto de mi primo. ¿Le parece suficiente apoyo?

—¡Eres una vergüenza! ¿Amigo? ¿Quién lo va a creer? —soltó su padre, recordando las palabras que ese hombre le escribió a su hija.

—Aléjese de mí —le dijo con seriedad.

Umberto no añadió nada más, se dio la vuelta y caminó hacia la salida, erguido, a través de la ya solitaria sala.

Adriana lo observó hasta que desapareció y sintió que las fuerzas la abandonaban. Miró a Paul, atónito ante la entereza de la italiana.

—¿Qué voy a hacer ahora? —musitó.

—Venir conmigo a casa —contestó como si esa respuesta fuera obvia.

Adriana le sonrió con afecto. Su padre los interrumpió cuando le había preguntado por el motivo que lo había llevado a dejar de odiarla. Tenían mucho de qué hablar. Entonces cayó en la cuenta.

—¡Oh, no! —exclamó.

—¿Qué sucede?

—Todas mis cosas están en casa de doña Pilar. Después de esto no me dejará poner un pie en su hogar. Me dan igual los vestidos y abalorios, solo quiero recuperar el libro de Esopo.

—No te preocupes, yo trataré con ella —le dijo, ofreciéndole su brazo para salir de allí.

Adriana lo tomó confiada. Después de tantos años le resultaba extraño que él se hubiera convertido en su apoyo. Volvía a admirarlo como cuando empezó a enamorarse de él, pero tenía que saber qué lo había llevado a perdonarla.

—Cuando nos interrumpió mi padre no contestaste a mi pregunta.

Adriana pudo comprobar que seguía teniendo esa sonrisa seductora de cuyo efecto no era consciente.

—Hablaremos de ello en mi casa.

La italiana no contestó, solo asintió con la cabeza y se dejó llevar.

Capítulo 45

Venus en un invernadero inglés

Zaragoza, 1871

El carruaje se detuvo frente a una bonita finca, cercada por un murete de piedra rematado por una reja de hierro forjado. La hiedra se enredaba en ella, formando un manto verde muy tupido. Al otro lado había una casa rústica con un tejado a dos aguas.

Paul ayudó a bajar a Adriana del coche, le dio unas llaves y volvió a subir.

—¿Qué haces? —preguntó ella extrañada.

—Me voy a recuperar tus cosas. La casa de doña Pilar está a varias horas de aquí, es posible que vuelva mañana, así que cuanto antes salga antes volveré. Estás en tu casa, Adriana.

—Pero… No sé dónde están las cosas.

—Pídele a Enriqueta que te prepare mi habitación, es la más cómoda.

—¿Enriqueta? No me dejes sola, por favor.

—Enriqueta es algo así como el ama de llaves. No te preocupes, ella sabrá qué hacer. Tú compórtate como la dueña, lo va a entender. Habla mucho y seguro que cuando regrese te ha puesto en antecedentes.

Cerró la portezuela y le dio la orden al cochero para que se pusieran en marcha.

Adriana se quedó mirando el sendero que conducía hasta la entrada, comenzó a caminar por él y abrió la puerta con las llaves que le había dado Paul.

Cuando entró, un silencio absoluto reinaba en la casa, caminó sin saber muy bien a dónde ir.

—¿Enriqueta? —la llamó con timidez.

Se encaminó hacia un pasillo que había en un lateral de una escalera y comenzó a caminar lentamente, observando la decoración de la casa. Le pareció oír algo.

—¿Enriqueta? —la volvió a llamar, pero nadie contestó.

Avanzó hasta llegar a una puerta de doble hoja de la que salía luz. Adriana se quedó en el quicio observando a la mujer que trasteaba en una amplia cocina revestida de cerámica artesanal.

La reacción de Enriqueta en cuanto la vio, le pareció de lo más extraño. No se asustó al ver a una desconocida en la casa. Al revés, dio una palmada de alegría, juntó sus manos como si fuera a orar y, mirando al cielo, dijo: «Gracias a Dios». Después exclamó:

—¡Venus! ¡Qué alegría tenerla aquí!

A la italiana le extrañó que la tratase como si la conociera. ¿Venus? ¿Qué sabía Enriqueta de Venus?

—Eh… yo… no entiendo.

La mujer, que no mediría más de metro y medio, se acercó a ella sonriente. A Adriana le recordó a la esposa simpática de un gnomo que leyó una vez en un cuento. Era de cabello blanco, aunque no debía de haber llegado a la cincuentena aún. En su rostro había pocas arrugas.

—Sé que le gusta la cocina, ¿quiere pasar o prefiere hacer otra cosa? Por cierto, ¿dónde está el señor Morrison?

—Es probable que no venga hasta mañana, ha ido a recoger mi equipaje a casa de doña Pilar.

—Esa es buena señal, ¿verdad? Significa que todo ha ido bien.

—Pues sí. Han absuelto a mi primo.

—Oh, me alegro por ustedes dos.

—¿Por quiénes?

—Por usted y el señor.

—Por favor, Enriqueta, no entiendo nada.

La señora la tomó del brazo.

—Acompáñeme. Se preguntará por qué sé tantas cosas —dijo mientras salía de la cocina junto a ella—. Es que el señor Morrison es como mi *hermanico chico* y cuido de él. Hablamos mucho, ¿sabe?

La llevó cruzando la casa, subió por la escalera sin soltar su brazo y atravesó un pasillo ancho hasta detenerse ante una puerta.

—Esta es su habitación. Bueno, ya sabe que lo tiene él, pero ya verá dónde lo ha colgado.

Adriana no comprendía nada. Esperó a que Enriqueta abriera la alcoba y se colara dentro. Al seguirla fue cuando entendió de qué hablaba. Fijó su atención en la pared que había frente a una cama con un enorme cabezal de madera tallada.

Sobrecogida, observó la mezcla perfecta de pigmentos para representar con exactitud su piel sobre aquel diván de color rosa palo que contrastaba con el verde oscuro de la vegetación. Pequeñas orquídeas salpicaban de claridad las zonas oscuras, pero discretamente, para no robar protagonismo a la Venus desmadejada sobre el sofá. La iluminación proveniente del ventanal situado detrás se reflejaba en algunas partes de su cuerpo desnudo. Ese efecto lumínico dotaba a la escena de intimidad, dejando a la figura entre luces y sombras. Todo en conjunto estaba medido y estudiado para provocar esa sensación de abandono ante el deseo que Adriana experimentó en el invernadero de Whisperingwood Manor.

Había olvidado que era precioso. Piero Rossi hizo un gran trabajo.

Venus en un invernadero inglés. ¿Qué hacía en la habitación de Morrison?

—¡Qué bonito es! ¿Verdad? —apreció la mujer.

Adriana despertó de la ensoñación en la que estaba al oír la voz de Enriqueta. La miró.

—¿A usted no le parece escandaloso?

—No, qué va. —Reforzó sus palabras con un gesto de la mano —. Entiendo que a los demás se lo parezca, pero es de una belleza absoluta. El deseo es parte del amor, y está claro que esa Venus ha caído *rendidica* a los dos.

—¿Qué hace este cuadro aquí?

—El señor Morrison se lo compró al príncipe Alessandro Cavallieri. Cavallieri —repitió—. ¿No le parece un nombre novelesco?

Adriana no le contestó, estaba conmocionada.

—Pensé que usted lo sabía y que, sencillamente, no quiso escribir —continuó hablando—. Eso lo puso muy triste, la verdad. Esperó durante meses su respuesta.

Adriana se cruzó de brazos.

—¿Me está diciendo que Paul le compró el cuadro al príncipe?

—Eso es. Le envió una carta, que podría decirle que fue preciosa, pero no se lo puedo decir porque no la leí. Lo hizo para convencerlo de que ese cuadro debía ser suyo. El señor George Langley —pronunció mal el nombre— se encargó de buscar su dirección. Por lo visto, en la carta, su novio le pidió al príncipe que le dijera a usted quién lo había comprado, pensando que contestaría con otra misiva preciosa si compartía los mismos sentimientos. —Se encogió de hombros—. Pero no lo hizo. ¿Qué es lo que pasó?

—Que el príncipe murió antes de darme el mensaje —musitó.

En realidad, no sabía muy bien por qué estaba manteniendo esa conversación con aquella desconocida.

—Oh, qué giro tan inesperado —comentó con pena—. Pero como usted está ya aquí, todo se va a arreglar. El señor Morrison es un hombre fuerte y supo reponerse, pero lo de hoy… —le sonrió con picardía— estoy segura de que le ha dado esperanzas.

—Enriqueta, el señor Morrison no es mi novio, es mi amigo y no creo que desee ser otra cosa.

—Eso ya lo veremos cuando vuelva —le respondió en tono alegre—. Yo le voy a preparar su cuarto para que duerma como una princesa y mañana será otro día. Le daré una camisola del señor para dormir. ¡Ay! Estoy tan contenta… Venga, ayúdeme a preparar la cena. La tomaremos en la cocina. Si le apetece.

Adriana la miró tan anonadada que Enriqueta refrenó su actitud confiada.

—Oh, lo siento… Estoy acostumbrada a cenar con el señor Morrison, pensé que a usted tampoco le importaría.

Adriana le sonrió. Solo un hombre como él haría algo tan entrañable como tratar a esa mujer como a un familiar.

—No. Lo siento yo. Me encantará preparar la cena con usted y cenar juntas.

Tuvo la ocasión de conocer mejor a ese torbellino de mujer. Al parecer, Morrison le ofreció trabajo después de ser señalada en su pueblo por haber sido «la sobrina» del párroco. Se lo contó todo sin tapujos. El cura murió y ella se vio sola en la calle. «Éramos como

un matrimonio, ¿sabe? Sé que la Iglesia no lo permite, pero había mucho amor. No creo que Dios pueda reprocharnos eso».

Ahora entendía que le hablara con tanta naturalidad del cuadro, del amor y del deseo. Ella sabía lo que era.

Le relató varias anécdotas vividas desde que estaba con Morrison. Del trabajo que hacía en la casa, de lo cómoda que se sentía trabajando para un hombre tan listo como Paul. Quizá el que los dos hubieran sido huérfanos había ayudado, pero, en realidad, el carácter afable de él fue lo que más contribuyó. Como ella decía: él era su *hermanico chico*.

Capítulo 46

Si no bailo contigo, no bailo con nadie

Zaragoza, 1871



Se despertó sobresaltada sin saber muy bien dónde estaba. Miró a su alrededor y descubrió a Paul sentado en el borde de la cama observándola. Parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz que empezaba a entrar por la ventana.

—Toma. —Extendió el brazo—. Aquí tienes tu libro. Tu ropa está en el armario.

Adriana lo cogió.

—Gracias, Paul. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Poco. No hace mucho que he llegado.

—¿Qué hora es?

—Las seis. ¿No has oído a los gallos cantar? —bromeó.

—No. —Se incorporó sonriendo—. Paul, anoche estuve hablando con Enriqueta y…

—Sí, ya me lo ha contado todo.

Adriana miró el cuadro, mientras él no le quitaba la vista de encima a ella.

—Paul…

—¿Vas a decirme ya qué es lo que pasó? —preguntó con seriedad.

Adriana volvió a mirarlo.

—¿Por qué piensas que pasó algo?

Él señaló la pintura.

—Porque esa obra dice más de lo que tú te piensas.

—No —indicó ella enseguida—. No dice más de lo que yo pienso, dice justo lo que yo pienso.

—¿Me hubieras escrito, entonces, de haber sabido que la tenía yo?

Adriana negó con la cabeza.

—¡¿Por qué!? —quiso saber, dolido.

La italiana tomó aire, bajando la mirada hacia el libro que tenía entre las manos. Dejó pasar unos segundos antes de volver la vista hacia él. Llevaba tanto tiempo guardando aquello que necesitaba preparación.

—¿Volviste a ver a lord Collingwood? —lo interrogó.

—No, él… casi arruina mi negocio —contestó, sin entender muy bien a dónde quería ir a parar.

—¿Te devolvió el dinero del orfanato *lady* Ophelia?

Morrison la miró asombrado.

—¿Qué sabes tú de lo que pasó con mi negocio? ¿Qué tiene que ver *lady* Ophelia…? —Se interrumpió de repente—. ¡No! ¿¡Fue ella!? ¿El ingreso anónimo lo hizo ella? —Se levantó de repente y comenzó a pasear por la habitación, pasando su mano por el pelo con nerviosismo. De pronto se detuvo y la miró con cierta desconfianza—. ¿Por qué esa mujer repuso lo que robó el miserable de Collingwood? ¿He de darle las gracias por lo que hizo? ¿Cómo se enteró? Tú sabes todo lo que pasó —expresó, mirándola interrogante.

Adriana asintió, y él tuvo miedo de conocer la verdad, porque temía que fuera peor que descubrir que la mujer con la que se quiso casar tan solo jugó con él, que todo lo que le hizo creer que sentía había sido mentira. No fue agradable pensar que se había reído a su costa. Las dos: ella y su amiga *lady* Ophelia. ¿Aquello también fue parte de un juego? ¿Qué le iba a desvelar ahora? Fue él quien se esforzó por ocultarle lo que estaba ocurriendo con el dinero del orfanato para no preocuparla, y resultaba que sabía más que él. Confundido, miró el cuadro pendido en la pared. Adriana acababa de reconocer que esa pintura comunicaba justo lo que quería. Eso significaba que lo que vivieron juntos también fue importante para ella. La volvió a mirar esperando una explicación.

Adriana no sabía cómo empezar, sobre todo, porque no tenía ni idea de cómo terminaría todo. Seguía teniendo miedo de que

pudieran hacerle daño. No podía imaginar hasta dónde llegaba la influencia de la duquesa. Habían pasado muchos años, pero el pacto fue que desapareciera de su vida para siempre. Suspiró y decidió hacerlo rápido y de manera sencilla.

—Lord Collingwood te estuvo robando pequeñas cantidades que ocultaba al fisco, pero la idea de que se marcharse con el dinero del orfanato no fue de él. La duquesa descubrió las maniobras que llevaba haciendo mucho tiempo y organizó un plan para chantajearme a través de tu amigo.

Morrison se quedó paralizado al oírla e imaginó lo que le diría a continuación. Se acercó al lado de la cama donde estaba ella, apartó el libro y se sentó, tomándole las manos.

—Dime que no llevamos catorce años separados por culpa de esa mujer. —La escrutó con la mirada—. Adriana, te odié con toda el alma cuando me dejaste. Tus palabras, ese juego cruel del que me hiciste objeto, tu indiferencia… dime que todo fue mentira.

No pudo mirarlo a los ojos, porque el nudo que se le estaba formando en la garganta amenazaba con desatarse y dejar salir todo lo que había guardado durante tanto tiempo. La despedida que tuvieron la avergonzaba y le dolía profundamente. Sabía el daño que le causó.

Volvió a bajar la mirada, esta vez hacia sus manos enlazadas. Ella, que creía tener un espíritu fuerte, comenzó a temblar. Tragó saliva. La verdad era demasiado amarga y trajo consigo una pena que, en estado líquido, comenzó a acumularse en sus ojos. Cerró los párpados y cayó la primera lágrima sobre la mano de él.

Paul la observó, mojando su piel. La primera lágrima que veía de la inalterable Adriana De Flaviis. Su significado ejerció un extraño efecto en su interior, como si al fundirse con él, también lo hiciera la angustia que sintió Adriana al separarse. Tomó su barbilla y la obligó a mirarlo.

—Tus sentimientos fueron sinceros, ¿no es así, *nobildonna* Adriana? —la interrogó suplicante, esperando oír lo que deseaba.

Con los ojos fijos en ese mar azul, asintió.

—No soporto la idea de haberte hecho daño —reveló, dejando caer el resto de las lágrimas oprimidas. Paul la abrazó—. Y aún

tengo miedo —confesó sobre su hombro—. De que sus horribles tentáculos te vuelvan a alcanzar, por eso no te hubiera escrito de haber sabido que el cuadro lo tenías tú. Su amenaza fue firme.

—Ella te pidió que te alejaras a cambio de no hundirme, ¿verdad? —Adriana asintió—. Y tampoco respondiste a la carta que te escribí hace unos meses.

—No recibí ninguna carta. —Lloró, aferrándose a su torso—. Mi padre controlaba mi correspondencia.

Él la estrechó contra su cuerpo con más fuerza. Enredó los dedos en su cabello y la acunó, mientras suspiraba profundo.

—Le dijiste a tu padre que preferías la indigencia antes que volver con él. Yo la hubiera elegido con tal de estar contigo. Dime, ¿aún tengo esperanzas? —murmuró.

Adriana se separó y, secándose las lágrimas, lo miró.

—¡Me has perdonado! —exclamó sorprendida.

—¿Qué es lo que tengo que perdonar? Tú padeciste lo mismo que yo. Entiendo por lo que has pasado, entiendo tus palabras feroces para alejarme, entiendo que todo lo hiciste por amor. Solo quiero saber si el tiempo ha acabado con todas las emociones que sentiste o no, porque yo, si no bailo contigo, no bailo con nadie, Adriana.

La italiana deshizo el abrazo para mirarlo, los ojos de él también estaban cristalinos por la emoción.

—Mi tía me dijo que el amor cuando es de verdad nunca muere, por mucha distancia que haya de por medio. Paul, construí un santuario en mi interior para albergar mi amor por ti y ni el tiempo ni la distancia han podido acabar con él.

Paul sonrió con afecto, colocó su mano sobre la mejilla de Adriana y la besó con ternura, luego apoyó su frente en la de ella.

—¿Y si esa mujer decide amargarte la vida? —preguntó con miedo.

—No puede si estás a mi lado. —Sonrió de nuevo, separándose para ver la expresión de su rostro—. Además, ya no es la duquesa de Everleigh. Su esposo la repudió.

Adriana se enderezó de inmediato.

—¡¿Qué?! —exclamó—. ¿Ya no es duquesa?

—La vida puede dar muchas vueltas. Unas veces se está arriba y otras puedes caer precipitadamente sin remedio, eso es algo con lo que Ophelia nunca contó. Quizá fue justicia divina, no lo sé. —Se encogió de hombros—. El honorable duque de Everleigh la sorprendió retozando entre las sábanas de su alcoba con lord Alistair Montgomery Langston, en su casa de Myfair. Ella no esperaba que la visitara en Londres. El duque quiso darle una sorpresa y se la llevó él.

—¡No lo puedo creer! ¿Cuánto tiempo hace de eso? —Se llevó las manos a la boca.

—No lo sé, cinco años, quizá.

—¡Oh, dios mío! De haberlo sabido…

—Shhh, nada de arrepentimiento. No se puede cambiar el pasado y lo único que tenemos es el presente. Solo dime si podemos continuar por donde lo dejamos.

Adriana lo miró mordiéndose el labio inferior.

—¿Me propone matrimonio, señor Morrison? —inquirió con tono desenfadado.

Paul la tomó de las muñecas y la obligó a tumbarse, colocándose sobre ella. La expresión de sus ojos se tornó profunda.

—Entre otras cosas, *nobildonna* Adriana. Te propongo ofrecerte cada uno de los segundos que me queden por delante, sin saber si estaremos aquí o en una cabaña en el peor barrio de Zaragoza. Te propongo ser tu mejor compañero, tu mejor amigo y amante. Te ofrezco mi hombro para cuando necesites llorar, mis brazos para cuando necesites que te sostenga y mis oídos para cuando necesites hablar.

Adriana recorrió su rostro con veneración.

—¿Estás seguro de querer en tu vida a una orgullosa italiana? —musitó emocionada.

Él asintió muy cerca de sus labios.

—La más altiva y orgullosa de todas —susurró.

—Yo quiero un invernadero —bromeó ella en voz baja.

—Construiré uno en el jardín para ti —dijo mientras rozaba sus labios con los suyos.

—Igualito al de Whisperingwood Manor —exigió ella cerrando los ojos.

—Que así sea, Venus. —Pegó sus labios a su boca y se abandonó en ella.

—Un momento —dijo empujándolo del pecho hacia atrás—. ¿Y Enriqueta? Deberías irte a tu habitación.

Paul soltó una carcajada.

—¿De verdad te importa eso ahora? Ella no va a juzgarnos. Y esto no es Londres.

La rodeó con sus brazos y volvió a besarla como aquella vez en la que creyó que se estaba despidiendo de ella. Por fortuna, se daban la bienvenida y los dos esperaban que ese reencuentro fuera para siempre.

Capítulo 47

Después de la boda

Comarca de los Monegros - Londres, 1872



Los escopeteros dieron la bienvenida a los recién casados. Entre las sonrisas y los aplausos de sus invitados caminaron hacia el carruaje que los llevaría hasta París.

El amor por la arquitectura de Adriana había hecho que decidieran celebrar la boda en el convento de Villanueva de Sijena. Además, la opinión de Beatriz fue de bastante peso en aquella decisión. Su ahora prima adoraba el lugar en el que se había criado.

La vida era impredecible, había pasado catorce años conviviendo con un padre con el que no quería estar, convencida de que aquello sería para siempre, y en poco tiempo todo se había dado la vuelta.

Ella y su primo Carlo habían hecho las paces. Lo perdonó por sus duras palabras cuando faltó la condesa, y él a ella por el acoso a su familia cuando no estaba presente. A la boda habían asistido Marcella —quien, desde que supo que había ayudado a su sobrino en el proceso judicial en que lo acusaban de impostor, la empezó a mirar con buenos ojos—, los primos del conde y gran parte de los terratenientes que Paul tenía como clientes en la zona.

Se tomó un tiempo de descanso del trabajo que le había ofrecido su prima en su negocio de perfumes para ir hasta Londres, visitar al general Brown y ver el orfanato que su marido construyó. Estaba impaciente por hacer ese viaje con su esposo.

Desde el carruaje observó a sus primos. Beatriz sostenía en brazos a su pequeño, Miguel Ángel, que le decía adiós con la manita mientras el coche se ponía en marcha.

Adriana se giró hacia su esposo.

—Quiero tener cuatro hijos: dos niños y dos niñas —expresó con naturalidad.

Él le sonrió.

—Te advierto que va a ser muy difícil escoger solo a cuatro. Todos necesitan un hogar.

—Lo sé, pero podemos convencer a nuestros primos para que acojan a unos cuantos.

—¡Dios mío! ¿Dónde está esa mujer que pensaba que la sangre era lo primero?

Adriana rio, apoyando su cabeza en el hombro de Paul, quien la acogió pasando el brazo por encima de sus hombros.

—No te preocupes, aún está aquí. Transmitiré a todos nuestros hijos el orgullo de pertenecer a la ilustre familia del príncipe de Bermondsey.

Paul se carcajeó.

—Eso está muy bien, cariño. Pero no les cuentes que robaba carteras.

—No, el príncipe de Bermondsey solo roba corazones.

Él la apretó contra su cuerpo al oírla.

—¿Llevas el libro? —le preguntó.

—Por supuesto, aunque no sepan italiano, les encantarán las ilustraciones. ¿Te parece bien que les hable de Martina? Ella es un ejemplo a seguir, así pueden ver que, si son aplicados, su vida puede mejorar.

—Es una excelente idea.

—Paul…

—¿Mmm?

—Cuando volvamos quiero que le pidas a George que la busque.

—Claro que sí, cariño. La encontraremos. —Bajó su mentón para depositar un beso en la cabeza de su mujer.

El viaje desde París a Londres les trajo recuerdos y un poco de nostalgia por la condesa que ya no estaba. Una sensación extraña embargó a Adriana cuando llegaron a la misma estación de Londres en la que, años atrás, buscó con la mirada esa figura masculina que

creyó, con cierto pesar, que no volvería a ver. Ahora viajaba con él. ¿Quién le iba a decir entonces que acabaría siendo su mujer?

¡Con qué alegría la recibió el general Brown cuando llegaron! La abrazó como si fuera su hija.

—¡Cuánto tiempo sin verla, señora Morrison! —le dijo remarcando sus últimas palabras—. Sabía que este matrimonio se acabaría celebrando —exclamó alborotado—. Sentí mucho no poder ir a la boda, la reina me tuvo muy ocupado. Pero, pasad, que he preparado un almuerzo para los tres.

Se sentaron en la mesa del salón en la que había comida para todo un regimiento.

—Quizá estéis cansados del viaje, pero estoy tan impaciente por hablar con vosotros que no he podido evitar preparar un tentempié.

—¿A esto llamas tentempié? —expuso Morrison riendo.

—Pensé que estaríais hambrientos después del viaje.

—Lo estamos —ratificó ella.

Había empanadas de carne y bollos de pasas y canela.

—¡Esto es de The Golden Crust! —advirtió Adriana—. ¿Cómo está Mildred?

—Impaciente por veros. Cuando le anuncié que os ibais a casar me dijo que le extrañaba que hubierais tardado tanto. Espera que vayáis a verla.

—Lo haremos —aseguró Paul.

—Bien, muchachos, pues tengo algo que deciros —expresó con la impaciencia brotando en su voz.

Adriana y Paul se miraron extrañados.

—He comprado una finca pequeñita cerca de Zaragoza.

—¡Qué me estás diciendo, Christopher! —exclamó Paul con evidente alegría.

—Me retiro. Ya estoy viejo y la reina me jubila, así que he decidido pasar algunas temporadas con vosotros.

—Pero podría venir a nuestra casa, no hubiera hecho falta que comprara una finca —comentó Adriana.

—Tonterías, los matrimonios necesitan intimidad. Con estar cerca para poder ir a jugar con mis nietos, tengo suficiente.

Aquella afirmación los dejó con la boca abierta. Sobre todo a Paul, que nunca había oído de boca del general una sentencia que tuviera que ver con su relación, mucho menos haciendo alusión a que hubiera un parentesco entre los dos. Siempre lo trató como a un hijo, pero nunca lo llamó de esa manera.

—En vista a la cara de asombro de los dos —dijo el marqués, metiendo su mano en el bolsillo interior de su levita—, os lo voy a aclarar. —Sacó unos papeles y los dejó sobre la mesa, acercándoselos a Morrison.

Paul cogió los documentos y los desplegó, mirando interrogante a Christopher. Comenzó a leer ante la atenta mirada de su mujer y el general. Levantó la cabeza con ojos vidriosos, cuando terminó su lectura.

—Es una petición que le hice a la reina desde el momento en el que decidí que tú te quedarías en esta casa. Ha costado mucho, pero tus méritos han sido de peso. Oficialmente eres mi hijo. Esos papeles, redactados por ella misma y aceptados por el parlamento, lo reconocen. Es una concesión real, extraordinaria, por lo que estaré eternamente agradecido a Su Majestad.

—Pero mi sangre… no es noble.

Paul no podía comprenderlo. Ciertamente, aquello era insólito; lo más difícil que Christopher Brown había conseguido en su vida.

—No importa en absoluto, hijo, porque tu corazón sí lo es. Los documentos fueron aceptados hace cinco años, pero no podía hacerlo público mientras tuviera un cargo en la Casa Real. Tú, más que nadie, entiendes cómo funciona esta sociedad. Me pareció prudente ocultarlo, no porque no me sintiera orgulloso, sino por no suscitar envidias. Ya sabes… para protegerte. Pero tú eres mi hijo y el heredero del marquesado de Bristol.

A Paul le daba igual la herencia. Aquello fue como si todas las piezas empezaran a encajar, como si su sueño de tener una familia se estuviera cumpliendo con creces. Se levantó de repente y abrazó al hombre que siempre había considerado su padre. Tenía una esposa a la que adoraba, un abuelo para sus hijos y, muy pronto, unos hijos a quienes dar ese amor que todo niño debería recibir durante la infancia.

—Siempre me he sentido orgulloso de ti —musitó el anciano, todavía en los brazos de su sucesor—. Ni aun llevando mi sangre, me sentiría más orgulloso. Has sido el motivo principal de mis alegrías, Paul.

—Para mí es un honor poder llamarte padre —respondió emocionado—. Gracias.

Deshicieron su abrazo y dirigieron su atención a Adriana, que los observaba sonriendo, pero con alguna lagrimilla que se había escapado y rodaba furtiva por su mejilla.

—Vamos, querida, ven aquí —la llamó el marqués—. Ahora tú también eres mi hija.

Adriana se acercó y el hombre depositó un beso en su mejilla, mientras pasaba uno de sus brazos por sus hombros.

—Bien. ¿Estáis seguros de que queréis descansar o preferís adelantar la visita al orfanato? —inquirió el general con alegría.

Adriana y Paul se miraron sonriendo.

—Creo que ya tendremos tiempo para descansar —aseguró Paul, captando la voluntad de su esposa a través de su mirada—. Mi mujer quiere traer a sus hijos a casa cuanto antes.

—Yo también estoy impaciente. ¿Puede este anciano acompañaros?

—Eso ni se pregunta —dijo ella.

Luego vio al general guiñar un ojo a su esposo. Le gustó su gesto de complicidad.

El coche se detuvo ante la fachada principal del orfanato. Ver el edificio terminado llenó de una extraña emoción a Adriana. Era una construcción con solera: consistente, pero a la vez elegante. Con ese aire que Paul quiso darle, para que los niños se sintieran como en un palacio.

Aferró el libro con sus brazos y entró acompañada de los dos hombres. Las risas de los pequeños llegaban hasta ella, lo que le hizo pensar que realmente era un hogar, y eso que todavía no había pasado del vestíbulo.

A Paul se le notaba la emoción en la mirada, estaba atento a cada una de sus reacciones, a las expresiones de su rostro. Quería empaparse de cada una de ellas. De vez en cuando miraba al

marqués con connivencia, como si los dos supieran algo que ella desconocía y estuvieran esperando para darle la sorpresa.

Morrison, impaciente, le cogió el libro que aferraba contra su pecho y tomó su mano.

—Ven —le dijo entusiasmado—. Tienes que ver esto.

La tomó de la mano y caminó deprisa por aquellos pasillos por los que una vez pasaron entre los escombros y material de obra. Ahora, todo limpio y ordenado, con perchas en sus paredes donde los abrigos de los niños permanecían colgados, junto a las puertas cerradas, donde en ese instante algunos daban clase. Caminaron seguidos por el general hasta llegar a la capilla, y, frente a su puerta, Adriana se detuvo conmocionada. Se llevó las manos a la boca para intentar detener una emoción que empezaba a hacerle un nudo en la garganta. En una hornacina sobre la puerta, entre dos columnas de mármol blanco, Nuestra Señora de Bonaria recibía a los niños para la oración. Era tal y como ella la había dibujado. Hermosa, protectora, de pie sobre las olas del mar. Llorando, se volvió hacia su marido.

—Ha quedado preciosa. Es una pequeña parte de Cerdeña.

—Se la encargué a un escultor. Se salía un poco del presupuesto, pero el general…

Christopher Brown carraspeó al oírlo llamarlo así.

—Perdón. —Sonrió Paul—. Pero mi padre quiso donar lo que faltaba para que los niños disfrutaran de ella.

Adriana se giró hacia él y le dio un abrazo.

—Gracias.

Luego lo besó.

—Y ahora… lo mejor —dijo Paul.

Le dio el libro para que lo cogiera con una mano y se encaminó a un nuevo pasillo, arrastrándola con él.

—Aquí están los niños más pequeños —le aclaró, mientras avanzaban hacia una puerta a través de la que se oían las risas de los pequeños—. Tienen entre cuatro y siete años. Tu libro les va a encantar.

Tras sus palabras, llamó y abrió la puerta. Todos los niños, sentados en corro alrededor de una mujer, los miraron. La profesora

también.

Adriana creyó que había atravesado una puerta mágica que la acababa de conducir a ese mundo paralelo en el que fue tan feliz. Petrificada, como la escultura de Nuestra Señora de Bonaria, fijó sus ojos en los de la persona que hubiera reconocido de entre cien mil, por mucho que hubiera cambiado. Por primera vez desde que se había casado, se olvidó de Paul y de todos los que la rodeaban. Los dos hombres se mantuvieron al margen, mientras aquellas dos almas asimilaban que estaban la una frente a la otra. Los ojos verdes de la maestra observaron a Adriana incrédulos. No se atrevió a abrir la boca y por un momento pensó que debía mirar al suelo, mostrando ese respeto que su condición le exigía.

La orgullosa sarda, apartó sus ojos para mirar el libro que llevaba en las manos y las lágrimas no tardaron en brotar silenciosas.

—¿Por qué está triste esta señora? —Se oyó una vocecilla de entre los niños que estaban sentados.

No hubo respuesta.

Adriana, con paso lento, se aproximó a la maestra, quien apretó los labios con evidente tensión.

Una vez frente a ella, le ofreció el libro.

—Lo siento —acertó a decir en sardo—. Te lo devuelvo con demasiados años de retraso. Este libro te pertenece. Acepta mis disculpas, nunca debí arrebatártelo. Siempre sentí que entre sus páginas se quedó algo más que no me pertenecía, algo de lo que no soy digna: tu alma generosa y afable.

Martina parpadeó varias veces, confusa, antes de coger el regalo que le ofrecía. Apartó la mirada de la *baronessina* para observar la cubierta a todo color de las *Fábulas de Esopo*. Lo acarició y después lo apretó contra su pecho. Un puente invisible la condujo a ese tiempo en el que leían en la sala de juegos de la señorita. En las lecciones de lectura que la *baronessina* le daba, en lo que aprendió y en todo lo que sintió. Adriana De Flaviis fue la mejor compañera que jamás tuvo.

—Gracias —respondió. Sus lágrimas se unieron a las de Adriana—. Tenía la confianza de que algún día me reencontraría con

mi hermana del alma. De que ella volvería de ese lugar al que la relegaron. Me alegra que ya estés de vuelta.

Con uno de sus brazos atrajo a su amiga y Adriana se aferró a su torso, dejando que las lágrimas del arrepentimiento salieran sin poderlas controlar.

—¿Por qué llora esa señora tanto? ¿Qué dicen?

La vocecilla de antes volvió a preguntar curiosa, sin que nadie le hiciera caso.

—Perdóname, Martina.

—No hay nada que perdonar. Sé a todo lo que te viste sometida.

—No me porté bien contigo. —Sollozó.

—No fue culpa tuya.

Permanecieron abrazadas, mientras los niños las observaban extrañados. Paul y Christopher Brown se sonrieron, satisfechos por lo bien que había resultado la sorpresa que llevaba guardada quince años.

Mientras se dejaba llevar por la emoción, Adriana sintió una presión sobre sus rodillas. Miró hacia abajo y descubrió a una niñita pelirroja aferrada a su falda, intentando rodear sus piernas. La pequeña le sonrió sin soltarla.

—Cuando estoy triste, Timothy me da un abrazo y se me pasa —dijo la chiquilla en inglés.

Martina sonrió al verla.

—Esta es Estelle —le anunció.

Adriana la cogió en brazos y la niña rodeó su cuello, sonriente.

—¿Lo ves? Ya se me ha pasado.

Estelle limpió con sus manitas las lágrimas del rostro de la italiana con suma delicadeza.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Cinco.

—¿Y dónde está Timothy?

La niña señaló a un niño de unos siete años, pelo oscuro y ojos azules, que miró tímidamente al verse señalado.

—¡Qué suerte tienes! ¡Es muy guapo!

—Es mi hermano del alma —le explicó la niña.

Adriana se quedó sorprendida ante la afirmación de la pequeña.

—La señorita Conti —prosiguió— dice que todos tenemos uno. Yo tengo a mis hermanos Ralf y Clara, y luego está Timothy que es mi hermano del alma. Así que tengo tres hermanos —reforzó, sacando tres dedos de su mano.

Adriana miró a Martina emocionada.

—Contarles eso hace que creen vínculos afectivos entre ellos y que no se sientan solos —explicó Martina.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Adriana sin soltar a Estelle.

—Quince años, el secretario del señor Morrison nos ofreció un trabajo a mí y a mi madre. Tuve que aprender inglés, pero me encanta mi labor en este lugar. Soy muy feliz.

Adriana sonrió y miró hacia atrás, donde Paul las observaba con una mirada afectuosa. Ella le hizo un gesto para que se acercara.

—Me temo que el responsable de habernos reencontrado ha sido mi esposo.

Martina arqueó las cejas con asombro.

—¡Señor Morrison! ¡Cuánto tiempo sin verle! —lo saludó la maestra. Siempre estaría agradecida a ese hombre.

—Te dije que me llamaras Paul. Ahora soy el marido de tu hermana del alma, somos familia.

Martina sonrió con timidez. Comprendiendo que él había sido el artífice de ese reencuentro.

Adriana se giró hacia él.

—Toma, coge a tu hija —le dijo dándole a la niña—. Creo que nos tienes que explicar algunas cosas.

Paul, sin verse apurado, comenzó a hablar con la atenta mirada de la chiquilla sobre él.

—Empecé a buscar a Martina desde que me hablaste de ella en The Royal Seaview Hotel. Quería darte una sorpresa, pero te fuiste de manera repentina, y bueno, ya sabes cómo me sentí después. No quería saber nada de ti, pero a Martina ya la habíamos

localizado y le habíamos ofrecido el trabajo. Es una maestra excelente.

A la profesora le subieron los colores al escuchar aquello.

—¿Y por qué no me dijiste nada durante este último año? —exigió una respuesta su mujer.

—¡Porque quería darte una sorpresa! —comentó en un tono que dejaba claro que para él su respuesta era evidente.

—Y nos la has dado. A las dos —dijo mirando a su amiga—. Entonces, ¿tu madre está en Londres?

Martina sonrió.

—En la cocina.

—¿¡Aquí!?

—Los niños comen *frégola* y, a veces, figuritas de pan con los personajes de Esopo que ellos mismos hacen.

—Habéis traído el sabor de Cerdeña a Londres. ¡Me encanta! Quiero ir a verla.

Salieron todos del aula para ir a la cocina, incluidos los niños que habían estado sentados en sus sillitas. Estelle, aún en brazos de Morrison, lo observaba atenta.

—¿Quieres tener un papá? —le preguntó él, al sentirse vigilado, mientras caminaban hacia la cocina.

—¿Del alma? —interrogó la chiquilla curiosa.

—Desde luego —respondió Paul con seriedad.

La niña asintió sonriendo.

—¿Tú serás mi papá del alma?

—¿Te parece bien?

—¿Y la señora triste será mi mamá del alma?

—Ya no está triste —objetó Paul.

—¡Porque le he dado un abrazo! —afirmó con obviedad.

—Desde luego, pero ¿qué me dices, Estelle? ¿Querrás venir a vivir con unos nuevos papás?

La niña asintió, pero parecía no estar demasiado convencida.

—A ver, ¿qué te pasa?

—Pues… que yo tengo un hermano del alma que se llama Timothy y, si me marcho, ¿quién le dará abrazos a él?

—Él también puede ser nuestro hijo del alma.

Estelle sonrió con la boca torcida.

—¿Qué te pasa ahora?

—Tengo dos hermanos que no son del alma, son de los otros, de los que te tocan cuando naces y yo los quiero igual: Ralph, que es muy mayor. ¡Tiene once años!, y Clara que también es muy mayor, pero un poco menos que Ralph, tiene nueve.

—¿Y todos dan abrazos como tú?

La niña asintió orgullosa.

—¡Eso es estupendo!, estamos reclutando a niños que sepan dar abrazos de los que quitan la tristeza. ¿Crees que ellos estarán interesados?

La pelirroja se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—Pues qué bien. —Le sonrió—. Vais a tener unos papás, un abuelito, unos tíos y un primo pequeño.

La niña empezó a dar palmas, excitada.

—¿Y todos necesitan abrazos?

—De los tuyos, seguro —concluyó Paul.

La niña lo volvió a mirar con atención, repasó su rostro mientras avanzaban junto a los demás y, después de un rato, posó su mano sobre su mejilla.

—Eres como el papá que yo quería.

Paul la miró a los ojos con cariño.

—Me temo que vas a obtener de mí todo lo que quieras, más que tu madre, ya lo verás.

La niña no pareció entender muy bien el comentario, pero sonrió.

Cuando el grupo llegó a la cocina, Sofía discutía con la señora Fairchild. Mildred hablaba en inglés y Sofía le explicaba en italiano que se había equivocado con el tipo de pan que había traído. Con gestos exagerados, las dos pretendían hacerse entender. Cuando se dieron cuenta de que en la puerta había un grupo de niños y cuatro adultos observándolas se callaron.

—¡Por Nuestra Señora de Bonaria! —exclamó Sofía en su idioma—. Si es la *baronessina* De Flaviis.

Adriana se acercó y se abrazó espontáneamente a ella.

—Me alegro mucho de verte —musitó Adriana aferrada a su talle.

—Yo también —respondió, un tanto cohibida por encontrarse en una situación tan cercana con quien fue su señorita.

Adriana se separó para mirarla a la cara y le sonrió.

—Quiero decirte una cosa, Sofía.

La mujer la miró con el ceño fruncido. Los años transcurridos no habían pasado en balde y su figura, antes de curvas sinuosas, ahora era la de una mujer oronda, con un pecho prominente y sin apenas cintura. Pero su rostro seguía siendo el de esa mujer bondadosa y humilde que comprendía cuál era el lugar que le correspondía en el mundo.

—Gracias por cuidarme cuando mi padre me abandonó, fuisteis mi familia, y aunque me haya comportado como una niña malcriada, nunca he dejado de quereros.

Sofía la miró pasmada, sin entender qué hacia allí la *baronessina*, ni por qué le decía aquello tan bonito a una mujer tan insignificante como ella. Hubiera podido decirle en ese momento que fue su obligación, pero en realidad no lo hizo por eso. Se compadeció de una niña que, aunque vivía en un palacio, fue abandonada como los niños que residían en aquel orfanato.

—Tiene usted la misma cara, no ha cambiado nada. Y la misma capacidad de enternecerme —dijo mientras se le escapaban las lágrimas—. A mí no tiene que darme las gracias. Lo hice porque quise. Y nosotras también la queremos.

—Sofía, nadie mejor que tú podría hacerse cargo de la cocina de este orfanato. Me alegro muchísimo de que estés aquí. Tu cocina fue mi hogar y espero que lo sea para estos niños. —Señaló a los pequeños que miraban la escena sin entender una palabra.

La cocinera se deshizo en esas lágrimas que se empeñaban en no dejarla hablar, cogió su delantal y lo pasó por su rostro para secar sus mejillas.

Martina se acercó a ellas y cogiendo las manos de ambas dijo:

—Adriana ha regresado a nuestras vidas. Tenemos que celebrarlo de algún modo.

Sofía sonrió.

—Pero antes tengo que saber lo que esta buena mujer quiere decirme —comentó señalando a la señora Fairchild, todavía hipando por la emoción.

Adriana dirigió la mirada hacia Mildred, que se había mantenido al margen mientras ellas hablaban en un idioma que no conocía.

—¡Señora Fairchild! ¡Qué alegría volverla a ver!

La mujer le sonrió.

—No sabe la que me da a mí verla convertida en la princesa de Bermondsey —contestó de manera simpática.

—No sé si estaré a la altura, menuda responsabilidad —continuó con su broma.

—Está a la altura con creces —comentó Paul acercándose a ellas y colocando su brazo por encima de los hombros de su esposa, mientras sostenía a Estelle en el otro.

—¿Y quién es este angelito pelirrojo? —preguntó la hornera.

—Su hija del alma —se apresuró a contestar la chiquilla, dando palmaditas en el pecho de Paul.

—En el poco tiempo que llevo con ella, Estelle y yo lo hemos arreglado todo. ¿Verdad?

La pequeña asintió sonriendo.

—Hemos acordado que ella, sus hermanos y Timothy son, a partir de ahora, nuestros hijos. Todos saben dar unos abrazos excelentes, así que somos sumamente afortunados. ¿Sabes que yo también tengo un padre del alma?

La niña abrió los ojos con desmesura.

Paul se giró buscando al marqués. El viejo militar le devolvió la mirada con un leve asentimiento, como si aprobara con orgullo lo que su hijo acababa de construir.

—Y aquí está —dijo señalando a Christopher Brown—. El hombre que creyó en mí cuando yo no sabía quién era.

El marqués se acercó con ese andar pausado y digno que lo caracterizaba. Miró a la niña con dulzura, luego posó una mano sobre el hombro de Paul.

—Cuando salvaste a mi esposa, me demostraste que podía confiar en ti.

Estelle lo observó con curiosidad y al cabo de un segundo extendió los brazos. Christopher la recibió entre risas contenidas.

—También quiero un abuelito del alma —declaró la niña, con toda la solemnidad que pudo.

—Considera que ya lo tienes, pequeña —respondió él abrazándola con ternura.

Adriana, con la vista fija en ellos, sintió que el vacío del pasado al fin comenzaba a llenarse. Habían tejido una familia sin sangre, pero con todos los lazos que importaban. Martina, emocionada, la contempló. Ambas parecían haber retrocedido a esa infancia compartida, cuando todo era más sencillo y la vida tenía el olor a pan caliente.

—¿Alguien puede decirme qué me estaba explicando esta mujer? —preguntó desesperada Sofía.

Su hija se dirigió en inglés a la señora Fairchild para preguntar por lo que le estaba explicando.

—Madre, el pan con especias italianas lo traerá esta tarde el hijo de Mildred.

Sofía le sonrió a la hornera abriendo la boca desmesuradamente, como si así le diera mejor su aprobación.

—¿Sabes lo que nos falta para que esto sea perfecto? —le dijo Adriana a su esposo con una sonrisa traviesa.

—Celebrarlo amasando pan, desde luego —contestó él.

—En efecto, como cuando Martina y yo éramos niñas.

Los ojos de la maestra se iluminaron, le explicó a su madre lo que acababan de decir y exclamó:

—Niños, lavaos las manos, ¡vamos a hacer pan!

Los pequeños aplaudieron y corrieron en tropel hacia el lavabo. Martina y Adriana se dirigieron a la enorme mesa de madera y prepararon los taburetes para que los niños llegasen hasta el tablero. Sofía comenzó a sacar los sacos de harina con una energía rejuvenecida. Mildred se unió a la fiesta, como experta que era.

Adriana metió las manos en el cuenco de harina, mientras Estelle, subida en una banqueta, imitaba cada uno de sus gestos. Paul les guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa, con las mangas

arremangadas, y Timothy miraba al marqués, que se había colocado a su altura y lo guiaba con destreza militar en la tarea.

Y allí estaban todos: la *baronessina* y la criada, el militar y la niña, el empresario y los huérfanos; con las manos cubiertas de harina, compartiendo risas y recuerdos.

Adriana y Paul se miraron a los ojos, satisfechos, con complicidad, porque los dos sabían la extraordinaria belleza que había en la cotidianidad de algo tan simple como amasar pan.

Epílogo



—Así que futuro marqués de Bristol, ¿eh? —dijo Carlo, mientras le daba una calada al cigarro que acababa de encender—. Me has superado en rango.

—Espero que esa herencia llegue lo más tarde posible, pero así es, primo —contestó Paul, dirigiendo su mirada al general, que jugaba con el grupo de cinco niños delante de la fachada de la casa —. Ni siquiera sé si lo merezco. Yo no llevo sangre noble en las venas como tú. —Sonrió.

Una inexplicable e hilarante risa se apoderó de Carlo. Puso la mano sobre el hombro de Paul y mirándolo fijamente le dijo:

—Ahora que somos familia, algún día de estos te contaré un secreto. O mejor, que te lo cuente Beatriz.

Paul lo miró extrañado sin entender qué le hacía tanta gracia.

—Familia…, ¿quién me lo iba a decir? Entre tú y yo, cuando conocí a tu prima no me cayó en gracia.

—Lo imagino —continuó riéndose—. Ha sido toda una sorpresa descubrir su verdadera personalidad. Jamás imaginé que me ayudaría. Me salvó de verme apartado de todo lo que amo. Le debo mucho.

—Yo también. He cumplido un sueño. Es increíble que ahora estemos aquí, casados y con una bonita familia —añadió, observando a los niños jugar con su abuelo, mientras trataban de enseñarle a andar al pequeño Miguel Ángel.

—Y ahora, no teniendo bastante con los cuatro pequeñuelos que habéis traído desde Londres, estáis esperando otro.

Paul asintió, eso había sido un verdadero milagro, aunque ese era su secreto familiar. A nadie le iban a contar que el embarazo de

Adriana había sido una sorpresa totalmente inesperada, por no decir imposible.

—Bueno, vosotros también vais a aumentar la familia.

—Pero nosotros solo tenemos un hijo —contestó Carlo.

Ahora fue Paul quien se carcajeó.

—Por poco tiempo, amigo, Adriana pretende convencer a Beatriz para que adoptéis a unos cuantos niños del orfanato.

—Entonces, te aseguro que en las próximas navidades seremos más a la mesa. No sé qué tipo de poder ejerce sobre mí para hacer virar mi voluntad hacia la suya —dijo pensativo—. Pero siempre termino pensando que tiene razón.

—Beatriz es una mujer inteligente, será porque la tiene.

—Hemos tenido suerte, primo —aseguró Carlo.

Ambos asintieron, pensativos, mirando hacia sus respectivas esposas.

En una gran mesa en el jardín, las dos se afanaban, junto a Enriqueta y Luisa, la gobernanta de la casa de Carlo, en cuidar cada detalle para que toda la familia disfrutase de esa comida al aire libre. Se habían esmerado en la elaboración de los platos, las dos disfrutaban pasando tiempo en la cocina, cosa que hacían cuando se reunían ambas familias.

Los panecillos con las figuritas de las *Fábulas de Esopo* estaban colocados en bandejas en el centro de la mesa. Casi todo eran ratones, porque desde que Adriana les había contado a sus hijos el poder que un minúsculo ratón podía tener, la mayoría optaba por moldearlos con la masa. Adriana se despidió con tristeza de su hermana del alma, no obstante, acordaron escribirse y verse cuando el trabajo en el negocio de su prima se lo permitiese.

Aquella estampa bucólica llenó de felicidad a Paul. Observó como su mujer le hacía un gesto con la mano para indicarle que la mesa estaba lista. Los niños corrieron en tropel a sentarse. Beatriz cogió a Miguel Ángel y lo sentó en su regazo.

Carlo comenzó a caminar a su lado en silencio, pero Paul presentía la sonrisa apacible de su rostro. Estaba seguro de que era igual que la suya. Se sentaron junto a todos los demás.

Una vez, Adriana le dijo que dar de comer era un acto de amor y, en ese momento, él lo sintió en cada bocado, en cada ingrediente mezclado cuidadosamente para que ahora su paladar se deleitase sabiendo, con cada sabor, que formaba parte de algo importante. Aunque estaba convencido de que, ninguna de esas sensaciones se produciría sin los que ahora compartían la mesa con él.

Su esposa clavó en él sus ojos violeta, le lanzó un beso invisible que se estampó en su ser, hinchando su pecho de satisfacción. La mujer con la que siempre soñó formar una gran familia estaba frente a él. Era una orgullosa noble italiana de sangre Saboya, la más hermosa: Adriana De Flaviis, la dama que eligió transformar su orgullo en virtud, para amarlo a él.

FIN

Valencia, julio de 2025

¡Gracias por leer!

Si disfrutaste de esta historia, me encantaría saberlo.

Te invito a dejar tu valoración y comentarios.

Tu opinión es muy importante para mí y me ayuda a seguir creando.



AGRADECIMIENTOS

Cuando pienso en la gente que me acompaña en cada proyecto, no puedo más que sentirme afortunada. Cada vez se suman más personas increíbles, lo que me hace sentir arropada y segura a la hora de publicar mi trabajo. Por ello, quiero darles las gracias a todas ellas.

Voy a empezar por Juani Hernández, que no solo me puso en contacto con una lectora cero de confianza, sino que siempre es un placer hablar con ella de la situación de esta preciosa —aunque a veces dolorosa— profesión. Agradezco esas conversaciones telefónicas en las que me siento comprendida.

Continúo por Amparo Torres, cuyas primeras impresiones han sido de gran ayuda. Agradezco la rapidez y minuciosidad con las que releyó fragmentos o capítulos cuando fue necesario, toda una grata experiencia.

¿Por dónde sigo? Pues por las incondicionales. Escribir es un proceso largo: desde las primeras ideas y la documentación, hasta que se pone la palabra fin, se revisa y se corrige. Pasan muchos meses, a veces años. Yo tengo la enorme suerte de estar acompañada por mi madre, mi hermana, y Nadia. Su apoyo en todo momento es fundamental para mí.

Por último, sumo a este maravilloso equipo a Ainhoa y Verónica. Esta novela no hubiera sido igual sin su meticuloso trabajo.

---

[1] Alfonso Ferrero, marqués de La Marmora, fue el general encargado de liderar el contingente de soldados que el reino de Cerdeña envió a combatir a la Guerra de Crimea.

[2] Los fiacres eran carruajes tirados por caballos que se alquilaban por horas o por trayecto.

[3] Así eran llamados los niños que buscaban objetos de valor en el lodo del río Támesis para venderlos posteriormente.

[4] Arquitecto encargado de realizar Regent Street.

[5] Cuerpo asesor de los monarcas que supervisaba asuntos importantes de Estado.

[6] **Florence Nightingale (1820-1910):** Enfermera británica, de origen italiano, fue considerada la fundadora de la enfermería moderna y reconocida por sus reformas en la atención sanitaria durante la Guerra de Crimea. Tuvo gran impacto en la salud pública.

[7] Versión italiana de la rayuela.

[8] Consistía en cantar canciones populares y acompañarlas de palmadas y movimientos rítmicos.

[9] La hilandera.

[10] Hilando lana y lino,
hila rápido, hila fino,
si no lo haces bien, haces daño.

[11] Dama encargada de acompañar a las jóvenes solteras para asegurarse de que mantenían las normas de decoro cuando se quedaban a solas con pretendientes.

[12] «Mi niñita» en sardo.

[13] Vino fuerte y especiado típico de Cerdeña.